OPERACIÓN ASIA

serie Visibles e Invisibles 7



ÁNGELA M. RUIZ

OPERACIÓN ASIA

ÁNGELA M. RUIZ

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

Capítulo 1

Asia

Estamos en la puerta de embarque. Debería mirar el monitor, pero mi cabeza está en modo *scroll* de TikTok: cero foco, cero *chill*. Y el humor no ayuda nada porque he dormido tres horas mal contadas.

Leo se ha tirado al suelo y, si te soy sincera, me tienta tirarme yo también y echarme una cabezadita aquí mismo, entre maletas y gente corriendo. ¿A quién no le apetece una siesta exprés en el aeropuerto, dime?

África, que es mayor por la ley de la vida y por siete minutos mal contados, se pone en modo sargento de hierro. Lo suyo es un máster: hermana mayor, madre, fiscal, jueza y casi portera de discoteca si la dejan. Le echa a Leo la bronca número trescientos, con ese tono de madre harta que dan ganas de ponerle un cubata en la mano.

—Soy una culebra, mamá. ¡Miraaaa!

Y claro, se arrastra por el suelo. Yo me río. No tengo claro si de él o de lo mal que se nos da aparentar ser una familia normal. África me lanza una mirada fulminante, y yo, en vez de echar un cable, me escabullo con el móvil en la mano, abro contactos, toco en Sara Rey, inspiro fuerte y, venga, llamada al lío.

—¿Dígame?

¿Dígame? ¿Hola? ¿Pero esto qué es? Yo ya me la imagino con la bata, el cigarro y la peineta del Mercadona, en modo abuela de posguerra.

—Venga, Doc, suéltame que te han regalado un móvil con la cartilla de ahorros, ¿no?

Le escucho una risa chiquita al otro lado, que ni hace ruido ni falta que le hace, porque a mí se me afloja la cara sin querer, en mitad de este aeropuerto lleno de colas, mochilas y mi dignidad

hecha pelotillas en el bolsillo. Nos soltamos cuatro tonterías, de esas que no curan nada pero te arreglan la mañana. Y lo mejor es que con ella nunca es tan poca cosa como parece.

—Un segundo, Asia, ahora te llamo —me dice, muy suya.

Cuelgo y me quedo con el móvil en la mano y la pinta de que acabo de colarme en la fila o de que llevo algo ilegal en la mochila. África me examina desde la otra punta con esa ceja que no perdona, la ceja inquisidora, la que ha echado más sentencias que un juez de guardia.

—¿Quién era?

—Una colega —le contesto tirando de reflejos.

—Ajá.

—¿Ajá, qué, Afri?

—Nada, mujer. Es que se te ha puesto un careto que no veas.

—Eso será el fluorescente del Duty Free.

Por suerte el móvil me corta. Auricular. Voz de Sara.

—Asia, ¿tú sabes la gente esa? La que manda un WhatsApp antes de llamar para ver si te viene bien, por educación, ¿sabes? ¡Estoy en medio de una movida, nena, trabajando, de guardia!

—Pues para estar liada te noto entregada, ¿eh?

Otra vez su risa de fondo, la que me resetea el día. No sé cómo lo hace, pero me quedo colgada de su voz, todo lo demás se me queda fuera de cobertura: el equipaje apaleado, el niño en modo *poltergeist* y la lista infinita de cosas que tengo que arreglar en mi vida.

—Pues eso, que ya estamos en el aeropuerto —la pongo al día, por si quiere la comedia completa—. Esto parece la Semana Santa en versión aerolínea. África está para encerrar y Leo ha decidido que hoy no anda, que repta.

—¿Repta?

—Sí, tía. Va por el suelo soltando gritos y la gente lo esquiva como si estuviera untado de nocilla. O se ha metido azúcar a palo seco o la genética la tengo que revisar.

Ella suelta un «madre mía» de esos que usan las madres cuando quieren decir «me alegro de no estar allí». Luego me dice que le escriba cuando llegue. Que tengamos buen vuelo.

—Sí, sí, tranqui. Si sobrevivo a Leo y este cacharro no se apaga por el camino, te doy señales de vida.

—Asia…

—¿Sí?

—Nada. Que… me avises, ¿eh?

Silencio. Y ya está. Colgamos.

Guardo el móvil como si llevara ahí el vídeo de mi borrachera más épica. Giro y ya tengo a Leo liándola, metiéndose bajo la cinta de seguridad. África le atrapa al vuelo, tiene reflejos de ninja y cara de «esto no ha terminado». Me lanza su famoso «ya hablaremos de lo tuyo» sin decir ni palabra. Yo le hago el gesto universal de «yo, aquí, de adorno», y salgo por patas como si tuviera algo muy urgente que hacer.

Pero, claro, lo único que tengo urgente es el WhatsApp de Sara que me acaba de llegar. Intento ignorarla y me pongo a cotillear por la terminal. Una señora con un gato que parece que lleva una peluca. Un pibe con calcetines y chanclas (¿esto es tendencia ahora?) y, de pronto, un señor se tira un cuesco con toda la elegancia del mundo y sigue andando tan tranquilo. Pero ni el recital de gases ajenos me saca de mi paranoia. Esa notificación me quema el bolsillo y me da la brasa hasta que claro, la abro. ¿Tú qué harías?

Sara Rey: Niña, te lo digo de verdad: tengo unas ganas de que pongas ya el culo en España que no te lo imaginas.

¿¡Pero esto qué es!? O sea, ¿en serio ese «de verdad», Sara? ¿Eso qué significa? Porque aclárame el punto, que aquí llevamos meses dándonos los buenos días y las buenas noches, a diario, sin fallo. Y no es solo eso: que si el meme de Leo con la cuchara, que si el vídeo de la tía del supermercado, que si las chorradas, sí, pero también me suelta perlas de esas que me dejan temblando: que le doy vida, que le alegro el día —y eso me lo ha escrito, ¿eh? Palabra por palabra—, y luego me viene con esta frase tan neutra, tan entre líneas.

Total, que me emparanoio. Esto es *textbook situationship* o yo ya me monto películas por deporte. Que si fuera cualquier tía *random* de Tinder, ya habría ido directa, sin rodeos, anzuelo y todo. A mí la vergüenza se me cayó a los dieciséis. Pero Sara… uff, con Sara nunca sé por dónde me viene. Que sí, que yo le lanzo el dardo, pero ella me da acceso al patio, no me quita el candado de la puerta. Me sigue el rollo un rato, luego me cambia de tema y, de repente, guardia en el hospital, conversación *off*. Y yo me quedo con la película a medias y el corazón haciendo el tonto.

Así que nada, que le den al misterio. Sí, podría hacerme la interesante, dejarla en leído dos minutos para disimular, pero para postureo ya está Instagram. Yo soy de las que responden y punto, sin florituras ni tonterías.

Yo: Solo ganas? Yo ya tengo hasta escaleta mental de lo que te voy a contar cuando me veas la cara

¡Boom! Así. Ambiguo. Jugando a «no te digo nada, pero te digo mucho». Un poco inocente, sí, pero también con esa chispita de «vas a querer saber qué trama esta mujer». Dejo caer que la estoy esperando, pero sin ponerle nombre. A ver si se ríe, o se sorprende, o —terror máximo— me clava el visto y me toca fingir que el móvil se estropeó para justificar el silencio. Desastre.

Me quedo embobada con los dos *ticks* azules. ¿Por qué no contesta aún? *Don't panic*. Es Sara. Tarda un poco. Igual está en una operación a corazón abierto o salvando a alguien de un atropello. O… pensando si mi mensaje es una chorrada épica.

La rueda de la ansiedad empieza a girar. Primero me arrepiento. Claro. ¿Qué he dicho? ¿Parecía una *loser*? ¿Pensará que soy una pesada? Luego me imagino que se lo ha tomado mal, en plan «Dios mío, esta tía está fatal». Después me convenzo de que no, que estuvo bien, que fui graciosa, que seguro le saqué una sonrisita y se quedó con la intriga. Y al final, claro, llego al momento cumbre: me mando a callar a mí misma.

África me mete un codazo, justito para que mi cerebro vuelva de donde se había ido.

—¿Estás bien o qué? —me suelta.

Asiento. Venga sí, rápido, con la cabeza, pero la fe la tengo guardada en la maleta, ¿sabes? Que ni yo me creo que estoy bien.

—Pues… mmm… sí y no —arrastro, me encojo los hombros. Así, como si eso explicara algo.

Llevamos cinco meses en USA, rollo serie dramática pero con final feliz de momento. Con Leo recibiendo un tratamiento que, en fin, de esas cosas que pasan y no entiendes. Porque el dinero para pagarlo cayó del cielo, y cuando digo «cayó del cielo», hablo de Sabina sacando la cartera. TODA la pasta. El viaje, los médicos, las medicinas que cuestan un riñón… TODO. Un día tienes la vida desbordada y, de pronto, aparece la tita rica que no sabías ni que existía y te arregla el cotarro sin pedirte explicaciones. No lo vi venir ni en el tráiler, ¿sabes? ¿Cómo le das las gracias a alguien así? ¿Le montas una pancarta con luces de neón? ¿Le regalas… qué sé yo… una medalla de oro macizo? ¿Qué se le da a alguien que te salva el culo a nivel superheroína?

Y lo mejor: ¡el niño está poniéndose bien! O sea, que no es placebo, que es de verdad. Ha puesto kilos, corre por ahí que antes no podía ni andar y se inventa unas canciones que dan hasta miedo. Y claro, a mí eso… uf, me revuelve por dentro. Ganas de llorar, de gritar…

Pero es que en medio de todo este lío de hospitales, noches en vela y rutinas nuevas, me he enganchado. Y no al ibuprofeno. A una voz. A la voz de una doctora que me suelta un «de verdad» y a mí me deja pillada.

¿En qué momento? Mis planes eran estar con Leo, con África, centrada. Punto pelota. Nada de pillar *crush* con la hermana de Sabina. Eso no venía en el guion. Pero pasa, ¿sabes? Pasa cuando me manda un WhatsApp a las 2 am porque se le han acabado las pilas del mando. Cuando se ríe de una flipada que digo sin pensar y, jolín, la hace sonar hasta brillante. Pasa cuando no me contesta y me entra el agobio a ver si le ha ocurrido algo, pero luego aparece y me dice algo que me reinicia el sistema. Me estoy colando, ¿verdad? No lo sé. O sea, sí. Lo pienso. Mucho. Cada vez más.

Pero claro. La otra parte de mi cerebro, esa que no está en la purpurina, me grita «¿PERO QUÉ NARICES HACES, ASIA?». Porque,

a ver, he estado metida en un salseo con Sabina que para qué, y esto con Sara… es una serie nueva. ¡Una que mezcla rom-com con drama absurdo y un toque de misterio! Lo *heavy* es que ni idea de qué quiero. ¿Esto va a ser más que un tonteo gracioso a deshoras? ¿O nos quedamos en este coqueteo permanente que me tiene enganchada? Que, bueno, ¿para qué nos vamos a engañar? Lo quiero todo. Sí, sí, JODER. Y ahora, Londres. Luego Madrid. Y después… ¿Plan? Cero. Ni idea. Pero si me manda otro WhatsApp de esos que no sé cómo pillar, lo mismo le doy al emoticono sin querer y le mando un corazoncito por *error*. ¿Quién sabe? Yo qué sé. A ver qué pasa.

Capítulo 2

Sara

En cuanto leo el mensajito de Asia, me entra un no sé qué, un apretón raro. Vamos, que no sé si es nervio, si es ganas de salir corriendo o de meterme debajo de la bata y desaparecer. Y no, no es en la barriga, que eso sería muy fácil; es más arriba, entre las domingas y la garganta, como si me hubieran pillado en un renuncio, pero sin haber hecho nada. Yo qué sé, una cosa muy mía, que a mi edad ya debería estar curada de espantos, pero fíjate tú, todavía me tiemblan las carnes.

Total, que estoy pegadita a la pared del pasillo del hospital, que parece que estoy esperando a que me den el alta, pero no, lo que intento es que no se me note la cara de tonta que sé que se me ha puesto. Encima al lado de los vestuarios del personal, que esto es un desfile de batas blancas y culos apretados, y yo aquí, que una es muy sensata, pero también tiene sus momentos de drama, ¿eh? Y con el trajín de gente, no tengo ni un rincón decente para esconderme. Si es que ni para eso tengo arte hoy, hija.

Y mira que yo, con mis cuarenta y cinco años, que los llevo mejor que muchas de veinte, debería estar ya para dar lecciones de temple y saber estar, pero no, estoy como una chiquilla, colorada y pensando en el mensajito, que no era para tanto.

Lo leo otra vez, y otra, y otra… ¡Qué jartible soy, por Dios! Me tengo que reír de mí misma, porque no entiendo ni qué quiere decir ni por qué me deja con el cuerpo cortado. No es largo ni intenso, ni tiene nada de especial, pero el pecho lo tengo como si fuera a explotar de un momento a otro. Y yo tonta no soy, que una tiene ya sus tiros pegados, pero es que me tiene la cabeza liada. Y claro, en el fondo sé perfectamente por qué lo ha escrito, y por eso mismo estoy con el alma en vilo, que parezco una adolescente pero con

arrugas de expresión, que tampoco me quedan mal, todo hay que decirlo.

El calor es para matarse. Me entran ganas de mudarme a Noruega y dejar aquí hasta la bata, que la tengo pegada a los brazos, como si fuese plástico de envolver el pollo. La coleta la llevo torcida desde las ocho de la mañana, que ya no es coleta ni es nada, y la pantalla brilla en mi mano con el dichoso mensaje abierto, vacilándome: «¿Qué, qué vas a hacer, artista?»

Total, que me pongo a pensar: ¿Le contesto o le mando un *ok* sosito que no diga nada? ¿Me arriesgo con un emoji de los que luego me arrepiento y me tiro tres días dándole vueltas? ¿O paso de todo? Al final, hago lo más útil del mundo: bloqueo la pantalla, la enciendo, la vuelvo a bloquear… y así llevo un rato. Me estoy viendo desde fuera y qué penita, hija, qué penita. Si me viera mi madre, me soltaba un «¡Estás tú para encerrar, bonita!». Y lo peor es que no le faltaría razón. Llevo una rachita que es de traca.

Y lo peor es que con Asia siempre me pasa igual, me pone nerviosa y encima me da coraje porque yo soy muy de llevar el control, pero ella me tiene hecha una tonta, que parece que me acabo de enamorar del chulito de la clase. ¡Qué vergüenza, de verdad!

Venga, no me rayo, que ya tengo bastantes canas para buscarme más, cuando de pronto el móvil empieza a vibrar. El corazón me da un vuelco pensando que es ella. Pero no, claro que no. Es el número del colegio. ¡Ole ahí la vida! Me cago en… bueno, me callo, que luego me dices que soy una *malhablá*. Respiro hondo, me pongo la voz de funeral y descuelgo:

—¿Diga?

—¿Señora Rey? La llamamos del Colegio Internacional de Sevilla. Es sobre Daniela. ¿Podría venir lo antes posible?

Me lo largan a bocajarro, sin un «buenos días» ni un «perdone usted la molestia. Nada, ni una mijita de educación. Ni que yo estuviera aquí en el hospital tomándome un cafelito, ¿sabes? Que no, que estoy a cinco minutos de meterle mano a un hígado, que esto no es coser un botón, vamos.

Resoplo, porque si abro la boca y digo lo que pienso, me echan del hospital y del colegio y de paso me quitan la custodia de la niña. Así que me trago el mosqueo, que ya tengo yo el estómago entrenado de tanto tragarme cosas, y digo con mi mejor voz de señora seria:

—Voy para allá.

Y ni pregunto, porque para qué, si luego te lo sueltan todo allí, con el teatrillo montado y la directora esa que se tuvo que tragar una escoba de chica. Que yo no sé si es que les pagan por cada cosa que montan o qué, pero vamos, que a mí no me pillan ya de nuevas.

Eso sí, por dentro tiemblo, porque cuando te llaman del cole de tu hija, te entra sudorcillo frío. Y yo, que me las doy de moderna y de madre enrollada, pero en el fondo soy más antigua que un botijo y me da una vergüenza que no veas. Porque claro, a ver qué ha hecho la cría ahora, que la última vez fue porque le pintó bigote a la foto del director.

En fin, que salgo hecha una furia. Llevo el móvil en una mano y la paciencia en la otra, pero ya va por las últimas, ya ves tú. Los zuecos suenan en el suelo como si acabara de entrar la cabra de la Legión. Llego al vestuario a toda leche y tiro la bata con un manotazo que ni la folclórica más seca. Me veo de reojo en el espejo y flipo. Llevo el pelo fatal, un churrete de café en el pecho desde vete tú a saber qué hora, y las ojeras, preciosas, hacen juego con la cara de apechugar que llevo desde las siete de la mañana. Vamos, un bellezón.

Agarro el bolso y salgo a toda pastilla. Dos enfermeras me saludan con la sonrisa puesta y yo, que soy muchas cosas, pero no una maleducada, se la devuelvo. Eso sí, la boca me arde de tanto apretar los dientes.

Llamo a la otra, a la compañera, que ya está harta de mí.

—Nena, vente para acá que me voy volando, que mi niña la ha liado en el cole otra vez.

Y hala, dejo en la recepción una nota que ni un telegrama de la guerra: «Me voy. Mi hija. Colegio». Vamos, que si quieren novela, que se la inventen, que yo no estoy para escribir el Quijote. Y la

letra, pues la de siempre, que a mí la caligrafía de médico no me la quita nadie. Si alguien quiere más detalles, que se los pida a la directora, que esa mujer tiene mucho arte para el melodrama.

Salgo a la calle y el calor de Sevilla me da una bofetada que me deja seca. Que yo no sé cómo no se derriten los coches, no te exagero. Y yo, vestida de negro, que parezco la viuda alegre pero sin alegría, con el bolso colgado que me creo que llevo ahí la herencia de media Andalucía. Cruzo el parking como si me persiguiera la mismísima muerte. Sudada y con la angustia de madre que corre para todos lados.

Me meto en el coche, el Audi, que tú lo ves por fuera y dices: Anda la tía, cómo cuida el coche. Pero abres la puerta y esto es un ecosistema propio. Papeles por todos lados, migas de pan que ya ni sé de qué día son, un táper vacío que lleva ahí desde el lunes y que no me atrevo ni a abrir, y el ambientador ese que ya ha tirado la toalla.

Le doy al aire acondicionado con la fe de una que va a la Virgen del Rocío a pedir novio, pero nada, ni chispa. Claro, se me olvidó llevarlo al taller, otra vez. Porque entre quirófanos, deberes, llamadas del colegio, peleas con la Daniela, el duelo, Asia y la madre que me parió, ¿cómo voy yo a acordarme del puñetero aire? Si es que no me da la vida. Y luego dicen que las mujeres no sabemos organizarnos… ¡Ven tú y hazlo, guapo!

Enciendo la radio. En la SER están con una entrevista sobre política fiscal. Lo cambio pitando porque, vamos, para eso mejor escucho el ruido del motor. Pongo Los 40 y… ahí está, una canción de un niñato que va y me dice que echa de menos a su ex cada vez que ve una camiseta. Anda ya, muchacho, ponte a ordenar un cajón y se te pasa. Qué arte tiene la gente para decir tonterías con melodía. Total, que apago la radio, suspiro a lo exagerado y me quedo en silencio, que al final, oye, es lo menos malo.

Voy por Kansas City a toda leche, que ni atracar un banco llevo en mente, pero la cara de atracadora la tengo, eso seguro. Me bajo por Santa Justa como si estuviera en una etapa del Tour de Francia. La Ronda de María Auxiliadora está atascada. Una moto me sale por

medio, pero yo no freno. Que no puedo, alma de cántaro, no puedo. Que si freno, me pongo a llorar. Y si lloro, no llego al colegio.

Paso un semáforo en ámbar y aquí paz y después gloria. Peligro público, lo sé, pero llega un punto que a mí me da todo igual y eso me encoraja… Vamos, el «me importa un pito, pero sí me importa». Soy un cuadro de contradicciones, niña.

Y claro. Cuando ya estoy dándole vueltas a cómo justificar ante el colegio que no llego por culpa de un tráfico tercermundista…

¡Zas! Asia. Otra vez en mi cabeza. La dichosa Asia, que hoy vuelve de no sé qué rinconcito del mundo. ¿Y qué pasa? Que no se conforma la muchacha con colonizarme el WhatsApp a base de *gifs* de gatos bailando flamenco, que también está en el retrovisor del coche, en los espejos, en la musiquita esa cursi de la radio. Y no canta, pero se posa en todos lados. Lo peor es que la siento hasta en el cuello cada vez que me lo toco.

Llevo meses chateando con esta chiquilla, que ojú, tiene más arte que una chirigota bien ensayada. Y vamos, no veas si me ha removido el alma, mejor que los meneos de esa terapeuta que tengo en la agenda y nunca llamo porque, claro, «yo estoy bien, hombre, no me hace falta». Pues mira tú por dónde.

El aire caliente se cuela por la ventanilla como si tuviera llave. Me despeina. Me reseca los labios. Me despeja un poco y me remata otro tanto. El sol me da en los ojos y me hace entrecerrarlos. Y justo cuando me iba a quejar en voz alta, el móvil vibra y mi corazón, que últimamente va un poco por libre, me hace un «tuc»: «Señora, que estamos en horario laboral, calma ya».

Y yo, qué sé yo, que me creía aquí la más serena del barrio, acelero. Doy dos vueltas más por la calle, sin rumbo. A ver si alargando el trayecto se me alinean las ideas. Ilusa de mí. Eso sí: cualquier cosa antes que entrar al colegio. Y sobre todo, cualquier cosa antes que admitir lo que me pasa por dentro. Porque esto, lo tengo clarísimo, no es amor, ni por asomo. ¡Ni se me pasa por la cabeza! Vámonos tranquilizando, que lo mío no es para cuentos románticos ni hoy ni nunca. Mire usted, ni borracha se me ocurre decir que estoy enamorada.

Ay, por Dios, que estoy de luto, ¿vale? Pero no un luto de esos de «ay, qué penita, ya se me pasará». No. Lo mío es un luto con categoría, de esos que te aplastan el alma y no hay abanico que te dé aire suficiente. Que Mateo no era cualquier cosa, no, Mateo era… ¡Mateo! El amor de mi vida, mi compadre, mi todo, y ala, venga, ya no está. Y eso pesa. Y yo lo arrastro. Y todo lo demás son distracciones. Muy monas, muy simpáticas, pero distracciones.

Y luego está Asia. Ay, Asia. ¿Por qué me metería yo en ese patio? Si lo vi venir clarísimo, ¿eh? Pero una es débil y se engancha. Que si su caos, que si esa manera de hablar que parece que está confesándote un pecado. Y mírame ahora, frotándome las manos en el volante como si eso fuera a deshacer el lío que tengo.

La calle es un jaleo que no veas: risas, coches pitando, un perro asomando el morro por un coche que… chiquillo, ¿eso ha pasado la ITV? Y aquí me tienes, la tonta del pueblo, enredada en mi jaula mental y sin saber qué hacer con mi vida.

Y otra vez el móvil. Lo busco mientras conduzco, a pique de tener un accidente.

Asia: Eh, despegamos.

Yo, mientras, sigo con el labio mordido como si lo quisiera patrocinar por «labios agrietados al máximo». Mateo, hijo mío, dime algo desde donde estés, por favor, que estoy que no atino. Tú siempre con tus consejos de filósofo con gracia gaditana y mira lo perdida que estoy yo ahora. Suspiro. Levanto los hombros, que el problema no se achica, pero otra cosa no se me ocurre. Ay, Mateo, niño, ¿qué hago contigo? ¿Y contigo, Asia? Madre mía, qué plan.

La cosa es que Asia guapa es un rato, eso no se le puede negar. Cuando la vi la primera vez, ya sabía yo todo el culebrón que se había montado porque mi cuñada Amaia, la pobre, se enteró de los cuernos que le estaba poniendo Sabina con Asia, y no unos cuernitos de nada, no, cuernos de los que te hacen sombra en la playa. Y la otra, que iba de asistenta, pero vamos, asistenta de lo que viene siendo la cama, porque en el trabajo no tengo claro yo si

hacía mucho, pero en otras faenas era la primera en apuntarse, ya me entiendes tú.

Y ahora, que Amaia me perdone, que yo no quiero líos ni dramas, que bastante tengo yo con los míos, pero hija, lo tengo que decir: la entiendo. A mi hermana. La entiendo perfectamente. Porque Asia, además de guapa, tiene un no sé qué… que nos descompone a las que tenemos la vida planificada entre la familia, la lavadora y las pastillas para no soñar con las penas.

Aquellos días en la mansión todo era un caos. Gente entrando y saliendo. Tensión. Secretos. Un ruido de fondo que no te dejaba ni pensar, ni respirar. Y ella estaba allí, como si no supiera del todo por qué. Te la encontrabas de paseíto por los pasillos, fisgando todo lo que podía y más y escudriñando al personal con esos ojillos que parecía que iban a hacer una tesis de cada uno.

Yo la notaba. Pero vamos, que no te digo yo que me fijara *así-así*, que una tiene su dignidad y, además, con el follón que había, no estaba yo para tonterías. Pero algo tenía la tía, que me llamó la atención. Y ahora mírame. Con la pantalla encendida, el mensajito abierto, las manos temblonas y una cosa por dentro que no sé ni cómo se llama.

¿Y si le pongo un «buen viaje» y ya? ¿Y si le escribo algo gracioso, pero no mucho, para que no piense nada raro? ¿Y si me callo mejor? ¿Y si esto es una bobería y se me está yendo la olla? ¿Y si no, niña? ¿Y si no?

Llego al colegio con la mandíbula crujiendo y con una mala leche que ni yo me aguanto. Aparco en doble fila, porque hoy no estoy yo para tonterías ni para buscar sitio. Que me multen si quieren, ya tengo una colección que podrían exponerla en el ayuntamiento.

Abro la puerta y me baja el calorazo. Me recoloco las gafas, hago una reanimación exprés al moño y entro al colegio con una cara que ni la del Ecce Homo. Y, encima, con los ojos de un montón de padres encima.

El portero, que ya me tiene más vista que al telediario, me saluda con la mano, pero con una gana que ni él se la cree. Tiene una cara de «ya está aquí la pesada esta otra vez» que me aguanto para no decirle: «¿Tú no tienes casa, hijo?» Pero nada, él a lo suyo, que ya

sabe que vengo en modo madre desquiciadita, de las que no quieren ni bromas ni pamplinas.

—¡La directora! —le suelto, sin tiempo para «buenos días» ni gaitas. Vamos, que no estoy para tatatatá.

—Segundo piso. La están esperando —dice con un tonito que, mira, me enerva más todavía.

Tiro escaleras arriba, que el ascensor seguro que sigue roto y ya le tengo manía. El bolso me va dando zambombazos contra la pierna y yo venga a sudar, y eso que aquí sí tienen el aire puesto. Pero nada, que no se me enfría ni el coraje, ni la ansiedad, ni la mala uva.

Entro en el despacho y ahí está la Daniela. Sentadita, cruzada de brazos, con un arte para hacerse la mártir que ni en Semana Santa, oye. La nariz con un restregón de sangre seca y una miradita de culpable, que a mí, te lo juro, me tiene echada la vida encima. Vamos, la criatura ni parpadea. Y yo, con las pulseras tintineando del coraje, intento mantener la calma porque una es muy de montar pollos en su cabeza, pero en público se lo guarda, que si hay testigos te juzgan hasta por la raíz del pelo. Eso sí, ando flotando de puro agotamiento y me temo que me van a leer el mal humor en la cara. Si es que no puedo con tantas cosas, de verdad te lo digo.

La directora me pone la sonrisa esa… más que falsa. Me suelta un «buenas tardes», y ya de entrada noto el tufo a esa colonia barata que no sabes si huele a flores o a limpiacristales y que te revuelve el estómago. Y me viene enfundada en un traje que brilla de lo plasticoso que es, que yo digo, hija mía, ¿cuántos grados tiene que haber para que entiendas que con eso no se va a trabajar?

—Señora Rey, gracias por venir con tanta rapidez —me dice con una voz de esas que dices «ole, qué ganas de trincarme me lleva la señora».

Yo, que ya me conozco el percal, cruzo los brazos lenta, muy lenta. Por dentro respiro hondo, que no quiero que se me note que estoy para dar un sopapo a la primera que me mire raro. Vamos, que me preparo psicológicamente para lo que sé que viene.

—Bueno, ¿y esta vez qué ha sido? —pregunto, más por cortesía que por otra cosa, porque me sé la historia: mi Daniela pone a

media clase en pie, la lía pardísima y aquí la madre al rescate otra vez.

La directora baja la mirada, pero no porque le dé pena ni nada de eso, no. Esa baja los ojos, porque anda buscando las palabras para soltarme que mi niña ha vuelto a liarla.

—Esto es complicado, señora Rey. Pero creo que va a tener que escuchar a Daniela.

Me muerdo la lengua para no soltar una carcajada que retumbe en toda el despacho. Vamos a ver, alma de cántaro, ¿escuchar a Daniela? ¿A mi Daniela? La misma que lleva dos años con el título honorífico en «mutismo selectivo», porque llamarle modo ahorro de energía es quedarme corta. Pero venga, venga, que estoy por la labor. Vamos a ver ese milagro, que a lo mejor me convierto yo en creyente y todo.

Me giro con mi pose de madre sargento y clavo los ojos en mi reina del drama, que está con la vista taladrando el suelo.

—Daniela —le suelto, con voz ultratumba, a ver si así la espabilo un poco.

Ni un parpadeo, ni un resoplido, ni un gesto. Que ya estoy yo pensando que, además de muda, me la han dejado sorda, porque otra explicación no le veo. Total, que en medio de este cuadro, a la directora, con esa cara de cartón que tiene, se le escapa una risita nerviosa que me dan ganas de cogerla y decirle que se relaje, que no le voy a morder. Pero no, ahí sigue, más tiesa que un palo de fregona. No sé cómo no se le caen los nervios al suelo, porque vaya manera de estar tensa.

—Daniela ha estado implicada en una pelea bastante grave en el patio —empieza la otra, con ese tonito de ascensor que me pone de los nervios—. Al parecer, otra alumna la insultó y ella reaccionó de forma… excesiva.

«Excesiva», dice la criatura. Qué arte tiene para no decir nada. Como si mi hija, en vez de soltar guantazos, hubiera recitado un poema en mitad del recreo.

Me encojo de hombros, porque verás tú, yo llevo la guerra en la sangre y más de una vez me quedé con ganas de repartir cuando era chica. Pero intento ponerme seria y le pregunto:

—¿Excesiva cómo? Explíquese usted, que hoy no estoy yo para adivinanzas.

—Pues… La otra niña tiene un pómulo inflamado, un corte en la ceja y, probablemente, necesite atención médica.

¡Toma ya! Lo que viene siendo un cambio de *look* a la andaluza, pero sin pedir cita. Aquí hablamos de cortes, moratones y, si me apuras, una nariz torcida de regalo. Vamos, el lote completo.

—¿Y de aviso a los padres, qué? ¿Nadie pensó en llamarme antes de llegar a este despliegue de lesiones?

—Fue todo muy rápido… Y francamente, no es la primera vez.

—No. No lo es —contesto con los labios secos.

La directora, con un arte para disimular que para qué, le dice a mi Daniela que se espere un momentito fuera. La niña se levanta, cierra la puerta con un cuidado que hasta pide perdón al pomo y en cuanto escucho el clic… ¡zasca! La señora cambia de registro.

—El consejo escolar está considerando seriamente la expulsión de Daniela —me dice la tía, con más cara que espalda, pero eso sí, con una solemnidad que ni dando el discurso de Navidad.

Yo me trago las ganas de soltarle cuatro frescas, pero claro, me digo: Sara, aguanta, que esto no es la plaza del pueblo y tú, por mucho que te hierva la sangre, aquí no puedes montar el numerito. Así que le suelto el típico «entiendo», que no entiendo ni papa, pero vamos, ¿tú te crees que le voy a dar yo el gustazo de verme perder los papeles? ¡Ni muerta! Y entonces… ¡toma ya!

—Aunque… en ciertas situaciones excepcionales y siempre que los padres tengan intención de colaborar… podríamos valorar otras alternativas. Una donación al programa de mediación escolar, por ejemplo.

¡Ay, mi madre! ¡Ole ahí el disimulo! Yo, por dentro, lo traduzco rápido: Si sueltas la tela, aquí no echan ni al gato. Y fíjate tú que me lo olía, pero así, dicho con tanta finura, me da entre risa y coraje. Esta mujer se cree que yo tengo el patio lleno de jazmines y los billetes brotando de las macetas.

Pero vamos, que una tiene su dignidad. Me coloco el bolso, finjo que no me ha dado la puñalada y me recompongo.

—¿Cuánto? —le digo sin rodeos, porque para florituras ando fatal de tiempo.

—Lo hablamos por correo, si le parece.

Y yo, pues claro que me parece, faltaría más. Qué le voy a decir, que si quiere le traigo el *cash* en sobre el lunes. Igual hasta me lo acepta.

Salgo del despacho con Daniela detrás, dos figuras del Belén en procesión, la Virgen de los Remordimientos y el Angelito Callao. Ni media palabra nos cruzamos. Yo, sudando la gota gorda, ella con su cara de piedra, que le da todo igual. Y ahí andamos, camino al coche, mientras pienso cómo me las apaño esta vez para sacar a mi niña de otro lío… y cómo la directora tiene que estar organizando ya media gala benéfica con mi cheque. Esto, sinceramente, es para mear y no echar gota.

Llegamos al coche y aquello es un silencio incómodo que ni peli de cine independiente. Me siento, abro las ventanillas y, para variar, me acuerdo otra vez —la quinta de esta semana, ojo— que tengo que llevar el coche al taller. Si es que al final me ponen una placa en el cementerio y en lugar de fechas me graban una lista de tareas pendientes: la ITV, las vacunas de la tortuga y el seguro de la vitro, ese timo anual al que sigo apuntándome por inercia. Para matarme.

Daniela va callada. Yo tres cuartos de lo mismo. La calor dentro del coche es tan intensa que no descarto empezar a ver visiones. Te prometo que si sigo en esta chicharrera, me da un yuyu místico y se me aparece Mateo en el retrovisor. Y te digo una cosa, no sé si me asusto o le pido que baje la temperatura del coche… y la de mi vida, que últimamente está todo ardiendo y no de la forma buena.

Arranco, meto primera y me lanzo a la selva urbana. Y entonces, cuando el silencio ya ha cogido cuerpo de invitado incómodo, hablo:

—¿Y esto qué ha sido?

Sin mirarla ni nada, que no me quiten puntos del carnet por andarle buscando los ojos a mi hija en plena conducción. Me puedo poner intensa y responsable a la vez, claro que sí.

—Ná.

Así, con dos letritas y un tono de «déjame tranquila, mamá» que me da ganas de frenar en seco y lanzarle una clase magistral sobre

«ná». Respiro hondo. Sara, no grites. Sara, no montes el drama. Sara, no aparques el coche para liarte a voces en plena avenida porque luego te sacan en el Facebook.

—Daniela. —Lo digo con ese tonito firme, ya tú sabes, trabajado a base de bregar con dramas infantiles y de tragarme trescientos *podcast* de crianza respetuosa, que al final lo respetuoso no quita lo contundente.

Y entonces, LA frase:

—Me ha llamado «niña de papá muerto», ¿vale?

Toma ya. Me suelta eso y saca el morro por la ventanilla, tan ancha, como quien va en un bus turístico viendo catedrales. Y yo, paralizada en el asiento, sin saber si reventar a llorar y apretarla fuerte o bajarme del coche a fumarme un cigarro (aunque dejé de fumar hace mil años, pero a ver, tentaciones vienen, ¿eh?). Que me paso yo el día peleándome en quirófanos con corazones ajenos, cosiendo, arreglando, y ahora noto el mío encogerse. Qué bien se me dan las arterias ajenas y qué mal llevo el dolor propio.

La ciudad sigue igual de alborotada que siempre, que esto es un no parar. Los bares llenos de gente con su cafelito en la mano, que parece que aquí nadie trabaja, los moteros hacen carreritas por las calles y por ahí va un señor paseando a un caniche que, te lo juro, tiene la misma cara que él. La misma, vamos, dos gotas de agua, pero más feos.

Todo sigue igual… menos yo. Que voy al volante con mi niña al lado, que está hecha polvo por dentro, pero va haciéndose la fuerte, como si no necesitara un «anda, cariño, llora en mi hombro». Pero la entiendo, porque a mí me pasa igual. Vamos, que estamos las dos para tirarnos del puente.

Así que nada, respiro. Porque esto es lo que hacemos las madres, ¿no? Nos tragamos todo y aquí no explota ni el puchero, aunque estemos al borde del hervor. Y lo peor es que ya sé el menú del día: hablar, escuchar, hacer de psicóloga sin cobrar un duro, aguantar lo que venga y luego vuelta a empezar. ¡Ah, y pagar, claro!

Capítulo 3

Sara

Entro en casa con las llaves haciendo escándalo y la cabeza… la cabeza es un tambor de Semana Santa. Todavía me zumban las palabras de la directora esa, con su colonia de señora importante y su sonrisita de «me importa una mierda tu vida, pero te voy a juzgar igual».

Pues nada, justo detrás de mí entra mi querida Daniela, mi niña del exorcista, pero en edición mejorada modo adolescente: más desgana, más drama y más miradas que matan. ¡Qué arte tiene para arrastrar los pies, no te lo imaginas! Si la presento a un concurso de pase lento, arrasa con el oro. Va ella con las manos metidas en los bolsillos, con ese aire de «es que todo me da un asco tremendo, incluyéndote a ti, mamá», y mírala, que parece que lleva tatuado en la frente que me odia por deporte. A veces pienso en qué hice yo para merecer esto… Ah, sí, ¡tener hijos! ¡Qué bien lo pensé en su día!

El aire acondicionado nos da de lleno y casi me caigo de la emoción. Qué maravilla, qué bendición, qué invento más glorioso. Si no lo hubiera dejado programado, ahora mismo estaría resoplando y peleándome con el mando. O no.

Porque aunque no me la esperaba, Carla sale de detrás del sofá con esa gracia que yo todavía no sé si viene de la genética o de empaparse de series de gente motivada. Moño alto, chándal impoluto —esta niña no suda, lo suyo debe de ser cosa de brujería— y el portátil pegado al pecho. Menos mal que me ha salido con las neuronas ordenadas; si llega a salirme dramática como la otra, yo ya estaría en bata de franela marcando el número de la pitonisa.

—¿Qué tal? —pregunta con esa voz prudente que usa cada vez que huele tormenta en casa.

—¿Qué tal? Pues tú dirás —le contesto, tirando el bolso encima de la consola y echándome un vistazo en el espejo. La cara la tengo regular, pero mira, para lo que llevo encima, ni tan mal—. Lo de siempre, Carla: bronca, expulsión, el teatrillo ese de mediación y la donación al cole… que vamos, ni se molestan en disimular, eso es un soborno y punto, pero con lacito.

Daniela ni se inmuta. Se deja caer en el sofá con flojera, le quita el mando a la Carla con la misma soltura con la que yo me quito el sujetador nada más entrar por la puerta, y hala, pone la tele como si aquí no hubiera una madre a punto de pedir cita con el psiquiatra.

Vamos, que me doy la vuelta y nada más poner un pie en la cocina, me arranco las sandalias como si me estuvieran friendo los pies en aceite y las tiro por ahí, que ya las buscaré cuando me acuerde, total, tampoco es que venga la reina a inspeccionar. Suelto un suspiro que si no llego a tener el suelo debajo, me desmayo del tirón. Te lo digo de verdad, a veces prefiero meterle mano a un tórax abierto que aguantar a una adolescente en plena revolución hormonal… ¡y encima a las cuatro de la tarde! Que a esa hora no hay ser humano que lo aguante, ni con café ni con nada.

Me asomo otra vez al salón y, vamos, me entran ganas de reírme solo por no ponerme a llorar. La tele a todo volumen con anuncios de esos que te dan ganas de apagar la luz y meterte en la cama, Daniela en el sofá, callada, y yo notando cómo la tensión me sube por las orejas. Y tú dime, ¿qué hago yo? ¿Me lío a voces? Porque paciencia, lo que se dice paciencia, tengo la justa y con fecha de caducidad pasada.

—¿Tú vas a abrir la boca o seguimos aquí en la gala del cine mudo? Porque si sigues así, te pongo unos subtítulos yo misma con un rotulador gordo, que me tienes ya sudando la gota gorda.

Ella, con toda su gracia natural —que para eso es mía, faltaría más—, me sube un hombro. Pero no todo, no, medio hombro, para que vea sus ganas. Ya está.

—Ay, qué clarita eres tú siempre.

—Lo que tengo clarito —digo, con una mano en la cadera y apoyada en el marco de la puerta— es que no puedo irme esta noche a la cama tranquila pensando que te van a echar del único

colegio de esta ciudad que, encima de inútil, cobra como si te estuvieran haciendo ministra. ¡Me niego, niña!

Y la criatura mía, que parece que en vez de español le hablo en chino antiguo, se cruza de brazos, despacito, con esa pachorra que me lleva, que para qué queremos más. Vamos, que le importa una santa mierda todo.

—Pues haberme metido en uno público. Lo mismo allí no llaman a casa porque alguien respira fuerte, fíjate tú.

Suelto una carcajada seca, sin pizca de alegría.

—¿Tú tienes idea, chiquilla, del dineral que cuesta tenerte en ese colegio? ¡Idea ni la más mínima! Que tú solo sabes pedir, que es lo único que se te da bien. Y no te creas que te metí ahí porque los uniformes fueran más bonitos o porque los profes tengan pinta de escandinavos de serie. No, cariño mío, te metí ahí porque una, en su infinita bondad de madre sufrida, pensó que a lo mejor rodeándote de gente que come con servilleta y no pone los pies en la mesa, se te pega algo. ¡Ja! Mira tú qué ilusiones las mías. Lo único que se te pega es la cara dura.

Ella ni se molesta en disimular y hace un gestito que viene a decir: Cómprate unos pasatiempos. Qué arte tiene provocándome.

—Pos na, mamá, paga y asunto arreglao, ¿no?

—¡Pues claro que voy a pagar yo! ¿Quién si no? ¡La pringada de tu madre, de toda la vida! —le suelto por esa boquita que Dios me ha dado—. Pero no lo hago por gusto, ¡no te confundas! Esto no es para que tú te creas la reina de la casa y vayas pavoneándote por ahí como si esto fuera el patio de Cantora y tú la Pantoja en modo diva rebelde. No, bonita. Es para evitar que esto acabe en el telediario. ¿Tú has pensado en eso? Claro que no. Que digo yo, ¿tú sabes quién es tu tía? Porque gracias a Dios que eres menor, que si no ya estabas firmando autógrafos por las esquinas, la sobrina escandalosa de esta familia de locos. Qué genio tienes, chiquilla, qué genio más mal llevao.

—Mamá, ya estás desvariando otra vez —me dice. Y ahí se acaba mi paciencia.

—¿¡Cómo que desvariando, so descarada!? ¡Desvariar sería coger una maleta y largarme al Caribe, con el mojito en una mano y la

sombrilla en la otra! ¡Eso sí sería desvariar, porque os dejaba aquí con todo el desparrame y a ver cómo os las apañáis sin mí, que soy la única que tira de este circo!

—Que me da igual, tía. Qué cansina.

¿¡Tía!? ¡Que yo no he pasado un parto para que me vengas llamando «tía», ni que estuviéramos de botellón en el parque! ¿Pero dónde está el respeto aquí? Y claro, ya pierdo los papeles, porque una será paciente, pero no mártir. Me planto frente a ella, que me falta el abanico para rematar mi pose, y con la vena del cuello marcando récord, le espeto:

—¡¿Cómo que tía?! ¡A mí me hablas con respeto, que soy tu madre, no tu colega del TikTok ese! ¡Al cuarto ahora mismito, pero ya!

Me callo (porque al final, si una no calla, revienta, habrá que respirar, digo yo) y me pongo a comparar. Porque sí, tengo yo la manía de comparar, qué le vamos a hacer. Y me da por pensar en mi hermana. Esa bendita mujer que más que hermana es tormento, porque menuda nos ha dado toda la vida. Y ahora el universo me ha castigado con la versión mejorada, con extras y todo, que es la Daniela, versión 2.0, con drama y pinta de chula incorporadas, para que no me falte de nada.

Sabina, para que lo entiendas, era un cohete sin frenos. Un día te la liaba queriendo hacerse la simpática, que de simpática tenía lo justo, al siguiente por no tener el culo quieto y al otro ya de pura inercia, porque parecía que su misión en la vida era montarla a diario. Que ahora me pongo profunda (porque una también tiene su corazoncito literario, cuidado) y llego a pensar que lo suyo era ansiedad de ser vista. Pero no nos engañemos, lianta era un rato. Eso sí, la puñetera tenía arte para todo, y te digo una cosa: te sacaba de quicio y al segundo te soltaba algo con su guasa y, hala, a reírte a lágrima viva. A veces daba hasta rabia, porque entre que te estresaba y te partías de risa, no sabías para dónde tirar. ¿Y ahora qué? Pues la vida me planta un clon idéntico en mi casa.

Aunque mi niña tiene algo diferente. Daniela te digo yo que me reta, a ver cuánto aguanto. Ni afloja, ni me pide ayuda, ni ná de ná. Esa niña tiene dentro un muro que no hay manera de tumbar. Y eso

me da un pellizco en el corazón que a veces me quedo en mi cuarto preguntándome si está pidiendo ayuda o si lo que quiere es quitarme del medio.

Pues nada, hoy he decidido plantarme a lo jefa, con la mano en jarra y el talante de «vamos a solucionar esto ya».

—Vamos a ver, Daniela, es que no puedo más, chiquilla. Te voy a decir una cosa.

Eso sí, mitad del discurso y ya me noto un nudo en la garganta, y claro, ¿qué hago? Pues tragarme el coraje. Pero es que la niña ni mú, te lo juro, ni parpadea. Una desgana que me hierve todo por dentro.

—¿El qué?

—¡Pues que estás tan inaguantable últimamente, que cuando tengas mi edad ni tú misma te vas a soportar!

Y ahora sí me clava esos ojitos suyos, que vamos, sé de quién los ha sacado, no me vengas a engañar. Pero es que ni me desprecia ni me grita —la criatura ni eso me regala ya—, no. Lo que veo es una carita tan mustia que me da hasta coraje, porque después la mala soy yo, con lo que me esfuerzo.

Total, que se levanta, se va para su cuarto y cierra la puerta tan suavecito que duele más que si me pega un portazo. Me quedo en mitad del salón, con el fresquito del aire dándome en la cara y con la brillante epifanía de que no tengo ni pajolera idea de cómo se cría a una hija.

Y claro, cuando pienso que he tocado fondo, empieza el móvil con el zumbido. Yo, que aún tengo a la Daniela clavada entre ceja y ceja, acto reflejo, pienso que es el colegio otra vez, que han encontrado otro cadáver o que me van a pedir que done un ala nueva para el gimnasio.

Pero no. Es Asia. Y claro, a mí se me sube el corazón a la garganta, las pulsaciones a mil y las ganas de huir a Siberia, escasas pero reales. Como si no tuviera ya yo suficiente con el cristo que es mi vida, pues nada, otro poquito de drama para la lista, que no se diga que aquí nos aburrimos.

Total, que pongo el cacharrito ese maléfico boca abajo en la mesa. Pero no lo dejo, ¿eh? Porque a los dos segundos estoy

dándole vueltas con el dedo, que lo mismo con ese jueguecito de adolescente puedo rebobinar mi existencia y borrar a Asia de mi radar. Pero ahí está su nombre, tentándome, retándome, como si esta semana tuviera yo energías para lidiar con su mismísima excelencia mientras esquivo los dramas hormonales de la niña. Que no, chiquilla, que mi cupo está lleno. ¡Si casi ni duermo, por Dios!

Al final, me pongo a dar vueltas por la casa, que parezco yo una procesionaria del pino, pero sin rumbo ni sentido. Paso por la cocina, me asomo al lavadero, toqueteo el grifo del fregadero así por deporte, porque limpiar, desde luego, ni toca ni apetece, por Dios bendito.

Acabo en la puerta del jardín, con la frente pegada al cristal. Y veo la piscina, tan bonita ella, azulita y reluciente, diciéndome: «Sara, vente. Aquí no hay ni adolescentes con dramas ni mensajitos que te revolucionan». Lo pienso dos veces, pero para qué me voy a meter, si llevo el estómago como si me hubiera tragado un pulpo vivo y la nuca tan tensa que no presagia nada bueno. Vamos, que lo que me falta es suicidarme emocionalmente con un bañito.

Y mira tú por dónde, que me da la noche sentada en el filo del sofá, con las sandalias tiradas por ahí, el mando de la tele más perdido que yo y el móvil en la mesa, brillando, esperando a ver si me digno a decidir si hoy me salvo o me hundo un poquito más, que una ya no sabe ni lo que le conviene.

Y me da por pensar que igual el lío no es Daniela, ni la directora esa del moño, ni el colegio, ni el desparrame que tengo en la casa. El verdadero lío es este: sentir que me estoy lanzando de cabeza a algo nuevo… y saber que, al otro lado, está Asia, esperando a ver si me atrevo.

Capítulo 4

Asia

Salgo de Atocha con las gafas ya puestas. El sol me fríe la frente, la espalda ya va empapada y la mochila pesa lo suyo. ¿Qué demonios llevo yo aquí dentro? La maleta monta escándalo con la rueda; esto va a petar en cualquier momento, verás. Ni sueño con llegar al metro sin desmontarme.

Madrid suelta ruido por todos lados. Hace nada estaba en modo supertía en Estados Unidos, flipando con la recuperación de Leo. Esta mañana en Londres casi me atraganto de lo que cuesta decir adiós. Ahora, vuelta al juego en este horno central, rodeada de peña acelerada, bocinas, sudores cruzados y ese aire denso que te roba las ganas de todo. Lo noto: piel pegajosa, colonia barata mezclada con cansancio, el traqueteo de los trenes… Todo me invade. Sé lo que me pasa: nervios. Mi versión jefa dice que tire, pero tengo el pulso a mil y el ánimo hecho trizas.

Eva me espera en la boca del metro. Imposible no encontrarla, lleva puesta la camiseta más fea de su colección, esa que ningún ser humano decente sacaría a la calle. Agita el brazo, toda ilusionada, y yo acelero, casi saltándome a un grupo de turistas. Me recoge con un abrazo que me desajusta las vértebras.

—Estás más flaca, tía —suelta, la muy borde.

No es que esté flaca, Eva, es que me he ido vaciando por dentro, ¿sabes? Pero no pienso soltarle la chapa aquí, entre el olor a fritanga y los que corren por pillar el metro. Así que, sonrío y le doy en la espalda.

—Y tú con esa camiseta, ¿de verdad nadie te ha detenido aún?

Eva suelta una carcajada que desparrama recuerdos de barrio, veranos pegajosos, bocatas a traición y vecinas armando escándalo.

Esa risa me pone en mi sitio, me recoloca las piezas y me recuerda que, por mucha vuelta que le dé a la vida, hay peña que es casa.

Nos metemos en la Línea 1 y el metro nos recibe con su abrazo de humanidad sudada y perfumes dudosos. El aire lleva mezcla de *aftershave* de batalla, restos de discoteca pasada de moda y esa electricidad que tiene la ciudad cuando la gente se aplasta sin remedio. El vagón revienta. Un chaval a mi izquierda se teletransporta desde alguna serie de Netflix y a la derecha, una señora arrastra las bolsas y el enfado, repartiendo codazos y suspiritos de «qué asco de verano».

Me agarro a la barra y a mi paciencia, que está en las últimas. Un tipo decide que hoy es su día grande y arranca con una guitarra lo que podría ser flamenco mutante o un himno de despecho. Da igual, ni escucho. El cuerpo va en automático, pero la cabeza está a kilómetros, revolviendo recuerdos de Londres, el caos del hospital y ese Leo que aún me taladra el corazón.

Ahora me toca reiniciar. Sin tutoriales, a pelo. La vida va a toda leche y yo siento que piso barro, con los pies pesados y la cabeza perdida más de lo que me gustaría.

Eva vive en Malasaña, en un quinto sin ascensor que ya es leyenda urbana en Madrid: subo las escaleras con las piernas flojas, la camiseta pegada de sudor. Abre la puerta y el olor a incienso me marea. El piso es pura jungla, aquí hay más plantas que sitios para sentarse, guitarras en las esquinas y el póster de Almodóvar vigilando el cotarro. El ventilador, reliquia absoluta, gira con desgana y solo sirve para hacer de extra en el decorado bohemio.

Llego, tiro la mochila en cualquier lado y me dejo caer en el sofá, plancha absoluta. Uno de los lados traga a la gente, te engulle el culo y te deja los tobillos al nivel del suelo. Movida cósmica. Eva ni espera a que saque la mochila; va directa a la nevera y me lanza una cerveza a la mano, regalo exprés, bomba lapa contra el bajón.

La engancho al vuelo y suelto una sonrisa que vale por mil gracias. Porque sí, porque el momento pide celebrar el reencuentro aunque tenga la cabeza en otro lado.

Nos metemos en su salón-selva y, sin tiempo para tomar aire, empieza el interrogatorio:

—¿Y Sabina?

Ni una pregunta tibia antes, nada. Me lanza el nombre y yo me lo trago en seco.

—Quiero verla antes de que se me derrita el valor. —Y ya la garganta en huelga, nivel fango.

Eva, que hace de psicóloga *freelance* sin bata ni título, con consulta en sofá destartalado y cerveza barata, afila la siguiente:

—¿Vas a quedar con ella?

Y la pregunta lleva el subtexto de «¿estás fatal o te mola vivir al filo?». Me encojo de hombros.

—Sí, en un rato.

Y al decirlo, el estómago decide hacer origami. Ojalá fuera solo la birra, pero no, esto va de otra cosa.

—¿Y eso? —dice Eva, pero lo que quiere es que me arranque ya, que ella sabe que aquí hay capítulo.

Le tiro la primera excusa que encuentro en el cajón desastre.

—Tiene al Bicho. Y quiere hablar. Ya sabes el percal.

Pero vamos, ni yo me lo trago. Sí, tiene al gato, sí, quiere hablar… pero si esto va de Sabina, ya sabemos que nada es tan sencillo. Eva chasquea la lengua, cruza las piernas y se prepara para la tormenta.

—¿Y tú quieres verla o no te queda otra?

No se anda con rodeos, la tía. Me obliga a saltar la verja del drama.

—No quiero deberle más de lo que ya le debo.

Mentira a medias, porque ni yo tengo claro si estoy saldando cuentas o cavando otro agujero. Lo de Sabina fue un jaleo con banda sonora propia, máster en caos emocional y prácticas de intensidad gratis. Y aquí me tienes, la diva del suspense, soltando migajas de mi vida a Eva, mientras me callo la bomba.

Porque hay otra historia en marcha, otro culebrón de esos que no pides, pero te llegan. El tipo de lío que ni en el peor grupo de WhatsApp te montas. Y encima, lo que la lía todo: Sara.

Eso sí que es para estudio de caso. ¿Cómo se explica, así en frío, que Sabina ya no me ocupa el disco duro porque me he colado por otra tía? Y no una cualquiera, sino la hermana. De Sabina. Parece el guion de una serie mala escrita en pleno ataque de azúcar y falta de

sueño. Pero esta es mi vida ahora, y yo aquí, sin red, contándoselo solo al ventilador.

África, que me tiene caladísima, parece que intuye algo, ¿sabes? No pregunta a lo bestia, se le nota la escuela. Se limita a hacer algún comentario suelto. Yo hago lo de siempre: giro la conversación, tiro de Leo, cuento cualquier anécdota absurda, lo que sea para no confesar que llevo el corazón acelerado cada vez que el móvil vibra.

La realidad es que no tengo ni idea de qué hacer con todo esto. El teléfono se ha vuelto mi tótem, lo consulto hasta cuando no pita. A veces deseo que Sara escriba y otras, que me dé tregua, porque no sé dónde meter tanta emoción. Cada vez que salta una notificación, el pulso se me dispara, el estómago se me encoge y la cabeza me da vueltas buscando una explicación que nunca llega.

Me fastidia reconocerlo, pero esta sensación me tiene descolocada. No es que esté mal. Pero cómoda, lo que se dice cómoda, pues tampoco. Es un planazo esto, ¿eh? Venga ya. Me parece ridículo, de adolescente con carpeta forrada, pero es lo que hay. Y claro, contárselo a alguien y ponerlo en voz alta, es firmar un contrato de dramas y ya no hay vuelta atrás.

Y Eva, pobre, cree que voy a buscar el cierre con Sabina, soltar la lágrima de rigor, pasar página y volver a Londres con la cabeza alta. Pues no. No, Eva, corazón. Lo que quiero es plantarme en Sevilla con un petate, tocar el timbre de Sara y decirle «prepárate, señora, que vengo a liarla».

Estoy en pleno ritual preencuentro con Sabina, que es casi prepararme para salir en un *reality* de esos donde se decide la vida en un par de miradas. Me ducho y cruzo los dedos para ver si se me va este sudor de pura ansiedad. Voy a la maleta, abro, cierro, me pruebo una camiseta, otra, otra más. Nada cuadra. Al final tiro de mi combo de seguridad: camiseta negra ancha, pantalón cargo, Converse rojas. Un poco de gomina para no ir con los pelos a lo Gremlin. Y las gafas de sol de metal redondas, que me dan un aire de artista con hipoteca pendiente.

Me planto delante del espejo y me da el bajón: ¿voy muy yo? ¿Debería haber puesto un filtro menos? Pero bueno, no me pienso

romper más la cabeza. Si Sabina tiene algún problema, que lo gestione ella. Yo no voy a dejar de ser la que soy, ni por ella ni por nadie.

Llego a la hora justa, ni un minuto antes ni un minuto después. La espero jugando a hacerme la interesante, pero por dentro me falta poco para salir corriendo. ¿Compostura? ¿Eso existe? Hoy va justa.

El sitio tiene tela. Alonso Martínez, cafetería de esas que lo quieren petar en Instagram: ladrillo pelado, bombillas de feria y camareros que solo sirven agua con pepino. Si no te mola el pepino, te jodes. Todo muy *aesthetic*, pero yo lo que tengo es el corazón en la boca.

Y quince minutos tarde, claro, zas. Sabina. No es que la vea entrar, es que de repente el aire cambia y la energía se pone en modo «evento extraordinario». Vestido negro de esos que cuestan más que un alquiler, sandalias imposibles que te rompen el dedo si pestañeas y esas gafas de diva que le tapan la mitad de la cara. Y el pelo, tía, el pelo. Ese rubio que no se despeina ni con un huracán. Es ver su silueta y se me encoge el estómago, pero ni rastro de miedo ni de rabia: todo se reduce a ese tembleque absurdo de «¿seré capaz de no hacer el ridículo?».

Pero el verdadero terremoto no es tenerla a un metro. Es lo que arrastra, todo ese equipaje invisible que va dejando a su paso. Sabina nunca llega sola; aterriza con el pasado a cuestas, con historias a medio enterrar y secretos que ni bajo siete llaves. Hay un aura densa, electricidad estática. Su perfume dulzón con un punto afilado me golpea y me dan ganas de enterrar la nariz en su cuello y desaparecer un rato del mundo. Y, de fondo, un rastro amargo a tabaco, noche mal cerrada y tensión. La piel la delata, aunque la intente cubrir de Chanel: le sudan las ganas de salir corriendo y quedarse al mismo tiempo.

Se mueve firme, pero la pose de jefa no tapa el temblor de fondo. Pega pasos que retumban en el suelo, muy segura, muy «esto es lo que hay», pero no cuela del todo; a mí no me la da. Reconozco la estrategia, ese teatro. Lo he vivido, me la sé.

Y el verdadero problema no está en el presente, está en la memoria. Porque por mucho que haya saltado charcos, cambiado de país y pasado página, Sabina no es una ex al uso. Es una sacudida. Me dejó la vida dada la vuelta. Ahora la veo y todo grita que llego tarde. Tarde para los reproches, tarde para las explicaciones, tarde para desenredar lo que quedó apretado. Pero la veo brillar con todos sus misterios bien puestos y el runrún en el estómago me dice que la historia con ella no ha muerto del todo.

Al ladito, en el suelo, está Bicho, mi gato. Ese pequeño dictador peludo que vive su mejor vida de *couch potato* cuando no lo molestan. Y oye, ya no va en la mierda de transportín azul con peces, ese que parecía un táper de comida china de hace diez años y que, de verdad, ¿quién inventó esa cosa con semejante crimen visual? Ni de coña. Sabina, que si no es top, no juega, ha decidido que mi Bicho tiene que viajar en un bolsito que parece sacado de un desfile de Vetements para mascotas. Blanco impoluto, diseño minimalista, yo creo que le ha costado más que el viaje de ida y vuelta a Estados Unidos.

A saber lo que le habrá puesto de comer. Seguro que le ha dado sashimi de salmón salvaje o comida premium a domicilio. Míralo, ahí está, panza llena y careto de emperador romano, que ya le veo yo la jugada: en cuanto vuelva al menú del Mercadona, me monta un motín felino.

Nada más verme, monta el numerito. Su maullido me pega un golpe en el pecho. Me agacho delante del bolsazo *deluxe* y toda la compostura se me va a la mierda. Meto la mano hasta los nudillos por las rendijas para tocarlo. Si no llego a tener un poco de vergüenza, lo saco aquí mismo a lo loco.

—¡Pero bueno, jefe! ¿Tú eres consciente de la vida de jeque que te has pegado estos meses? ¿Eh? ¿Sobreviviste al reinado de Sabina la Magnánima, entre mantitas finas y latas *gourmet*?

El colega me huele la mano, suelta ese resoplido suyo que no se sabe si es saludo o amenaza y me enchufa un lengüetazo. Listo, pacto sellado, perdón concedido, seguimos siendo colegas.

Sabina se marca una risa suave, una de esas que son solo para entendidos.

—Creo que te ha echado de menos.

—Y yo a él, pero a niveles de madre divorciada —le contesto, medio sentada, medio colapsada—. Dime la verdad: ¿lo has dejado invadir tu cama o ha dormido exiliado en la terraza, escuchando jazz y peleando con los mosquitos?

—Ha dormido conmigo —responde, con ese tonito de «he hecho lo imposible y lo sabes».

Nos damos dos besos. Todo raruno, desubicado. No recuerdo la última vez que hubo protocolo entre nosotras, siempre fuimos más de estropicio emocional que de educación de telefilm. Yo voy en piloto automático, postureo de mujer fresca, pero por dentro, ni una pizca de *glamour*. La última gota de elegancia la he perdido entre la marabunta de Atocha, el sudor de Madrid y el ventilador de Eva.

Me siento enfrente, cruzo las piernas, intento que no se me note el tembleque. Lo que pasa es que no sé dónde meter las ganas, ni el pasado, ni el maldito nudo que se me ha instalado en la tripa.

¿Y ahora qué? Pues ni idea, colega. Aquí estoy, con la reina madre de las rubias, un gato que me tiene fichada y el caos dentro, a ver quién se atreve a poner orden en esto.

Pongo el transportín este de diseñador a mis pies. Lo abro un poquito, lo justo para que Bicho saque el morro y me lance ese gesto de «tenemos cosas pendientes, ¿no creas que lo olvido».

Y entonces noto que Sabina me escanea con su sistema de reconocimiento facial en tiempo real, procesa mi perfil, detecta microexpresiones y saca todos mis errores y vulnerabilidades. No es que ocupe espacio, es que invade el aire, lo dobla a su voluntad. Pura energía, toda para ella.

Y en ese momento lo siento todo a la vez: a Bicho que sale medio torpe de su cárcel de lujo y a Sabina que se me mete dentro de la cabeza con cada mirada, cada gesto controlado.

Me atraviesa con una frase cortante, voz baja, sin avisar:

—Estás más flaca, bonita. ¿Problemas de hambre o de ánimo?

Hago un gesto despreocupado.

—De futuro más bien.

—No tienes ni un euro —me contesta, tan pancha, como si leyera el extracto de mi cuenta cada mañana.

Se quita las gafas. Ojo al dato: azulazo, directo, la intensidad de un interrogatorio en comisaría de peli yanqui. Me da un pellizco en la tripa, pero también me sube el voltio.

—No pongas esa cara, Asia. Rashel me tiene al día de todo.

¿Perdona? Ahora resulta que Rashel se marca informes secretos sobre mí. ¿Qué es esto, el club de la vigilancia materna? ¿Tengo cámaras en la nevera?

—¿Me estáis espiando?

Y ella, toda señora jefa y sin despeinarse:

—Te estamos cuidando. No confundas.

Bebe de su vaso con pepino y yo trago bilis y orgullo en silencio. Me tienta un bufido, pero me lo reservo, junto al calor de Madrid y la rabia de estar tan controlada. Sí, me revienta que me lleven la cuenta, un montón.

Pero luego la miro, me acuerdo de Leo y del milagro de que esté vivo y no me sale el numerito. Sé que sin esta rubia y su esbirra Rashel, yo ahora mismo estaría vendiendo mecheros en la esquina o tirando de ideas raras.

Así que me callo. Bajo la cabeza lo justo, hundo la rabia y las ganas de estallar. Ya habrá momento para soltarlo, cuando no huela tan bien, cuando no la tenga tan cerca y no me gane con ese aire de quien lo puede todo. Es un lío estar cerca de ella. Un lío que respeto… y que me mata.

Sabina gira la copa con esos dedos que, no sé, ¿los ha diseñado un artista italiano o es que son así de serie? Podría tocar el piano o robar un banco con ellos sin dejar huellas. ¿Lo hace por el postureo o porque está nerviosa y no sabe qué hacer con las manos? La escaneo. Porque, a ver, sigue siendo Sabina Rey. Exmodelo, jefa de jefas, la reina del cotarro. Y aunque ya me haya desenganchado del vicio que era mirarla ni me atrape el veneno de antes, no me he quedado tonta ni ciega: todavía sé distinguir el arte cuando lo tengo delante.

Luce divina, claro. Que impresiona, vaya. Pero… el vuelco en el estómago ya no me lo da. La reconozco, la proceso y no se me rompe nada por dentro. Eso, para mí, es nivel leyenda.

Y justo ahí, ¡pam!, Sara se me cuela en la cabeza. No hace falta ni esforzarse: tengo a su hermana delante, todo tan evidente que no da opción a otra cosa. El cerebro se me va de Sabina a Sara sin frenos. Y sí, las dos son un escándalo, eso no lo discute nadie. Pero lo que a mí me desmonta, lo que me deja medio boba y descolocada, es lo diferentes que son las sensaciones.

Sabina tenía el truco aprendido. Sabía ponerme nerviosa, sacarme el lado fiera, hacerme sentir elegida, especial y prohibida, de esas pasiones que te suben la fiebre y te bajan la moral. Un lujo, un capricho, un incendio en la habitación.

Sara… lo suyo va por otro lado. Con ella, todo lo que llevo blindado se desactiva. No es solo que repare en mí, es que atraviesa la fachada, traspasa el personaje, ignora el disfraz y encuentra a la Asia que nunca saco a la calle. Ni idea de cómo lo hace, ni por qué, pero la cuestión es que lo consigue. Y eso sí que acojona, porque dejarse ver de verdad… da vértigo.

—¿Te has enfadado conmigo? —murmura, pillando el aire tenso.

No me sale ni hacerme la loca. El runrún por dentro es otro, si supiera todo lo que me está dando vueltas en la cabeza, saldría corriendo.

—No lo sé. Un poco, Sabina.

—¿Por el dinero? Solo quiero ayudarte.

Asiento. Pero claro que me jode. Bastante. Lo suficiente para que hasta me cambie la expresión.

—Y porque llegas con la solución lista y el salvavidas bajo el brazo. No puedo aceptar otro ingreso tuyo. Ojalá pudiera decirte «venga, pásame el Bizum», pero se me atraganta la vergüenza, tía. No quiero que pienses que soy una desagradecida, porque lo que has hecho por mí, por Leo, eso se queda grabado aunque mañana explote el planeta. Pero ya me cuesta suficiente saber que jamás podré devolvértelo, así que más deuda encima… no.

Sabina aparta la vista. Ahí ya no hay pose, ni posturitas. Si lo finge, ha ido a clases intensivas, porque se le ve el bajón.

—Yo funciono así, Asia. No pido permiso, no mido. Y no quiero que te sientas espiada ni que pienses que llevo un dron siguiéndote

el paso. Pero tampoco puedo mirar para otro lado y dejarte tirada en la calle con trescientos euros, entiéndeme. Me sale solo, lo siento.

—Solo quiero tener mis cosas, pagarme mis cafés, mis facturas, no estar en la cuerda floja esperando la transferencia mágica. Déjame hacer el ridículo laboral yo sola, por lo menos.

Me pesa. Todo el mundo me pesa últimamente. Me pesa no currar, me pesa que mi vida dependa de ella, de Rashel, de Sara, de la suerte o del humor del universo. Princesa Disney de extrarradio, sin castillo ni príncipe ni hada madrina, solo esta reina rubia emperrada en no dejarme caer.

—Tienes razón, pero no te pongas así, que no quiero que pienses que te compro ni te humillo. Quiero verte bien, Asia. Déjame ayudarte mientras te aclaras. Es solo cariño, ¿vale?

Me roza la mano y el cuerpo me lo traduce en electricidad directa al estómago. No solo es calor. Es ese algo que, a pesar de todo, sigue ahí. Y sí, me remueve. Pero en el fondo, me tranquiliza.

El camarero le deja la cuenta a ella sin decir nada, supongo que intuye que aquí no va a haber discusión, que esta tía es la que paga y punto. Sabina la coge y la salda en lo que tardo yo en colocar bien el transportín de Bicho. No me da tiempo ni a fingir que voy a sacar la cartera, que eso sí que habría sido teatrillo del bueno.

Me pongo en pie, el gato maúlla con ganas de telenovela y yo, por dentro, hecha un nudo, pero sin que se note.

—Gracias por traerme al gato. Y por cuidarlo. Y por…

Paro antes de soltar la lista de todo lo demás. No sé qué fuerza me da, pero la abrazo. Así, sin aviso. No de esos rápidos y tontos, sino de los que se quedan pegados un segundo extra, porque, aunque me empeñe en ir de independiente, joder, qué bien sienta este refugio.

La suelto antes de hacer el ridículo y la miro, muy seria. Sé que quiero remontar sola, que no quiero deberle nada a nadie, que necesito ser la Asia que sale adelante aunque sea por orgullo… pero la pura verdad es que saber que hay alguien que me respalda, sin pedir nada, después de todo, me sostiene. Más de lo que admito. Eso también va para Sara, aunque ese lío aún ni yo sé por dónde pillarlo.

Capítulo 5

Sara

¡Ay, a la porra! Se me escapa el dedo y le doy al botoncito de videollamada sin pensar, que ni para esto me da ya la neurona. No tengo claro si quiero que mi hermana me consuele, que me dé un par de voces para espabilarme o simplemente que me deje despotricar a gusto. Por lo pronto, ella contesta, menos mal.

—Sabi, ¿tienes un minutillo?

—Pues claro, bonita, ¿qué pasa?

Yo no soy de ir largando mis penas a la primera de cambio, ¿sabes? Y encima, Sabina bastante tiene ya con lo suyo: que si la vida de famosa, que si los líos esos que se cree que vive en una película y las amantes que le salen hasta de debajo de las piedras, internacionales y todo, que ya ves tú. Pero claro, es mi hermana; mi paño de lágrimas, mi recurso cuando me quedo seca de ideas y la que me aguanta en lo bueno y cuando tengo la vida hecha un cuadro, como ahora mismito, que no levanto cabeza.

Y ojo, que con ella me la juego: o te saca del apuro con un plan infalible o te mete en un jardín que acabas peor de lo que empezaste. Yo no sé si es que soy masoca o desmemoriada, pero siempre termino llamándola. Una cosa mía, vaya.

—Sabi, te necesito, llevo una semana ya con un sinvivir —le digo al final, con la voz medio rota, porque entre el drama y la vergüencita, no me sale otra cosa.

Y ahí va, directa al grano, porque ella es muy suya.

—¿Qué pasa ahora? —me suelta con ese tonito entre «te quiero» y «eres pesadísima», que me dan ganas de colgarle.

—Es Daniela, Sabi. Escúchame, que estoy a un tris de tirarme por el balcón, pero de verdad, ¿eh? No de boquilla, que tú me conoces. Te lo juro por mi bisturí: la niña pasa de mí olímpicamente. No me

escucha, no me suelta más que gruñidos y si me dice algo, es con una cara de acelga que para qué. No me mira ni para pedirme veinte euros, que ya es decir. Yo tengo en casa una okupa, pero muda y con mala leche.

—¿Y esta vez qué ha hecho? —resopla ella, con esa carita que parece que la que exagera soy yo, pero vamos, que si ella tuviera a mi hija, ya estaría en el psiquiátrico.

—Pues no sé, chiqui, no sé qué ha hecho. O qué he hecho yo, que a veces creo que fui yo quien le habló malamente cuando nació. Te lo digo ya, esta criatura me va a buscar la ruina, que me veo en urgencias con una úlcera. Y a ella que le da igual todo, que me dan ganas de soltarle un sopapo, Sabi, pero claro, luego la mala soy yo. Y mírame, creyéndome la madre perfecta y, al final, capaz que me quedé en madre de segundo de rebajas.

Le cuento todo, todito. Lo del colegio, el *show* con la directora, la dichosa donación… Y ella, ni mú. Ni un «ay, hija», ni un «te lo veía venir», ni un «te lo dije». Vamos, que para lo que le gusta a ella soltar pullitas, hoy está demasiado callada. Pero callada, callada, con esa pose de psicóloga de barrio pijo, la bata de lino recién planchada y el moño ese que lleva, que a ver si me dice cómo se lo hace, porque no se le mueve ni un pelo.

Y te digo yo que si no me baja la tensión mientras me escucha así, sin abrir esa boquita tan de mandar que tiene, es porque ya estoy curada de espanto. Está en modo «escucha y aguanta», y no sé si darle las gracias o preguntarle si se ha tomado un tranquilizante antes de la videollamada, porque esto no es normal en ella, vamos.

Eso sí, tenlo claro: en cuanto cuelgue, va a poner orden aquí. La delegada de mi existencia. Chin pum. Que a esta no le falta tiempo, es la Mary Poppins, pero sin flauta ni paraguas, que lo hace todo con la mismísima mirada. Y tú, pues te aguantas, que para eso la has llamado.

—Venga, vale —dice ella al fin, con ese tono de «aquí estoy yo para arreglarlo todo» que me pone de los nervios y me tranquiliza a la vez—. Vamos a buscar una solución. Juntas.

Yo, mientras la escucho, me lío en la cocina, que dice mi madre que hacer un revuelto siempre relaja. Apoyo el móvil en el microondas. Saco el calabacín, los huevos y un poco de queso feta que lleva dando vueltas en la nevera desde hace dos semanas.

—El problemón será cuando terminen las clases —me arranco, mientras revuelvo y veo cómo se mezclan los mareos con el queso —. Desde que murió Mateo las niñas están con los viejos en Tarifa todo el verano, que ya lo sabes. Pero este año a Daniela no la mando. No están las cosas para que les dé un susto, ni loca.

Y sigo a lo mío, jugando a ser chef con la vida. Le doy a los huevos, que ya irán cuajando… digo yo. Entre grumos y pegotes, igual que todo, claro.

—¿Tú crees que no podrían con ella?

—Chiqui, por favor… papá y mamá ya bastante hacen con soportar a la tita Encarni en las comidas familiares. ¿Tú crees que les voy a meter ahora a la niña, en su versión apocalipsis adolescente? Tú no has visto hasta cómo la pobre Chispa se esconde nada más que siente sus pisadas. No puedo hacerle eso a mamá, que ya bastante tiene con el lumbago y con el WhatsApp de las amigas. Y yo tengo que trabajar. ¿Qué hago? ¿La dejo sola aquí, con la tele, el TikTok y el demonio revoloteando por la casa?

—Pues tengo una solución —dice toda misteriosa, que parece que está a punto de estrenar peli en Sitges—. Pero igual no te hace gracia, ya te lo aviso.

—Ole, qué manera de crear expectación, nena. Me tienes con el corazón en la boca, vamos.

—Asia.

Se me cae la espumadera al suelo. Y no por torpe. Es que el cuerpo me ha dicho: «hasta aquí hemos llegado, Sara, tú sabrás».

—¿Asia qué?

—Asia está en Madrid. La he visto. No tiene trabajo, ni piso, ni nada. Y se me ocurre que podrías contratarla para que cuide a Daniela este verano. Una *hermana* mayor, ¿sabes? Que le haga un poco de vida, que la saque y la organice. La niña necesita estructura, Sara, que el verano es un descontrol.

—¿Pero tú te has dado un golpe en la cabeza, chiquilla? —le digo, porque vamos, está fatal esta mujer.

—Que no, que lo digo en serio, Sara, que esto lo he reflexionado con los pies en la tierra. Asia, antes de ese capítulo Kill Bill que protagonizó en mi vida, era educadora social, ¿eh? Y no hablo por hablar, que me leí su currículum. Tiene experiencia con niños y adolescentes de esos que te hacen perder las ganas de vivir. Daniela no la va a asustar, palabrita de honor.

—Mira, Sabina, yo no estoy segura de si eso es lo que necesito ahora mismo, de verdad te lo digo. Que sí, que Asia es un encanto, una muchacha monísima y todo lo que tú quieras, pero vamos, tiene un historial amoroso contigo que podría salir en una temporada de *Amar es para siempre*.

—Hermana, yo me quedaría con Daniela este verano, pero es que tengo unos planes que ni me la puedo llevar ni meterla en el bote.

—Que no, Sabi, no te preocupes, ni se me pasa por la cabeza endosártela. Te he llamado para echar bilis, no para que me arregles la papeleta, aunque vamos, que tú aprovechas cualquier hueco para soltar esas ideas tuyas como si nada.

—Sara, te lo digo en serio: esto se te está yendo de las manos y necesitas ayuda pero ya. Asia necesita dinero, tú necesitas un respiro… vamos, que está más claro que el agua.

—Bueno, mira, puede ser. Lo mismo me lo pienso, ¿eh?

—Tú piénsatelo con calma, pero escucha: el sueldo lo pongo yo. Y lo de la donación esa del cole… Déjame a mí que llame a la directora, la del moño ese de antena parabólica. Que estoy en pleno apogeo de fama y me apetece bajarle los humos, que va de lista y no sabe ni la mitad. Le voy a soltar cuatro cosas que va a tener que abrir la ventana para ventilar el despacho.

Me entra la risa, porque ya la estoy viendo, con el moño temblando y mi hermana dándole el repaso de su vida.

—Venga, llámala tú.

¿Tú te crees? Nunca pensé que iba a decir esto, pero aquí estoy, tragándome mis palabras. Sabina flipa, pero yo más todavía.

—Eso sí, ni se te ocurra decirle a Asia que yo he puesto un euro, ¿eh? Le vendes que eres tú la que le da el curro. Que la niña es muy

orgullosa y encima me ha montado un drama diciendo que no quiere ni un céntimo mío.

—¡Sabi, hija, de verdad, qué cruz eres! Siempre metiéndome en líos… A ver, que no estarás otra vez con el rollo de Asia, ¿no? ¡Dime que no, por favor!

Y oye, lo suelto entre cabreada y con la tripa apretadita, que no sé si es del mosqueo que tengo o del pegote de ensaladilla rusa del almuerzo, que estaba dudosa, la verdad. Aparte del follón que se le puede montar a ella con mi santa cuñada, es que me da pena de Asia, que ya sufrió bastante la última vez. Y encima, para rematar, siendo sincera y siguiendo con las confesiones, que Mateo me perdone desde donde esté, lo digo también por mí.

Esto de ser humana es un coñazo, pero es que cuando me tocan el corazoncito, me hago una ensaladilla mental peor que la del almuerzo. Y sí, me lo digo yo solita: soy muy buena para dar consejos, pero luego, para aplicármelos… Pues eso, una fullería como siempre.

—¡Que no, Sara, por Dios! No seas pesada. ¿Te crees que tengo ganas de más historias con Asia? ¡Aunque, por cierto, no se te ocurra soltar ni media palabra a Amaia! Que si se huele que esto es idea mía, me arma un número que acabamos explicando nuestra vida en horario de máxima audiencia.

Y no puedo evitarlo, me entra la risa floja. Es que somos un cuadro. La Canija siempre tan puesta, mi cuñada aguantándolo todo, Asia que ahí donde la ves, la vida se le va en cada conversación… y yo, pues aquí, con los huevos revueltos y el ánimo haciendo piruetas.

—Pero vamos a ver, ¿y esto por qué lo haces tú, miarma?

—Porque me siento culpable, hermana. Por lo de Amaia, por Asia… La quiero, Sara, de otra manera, pero le tengo cariño. Y venga, que también te quiero echar un cable, que te hace falta.

—Sí, pero vamos a ver, ¿tú realmente te crees que Asia tiene el cuerpo y el arte para aguantar a Daniela? Porque en cuanto le suelte una de las suyas, la deja tiesa.

—¿Y quién te ha dicho a ti que Asia se va a quedar callada? Anda ya, si esa tiene más peligro del que te imaginas y el sarcasmo lo

maneja sin despeinarse. Ya verás tú cómo le da la vuelta a la tortilla.

Le echo un reojo mientras apago la vitro porque los huevos ya no pueden estar más cuajados sin que se me rebelen. Y yo, mira, en las mismas estoy: más cuajada que ellos. Me pongo a recoger el desastre que he liado en la cocina con una pereza que ni te cuento.

—No le digas ni pío todavía, ¿eh? Dame tiempo para pensarlo. Sabi, no te vengas arriba tampoco.

—Hecho. Pero si dices que sí, tú tranquila, que yo te digo cómo vendérselo. Ya sabes que para camelar soy una artista.

—Tú naciste para venderle bragas a las monjas, tía —le digo mientras me lavo las manos y cojo el móvil.

Nos reímos las dos, porque otra cosa no, pero el cachondeo no nos falta.

—Hazme caso, Sara, que yo sé de lo que hablo. La conozco.

—Sí, sí, claro que la conoces, cariño mío —le suelto con mi tonito de guasa que viene de serie. A esta no hay quien le quite la manía de creerse la reina del mambo.

Ella se ríe con esa seguridad que tiene, como si la vida le estuviera saliendo a pedir de boca. Y oye, bien por ella, pero vamos, que siempre ha sido igual entre nosotras. Ella lleva la batuta, organiza el sarao, reparte papeles, y yo, pues acabo barriendo los trozos cuando todo se desmorona. Lo gracioso, o lo triste, según se mire, es que ni protesto. Será porque soy tonta perdida o porque ya me he acostumbrado a este teatrillo nuestro.

Total, que cuelgo a las cuatro y pico y el calor parece que lo han puesto con ganas hoy, ¿eh? Si es que aquí no corre ni una mijita de aire, vamos, ni para mover un grano de sal. Y en la casa, un silencio sospechoso. Carla y Daniela están calladitas, que a mí esa tranquilidad me da más miedo que alegría. Y el chucho de los vecinos, que normalmente me tiene la oreja castigada a ladridos, hoy, mira tú por dónde, ha decidido cerrar el piquito. Para que veas. Qué paz, eh, pero te juro que se siente rara, como cuando algo gordo está por venir. ¡Verás tú!

Y con este clima tan «idílico», me pongo a rumiar lo que ha soltado Sabina. ¿Traer aquí a Asia? ¿A ESTA casa con su gotelé de

toda la vida y mis macetitas medio secas? ¿A mi cocina? ¿A mi ducha? Bueno, no literalmente, pero ya se me entiende.

Asia, la criatura. Vamos a ver, que no es por nada, pero con esas greñas que lleva, que parece que se ha peinado con un abanico, y encima le quedan de escándalo. Ya quisiera yo. Y luego habla, madre mía, cómo habla. En ese tono que tú no sabes si te las suelta en broma o te está tirando la indirecta de tu vida. Total, yo me río con todo lo que me dice, pero con nervios, que nunca sabes por dónde va a salir esta mujer.

Y que sí, que es guapa, lo reconozco, aunque me fastidie admitirlo. Pero no guapa de esas que dices: «Ay, tiene su punto». No, no. Esta es guapa nivel universal, que te quedas encandilada aunque te dé coraje, porque te lo da.

Y mírame a mí, con mis gafas que son la luna de un Seat Panda, repasando las fotos que me va mandando por WhatsApp. Vamos, que me las sé ya de memoria. Les he hecho hasta carpeta en el móvil. Todo muy loco, ya no me reconozco ni yo, creeme. ¿Qué hago yo con estas tonterías? Que no tengo el cuerpo para esto. Que yo tenía un plan más sencillito, fíjate qué simple soy.

En mi cabeza, la veía, claro que sí, pero de forma relajadita: nos vemos en Madrid, me pongo mis pendientes de las bodas y un poquito de colorete, nos tomamos un café, nos echamos unas risas, «bueno, adiós, qué gusto verte». Pero nooo. Ahora estoy valorando traerla aquí, donde las paredes saben cómo se me queda cada día el moño porque ni tiempo tengo para arreglarme un poco. Esto no es casual, esto son palabras mayores. ¡Qué estrés, de verdad!

Y atiende, porque lo de Asia empezó siendo cosa de médicos, ¿vale? Todo muy ordenadito, cada uno en su papel. Yo traducía (que para eso me dejaron estudiar idiomas los santos de mis padres), ella preguntaba mil cosas como si fuera a sacar un máster allí en diagnóstico, África lloraba y Leo dormía, que parecía que nadie estaba sufriendo. Y yo, mientras, dale que te pego revisando papeles entre operación y operación, no fuera a ser que algún informe se me quedara colgado y menuda la que se liaba. Hasta ahí, todo dentro del protocolo. Profesionalidad, humanidad, lo que tú quieras.

Pero claro, luego la cosa se complica. Porque empezamos a hablar de pamplinas. Que si tú qué desayunas, que si allí está el calor que pela o que qué maja la enfermera esta de turno.

El caso es que yo me reía. Y no una risa normal, no. Me reía sola. En el hospital, en el coche, en la cocina mientras chamuscaba las lentejas. Pero lo más fuerte, ¡qué vergüenza! Me reía como si tuviera quince años otra vez, espinillas en toda la cara y llena de tonterías. Y claro, a mi edad, que ya estoy más en edad de abanico y hormonas locas que de maripositas revoltosas, pues vaya tela conmigo, ¿eh?

Luego lo de los mensajes, que eso ya no tiene ni nombre. Primero, los normales, «buenas noches, que descanses» y yo, tan digna, poniendo mi emoji de la lunita. Pero claro, eso dura lo que dura la vergüenza, porque en menos de dos semanas ya estaba mandándole audios a las tantas, con la bata de estar por casa y la mascarilla de arcilla verde que hace juego con mis ojeras. Dignidad, cero patatero. Bueno, tampoco es que yo haya sido nunca un compendio de la elegancia, porque con Mateo ya fui tirando retales de vergüenza por el camino.

Y ahora, para rematar mi espectáculo, me veo siempre esperando que me escriba. Que si tarda, me sube la tensión. Que si no contesta, pienso: «qué más da, Sara, por Dios». Pero al minuto ya estoy revisando el móvil otra vez.

Esto no es normal en mí, no. Que soy una mujer hecha y derecha. Con todo lo que yo he pasado… Que he enterrado gente, parido sin epidural, embalsamado pavos navideños y hasta he hecho una mudanza en pleno agosto con cuarenta grados a la sombra.

¡Si yo soy la viuda respetable de Mateo, el amor de mi vida! Pero, claro, luego viene esta, que tiene nombre de continente —que ya me dirás tú qué necesidad—, me manda un GIF de un gato haciendo bobadas y yo me río toda tonta. ¿Pero esto qué es? Esto no lo tengo yo ni digerido ni nada.

Pero te digo una cosa, si la muchacha entra ahora por esa puerta, voy a tener que ponerme el disfraz de moderna, liberal y muy deconstruida, porque claro, no me quedará otra.

Porque Asia… me suelta unas perlitas que no tengo claro si son bromas o si me está tirando la caña con arte. Que si «doctora *sexy*»,

que si «qué bien te quedan las gafas», que si «dame parte médico de lo guapa que estás hoy». Y yo, en vez de pararle una mijita los pies, me río y le devuelvo la pelota. Luego me veo reflejada en el espejo del baño, con la toalla en la cabeza y la crema antiedad a medio absorber, y me digo: «Sara, ¿tú estás tonta o qué?» Y sí, quiero ayudarla. Y sí, quiero ayudarme a mí también. Pero, jolín, qué lío tengo encima.

Me voy a dar una ducha, que tengo el cuello que es un hornillo y la cabeza para encalarla. A ver si el agua me aclara algo. Aunque sea las ideas.

Capítulo 6

Asia

Llevo toda la santa tarde dando vueltas por Madrid con el currículum en la mano, a ver si cae algo aunque sea fregando vasos en un antro o sirviendo café a las de la peña del dominó. Ni agua me han ofrecido, ni una mísera sonrisa, nada.

Ahora mismo paso por Fuencarral, sudando lo que no está escrito. Todo es drama, calor pegajoso y ese tufo a gente fermentada. La carpeta de los currículums da pena. Folios arrugados que ya piden jubilación y tinta que ha mudado a sepia. La espalda, un grifo abierto; la camiseta, tatuada a la piel a base de sudor y arrepentimiento. El aire va cargado de ambiente barato y ganas de salir corriendo. Madrid en verano, menú del día.

Llevo quince bares, fácil, ni un respiro. Un camarero con bigote enrollado me ha soltado un interrogatorio de máster en coctelería de autor. Yo, tan digna: «Te hago un calimocho con arte, que te arregla la vida, primo». Ni una risa. El hombre se ha ido por la puerta del humor hace años.

He dejado currículums en todos los sitios, menos en el tanatorio, y ni descarto probar suerte —que igual me fichan de animadora para difuntos—. Me he plantado en Foot District, ese templo donde las zapas valen lo que tres nóminas juntas. La dependienta me ha escaneado de arriba abajo, en plan «aquí viene la pobre del día». Siguiente parada: tienda de *bubble tea*, puro olor a fresa radioactiva, más postureo que bebida. Cero.

Luego, al Bershka de Gran Vía. He dicho que tengo experiencia doblando bragas… mal dobladas, pero experiencia al fin y al cabo. Tampoco. En Sweet Lulu, la tienda de chuches. ¿En serio? ¿Quién inventa estos nombres? ¿Cómo me veo yo gritándole a mi yo del espejo «ánimo, eres empleada de Sweet Lulu»? Pero ya ni dignidad

me queda: he dejado el currículum igual. Si el banco no me quiere ver en números rojos, yo me trago hasta los ositos de goma.

Nada, cero. Ni una mísera llamada, ni un WhatsApp con oferta cutre. Madrid me está borrando del mapa. Paso por los escaparates y ya ni me reconozco. Siento que me estoy volviendo invisible, que solo existo para mover los pies y dejar huella en el Google Maps. Fantasía de vida, sí, pero de la que no quieres repetir.

Lo peor de todo es que de lo mío, de lo que realmente me mola, de eso na-da. Estuve unos años currando en una casa tutelada con peña que venía de un marrones gordos, con movidas que flipas. Y sí, era curro duro, un montón, eh, que acababas frita, pero jolín, te sentías útil, como si de verdad estuvieras cambiando algo, ¿sabes? Haciendo una diferencia o algo así.

Y luego llegó lo de Leo, el susto gordo, la cosa chunga, la desesperación máxima, y zas, apareció la oferta esa misteriosa. Lo de Sabina. Asistente personal, ponía el email, y yo me imaginé *glamour*, viajes a sitios raros, hoteles de lujo, comidas sin recalentar. Y dije: pues para adelante. Que me creía yo que me habían fichado para la gira de alguna superestrella del pop. Y al principio… pues sí, oye, un poquito sí que fue.

Pero la cosa, la parte que no mola una mierda (si obviamos todo lo que pasó después con Sabina), es que lo de la casa tutelada lo tiré a la basura de una forma… regulera, vaya. No hice nada horrible, tampoco soy el demonio, pero ni me curré una carta, ni esas dos semanitas de «ay, qué penita me voy», ni siquiera un adiós con cara y ojos. Nada. Solté un WhatsApp a la directora, tipo: «Oye, lo siento, pero me ha salido una oportunidad y la pillo». Y ¡zas!, ni un mísero emoji de respuesta. Visto y a pastar. Total, que ahora, si quiero volver… pues se va a quedar en el *quiero*. Allí ya nadie me va a abrir la puerta, supongo. Ni aunque les lleve churros con chocolate y me ponga en modo *mea culpa* extremo.

Paso por delante de un local cerrado con un cartel que dice «Reapertura en septiembre». Qué envidia, colega. Yo también quiero uno así, en la frente, en letras grandes: «Asia, cerrada por reformas. Vuelva usted en otoño, cuando haya menos drama y más autoestima». Porque ahora mismo lo que estoy es desprogramada.

Y si ya nos ponemos a soñar, me gustaría también una lucecita parpadeando que diga «en mantenimiento emocional», para que la gente entienda que si no contesto al WhatsApp o si tardo medio siglo en encontrarle sentido a las cosas, es porque estoy haciéndome una revisión interna. Chapa, pintura y reinicio del sistema operativo, todo a la vez. Que una no puede ser intensa, *sexy*, graciosa, útil y encima empleada. Bastante tengo con no estallar.

Sigo caminando y me miro en el reflejo de un escaparate. Me veo sudada, despeinada y con pinta de haber dormido mal y discutido con el universo. Pero bueno, hay días peores. Y aún me quedan currículums en la mochila, aunque ya estén igual de arrugados que la esperanza de encontrar algo hoy.

Me dejo caer en el bordillo de la fuente esa que solo chorrea dos gotitas mustias, onda bajón existencial, igual que yo. El culo se me queda cuadrado en el mármol caliente, pero ya me da igual.

Saco el móvil esperando un milagro de esos que salen en los vídeos virales donde a la gente le pasan cosas flipantes por la calle. Una señal divina. Un DM de alguna marca rara diciéndome «tenemos una oportunidad de oro para ti». Pero nada. Más anuncios de esos de apps de inversión que te prometen que serás millonaria con un euro y la notificación que me recuerda que me quedan trescientos doce euros. Mi cuenta bancaria ahora mismo es una metáfora de mi estado vital: triste y sin un plan viable.

Y entonces, por el puro aburrimiento de la desesperación, me da por mirar el contacto de Sabina. Pero nanai. Ni de coña le pido ayuda. Y menos cuando le he soltado que no quiero nada de lo suyo, ni su dinero ni su síndrome de hada madrina controladora.

Estoy por pedir un café con hielo cuando vibra el móvil. Es Sara.

Uf. A ver. Esto no es normal. Ella no llama a estas horas. Sara es más de llamadas nocturnas, cuando ya ha apagado el modo médica que salva vidas, el modo madre que reparte besos y gritos y el modo señora que lo tiene todo bajo control. Cuando ya el ruido de la casa se calma y podemos soltarnos cosas sin que dé tanta vergüenza. Pero desde que volví de Estados Unidos, parece que nos diera cosa. La cercanía nos ha puesto en modo cautela. Ya no es la fantasía a kilómetros de distancia. Es que estamos a un par de horas en AVE, y

eso… eso lo cambia todo. Se nota que nos hablamos como si ensayáramos para algo y no sabemos qué diálogo sigue.

Contesto al tercer tono. Sí, lo cuento. ¿Por qué? Porque llevo todo el santo día deseando ver su nombre en la pantalla, y ahora que está ahí, ¿voy a hacerme la diva inalcanzable? Paso. La dignidad hoy la tengo en el bolsillo con los trescientos euros.

—¿Hola?

—Hola, nena. ¿Te pillo bien?

—Depende —le suelto, con esa voz que me sale así, de echarle morro sin pensar—. Si me vas a ofrecer trabajo, sí. Si me vas a invitar a cenar, también. Pero si es para decirme que ya no te caigo tan bien desde que estamos en la misma franja horaria, mejor me llamas otro día porque, vamos, eso me dolería.

Se ríe. No es una risa escandalosa, de las que ponen la cabeza para atrás y contagian, no. Es una risa bajita, rápida, contenida. Pero a mí… joder, a mí me desarma. Me dan ganas de grabarla en el móvil y ponérmela de tono de llamada, o mejor, de audio para escuchar cuando esté de bajón. Me encanta y, al mismo tiempo, me pone nerviosa. Igual que todo con ella.

—Mira, que no era ninguna de las tres cosas, ¿eh? Bueno, lo del trabajo… ahí sí que te digo que a lo mejor un poquito sí.

Me incorporo del bordillo como si me hubieran tocado cien mil euros en un rasca de los grandes.

—¿Eh?

—Que estoy buscando a alguien, ¿sabes? Vamos, que mi idea era pillar una *au pair* de estas modernas para el verano, para que me eche un cable con la niña chica. Pero claro, me paro a pensarlo y digo: «¿Y para qué me voy a complicar la vida con una extranjera que ni sabe lo que es un puchero?» Total, que como sé que buscas trabajo, si tú quieres —y aquí se calla, pero ese silencio no es de los vacíos, es de los que dicen más que mil audios—, ¿quién mejor que tú, niña? Si es que no hay color.

Me quedo sin palabras… Y eso en mí no es normal. ¿Yo? ¿De repente tengo dotes de niñera o esto es una escena de esas de rom-com en las que la prota adorable consigue trabajo en la casa del *crush* millonario?

—i¿Yo, *babysitter*?! Venga ya, doctora, ¿qué te has bebido? ¿Una infusión de valentía con sirope de locura? ¿O es tu plan maestro para que me cuele en tu casa y te mire de cerca? —se me escapa, mitad broma, mitad… bueno, ya tú sabes, tanteando el terreno.

Hay un silencio que se alarga un poquitín, no es el más incómodo del mundo, pero sí el necesario para que yo me empiece a cuestionar: a ver, Asia, ¿te has pasado de lista o solo está procesando? ¿Se ha cortado la señora o qué?

—Oye, que me he tomado un café y medio, tampoco es que esté yo para que me pongan las palas del desfibrilador, ¿eh? Pero vamos, que eso de cuidar es un decir, es más que nada hacerle compañía y poco más, ¿tú me entiendes? La niña tiene trece años, pero el genio que gasta es de abuela de las de antes. Pero vamos, que seguro que a ti eso no te asusta, ¿verdad? —me suelta al final, y cero menciones a la pregunta que a mí me importaba de verdad.

—¿Y tú, Doc? ¿Tú sí te asustas de mí?

Lo dejo caer suavito, pero con *twist*, porque nadie quiere ser la pringada que no entra en el juego. Me quedo a la espera, sin mover un músculo.

—Todo el rato —dice. Sin dudar.

¿Todo el rato? ¿Ha ido en serio, o me está vacilando con esa ironía fina que se gasta?

—¿Y cuánto me vas a pagar por hacer de niñera con encanto?

Tengo que confesar que el salseo este de fingir que esto es un curro normal me fascina, ¿sabes? Cuando en realidad es una cosa de esas que dices «*wtf* está pasando aquí y por qué me estoy metiendo yo sola». Después de todas las frikadas que hemos hablado estos meses, esto de repente tiene una vibrilla diferente. Una cosa que dices «*ok, maybe this is happening*». Más que un curro verdadero, esto es la excusa perfecta para verla, para que me invite a su casa, para que me enseñe su universo que a estas alturas me tiene en modo bucle mental.

—Lo justito, para que no te me escapes echando leches.

—¿Tú te crees que yo me iba a escapar de ti?

—Qué va, chiquilla. Si yo sé que tú te quedas aquí aunque no te pague ni el café.

Me entra la risilla tonta, pero me aguanto para no parecer una zumbada. Es esa risa que se cuela cuando sabes que las dos jugáis el mismo juego y las dos lo estáis disfrutando.

—Ay, Sara… —susurro, casi con voz de gata—, ¿sabes que esas cosas, dichas por ti y con ese tonito, suenan a promesa?

La oigo tragar saliva. Nada. Ni media palabra más. Esa pausa es mejor que cualquier «sí», créeme. Dice: «Ya lo sé, tonta, ¿y qué?».

—Depende de qué habitación me pongas.

—La de invitados.

Respuesta automática, ya lo tenía previsto. No improvisa, juega.

—¿Y si me pierdo por el pasillo y acabas encontrándome en tu cama?

O sea, ¡viva la espontaneidad! Es el flirteo más tocho que le he soltado. Me da igual ya. Quiero que le quede clarísimo, si es que no se ha dado cuenta hasta ahora, que si yo aparezco en Sevilla, no es solo por hacer de niñera de su hija.

Se siente la tensión mientras procesa si se debería reír, lanzarme una broma épica o, yo qué sé, cortarme el rollo de una vez.

—Asia…

—Es broma —miento sin vergüenza, porque si le digo la verdad igual se cae redonda.

—Ya.

Y ese «ya»… ¡Ay, ese «ya» me da la vida! Porque no es un «cállate, loca», ni un «te vas por donde has venido». Es un «ajá, lo estoy pillando, sigue, que a lo mejor me da un yuyu, pero quiero saber más». A mí me tiembla la pierna y el corazón me va haciendo palmas.

—Iré —digo. Pero esta vez bajo la voz, que parece que estoy en una iglesia, o en un confesionario de bolleras. No lo sé. Solo sé que me sale sincero. Más yo cuando me estoy metiendo en un jardín con gusto. Y remato—: Pero me lo tienes que pedir tú. No vale eso de «si quieres», como si me hicieras un favor para que no me quede en la calle. Esto es más que eso. Quiero oírte. Dime que quieres tenerme en tu casa, que te hace ilusión, ¿sabes?

—Quiero.

Y ya está. Me derrite y me tengo que agarrar a la mochila para no despegar del suelo. Camino sin saber a dónde voy, rollo videojuego de esos que te dejan tirada sin un objetivo claro. Me meto por una calle, sin mirar, sin nada…

—Pues entonces sí, Sara. Que tiro para allá.

Entro en la boca del metro porque hace un calor que flipa y porque necesito sentarme antes de hacer una voltereta de la emoción. Ella me explica por encima los problemas que tiene con su hija. Me había contado cosas, pero no me imaginaba que estaba tan desesperada.

—Vale. Mándame la dirección. Iré mañana por la tarde, en cuanto me dé el aire y encuentre un tren. ¿Te parece?

—Perfecto. Y Asia…

—¿Sí?

—Gracias.

—De nada. Aunque no te he dicho por qué lo hago.

—Tampoco te lo he preguntado —dice. Su tono… es un caramelo. Un «sé que hay algo, Asia, pero déjame en paz por ahora», en versión *deluxe*.

—Por cierto, tengo un gato —añado en un intento de hacer que la conversación vuelva a la vida.

—Tú tráetelo, pero si me toca el sofá, te lo llevas de vuelta con la misma, ¿eh?

Estoy a punto de decirle que no lo hará. Pero, a ver, seamos sinceras, ¿el Bicho no va a tocar el sofá de la doctora? Eso no me lo creo ni borracha. Sería un cuento chino, la verdad.

—Prometo que lo mantendré alejado cuando… estemos tranquilas o cuando tú me estés dando órdenes, jefa. —Ya estoy en modo flirteo descarado, pero sin cruzar la línea… de momento.

Se ríe otra vez, pero esta suena a que no sabe dónde meterse de la vergüenza. Yo sí lo sé. En su cama. Pero me callo, que tampoco la quiero asustar.

—Me parece que tú das más órdenes que yo, chiquilla —me dice, medio de broma. Tira la caña, pero sin mojarse, la tía.

Y ahí se me activa el modo loba.

—Solo al gato y a las mujeres que se dejan.

El silencio… ¡Ay, madre! Es tan gordo que casi escucho desde aquí cómo se le ponen los mofletes rojos. O la veo, no sé, ahí, con la mano en la frente como si yo fuera una emisora pirata reventándole la cabeza.

—Vamos, que ahora voy a tener que estar con un ojo abierto y el otro también —me dice la tía, así. ¡Después de todo el vacilecito! Y yo ahí, ya con la adrenalina a tope.

—Escúchame, ¿y si hacemos un trato? Tú me dejas mandar en un par de cosas, que tampoco pido tanto, y yo te prometo que el gato no te deja el sofá hecho un cuadro. ¿Qué me dices, guapa?

Y nada. Silencio. Pero no un silencio cualquiera, no. Este es un silencio cargado de tensión. Ahí, en el aire. Sabe perfectamente por dónde voy y está pensando, procesando si me sigue el rollo o me manda a pastar. Se me calientan los cachetes de la espera, joder. Me estoy muriendo de ganas de que suelte algo, de que se ría, de que se atreva un poco más. Yo, mientras tanto, sonrío sola. Ya te tengo, doctora, ya sé que te estás mordiendo el labio y te estás muriendo de risa, pero te da cosa que yo lo sepa.

—Mira, guapa, ya veremos. Mañana nos vemos, ¿vale? Tú me pegas un toque con la hora y voy a recogerte a la estación, que si no te pierdes fijo.

Y cuelga sin más. Me quedo en medio del andén, con el móvil en la mano, el culo medio sudado por el calor y el corazón dándome brincos. Y no exagero, eh. Tengo ganas de gritar, de comprarme el billete para Sevilla ahora mismo y plantarme en su puerta. A lo peli romántica mala, total.

Esto va a ser una puta locura. Pero una locura de las que te cambian la vida. Y ojalá no se me pase la fiebre. Ojalá.

Capítulo 7

Sara

No tengo ni idea si lo que acabo de hacer es de genia visionaria o de tonta del bote con matrícula de honor. Todo esto, por supuesto, patrocinado por mi hermana, que tiene un máster en liarla parda y hacer de cualquier plan absurdo una obra de arte del caos.

Pero oye, tampoco voy a ir yo de víctima aquí, porque para decir que sí y darle vuelo al desastre, me he tirado de cabeza y en plancha, más ancha que larga. ¿Y Asia? Pues nada, que ya está en el ajo conmigo, por supuesto.

Me rasco la ceja, me doy la vuelta despacio y vuelvo a la cocina. Paso por el pasillo con esa sensación rara. Qué necesidad, Sara, qué necesidad de abrir la boca. ¿Una *au pair*, he dicho? Ni que mi vida fuera un capítulo de esos de *Españoles por el mundo*, contratando aquí a una sueca para que me encante a la Daniela. Es que me supero, me supero.

Me apoyo en la encimera y respiro hondo. Está todo manga por hombro: el bol del desayuno rebañado y olvidado, la taza con un café marchito y la tabla de cortar con un aliño de migas que ríete tú de las ensaladas esas de fusión. Doy un giro a la muñeca, abro el grifo y, hala, agua fresca, que nunca viene mal. Me echo un poco en la nuca, que tengo un calor que no me aguanto.

Hago lo posible por no pensar en ella, pero es que escucho su voz y me entra un no sé qué por dentro, que me dan ganas de darme cabezazos contra la pared, te lo juro. Y encima, con todo lo que me ha soltado, que me tiene la cabeza revuelta. Y yo, que no tengo remedio, voy y suelto un «quiero» así, a lo valiente. Parecía que estaba en el altar otra vez, vamos, qué vergüenza. Y ahora seguro que la otra está dándole vueltas a mi «quiero», que me ha quedado supercursi. Y va la tía y me suelta un «iré», tan tranquila, después

de un silencio de esos que te dejan tiesa, que yo ya no sabía si respirar o pedir socorro.

Pues nada, que esa mujer se viene para mi casa, con su gato, su mochila y esa manera de hablarme como si aquí no pasara ni media. ¡Pero a mí sí me pasa! Me pasa todo, hija, todo. Que parece que voy aquí de formal y con la vida montadita, y al final soy un dramón andante con buena ropa.

Me miro las manos. Tengo las uñas fatal, por cierto. Pero claro, con tanto bisturí y tanto guante, ¿qué le pides tú a las pobres? Me paso la toalla por los dedos, como si eso fuese a solucionar el desaguisado. Venga, Sara, haz algo de provecho, que la cena no se va a hacer sola… y el Uber Eats este mes ya te ha robado lo suficiente. Pero nada. Estoy ida. Con la cabeza llena de peliculitas que me monto yo sola, que si esto, que si lo otro, que si lo mismo pasa tal cosa. Eso sí, después me quejo de que nunca descanso.

Miro el fuego y me doy cuenta de que me he olvidado de lo que estaba haciendo. Típico. Unos ruidos extraños vienen de la olla. Dios, no. Me acerco y veo una espuma sospechosa que intenta escaparse por los bordes. Apago el fuego de golpe, saco el cucharón y remuevo con gesto automático.

La cocina huele a… ¿cómo te lo digo sin taparme la nariz? Pues a quemado con un toquecito de fracaso. Me echo aire con la mano, retiro la olla, suspiro tres veces. Paso de inventos.

Abro el frigorífico, porque gracias a Dios y a mi yo organizado tengo el táper con huevos revueltos, calabacín y queso feta esperándome. Menos mal que me dio por prepararlo antes, cuando todavía creía en mí como mujer con dignidad y sin planes temerarios.

Los echo a la sartén con un poco de aceite de oliva —virgen extra, por supuesto— y la sartén empieza a echar humito, me doy cuenta mientras le voy dando a los huevos con una cuchara de madera. ¿Por qué de madera? Yo qué sé, costumbre de mi madre, que decía que las sartenes no se rayan. Aunque ya te digo, lo rayado que tengo yo ahora es el cerebro. En fin, no sé qué hago, de verdad, esto es un despropósito. Me encojo de hombros y sigo removiendo, que esto no se va a hacer solo.

—Mamá. —Carla asoma por la puerta, carpeta en ristre y esa coleta que lleva tan tirante que tiene que dolerle la cabeza, pero oye, divina ella—. Me han dado las notas. Todo sobresaliente. Bueno, menos Filosofía, que me ha puesto un nueve con cinco la rancia esa.

—¿¡Un nueve con cinco!? ¡Ay, qué sufrimiento, la pobre criatura! Vamos a poner velas a Santa Notaza, no vaya a ser que pierdas la beca del Olimpo. —Le doy un toquecito en el brazo, pero de esos que se nota que es de guasa, que yo soy muy de cachondeo pero con cariño.

Mira que la criatura es aplicada, pero a veces me dan ganas de salir corriendo con una pancarta que ponga: «¡*Plis*, que alguien le dé un meneíto para que afloje!»

Ella sonríe y desliza su trasero para apoyarse en la encimera. Se nota que va subida en su ola de éxito y, oye, no me molesta. Me hace gracia. Se pone a soltarme la historia de no sé qué trabajo en grupo. Que si esto, que si lo otro… Se lía a hablar y yo, que estoy con los huevos en la sartén y mi mejor cara de madre presente, intento seguirle el ritmo, pero, jolín, con tres turnos y sin dormir, ya no me da la cabeza para tanto dato de juventud.

—¿Me estás escuchando, mamá? —dice entre inquisidora y «venga ya, que te he pillado». El mismo tono que usaba su abuela conmigo mientras me pelaba una naranja.

El estrés, cariño, no se va ni con valeriana. Y son las nueve y media de la noche. El sol se cuela por la ventana, tiñéndolo todo de dorado y bonito. Qué ironía. El mundo precioso y yo con los nervios en la garganta.

—Sí, sí, claro que sí, mi vida. Lo del trabajo de clase… ¿cómo se llama tu compi? ¿María?

—Lucía.

—Pues eso, Lucía o María, qué más da, si las dos terminan en í-a.

Y mientras le sonrío, continúo dándole vueltas a los huevos en la sartén, a ver si me despego el estrés del alma. Porque no sé si lo que necesito es un buen psicólogo, una escapada romántica o una ramita de romero de las gitanas de la Plaza España.

Y cuando estoy a punto de alcanzar el zen del calabacín, ¡zas! Entra mi otra niña, mi alegría de la huerta, que cruza la puerta que parece que ha salido de una pelea con un huracán. El maquillaje ese que odio medio corrido y, por supuesto, esos brazos cruzados que ya me los sé yo: viene a pedir o a protestar. Se apoya en el marco de la puerta, con el mismo aire de suficiencia que tenía Sabina a los catorce años cuando quería el carnet de moto. Pero claro, ahora me toca a mí lidiar con la criatura porque, sorpresa, soy la madre.

—¿Qué hay de cena? —pregunta.

—Huevos con calabacín —respondo, sin girarme ni un milímetro.

—¿Otra vez huevos? Me aburro. —Lo dice con ese tono de diva que tiene cuando quiere que todo en la vida sea emocionante.

—Pues sí, mi vida, otra vez huevos. ¿Qué quieres que te diga? Aquí no hay menú degustación ni gaitas, esto es lo que hay y punto. Que no soy Arguiñano.

Le suelto una sonrisa de esas que ni es sonrisa ni es nada. Cualquier día me planto un delantal que ponga: «Aquí se cocina lo que hay, las quejas al buzón de sugerencias…» que está vacío, por cierto.

Carla se ríe. Pero no una risa cualquiera, no. Se ríe con esa carcajada de que le ha pillado por sorpresa, como si yo fuera la estrella invitada en un especial de humor del Canal Sur. Y claro, a mí se me escapa la sonrisa también.

Daniela me pega una mirada que, niña, si las miradas mataran, ya estaría yo en la caja y la vecina poniéndome flores de plástico. Tiene esa mezcla de odio adolescente, tragedia y drama que solo una criatura de trece años sabe poner. Ella está convencida de que yo soy la culpable de todo lo malo que pasa en el planeta. Que hay calabacines en el puchero, pues culpa mía. Que no tiene el top ese del TikTok, también culpa mía. Que el niño que le gusta no le contesta los mensajes, pues claro, la culpa es de su madre, que según ella no da una a derechas. Vamos, que si por ella fuera, yo tendría que pedir perdón hasta por respirar.

—Pues si no te gusta, te haces tú una pizza —digo, ya con el tonito que uso cuando estoy hasta el moño, pero tampoco quiero que conste de enfado en acta—: O te abres una lata de atún, que

eso ahora es muy moderno, muy de gente profunda, ¿sabes? Cena minimalista, lo llaman. Vamos, que ni en París. Y encima te ahorras fregar, que eso sí que es arte.

Ella pone los ojos en blanco. Pero no un poquito, no. Los revira como si quisiera comprobar si el techo tiene gotelé. Me dan ganas de decirle que se le va a quedar la cara así, pero me contengo, que una ya tiene tablas.

Se da media vuelta, con ese arte que tiene para hacerse la sufrida, y se sienta arrastrando los pies. No monta uno de sus numeritos épicos, lo cual ya es un logro monumental, porque aquí la niña, cuando quiere, tiene guasa.

Carla me mira, yo la miro, y con ese *miraíto* ya está todo dicho. Ni falta que hace abrir la boca, que nos leemos el pensamiento: estamos reventadas, esto es un no parar, pero aquí seguimos dándole al tema con Daniela día tras día.

Pongo los platos en la mesa, me siento y ahí va Carla, que empieza con su charla de los planes de verano. Que si esto, que si lo otro, que si la prima de Cuenca… Yo asiento y suelto algún «ajam» para disimular, pero en realidad estoy en mi mundo, que mañana llega Asia y ya tengo el nervio ese en la pierna. Y lo peor de todo es que, si esto sale mal, yo no tengo ni idea de dónde voy a meter la cabeza.

Cuando acabamos de cenar, recojo los platos. Me doy mis paseítos por la cocina, que eso siempre queda muy reflexivo, aunque no solucione nada. Me seco las manos en el trapo de batalla, que ya tiene un olor sospechoso entre tortilla, desesperación y ganas de quemar la cocina, y me asomo al salón. Ahí veo a Daniela, vuelta del revés en el sofá. Carla ha desaparecido en su cuarto, que estará estudiando o escribiendo en su diario, como buena niña responsable.

—Daniela —digo, sin rodeos, pero con un tono lo más templado que puedo, que la procesión va por dentro, ya lo sé yo—. Vamos a hablar de lo del instituto, que llevo una semana mordiéndome la lengua. No te voy a gritar, ni te voy a castigar, que luego decís que una es una histérica, pero, cariño, prométeme que no se va a repetir, porque menuda es la que has liado. Y ni disculparte, oye, ni una palabrita. ¿Eso es normal?

Ella entrecierra los ojos. Su cuerpo está hecho un nudo, los brazos cruzados, y yo me pregunto si no le duele esa postura.

—Ya lo conté —responde sin un atisbo de movimiento, con la mirada perdida en algún punto imaginario—. Me insultó. Y me empujó primero.

—¿Y tú le reventaste la nariz por deporte o fue parte del protocolo?

—¿Ves? Ya estás con la ironía.

—¿Y tú con las evasivas? Daniela, que no puedes comportarte así y luego hacer como si nada.

—No quiero hablar.

—¡Ah, pues genial! Pero yo sí quiero, porque si no, esto va a ser el Día de la Marmota, todo el rato la misma historia. ¿Sabes lo cerca que has estado de que te echen?

—¿Y qué más da? Seguro que os venís arriba y me mandáis a un internado de monjas o algo.

—¿Pero tú de dónde te sacas esas películas, chiquilla? —se me escapa, porque es que ya no puedo con estas historias que se inventa. Me dejo caer a su lado en el sofá, para demostrarle que el espectáculo me tiene cautiva, y va la niña y se revuelve, como si tuviera yo sarna o algún virus exótico que se me haya pegado en el quirófano.

—Mamá tiene razón —interviene Carla desde el pasillo—. Tienes que cambiar el chip. No puedes ir por ahí como si el mundo entero estuviera en tu contra.

—Ya salió la empollona del año a dar lecciones —responde Daniela con veneno—. Como tú no haces nada malo, todo el mundo te adora, ¿no?

—No se trata de eso. Se trata de que estás en una espiral que te va a llevar a algo peor. Y mamá está hasta el cuello.

—¡No necesito que la defiendas, Carla! —grita ella, poniéndose en pie de un salto—. ¡Ni que me des lecciones!

—Necesitas que te diga algo, porque no haces caso a nadie. ¡Y yo no soy tu enemiga, tía, pero pareces que me odias! —contesta Carla, roja hasta las orejas.

Yo intento calmar la tormenta con las manos en alto.

—Ya está bien, por favor. Esto no es una asamblea del Congreso. Vamos a hablar sin matarnos.

—¡Es que nunca te pones de mi lado! —zanja Daniela, que esto lo tiene ya en bucle y se lo dirá al espejo todas las mañanas para practicar—. Siempre con Carla. Siempre con los mayores. ¡Yo ni existo!

—Eso no te lo crees ni tú, niña, y lo sabes de sobra —le suelto, que ya estoy más cansada que enfadada, la verdad—. Pero vamos a ver, ¿cómo quieres que te eche un cable si lo único que haces es echar a la gente a patadas?

Pues mírala, que agarra el móvil, cruza la casa con unos andares de modelo de pasarela enfadada y ¡zasca! Portazo número… yo qué sé, he perdido la cuenta. Ya no sé si son más los portazos que las veces que he intentado entender qué le está pasando a la chiquilla.

Me dejo caer en el sofá. Carla viene y me acaricia el hombro con suavidad.

—¿Estás bien?

—Estoy deseando que llegue septiembre, nena.

Y, aunque lo digo en broma, sé que por dentro, un poco, lo pienso de verdad.

Recojo lo poco que queda por medio, que esto parece la casa de los horrores. Me enjuago la cara en el fregadero con agua fría y me miro en el reflejo de la ventana. Lo que veo es una mujer pidiendo vacaciones a gritos, silencio y, si me apuras, hasta un exorcismo. Subo las escaleras arrastrando los pies, sin mirar atrás, porque si me paro, me da la llorera y no estoy yo hoy para eso.

Lo único que quiero es meterme en la cama, taparme hasta las orejas y hacerme la muerta hasta pasado mañana. Pero no, el día siguiente siempre viene, con su mala leche y sin avisar. Y encima, mañana me toca operación a primera hora. De las largas, de las que todo el mundo te mira como si fueras la Virgen de Lourdes y yo ahí, partiendo el bacalao. Cuatro horas de bisturí, foco y dolor de espalda asegurado.

Y mientras tanto, la cabeza es un bombo: Daniela con la edad del pavo, que no hay quien la aguante; Carla, que parece que no ha roto un plato en su vida, pero ya me sé yo la historia; y los

mellizos… ni un WhatsApp, ni un «hola, mamá, que seguimos vivos». Nada, ellos a lo suyo, que parece que soy la vecina del quinto.

Y claro, Asia… Ay, Asia. La que me trae por el mal camino desde hace meses. Y hablando del diablo, justo vibra el móvil en la mesita.

> **Asia:** Ya tengo el billete del AVE ??
> Llego mañana a las 18:02
> Intenta no estar demasiado seria, que me da cosa 😉

Me tumbo boca arriba en la cama con la pierna meneándoseme sola y el móvil apoyado en el pecho. Porque claro, reencontrarme con Asia no es tomarte un café con una excompañera de pilates. Esto es otra cosa. Esto es… una especie de asalto emocional con coartada de trabajo.

> **Yo:** Espero que no te hayas comprado billete en el vagón silencioso
> Aquí no se calla ni el gato 😅
> **Asia:** Me caen bien los que maúllan
> También las que suspiran 😌

Dios santo. ¿Pero esto qué es? ¿Un comentario de broma o una propuesta indecente en clave emoji? Ay, por favor, que a esta criatura le dices «hola» y te monta un teatrillo de flirteo en cero coma.

> **Yo:** No ronco
> Por si era tu próxima pregunta
> A veces suspiro fuerte
> Pero solo si estoy agobiada 🙄
> **Asia:** Pues qué suerte la tuya…
> Yo soy buenísima desagobiando 🤷‍♀️
> Tengo práctica, referencias y vocación

¿Práctica? ¿Referencias? ¿Esto es un *casting* para mortificarme? Y yo, que podría estar tirada en el sofá viendo un documental de cerebros, pues me río.

> **Yo:** Eso se aprende o viene de serie?
> **Asia:** Talento natural ??

Pero contigo me ofrezco a hacer prácticas extra.
Sin remunerar, ¿eh?
Que soy generosa 💋

¿¡PRÁCTICAS EXTRA?! ¡Ay, por favor! Esta criatura no tiene ni vergüenza ni un mínimo de pudor. Me entran hasta calores.

Yo: Por Dios, Asia…
Asia: Eso es una forma de decir que me estás esperando en bata *sexy*?
O que te arrepientes de haberme invitado? 🙃

¿EN BATA SEXY? Por la Virgen. Si esta mujer entra en mi casa con esas confianzas, me da un ataque. Y si me ve en bata, me denuncia por atentado al erotismo. Estoy aquí sola en mi cuarto y debo tener una cara que si entran las niñas ahora, van a pensar que estoy viendo cosas raras en el móvil.

Yo: Digamos que me estoy preparando
Física, mental y logísticamente 🧘
Asia: Me apunto a lo físico
A lo mental, si llego viva
Lo logístico ya lo pongo yo
Que soy apañada ✌️
Yo: No sabía que contrataba terapeuta con servicio doméstico
Asia: Y animadora nocturna si quieres 🌙

¡ANIMADORA NOCTURNA, DICE! ¡Si es que le falta un verano! Vamos, es que lo suelta como si aquí la que escucha eso fuera una descarada. A ver, yo soy una mujer moderna y resolutiva, pero tiene una que lidiar con su realidad. Realidad que, por cierto, incluye más *tupperwares* que noches fogosas.

Es que de verdad, esto no es normal. ¿Y qué hago yo ahora? ¿Le sigo la corriente? ¿Le digo que se modere? ¿Le pongo normas de convivencia por escrito?

¡Ay, por favor! Si mañana me entra con su maletita, esas sonrisitas y soltando cosas así, me quedo tiesa. ¿Quién aguanta eso? Y no, no es que me guste. Que no, que no… Vamos, claro, me hace gracia; un subidón de tarde fresca. Pero de ahí a… ¡Ay, mira, que no!

Esto es convivencia, Sara, ni se te ocurran tonterías. Es una chica que viene a ayudarte con la niña, Sara. ¡La niña!

Necesito un cambio de tema.

Yo: Ya me lo dirás cuando sobrevivas a Daniela
Asia: Esa niña me va a acabar adorando
Aunque primero intente matarme 😈

Esta muchacha está fatal, o es que tiene más valor que el Guerra, o lo mismo arrastra un trauma de esos que ni Freud.

Yo: Te tengo más fe que al AMPA del colegio
Y eso es decir mucho
Asia: Por eso mismo no me despidas si me ves en pijama feo…
Aunque mañana llevo el bueno 😇

¿Pero tú te crees? ¿A mí qué me importa el tema del pijama? ¿Quién le ha pedido a esta niñata que me suelte eso? Tiene un arte para llevarse la conversación a su terreno que ni los ministros, vamos. Pero vamos, que conmigo va lista.

Yo: Eso qué es, con camiseta o sin ella?

Pero vamos a ver, ¿qué acabo de soltar yo? ¿Quién me ha poseído? ¿Qué espíritu travieso me mueve los dedos?

Asia: Depende del calor…
Y de quién ande por casa ??
Yo: Tú tráete los dos
Y si eso, un ventilador 🫠

¡Toma ya! Que ya no soy ni yo, soy la versión despendolada de mí misma, sin filtro ni vergüenza. Mira, que me suda hasta el bigote, que no tengo, ¿eh?, no te vayas a pensar. Estoy entre partirme de risa y llamar al 061 para que me recojan, porque esto ya no es una charla, esto es un tonteo de patio de colegio. Si tuviera el abanico a mano, te juro que lo sacaba, porque me está entrando un calor… Y no es la menopausia todavía, ¿eh?, que quede clarito, aunque haya quien piense que a los cuarenta ya estamos para el asilo.

Asia: Eso es una invitación a dormir sin ropa?
Porque si es por ahorrar luz, me adapto 😏

Me quiero morir. Pero no de vergüenza, ¿eh?, que eso ya lo llevo superado, sino porque esta mujer me hace dudar de todo. No puedo. No estoy capacitada. Esta chavala me va a enterrar viva con un emoji. Pero claro, yo sigo. Porque soy débil. Porque tengo una edad. Porque hace mucho que nadie me tira los trastos así, con arte, con descaro y con intención.

Yo: Asia…
Asia: Dime, doctora 👩‍⚕️
Yo: Buenas noches 🌙
Asia: Sueña bonito
O sueña conmigo
Que es más entretenido 💋💤

No le contesto, porque para qué, si ya he largado lo mío y más. Pero oye, tengo la sonrisilla esa de tonta que ni queriendo se me quita. Apago la lámpara, que mañana a las seis en pie y me espera una faena de cuatro horitas con un bisturí en la mano, ni más ni menos. Pero nada, las neuronas me traicionan, porque hay mensajes que se quedan dando vueltas por dentro mucho rato después de haber cerrado el chat. Qué le vamos a hacer.

Capítulo 8

Asia

Voy en el AVE. Sudo, y no porque el aire acondicionado falle. Son los nervios, colega. Me siento en un *casting* de La Isla de las Tentaciones, sin saber si me van a tentar o voy a tropezar yo sola. Algo así, pero sin palmeras ni piscina. He tirado de desodorante dos veces y, a este ritmo, voy directa a un ataque de ansiedad.

El trayecto entero, dale que te pego a Sara por WhatsApp, versión plasta prémium. Pero plasta con gracia, ¿vale? Mensajitos tipo: «¡Córdoba pasada con éxito, sin dramas!», «Hay un niño berreando delante que me está dando ganas de unirme al festival, a ver si nos echan por pesados», «¿Tú dirías que con cuatro camisetas tengo suficiente? Porque lo mismo esto se convierte en un *reality* y me veo sin camisa de gala». En fin. Cuando se me cruzan los nervios, me da por escribir. O por hablar. O las dos.

Última media hora sin señales. Silencio absoluto. ¿Y yo? Enganchada al móvil, dándole a la pantalla cada treinta segundos, convencida de que, si insisto lo suficiente, la hago aparecer. Patético, pero real. A ver, lo lógico, lo que dicta el sentido común, es que está conduciendo, que ya está en camino. Pero ¿y si de repente le da la pájara y piensa «Uy, no, qué pereza de tía, mejor me quedo en casa»? Mi cabeza ya se ha montado la peli de terror, con escena a cámara lenta y todo: ella, freno de mano dramático, chirrido de ruedas, polvo levantándose, y yo ahí, plantada en medio de Santa Justa con el Bicho bufando como si le hubiera prometido caviar y le diera pienso de gato cualquiera.

Y lo peor… con la riñonera. Sí, me la he traído. La de batalla, la fea, la que te pone al mismo nivel de moda que un guiri en chanclas con calcetines por Madrid. Nivel señora mayor haciendo el Camino de Santiago. Pero ¿funcional? Una barbaridad. Es mi kit de

supervivencia en formato bandolera. Ahí meto el DNI, la tarjeta esa del bus, cargador, las llaves, un mechero por si hay que quemar algo por emergencia… y sí, también tampones.

Y Sevilla… ay, la que se avecina. Me bajo del tren y me da una patada de calor que me reinicia el sistema. El Bicho asoma el morro por la rejilla y me clava esa mirada de «eh, humana, ¿qué has hecho con el planeta?» Greta Thunberg en versión felina. Un poco razón lleva. Decidí venir, así que toca sudar y apechugar.

Primero, ese *zum* que apesta a humanidad concentrada. Luego, un señor que se ha bañado en colonia, no una normal, no. De esa de tienda pija, mármol negro y luces bajas. Notas florales, dicen. A mí me huele a perfume que te echas para la herencia. Total, que ya voy con mareo, y eso que aún estoy en el andén, colega.

Y por si eso no fuera suficiente tortura nasal, me llega un aroma… subterráneo. Gambas al ajillo. Sí, HAS LEÍDO BIEN. GAMBAS. A las seis de la tarde. ¿Pero qué es esto? ¿Una taberna marina versión *fast train station*? ¿Un experimento de la NASA para testear olfatos masoquistas?

Y el sonido… ni te cuento. Voces por todas partes, risas, gritos *made in Spain*. Una señora despachando al marido por teléfono, un niño berreando por un helado, un tipo agitando el Lonely Planet. Sobrecarga total. Y de repente, sin previo aviso, BAM. Un bocadillo. De… ROQUEFORT. He tenido que teletransportarme tres metros a la izquierda. Yo soy dura, pero no tanto, ¿sabes? ¿QUIÉN se trae roquefort a una estación, con cuarenta gradazos, rodeada de TRES MIL PERSONAS? PELIGRO PÚBLICO. Eso es. Gente que merece vigilancia *postmortem*.

Subo en la escalera mecánica con la cara chorreando y el flequillo pegado. Me seco con el antebrazo, la dignidad aquí se ha evaporado. Supervivencia pura. *Glamour*: nivel subsuelo. Ajusto la riñonera, respiro (error, huele a roquefort vintage con colonia de entierro) y… zas. La encuentro.

Icónica total. Es un «Dios mío de mi vida» interno que me paraliza los pasos un segundo. Está a unos metros de la escalera, con ese *look* suyo de señora que se organiza la vida sola desde

1997, con las llaves en una mano y pinta de no haber venido a tontear.

Va vestida de blanco. De lino, además. Como si se pudiera ir por la vida llevando un vestido así, a las seis de la tarde, en Sevilla, sin provocar que una pobre incauta, o sea, yo, se atragante con su propia lengua. Y no es que vaya arreglada, no, es que parece que no se ha arreglado y le ha salido todo bien igual. El moño ese, medio caído, medio perfecto, que no sé si se lo ha hecho en el coche o lleva así desde las ocho de la mañana, pero le queda de infarto. Y las gafas puestas encima de la cabeza como si fuera lo más normal del mundo tener pinta de estrella de cine mientras esperas en la estación de Santa Justa.

Y sí, de repente *flash*. ¡Sabina! inevitable, obvio. Es que se parecen un montón, pero tela, ¿eh? Aunque Sabina… joder, esa es otro mundo. Sara es… parecida pero diferente. No va de *femme fatale* que sale de una nube de humo misterioso. No, es que no le hace falta, ¿sabes? Tiene cuerpazo. Está buena. No hay otra forma de soltarlo sin sentirme ridícula.

Y ahora, con este calor y el vestido ese… uf. Se le ve todo. TODO. Lo que no me había dado cuenta en la mansión. Cuando la conocí era invierno; jersey de cuello alto, supercorrecta, con esa pinta de médica que ha dormido tres horas pero sigue operando. Ni me fijé. En serio. No sabía cómo era su cuerpo realmente.

Y sí, es ella. La de la mansión, pero también la Sara de WhatsApp. La que le tiro una indirecta con un emoji y se ríe con nervio, pero no me deja en leído. Me da pie. Y eso me tiene enganchada. Me vuelve loca, coño.

No sé si hacerme la tonta o si tirar para adelante y decir «hola, señora *sexy*, ¿qué tal el día?» Estoy a un palmo de un ataque de pánico, pero nada. El universo conspira contra mi poca dignidad. Me ve. Y me sonríe. Mierda. Voy.

A su izquierda está la niña mayor: Carla. La reconozco al vuelo de las fotos que Sara me ha mandado por WhatsApp. Piel de esas que no ven el sol, pelo liso planchado a fuego y postura tiesa. Va vestida con falda color crema, blusita blanca impoluta y una diadema de esas finísimas. Y un reloj… puf, de esos que no te dicen solo la hora,

te dicen «mis padres me pagan la carrera, cariño», carísimo, seguro. Vamos, la estampa de ser la hija mayor responsable que flipas.

Y al otro lado… Daniela. Buah. Directa al drama, ya te lo digo. Esta es un puto clon de Sabina, en miniatura y con más *eyeliner*. Rubia platino, pelo liso y brillante que le llega hasta la cintura, pantalón corto negro, camiseta ajustada con alguna frase tipo «No me hables». Y la mirada… ¡Ay, la mirada! Me atraviesa y me dice «no te acerques si no quieres que te salte una ceja y me la quede yo para peinarla». Vamos, que desde aquí, y estoy todavía a diez metros, se nota que la niña tiene más carácter que yo, y eso ya es nivel PRO. Podría protagonizar una temporada de serie de adolescentes tranquilamente.

Pero la que me tiene temblando no es ninguna de las dos. Es Sara. Mi doctora. Y, joder, está más atacada que yo. Se le nota en la postura esa que es puro nervio contenido. Se recoloca el moño y mira el móvil. Lo apaga, lo enciende. Puro paripé. Y ese balanceo suave de un pie a otro… por favor, estoy viendo un meme de ansiedad en vivo. Prometo por mi gato que esa mujer está a dos segundos de darse la vuelta y fingir que se ha equivocado de estación, en plan «uy, esto no es la India, *sorry*».

Así que yo, que al principio venía con todo el *flow* de ser la *hermana mayor,* a lo Pedro Aguado versión bollera, salvadora de adolescentes problemáticas y esas cosas, de repente, estoy a las puertas de una hipoteca emocional. Y no una hipoteca normalita, no. Una con letras grandes, intereses altísimos y posibilidad de embargo afectivo. Porque es Sara.

Y yo muy lista no soy, pero idiota tampoco, sé perfectamente que esto es terreno pantanoso. Que aquí hay historia, heridas, familia, movidas chungas. ¿En serio quiero yo, Asia, meterme en este berenjenal con todas sus capas y sus filtros? Pues oye, por mucho que me pese admitirlo… sí. ¡Claro que sí! Porque también te digo una cosa, y que conste, si hay algo que se me da bien, es lanzarme. Si veo una oportunidad que me da vértigo, voy de cabeza. Me puede el subidón, la posibilidad de que esto se convierta en un *great love story*. Cuando una mujer me gusta de verdad, mi cerebro entra en modo piloto automático y deja de pensar en las consecuencias. Y

eso ya me ha llevado a unos líos que no salen ni en las noticias, pero también, ¡ojo ahí!, a sitios que han merecido la pena.

Así que con toda la determinación que me queda —que, sinceramente, es más o menos un 17 % y en caída libre— me acerco despacito. Ella me mira. Y es una mirada de «ay, madre, ya está aquí la del chat caliente». Y yo, por supuesto, entro en pánico. Pero del elegante. Del que se disimula apretando los glúteos y sonriendo.

Me paro delante. Y lo que ocurre es una coreografía absurda. Ella da un pasito para delante, yo uno para atrás. Nos quedamos a medio metro. Ni abrazo, ni besos, ni «qué ilusión verte». Solo ese momento ridículo donde una no sabe qué hacer con las manos y la otra no sabe si huir o besarte, pero ninguna se atreve. Así que nos saludamos con un roce que no llega ni a roce, pero que a mí me revienta por dentro.

Porque la huelo. Y, joder, es ella. Mandarina y jazmín. Lo recordaba, pero no así. No tan de golpe. No con este calor, no con ese vestido blanco que le marca todo. No con esas gafas subidas en la cabeza que me dan ganas de quitárselas y decirle que deje de estar tan guapa, por favor, que así no se puede.

Me tengo que morder el carrillo por dentro para no soltar una burrada. Porque esto es real. Está aquí. Sara. Mi Sara. La del chat. Y está buenísima, joder, y nerviosa.

—Hola —digo, y me sale casi susurrado, porque tengo miedo de que si hablo más fuerte se me note lo que siento. Me obligo a sonreír de forma casual, como si no llevara meses fantaseando con este momento—. Qué calor, ¿no?

Ella asiente, hace un movimiento torpe con las manos y activa el protocolo «madre seria». Señala a las niñas.

—Ellas son mis hijas: Daniela y Carla.

Pongo mi mejor cara de «hola, soy maja, no una amenaza». Pero por dentro estoy desbordada. No sé si saludar a las niñas, si darle un abrazo a ella antes o si largarme a llorar al baño. Porque Sara está aquí, huele muy bien y me sonríe con esa contención suya. Porque yo me he venido muy arriba en el chat y ahora no tengo claro si voy a aguantarle los ojos sin ponerme colorada.

Y entonces, zas. La rubia peligrosa alza una ceja, ofendida.

—No me llames Daniela. Soy Dani.

Y me planta la mano con un movimiento seco. Reconozco que me flipa un poco. Qué carácter, colega. Tiene ese algo de fiera indomable pero en versión mini, rollo chicle de menta con labial rojo. Pero claro, ni me da tiempo a procesar esa intensidad preadolescente porque Sara ya ha entrado en modo «Comité de Lenguaje Oficial, Protocolo y Buenas Costumbres de la Casa Rey». Activa la voz formal, esa que supongo que usa en el quirófano cuando le da un telele a los residentes o se le pierde una gasa.

—Tú te llamas Daniela, hija, que para eso nos partimos el coco tu padre y yo eligiendo el nombre. ¡Daniela, entero y precioso! No sé qué os ha dado ahora con acortar las cosas, Dani suena a que te has quedado a medias.

Tengo que morderme la lengua para no soltar una carcajada que se oiga hasta en Getafe. La niña pone los ojos en blanco y, justo ahí, en ese instante exacto, sé que tengo que mover ficha si quiero conquistar a ese mini Kremlin con *eyeliner* que tengo delante.

—Entre que contestas al teléfono diciendo «¿diga?» y ahora lo del manifiesto antiapodos… estás a dos pasos de hacer croché en la salita y ponerle fundas de ganchillo a los rollos de papel higiénico, ¿eh?

Sara me fulmina con la mirada. Pero con amor. Un amor asesino, sí, pero amor al fin y al cabo. Y Dani… Dani sonríe. Muy poco. Lo justo. Pero yo lo veo. Esa comisura derecha que se le escapa hacia arriba es oro puro. Punto para mí.

—A mí me gusta Dani —añado, como si no llevara apuntada esa frase en la lista de «cosas que decir para caerle bien a la niña punk»—. Si tú quieres que te llame Dani, yo te llamo Dani. Palabrita de Scout bollera.

La niña asiente. Se cruza de brazos en plan «ok, te aguanto de momento, forastera». Y para mí, eso ya es un *win*. Nivel fase uno superada. No me ha tirado el transportín del gato a la cabeza. Aceptable.

Sara pone cara de «no sé si me estás salvando la vida o metiéndome en un lío». Pero no dice nada. Y eso, de momento, es

básicamente lo más cerca que voy a estar del reconocimiento oficial de que mi labia tiene efectos.

Vale. Punto uno: Carla ya me ha medido y no le doy miedo. No sé si le caigo bien, pero al menos no le parezco un riesgo para la seguridad nacional. Ha hecho ese escaneo rápido de niña lista que lo ve todo y me ha sonreído con educación. Chachi. Nivel «posible futura familia política que no te quema la cena»: aprobado.

Aunque el verdadero reto aquí no es la adolescente punk ni la futura abogada de Harvard. Oh, no. El verdadero *boss* de este juego se llama Sara Rey. Porque esta mujer es un laberinto de emociones nivel *Westworld* o yo qué sé. Su mirada… necesito un decodificador. ¿Es interés? ¿Es desconfianza? ¿O, peor aún, es de «esta me va a poner la vida patas arriba»? Porque, sinceramente, un poco de cada opción suena probable y me está generando muchos nervios y mucha adrenalina.

Lo que tengo clarísimo es que me la tengo que ganar a pulso. Escalando paredes, a lo Khaleesi conquistando Poniente si hace falta. Porque sí, claro que he venido por ella. Porque Sara me flipa y tiene ese algo que me engancha. Porque ahora que la tengo delante me doy cuenta de que estoy hasta arriba de ella.

Pero, hablando en serio, tampoco me vine aquí a ver si enamoro a la doctora y me instalo en el chalet, ¿eh? Que sí, que es un objetivo prioritario y tal, no nos vamos a engañar. Lo de enamorarla digo, no lo de instalarme. Pero no es solo eso. Está el curro, ¿sabes? Y esto va muy en serio, yo me tomo esto de estar aquí muy a pecho. Porque no quiero ser la que viene a hacer ruido y ya. No quiero que cuando me vaya digan «ah, sí, la que estuvo ese verano y montaba numeritos». No. Quiero ser útil. Quiero que se note que he venido a aportar y a currármelo.

Y, bueno, sí, Sara tenía toda la razón del mundo cuando lo dijo; estaría aquí aunque no me pagara ni un euro, y eso es un reto porque, ¡joder! ¡Cómo necesito esa pasta! Pero si la doctora me hubiera dicho «eh, Asia, necesito que me eches una mano» sin prometerme ni una galleta, yo me habría montado igual en ese AVE, lanzando mis decisiones financieras por la ventana a la velocidad de la luz.

Echarle una mano, o dos —ejem, lo que surja— es mi único objetivo en la vida, y sí, puede sonar un poco exagerado, pero para mí está clarísimo. Parece que tengo un chip en el cerebro que se activa cuando pienso en lo que Sabina y Sara han hecho por mí. Todo el apoyo que me han brindado no se olvida así como así. O sea, estoy en deuda con ellas por los siglos de los siglos; no hay opción.

Así que me pongo bien la mochila, igual que quien se prepara para el fin del mundo, pero en urbanita *cool*, y tiro para delante.

Caminamos hacia el coche, Dani delante, con los cascos colgando y los cordones deshechos. Es un poema punk.

Sara y Carla vienen detrás con Bicho haciendo sus berrinches de gato consentido en el transportín. Mientras tanto, me cuelo al paso de Dani y activo la estrategia de inserción con adolescente hostil. Mi misión: ganarme terreno con la más complicada de la casa, que es un objetivo bastante ambicioso, pero a mí me mola el desafío. Para ello, tengo que clavar esta primera impresión, y eso empieza por activar mi modo «Asia en versión simpática, pero sin parecer pelota», que es una línea finísima.

—Oye, ¿tú te sabes el código wifi de tu casa o solo tiene acceso el FBI?

Ella me lanza una miradita de reojo de las que duran un par de segundos. No dice ni mu, lo cual me deja en un limbo extraño. ¿Me ha ignorado o procesa mi genialidad?

—Mi madre lo cambia cada dos por tres —suelta al fin, seca.

Joder. Pretendía romper un poco el hielo y he tocado hueso sin querer.

—¿Y eso? ¿Un hobby familiar?

—Cada vez que se cabrea conmigo —dice sin drama. Pero lo hay. Lo sé. Me apunto eso mentalmente. Castigos digitales. Bienvenida al siglo XXI.

—¿Y tú sueles pasar el verano aquí siempre?

—Todos los años iba a Tarifa.

—¿Y este año? —pregunto a pesar de que ya me sé el cuento entero, pero lo que me interesa es cómo lo cuenta ella, ¿sabes? Si le

sale con rabia, tristeza o en modo *darks* total. A ver por dónde respira esta.

—Mi madre dice que no estoy en condiciones. Que me quedo aquí. Castigá sin playa.

Ajá. Señoras y señores, ya tenemos culpable designada. Sara Rey, obvio. La arquitecta del castigo. Me muerdo el comentario, que esto va de conectar, no de llevarle la contraria.

—¿Y tus hermanos?

—Los mayores se han ido a Estados Unidos. Planazo nivel otro planeta. Carla se va a Tarifa con los abuelos, supongo. Como siempre.

—Y nosotras aquí con el calor, ¿eh?

Se encoge de hombros. Sigue en su pose de «me da todo igual», esa vibra de «*whatever*» que me saca de quicio y me flipa a la vez, pero ya le he pillado el juego. Lo disimula mal.

—Mi tía Sabi me iba a llevar en su barco nuevo. Pero mi madre es una aguafiestas y ya le habrá ido con el cuento. Me quedaré sin barco también.

¡BOOM! Ahí hay tema, mi radar pita fuerte. Tema Sabina = tecla sensible.

—¿Y Sabina te ha dicho que no te lleva? ¿O es sospecha estilo CSI?

—Lo sé. Antes siempre me defendía. Era más guay conmigo. La tita cañera que te regala chucherías. Hasta que mi madre se cogió un rebote con ella y le soltó que no se metiera y bla-bla-bla. La historia de siempre. Dicen que soy igual que ella de chica. Y, pues bueno, me creo el *hype*. Obvio.

—Hombre, es que os parecéis un montón. Rubias, chulas, con esa mirada de «te reviento pero con estilo».

A medida que le hablo, veo cómo su comisura empieza a moverse, trata de contener una risa.

—Mi tía Sabi es la caña —suelta mirando a otro lado, medio distraída, pero se le nota el orgullo—. Es que entiende todo, ¿sabes? No va de madre ejemplar ni falta que le hace. Eso mola.

—Ya ves. Yo curré con ella. Fue mi jefa.

De repente tengo su atención.

—¿Tu jefa? ¿Cómo es de jefa?

—Una mezcla de Beyoncé y Terminator. Guapa, mandona y si la cagas, te lo dice con una ceja alzada. Pero está cuando la necesitas. No es solo fachada. Sabina es mucha Sabina. Ahora somos amigas.

Dani asiente sin pensar. Y justo en ese momento, veo una grieta en su armadura de «paso de todo». Un pequeño clic. No hay fuegos artificiales ni leones rugiendo, ¿eh?, pero ya no soy solo la extra con mochila que se cuela en su vida. Soy oficialmente «la amiga de Sabina». Y eso, *let me tell you*, puntúa extra en su libro. *Score*!

—A mí me escucha —murmura, como si ese pequeño secreto le costara lo indecible.

Pero ese murmullo me deja clara una cosa: hay dolor ahí, una mezcla de añoranza y apego que es un volcán de dramitas a punto de estallar.

—¿Y tu madre? ¿Tampoco te escucha?

—Mi madre pasa de mí. Solo sabe echarme la bronca por todo.

—A lo mejor no sabe cómo ayudarte —digo, bajito.

Ella no contesta, pero tampoco se va. Camina a mi lado sin fruncir el ceño. Es su forma de decir que escucha. Lo acepto como una minivictoria.

Me saco las gafas de sol, respiro hondo y pienso: vamos con todo, que esta niña tiene capas, pero yo tengo tiempo, recursos y un máster en lidiar con pibas cabreadas. Y, oye, también tengo mis trucos para conectar cuando menos se lo esperan. A veces.

Capítulo 9

Asia

Cuando llegamos a la urbanización, voy en modo protagonista de serie que llega y lo revienta todo, como si llevara toda la vida entrando en casas ajenas a dejar mi marca en los sofás de piel caros y a robar corazones. Pero vamos, en cuanto veo el chalet… ¡plas! Se me olvida la chulería, se me desinfla la pose de estrella y me quedo con cara de idiota.

A ver. Impone. No es una de esas mansiones de serie americana con escalinata y mayordomo, pero tiene un algo que te dice: aquí vive alguien que hace las cosas bien. Esto no lo ha comprado una con un curro por horas y el alquiler compartido con tres gatas, no, no. Aquí hay contrato fijo, carrera universitaria y probablemente un plan de pensiones. O dos.

Y claro, me entra un pelín de vértigo. Un vuelco, no sé cómo llamarlo, un pánico de esos que te dicen que esto ya no es broma. Porque, a ver, una muy echada para adelante, yo me como el mundo y todo lo que tú quieras, pero esto no es de ir y venir, de pasar una noche en cualquier sitio. Esto ya es otra cosa, nivel… serio. Tengo un trabajo raro y me quedo en casa de la jefa, con la que además tengo un rollito en ciernes. Y yo con mi mochila que pesa más que un contenedor de problemas, mi riñonera fea y el gato en modo drama.

Lo analizo todo con la cara de una que no está juzgando, pero en realidad sí. La fachada es blanca, de esas que te hacen pensar en tranquilidad y crema solar. Todo es bohemio bien llevado, ventanas enormes con rejas negras que no parecen estar ahí para frenar ladrones, sino para decir que aquí vive alguien con criterio estético y presupuesto. El jardín… bueno, el jardín es otro cantar. No está desastroso, pero sí en modo «ya lo haré cuando me jubile». El

césped me llega casi por la rodilla y por un segundo me da por pensar que si lanzo una pokéball, igual me sale un Bulbasaur.

Y en una esquinita, la piscina. Azul. Turquesa. Abandonada. Tiene más hojas dentro que un otoño entero. Pero me encanta. Tiene ese punto decadente y honesto que me da ternurita. Muy Sara todo. Muy de «no tengo tiempo para mierdas, pero lo intenté». Me entra una cosa en la tripa, una mezcla rara, como cuando vuelves a un sitio donde te pasó algo fuerte, que ni era tuyo, pero te suena un montón.

Esta casa… Ay, esta casa. Huele a misterio, a que aquí pasaron cosas, cosas buenas, cosas malas, de todo un poco. No sé cuál es su historia, pero la tiene. Huele a noches de manta en el sofá y a silencios de esos que pesan, que te meten un pellizco, pero un pellizco que a mí… me pone, la verdad. En lo emocional, digo, para qué andarnos con tonterías.

Y claro, me doy cuenta de que voy sonriendo sola. ¿Quién soy? ¿Una señora con ilusiones? Me falta el cartel de «bienvenida a tu nueva vida». Pues nada, Asia, a por todas. Y si no, al menos que me den un tinto de verano.

Entramos y el recibidor es luminoso y grande, decorado con un gusto sobrio pero fino. Nada de excesos. Todo en colores claros, beige, blanco roto, madera cálida. El suelo brilla. No sé si es mármol o una imitación cara, pero yo no piso eso con las suelas sucias ni loca.

Veo que Sara se quita los zapatos, se agacha con ese estilo suyo medio elegante, medio de madre con prisa, y los guarda en un zapatero empotrado junto a la puerta. Carla, como buena hija modelo, hace lo mismo sin que nadie se lo diga.

¿OK, y yo qué hago con mis zapatitos, eh? ¿Los beso y los dejo en plan ofrenda? Que parecen recién sacados de un lodazal comparados con el brillo del suelo, o no sé. Total, que agarro mis queridísimas Nike, que llevan conmigo seis meses de dramas, viajes y cero cuidado, y me las quito despacio, las abrazo y las dejo en una esquinita, alineadas, a ver si alguien me da un premio por la creatividad de mantener el orden en medio del caos.

Y me doy cuenta de que aquí las normas no se dicen, ¿eh? Se intuyen. Se respiran. Y yo, que soy más de la calle y de la improvisación, pero oye, me adapto. Modo observadora máxima activado. Esto es otra liga, se juega a otra cosa, y yo, pues, me voy a esforzar por jugar bien.

Y en esas que entra Dani la última, con ese aire de «a mí nadie me dice qué hacer», y se desata una zapatilla de golpe, ¡zas!, y la lanza por ahí, a su bola. La otra, ni se la quita, la arrastra, tal cual, mientras camina como si llevara un accesorio de moda supertendencia. Yo, que aún no he procesado el protocolo del zapatero empotrado, me paralizo.

Sara le lanza una mirada a la chica. De las que echas a alguien a quien quieres gritarle, pero te aguantas por educación, o porque sabes que si gritas la lías más. Furia contenida, le dura un suspiro, y en lugar de soltarle el clásico «¡recoge eso ahora mismo!», se agacha. Ella. Se agacha, coge los zapatos de su hija y los guarda ella misma. Y en esa resignación, en ese gesto de que ya sabe que no vale la pena la pelea, siento ese cansancio que quema por dentro, de quien ha perdido esa batalla mil veces, y no es solo el zapato, es todo.

Lo apunto mentalmente, subrayado, con fosforito y asteriscos: aquí la tensión no está en lo que se grita, está en lo que no se dice. En los gestos automáticos. En el cansancio silencioso. Me remueve. Porque sé que eso quema mucho más que una bronca de esas con plato volando y todo.

Y mientras tanto, entre tanto zapateo y danza del calcetín rebelde, el aire de la casa se ha llenado de… algo. Un aroma indefinido. Un algo que no sé si viene de los productos de limpieza de señora con dinero o si lo que ha llegado hasta mi nariz son más bien los efluvios de un encierro podológico prolongado. Que, a ver, no digo que huela a pies, pero tampoco lo niego del todo.

Yo, que tengo la nariz de sabueso desde que nací, noto esa mezcla explosiva de ambientador con humanidad real. Y me río por dentro. Porque esta casa es exactamente eso: apariencia de orden con caos soterrado. Me flipa.

Voy detrás de Sara por su casa y mis ojos van que no paran. Pasamos por un aparador y ¡joder! Fotos por todos lados, un bombardeo de imágenes de su existencia: Sara con las niñas en la playa, todas risueñas, con los mellizos que aún no conozco, otra en la que van vestidos para un bodorrio de peli, fijo. Y una antigua, con un tío que es un auténtico guaperas. Cara de buena gente, sabes. De esos que seguro que hacen bien la tortilla y se acuerdan de tu cumpleaños. Mateo, supongo yo. El marido. El que ya no está. El padre. El fantasma oficial de esta casa, versión con pelazo y pinta de bueno.

No quiero cotillear mucho, que me da cosita, en serio. Pero se nota un montón que lo querían. Que lo siguen queriendo, ahí, en cada foto. Y de repente, me siento la intrusa simpática que ha llegado con el gato y la verborrea, creyéndome el alma de la fiesta, pero sin tener ni idea si tengo hueco real en esta historia. Como si me hubiera colado en un álbum familiar ajeno y yo solo fuera la nota a pie de página, si llega.

Y hablando del gato, el Bicho maúlla dentro del transportín con un drama que ni te cuento, vaya. Ya, por favor, basta de torturarlo. Me agacho rápido, le abro la puertecita con cuidado y sale disparado. Da dos vueltas rápidas por el suelo, se sacude el polvo y el desprecio, así con un meneo y se va directo a inspeccionar.

Sara sube las escaleras delante de mí y, vamos a ver, soy humana, ¿vale? Es que se me van los ojos al culo sí o sí, no puedo evitarlo. La veo enterita y no sé si debería mirar al techo o a las plantas, lo que sea menos el espectáculo que tengo delante. Pero claro, mientras le contemplo la subida, también noto que no está tranquila. Está tensa. Y no solo físicamente, se le nota en la energía. En el silencio. En ese «aquí va a pasar algo» que flota en el ambiente.

Así que me como el tarro, porque vale, sí, me ha invitado, pero ahora que estoy aquí de verdad, creo que las dos nos damos cuenta de que esto no es cualquier visita. Esto es real. Esto es me voy a quedar a dormir bajo su techo. Vamos a vernos las caras sin café por la mañana. Voy a estar ahí cuando esté cansada, cuando no le apetezca hablar, cuando la niña le suelte una bordería y se le note

en el párpado, esa Sara que no sale en ningún sitio ni la ves por la calle. Y sí, joder, eso me pone un montón, pero también me acojona.

Y claro, yo soy muy de hacerme la payasa, de ir de valiente por la vida, pero también tengo mis miedos tontos. Y hay una vocecita aquí dentro que me dice que a lo mejor la cago, que igual no doy la talla, que esto me queda grande.

Pero aquí estoy. Mirándole el culo a la doctora mientras subo las escaleras hacia la incertidumbre, con el corazón haciendo *beat box* y el cerebro pidiendo refuerzos. Porque sí, me muero de miedo. Pero me muero más de ganas.

Carla se pierde por el pasillo con cara de niña buena con objetivos claros —tipo, encerrarse a repasar apuntes y poner un par de *stickers* en la agenda— y Dani se ha quedado en el salón como un león a la espera del almuerzo, observando todo.

Sara abre una puerta blanca y entra con ese paso suyo de médica que va por el pasillo con el historial en la mano, aparentando tenerlo todo bajo control mientras por dentro está gritando. Señala el armario, la ventana, la cama.

—Mira, aquí lo tienes todo apañadito. Las sábanas están recién puestas, hay toallas dobladitas en ese estante, el aire acondicionado… pues eso, se regula aquí. Pero te digo una cosa, no lo pongas muy alto, que luego te hielas. —Lo dice rápido, rollo «te explico esto antes de salir pitando», y a mí me da la risa por dentro, porque joder, se le ve que está nerviosísima.

Estoy convencida de que esta mujer no tiene ni idea de lo atractiva que es. O sea, ¡es un bombón! Llevaba un millón de años casada con el mismo tío y sus hijos son casi adultos, imagínate, con casi veinte años los más mayores. Y además viuda desde hace cuatro. Yo no sé si ha tenido alguna aventurilla en este tiempo, no le he preguntado y ella no me ha contado nada de eso, pero vamos, me juego el cuello a que no, y menos con una tía.

Así que lo que pillo aquí—y lo tengo clarísimo—es que está atacada porque sabe, igual que yo, que entre nosotras hay chisporroteo del bueno. Si nadie pone freno, esto prende fuego a la casa, al jardín y a medio barrio. Y la cosa es que no lo quiere parar.

O eso parece. Pero al ser ella la que no sabe lo qué le pasa, pues le toca a la que sí lo sabe dar el paso.

El instinto cazador se activa: me acerco. No demasiado, no quiero hacer que se ponga a temblar, así que mantengo la distancia justa para cruzar esa línea invisible que separa el «soy tu invitada educada» del «estoy tonteando contigo de manera descarada pero no invasiva». Es todo un arte, ¿eh? Me tendrían que dar un premio o yo qué sé, una estrella Michelin del tonteo.

—¿Me estás hipnotizando? —le digo con una sonrisa que sé perfectamente que me funciona con las mujeres.

Ella se gira para fingir que me enseña las mantas del cajón. Pero justo cuando va a abrir el mueble, le toco el antebrazo. Un toque de nada. Mínimo. Pero suficiente para freírle el sistema nervioso central. Asia 1 - Compostura de Sara Rey 0. ¡Zas! La he convertido en estatua con un hechizo de bollera de nivel experto.

¿Estoy segura de querer seguir con esto? Claro que quiero. Por eso tiemblo un poco yo también, aunque me haga la valiente.

—Sara… —Bajo la voz, casi ronquita—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

Y yo que para esto no me achanto ni a tiros, pues sigo.

—¿Por qué? Porque estás dando vueltas y se te nota que no sabes ni lo que dices, Doc.

Ella gira la cabeza despacio para disimular la rigidez. ¿Tú te crees que eso cuela? No cuela, amiga. Te noto cada músculo tenso.

—Solo soy educada, bonita.

¡Bonita! Me llama bonita. Ay, que me da algo. Pero no lo dejo ahí, claro. Porque yo soy de las que va hasta el fondo.

—Tiemblas, Doctora. Y no tienes ni idea de qué hacer conmigo. —Lo digo más bajo aún, con ese tono que se me pone a mí cuando estoy al borde—. Pero tengo una curiosidad insana por saber qué pasa ahora mismo dentro de esa cabeza tuya tan organizada.

Y es que, coño, lo digo en serio. Porque me quiero meter en su cabeza y no salir. Porque el cuerpo me vibra entre el pánico total y las ganas de saltar encima, ¿sabes? Con subidón y miedo a la vez. Porque, vamos a ver, esto puede ser… la película romántica esa de la tarde con final feliz que nadie esperaba. O el incendio de tres al

cuarto que te deja sin nada. Pero ahí me tienes. Echando más leña al fuego, claro.

—Asia, no estoy…

—Mentirosa —le digo sin cortarme un pelo. Levanto las manos como si me rindiera, aunque de rendirme nada. Si voy a caer, que sea a dúo y con banda sonora de tensión sexual no resuelta.

Le engancho el brazo, así, flojito, para que no le dé por irse, que la veo venir con su pánico escénico. Y sé que no va a decir ni mu, ni a admitir que está atacada, así que le tiro el comodín: lo de mi olfato, que eso siempre desconcierta.

—Aquí huelo los nervios a kilómetros. No sé si te he contado que tengo hiperosmia.

Frunce el ceño y ya sé que la tengo. O sea, esa curiosidad científica le pilla. Doctora Rey: Expediente Asia. Fase curiosidad activada. Esa mirada de escéptica lista, joder, me da la vida.

—¿Hiperosmia? —me dice, medio en serio, medio con sorna. Qué maravilla de tono, por favor—. Venga ya, chiqui, ¿pero eso te lo ha dicho un médico de verdad o es que te estás buscando otra excusa para soltar tonterías?

Me entra la risa tonta, pero me contengo un poco. Porque la cosa es que se pone aún más nerviosa, la pobrecita, pero a la vez, ¡es más ella!

—Correcto, doctora Rey. —Le guiño un ojo—. Una especie de superpoder olfativo. Detecto olores raros, matices que nadie más pilla. Es un detector de mentiras emocional, pero… por la pituitaria. Lo tengo confirmado, me han hecho pruebas y todo. No puedo ir al mercado sin que me dé un mareo con el olor a pescado. Y te podría describir a una persona entera solo por cómo huele. En serio.

No miento. Es así de *creepy*, pero real.

Ella se ríe. Nerviosa. Pero ríe. Y eso, para mí, es igual que cuando el gato ronronea. Así que aprovecho. Me acerco un poco más. No de forma invasiva. Más bien de quien tiene un imán en el pecho y no puede hacer nada contra la fuerza gravitacional del deseo.

—Tú te estás quedando conmigo —murmura, pero no se aparta.

—¿Quieres una demo? —le digo casi al oído, para que le entre más el nervio.

—¿Una demo, Asia? ¿Qué vas a hacer?

—Nada ilegal. Lo prometo.

Me inclino despacito. Sin sustos. Nada brusco. Muy suave. Muy yo. Me planto a cinco centímetros de su cuello, en ese huequito bajo la oreja que es el verdadero VIP de la piel humana, un sitio donde la temperatura sube más rápido si la cosa se pone intensa. Cierro los ojos un segundo, porque esto es casi un ritual sagrado para mí. Respiro.

—Jazmín —susurro, como si de verdad hubiera necesitado acercarme tanto para saber a lo que huele—. Con un toque de mandarina. Y… espera… sí, bergamota.

La tía ni pestañea, se queda quieta y solo la oigo tragar saliva, en seco. Joder, esto es el momentazo, mi minuto de gloria. Que el mundo que existe soy yo y ella, fin. Todo lo demás, en modo avión, fuera de cobertura, que no quiero que me raye nada ahora. Y solo queda su respiración, esa que no sabe para dónde tirar, que va entrecortada, y a mí me está gritando a mil decibelios que la estoy conquistando, que cada cosita que le digo es un hechizo que lanzo en su dirección.

Disimulo que estoy que me muero con esta cosa rara que me sube por el pecho, que no sé si es un ataque de nervios o si es que se me está yendo la olla por algo más… como por ella. No sé qué coño me pasa, mi cabeza va desordenada, pero intento no perderle el ritmo a este juego, ¿sabes?

Estoy tan cerquita que no es que la huela, es que la respiro. Esos olores que nadie más pilla. Su cuerpo habla sin palabras y, joder, huele a sudor dulce, la piel esta que se le revuelve, salvaje total, igual que ella por dentro. Es una mezcla que me da un subidón de esos que te dejan tonta y feliz, pero a la vez me da ternurita… y unas ganas de comérmela entera que ni te imaginas. Disfrutar de que esté así, nerviosa perdida… esa incomodidad suya, para mí, es la salsa secreta de esto. Es que me flipa, punto.

Doy otro paso, me arrimo, respiramos el mismo aire, ¡qué locura! Nuestros cuerpos casi se pegan, aquí hay una crisis de atracción a lo bestia con música que solo suena en mi cabeza. El aire se vuelve más denso. El tiempo más lento. Yo más temeraria.

Somos de la misma estatura, así que nos miramos de frente. No hay forma de esquivar el choque de miradas. Pero hay algo en Sara, en su manera de aguantar el tipo sin aguantar nada… Tiene un no sé qué que no puedo con ello. Esa fragilidad calladita que se le cuela entre la postura firme y el control impostado. Además tiene un cuerpito… de diseño, elegante, pero a mí me parece que si la tocas con un poco de hambre se rompe o algo. Y claro, la veo y mi cabeza se va sola al sitio donde no debería: donde me digo que puedo con esto. Que quiero. Que la puedo cuidar. Que la puedo hacer temblar, sí, pero también sostener.

Y entonces, mi mente se pone en modo estrategia emocional: si juego bien mis cartas, esta mujer cae. Pero ojo, no en plan ligue tonto de una noche, de esos que no pesan nada. No, esta es de las que cuando caen… se quedan agarradas. En serio. Y eso a mí… me flipa y me acojona, las dos cosas.

Y claro, la pregunta del millón: ¿Asia, tú estás preparada para eso? ¿Para que alguien se quede de verdad? Pues no lo sé, ¿vale? No lo sé ni un poquito. Pero qué más da si estoy lista o no. Ya he dado el paso. Aquí no hay vuelta atrás.

Porque joder, me muero, pero me muero, de ganas de besarla. Con lengua, con urgencia, con música épica en la cabeza. Pero me contengo. Imagínate, yo, que mi autocontrol está a la altura de mi cuenta corriente, que es cero patatero. Intento ponerme un filtro de chica seria cuando por dentro soy un bombero loco, con las hormonas desatadas y el alma hecha trozos de lo mucho que la deseo. De momento me conformo con saborearle la boca con los ojos, el postre más rico del mundo, pero prohibido. Por ahora. ¡Solo por ahora, ojalá!

Y ella me lanza unas miraditas que me dicen que tiene la cabeza ahora mismo igual que yo. Me escanea, me analiza, está acojonada porque se cree que me voy a tirar de cabeza. Y joder, yo me muero de ganas, pero no me lanzo, aún no. Me acerco a su pelo. Inhalo. Con descaro. Porque si voy a pecar, lo haré a lo grande.

—Champú de argán. Pero no del que compras en el súper. Esto huele a farmacia cara. A producto que promete milagros y casi los cumple.

Ella se ríe, de esas veces que no sabes si te vacila o le has hecho gracia de verdad, pero se le escapan unas risitas. Y esos ojos… uf, esos ojos parecen un incendio contenido. Y yo soy la de la cerilla en la mano, esperando que prenda fuego algo.

Me acerco a sus labios. Estamos en ese punto de no retorno. Casi rozándonos. Puedo sentir su aliento. Cálido, dulce, suavecito, un caramelo derretido. Cierro los ojos, respiro fuerte, los abro otra vez y le clavo la mirada esa que no da risa.

—Dior. Addict Lip Glow. Tono coral.

Ella se queda pasmada.

—¿Cómo…?

—Tu boca me lo ha dicho, Doc. Yo solo traduzco con la nariz.

Me sale la sonrisita canalla, porque sí, me encanta el juego este. Me doy cuenta de que la tengo donde quiero. Y me mola un montón verla así, toda descolocada, sin saber ni dónde meterse.

—¿Sabes? Los olores cuentan muchas cosas. —Le doy un segundito, un mínimo de tiempo para que se recupere mientras yo me muerdo el labio, un gesto que sé que juega en el lado *sexy* del tablero—. ¿Quieres que te diga qué historia me cuentan los tuyos?

Silencio. Larguísimo. Sé que no entiende cómo hemos llegado hasta aquí. Y yo estoy a un centímetro de besarla. Podría. Pero no lo hago. Porque soy una dramática, sí, pero también soy lista. Sé leer el ambiente. Así que me aparto. Sonrío como si no acabara de rozar el cielo con las yemas de los dedos. Me tiro sobre la cama con los brazos abiertos.

—Bueno, la cama aprueba. El olor también. Y tú, doctora, me haces sudar. Literalmente.

Lo suelto con naturalidad, pero por dentro estoy a mil. Ella se da la vuelta, agarra una toalla para protegerse del pecado y se va hacia la puerta con esa dignidad que solo tiene la gente que está a punto de perderla.

Yo me repito en bucle toda la escena. Porque esto ya no es solo un flirteo simpático de chat. Esto es carne. Es piel. Es olor. Es aire que pesa. La he tenido a medio palmo. Le he olido hasta el alma, vamos. Y la he tocado más que con las manos, mucho más. Es que yo soy así. Llego, revuelvo, dejo mi marca. Y luego, adiós. O no. Con

Sara, ni idea. Entro, sí. Dejo huella, seguro. Pero a ver si ahora la que se queda enganchada soy yo. O la que se da el tortazo.

Porque ella no es de las que se lanzan y ya. Ella va con cien capas de «a mí no me mires», y por eso mismo me tiene tan pillada. Porque para mí esto es fácil: me molas, te lo digo, te beso y a ver qué sale. Pero con Sara es intentar abrir una caja fuerte, tú sabes, de las antiguas, sin saber la clave. Solo tienes que ir probando, escuchar los clics, a ver si suena la flauta. Y da miedo… pero mola.

—Tengo que ir a ver qué quiere Dani —dice, y desaparece.

Y yo me quedo con el pulso en el cuello, el cerebro en llamas y la sensación de que acabo de enseñar más de la cuenta. ¿Demasiado? ¿Me he pasado? ¿Huelo a deseo o a bomba a punto de estallar?

Lo que sí sé es que, si esto fuera un videojuego, acabo de desbloquear el nivel «cuidado, que aquí te la juegas». Y me encanta.

Capítulo 10

Sara

Salgo de la habitación de invitados y me quedo pegada a la puerta como si acabara de salir de una operación a corazón abierto, pero sin bisturí ni nada, solo con mi propio corazón en la boca. Tengo el pulso que ni cuando me tocó hacer mi primera sutura, y eso que aquello era para temblar, pero esto… esto es otro nivel. Me noto hasta las orejas coloradas, y no sé si es del sofocón o de la vergüenza, porque vamos, lo de Asia no es normal. Desde que la vi en la estación, llevo el aire atascado en el pecho, que si me hacen una radiografía ahora, me sale el alma en negativo.

Me apoyo en la puerta con las piernas flojas. Sara, hija, ¿tú te estás viendo? ¿Esto qué es? ¿Un ataque de nervios? Porque de verdad, me siento más ridícula que cuando me pilló mi madre con mi primer novio. Y claro, la cabeza no para, que si esto, que si lo otro, que si Asia, que si yo, que si el mundo se va a acabar y yo aquí, hecha un cuadro.

Lo mismo lo que necesito es un retiro espiritual, pero no de esos de yoga y batidos verdes, sino uno de los de playa, mojito y que me dejen en paz, a ver si se me recolocan las neuronas. Porque, vamos a ver, ¿a quién se le ocurre ponerse así por una tía? A mí, claro, que soy la más tonta del mundo. Pero bueno, aquí estoy, con el drama, el tembleque y la risa floja, porque si no me río, me da algo.

Te juro que yo pensaba que en cualquier momento me iba a plantar un beso de esos de película, pero nada, se me quedó tan pegada que si me descuido le cuento hasta las pestañas. Y claro, nos miramos como dos tontas, esperando a ver quién se atrevía primero. Y yo pensando: ¿Pero esto qué es? ¿Ahora resulta que la valiente tengo que ser yo? ¡Venga ya, hombre! Si es que parece que

estamos rodando una comedia de esas de enredos, pero sin guion ni nada, todo improvisado y con más nervios que vergüenza.

La tía lleva aquí dos horas contadas y ya me tiene la cabeza hecha un lío. Yo, que soy así de ilusa, tenía la idea de que esto iba a ser tipo las series esas que ves tú por la noche, que todo va despacito, con su tensión, su miradita, su roce de manos… ¡Qué va! Aquí no me ha dado tiempo ni a prepararme psicológicamente. Estoy perdida, te lo digo de verdad.

Y lo peor es que no sé ni lo que me pasa. Que sí, que me gusta, eso ya me va quedando clarinete ahora que está por aquí cerca, en la misma tierra, que ya no es solo una voz al otro lado del charco. Y no es solo que tenga gracia. Es que la muchacha va con esa actitud de que lo sabe. Y vamos, eso atrae, que una no es de piedra.

Pero claro, yo ahora me pregunto, ¿esto que siento, este apretón aquí en el pecho, estas ganas tontas de sonreír… es de la atracción de la buena? ¿De la que te revuelve las tripas y te hace sudar hasta el bigote, que no tengo, pero si tuviera, ahora me sudaría? Es que yo he estado toda la vida casada con Mateo, con un hombre, vamos. Los tíos, eso es lo mío, mi zona de confort, mi hábitat natural. ¿Y ahora resulta que me viene esta muchacha y pretende que esta servidora se ponga a protagonizar un culebrón lésbico? ¡Venga ya, por Dios!

Y encima, con la edad que tengo, aunque bueno, los cuarenta y cinco los llevo mejor que muchas de veinte que van por ahí con la piel descolgada. Pero vamos, que yo ya debería estar dando clases magistrales de temple y saber estar, con mi copa de fino en una mano y el abanico en la otra. Pero no, lo que tengo es un nervio en el estómago que me dan ganas de echarme a correr por la calle. Que me veo y no me lo creo. Si es que soy tonta perdida, no tengo remedio.

Me paso la mano por el pelo como si fuera a ordenarme los pensamientos a peinetazo limpio, pero nada, la cabeza es un batiburrillo. Yo no sé si esto es normal, porque vamos a ver, que yo de lesbianas sé, que tengo más amigas bolleras que tazas en la cocina, y nunca me ha dado por mirarlas con esos ojillos, ni con media intención, ni con un pensamiento sucio, vamos, ni en las

guardias más largas. Y ahora, de repente, me viene esta y me pone el mundo patas arriba.

Así que claro, bajo las escaleras temblando y se me viene a la cabeza Sabina, que va por la vida con ese aire de «a mí no me tose ni el Papa». Pues le vino Asia y le desmontó el teatrillo de estabilidad en dos patadas. Que yo a mi hermana la quiero mucho, pero vamos, lo suyo es de traca. Que me veo reflejada en el drama de Sabina, porque… Si la lista de la familia cayó en la tentación, ¿qué voy a hacer yo, si en esto de las mujeres estoy más verde que el logo del WhatsApp?

Y lo de Sabina, que no es por criticar, pero es que ella siempre ha estado un poco tocada por la pasión *arrebatá*, más enamoradiza que yo. Yo no, yo soy más de tenerlo todo controlado. Bueno, era, porque desde que apareció Asia en mi vida, se me ha ido el santo al cielo.

Salgo al jardín buscando aire, que yo no sé para qué, porque aquí parece que estoy en el Sahara. ¡Qué bochorno, por Dios! Me vuelvo para dentro echando chispas y me digo que mi churumbelada y la nueva invitada deben estar famélicas.

Me meto en la cocina y abro el frigorífico. Que lo mismo me sale un yogur que me aclare las ideas, quién sabe. ¿Qué le hago de cenar a esta mujer? ¿Un revueltito de espinacas, que parece que es sano y moderno? ¿Una pastita, que eso siempre llena y da conversación? ¿O directamente me pongo yo de postre y que me coma a mí, que total, ya que estamos…? Ay, por favor, qué barbaridad. Me río sola. Pero es que escúchame, que… casi me besa, ¿eh? Que ya te lo he contado antes.

Y me pregunto yo: si llega a besarme… ¿le habría seguido el rollo? Porque verás, una es práctica, pero no tonta. ¿Y si le doy un beso y resulta que me pongo a flotar como una adolescente viendo un concierto de Camilo? Que esos labios, ¡vaya espectáculo! Grandes, rellenitos, bien puestos, ni una grieta ni un pellejito, que seguro que se los hidrata todas las noches antes de dormir. Y esa sonrisa, no me hagas hablar, anda.

Ahora, tampoco voy a hacerme la sorda, porque vamos a ver, que aquí no estamos hablando solo de una carita mona, ¿eh? Que sí,

que la muchacha tiene una sonrisa que te deja tonta, pero es que detrás de esa boca hay un cuerpo. De una mujer. Y yo, que me paso el día abriendo tripas y cosiendo gente, ahora resulta que me pongo nerviosa solo de pensar en rozar una teta que no sea la mía. Me da cosa, vamos. Y ya lo otro… ¡Ay, calla, calla, calla, Sara! Que no sé si sonrojarme o esconderme en la despensa. ¡La que se me viene encima!

Y sí, claro que alguna vez, así, de pasada, con la copita de vino en la mano y las amigas dándolo todo, me lo he planteado, lo de ser lesbiana digo. No voy a mentir. ¿Tú sabes lo que es que tu propia hermana, la Sabinita, te lleve dando la tabarra toda la vida con eso? ¡Toda la vida, niña! Que si éramos chicas y me decía «tía, déjate de niños tontos y prueba a las chicas», que si antes de casarme «no seas boba, Sarita, que un revolcón con una mujer te pone las ideas en su sitio», que si casada «Mateo, que muy bueno y todo, pero un poco soso, ¿no? A lo mejor necesitas una alegría con otra», y ya de cansina, desde que estoy viuda, ni te cuento. Mi estado civil, mi duelo, mis ganas de vivir… nada, irrelevante para ella. Siempre con el mismo mantra: «Anímate, bonita, si es solo probar, como quien cata un queso nuevo». ¡Válgame! ¡Un queso nuevo! ¡Qué arte tiene mi señora hermana para simplificarlo todo! Ella, que ha estado con media humanidad, va y te suelta eso, claro, ¿tú te crees?

Sabina y su grupito de amigas, que si se besan, que si se manosean, que si se cuentan hasta la última vez que fueron al baño. Una confiancita que, de verdad te digo, a mí a veces me deja con las cejas al cielo y pensando: ¿Pero esto es normal? ¿O es que yo soy una antigua? Porque te aseguro que en esas reuniones suyas no hay ni un poquito de vergüenza, ni media. Yo qué sé, las he visto hacer cosas que mejor ni te cuento. Y yo, que soy muy de aparentar que lo tengo todo controlado, me veo allí sentada, con la copa en la mano y más colorada que un tomate, escuchando cada cosa… Mira, que a veces me dan ganas de sacar la libreta y tomar apuntes, por si acaso, no vaya a ser que al final la Sabinita tenga razón y yo me esté perdiendo algo.

Pero es que yo tenía a Mateo, ¿entiendes? Y tú sabes lo que es tener a un tío así en casa, con ese pecho peludo que te abrazaba y

te tapaba entera. Que sí, que yo sé que suena un poco bruto, pero es que a mí eso me daba la vida. Y no es por ponerme moñas, pero es que ese hombre me hacía sentir segura, que nada malo podía pasarme. Y encima, el tío era un consentidor, que a mí me gusta que me mimen, pero sin pasarse, ¿eh? Que tampoco soy yo una princesita, que aquí la que más y la que menos tiene su genio.

Y verás tú, que yo no soy de esas que se quedan tiesas en la cama. No, hija, no. Yo siempre he sido de las que participan, que para eso estamos los dos, ¿no? Pero claro, los años pasan y la cosa se va enfriando un poco, que tampoco vamos a engañarnos. Pero vamos, que el deseo seguía ahí, aunque fuera a ratos y con menos fuegos artificiales.

Desde que Mateo no está… ay, que lo echo de menos, y no solo por lo obvio, que también, sino por todo. Los abrazos, el olor a hombre, el pelo ese que luego tenía que andar quitando de las sábanas y hasta los ronquidos, que parecía que dormía con un tractor. Y yo me quejaba, pero ahora hasta eso me falta. Que luego vamos de dignas, pero cada una sabe lo que echa de menos en la cama y en el sofá, no nos vamos a engañar.

Y te digo una cosa, que aquí parece que no hay recambio. Que sí, que me tiran los tejos, y yo no sé qué me ven, porque yo me miro al espejo y veo a una señora con bata y ojeras, pero ahí están: los compañeros del hospital, el padre de la amiga de mi hija y hasta el amigo del niño, que tiene diecinueve años y yo pensando: ¿Pero tú qué quieres, criatura, que te adopte o qué? Que casi me da un soponcio, de verdad. Ya ves, que me hago mayor y me vienen los yogurines.

Pero nada, que no me apetece, que yo ahora mismo para líos estoy en modo ahorro de energía. Que después de todo el día en el hospital, con la bata, el sudor y la mascarilla pegada, lo que quiero es llegar a mi casa, ponerme el pijama más feo que tengo, tirarme en el sofá y tomarme mi té Roiboos, que ya ni vino me apetece. Y, escucha, que yo antes era de las de copa y risas, pero ahora, que me dejen tranquila. Y si alguna noche me entra la nostalgia, pues me abrazo a la almohada y me acuerdo de Mateo, y ya está. Que

tampoco hay que dramatizar, aunque un poquito de pena sí que me da, no te voy a mentir.

Pero ahora está Asia aquí. Que viene con esa voz ronquita que me deja temblando, que me huele como si yo fuera un perfume caro, que me mira, ay, cómo me mira, que parece que me está leyendo el historial médico y el de las fantasías también, que yo ya no sé ni dónde meterme.

Le doy vueltas a lo que he sacado de la nevera, pero vamos, no te creas que me estoy enterando de nada. Que yo creo que lo que he sacado ni encaja con lo que iba yo a hacer para cenar. Que he sacado un calabacín, un pimiento, dos tomates y un yogur caducado. ¿Esto qué era, para una ensalada, para un potaje o para tirarlo todo a la basura y pedir una pizza? Ni idea, hija, ni idea. Miro los tomates a ver si me dan la receta por telepatía, pero nada, que la cabeza la tengo en otro planeta.

Y claro, me veo con el cuchillo en la mano y ¿me voy a poner yo a cortar verduras con este tembleque? Si es que me imagino ya en urgencias, pero de paciente, con un dedo colgando. Que yo tengo que operar a la gente, no a mí misma porque me haya rebanado con la mandolina. Que, claro, esto no será más que un calentón del bueno, el típico mareíto de las hormonas haciendo de las suyas, ¿no? Pero menudo coñazo cómo me trae este mareo, que no soy persona.

Así que hago lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría: pego el suspiro más grande del mundo, agarro los tomates, el pimiento y todo el circo que he montado y lo vuelvo a meter en el frigorífico. Que si me quedo un rato más de pie aquí, acabo llorando encima del pimiento rojo, y paso de dramas con ingredientes de por medio.

Subo a mi cuarto, que creo que me hace falta un rato de aire fresco, aunque sea el de mi soledad bien ventilada. Pero claro, paso por la puerta de Asia y la curiosidad me puede. A esta cotilla no le queda otra: pego la oreja a la puerta. Y me entra la risa tonta, porque si Asia sale ahora y me ve, me muero del susto y de la vergüenza, todo junto. Vamos, y que si me pillan las niñas, ya la

dignidad de madre se me queda en negativo y a ver cómo explico yo eso luego en la cena.

Escucho a Daniela trasteando abajo, alguna historia está montando, que siempre está dando guerra, pero bueno, a esa la tengo vigiladita. Ahora, ¿y Carla? Esa criatura tiene la habilidad de materializarse donde menos te lo esperas. Si un día la veo saliendo de la pared, ni me inmuto, porque ya me espero cualquier cosa. Me muerdo el labio, dudo, tengo ganas de abrir la puerta de Asia y decirle algo. ¿El qué? Ni idea, pero algo. O igual mejor paso de largo, a lo paseo casual. Pero qué tontería más grande.

Total, me meto en mi cuarto calladita la boca, cierro la puerta con cuidado y me planto mi pijama, ese que es cómodo para tirarme en el sofá, pero mono para que no me dé vergüenza cuando Asia me vea. Me dejo caer en la cama con el móvil en la mano, calentito, no sé si por culpa del trasto o por el sofocón que llevo yo encima. Pienso en llamar a Sabina, pero ¿para qué? Si ya sé lo que me va a decir, la misma retahíla de siempre, que si esto, que si lo otro, y para que me dé la brasa, hoy no tengo yo el cuerpo.

La quiero con locura, sí, pero hija mía, Sabina modo charleta es un *podcast* infinito, y yo ya tengo suficiente caída de pestaña para sumar el monólogo de mi hermana al mío interno, que bastante coñazo me doy yo sola.

Y encima, para qué engañarnos, no estoy lista ni de lejos para soltarle la historia de Asia. Porque mire usted, yo conozco a mi hermana, y aunque oficialmente la dejó, que si promesas, que si adiós definitivo, que si este fue el último capítulo… ¡Ja! Una cosa te digo: a Asia, Sabina no la ha terminado de arrancar de su vida. ¡Que se lo ve venir cualquiera! Ahí los hechos, que hablan solitos: medio millón, ¿eh? Medio kilito de los gordos para el tratamiento del sobrino de Asia. Eso no lo sueltan ni en los bancos.

Y ahora, para más inri, me la deja aquí a la criatura, de okupa emocional, porque no puede ni verla sola ni soltar rienda. Esto es control de calidad, versión Sabina. Lo que ella no sabe, claro está —y ahí viene mi jaleo—, es el lío que me llevo yo con Asia desde hace meses. Bueno, lío, llamémosle «asunto complicado en fase de desarrollo» porque ni yo misma sé.

Y tírate tú a explicárselo a Sabina, que mi hermana es de digestión lenta para las cosas de esta índole. Y yo, metiéndome en su patio trasero, porque aunque oficialmente está con Amaia, que muy felices y muy todo, aquí la que se siente en pleno juego de intrigas soy yo. Asia y yo, nosotras tenemos… algo, no sé qué, pero algo hay. Y no sé si Sabina al enterarse me felicitaría con champán o me mandaría a paseo. A saber. Lo que sé es que aquí hay una tostada que se ha caído con la mantequilla para abajo y la que la tiene que recoger soy yo.

En fin, que mi hermana está completamente fuera de mi lista de desahogo, porque vamos, lo de adaptarse rápido a cosas complejas nunca fue su fuerte. Así que rebusco en mi agenda. Llamo a Julia, que esa será más seca que un esparto y te corta al hablar, pero cuando la tortilla te sale regular, te lo dice sin maquillar nada. Y yo lo que necesito ahora es que alguien me menee un poquito, pero sin hacerme daño, que una es sensible, pero no gilipollas. Además, aunque no lo diga con flores, Julia me cuida a su modo. Que lo sé yo, aunque a veces la mataría.

No he terminado ni el primer pitido cuando lo coge. Esa es otra que se pega al móvil que parece que trabaja de teleoperadora.

—¿Qué te pasa, corazón? —suelta con ese vozarrón suyo que te pone firme de un plumazo, que si no llega a ser supermodelo, la tenías vendiendo pescado en la plaza a grito pelado.

—Jules. Estoy que me subo por las paredes. Necesito terapia, un exorcista y una copita de Anís del Mono, todo junto. Que no sé si reírme, llorar o tirarme de cabeza en el sofá y quedarme ahí en coma tres días.

Se pone seria, o eso creo.

—Cuéntame, reina, te escucho.

Respiro hondo, mirando el techo, que debería pintar porque vaya tela como está, pero claro, ¿cuándo me va a dar a mí la vida para eso? Escucho los pasitos de Carla por el pasillo, tan discretos como siempre, y el murmullo lejano del móvil de Daniela desde su habitación. Bajo la voz, más por instinto que por otra cosa, porque

no sería la primera vez que me pillan en pleno monólogo interior, que las desgraciadas tienen oído de tísico.

Y así, sin vaselina ni nada, le largo todo el chisme a Julia, porque si hay alguien que sepa opinar de lo que no le importa, esa es ella. Mira que la quiero, pero es verdad, la tía siempre acaba de cabeza en todos los líos, y yo, claro, le doy carrete. Porque dime tú, ¿para qué están las amigas si no?

—Pero bueno, ¿y qué pasa? A ver. ¿Cuál es ese problema tan gordo? —dice ella en cuanto termino, que no me ha interrumpido ni una vez. Milagro.

—Pues que está aquí. Y no sé en qué coño estaba pensando cuando acepté la ideíta de mi hermana. Ahora tengo el chalé convertido en un almacén de hormonas. Hormonas adolescentes, hormonas mías, hormonas «extranjeras»… Esto parece la feria del estrógeno.

Julia se ríe a carcajada limpia, que me obliga a separar el móvil de la oreja.

—Sara, cielo, es que en tu familia tenéis un don especial para complicaros la vida. A ver, recapitulemos. ¿Tú no querías ayuda con Daniela? Pues ahí tienes ayuda con Daniela. ¿No querías alegría para ese cuerpo? Pues, cariño mío, te ha llegado un cargamento prémium de alegría en AVE, directo desde Madrid.

—Que no es tan fácil, Julia, por Dios. Que esto es un follón. ¿Tú sabes lo que significa esto? ¡Que Asia fue amante de Sabina! ¡Que se han estado, cómo decirlo finamente… encamando! Que esa criatura ha estado revolcándose con mi hermana. ¿Tú sabes el trauma que es eso para mí?

Julia se me ríe en la cara, la tía, entre bufidos, como si esto fuera una comedia.

—Reina, te tengo un cariño enorme, pero una cosa: si vas a descartar mujeres por el pequeño detalle de que hayan pasado por la cama de Sabina… no pruebas tú la bollería fina en la vida. Que no sé si te acuerdas de que tu hermana tiene más rodaje que un Seat Panda del 83. —Y ahí va la apoteosis—: Es que, vamos, ni me hables, que si yo no estuviera con Irina, ni ella con Amaia, que bien

sabes tú lo que quiero yo a tu cuñada, puede que hasta yo hubiera hecho cola para repetir.

—Julia, nena, no me ayudes, por fa. Déjalo. Cuelgo.

—¡Ay, vale, cariño, que era una broma! Pero escucha, Sabina no pinta un pimiento aquí, ¿tú te has escuchado? Esto va de ti, de esa chica que tienes ahora mismo en tu casa y que, si no me falla la memoria, está bastante buena. Guapísima, vamos. Tú lo que necesitas no es pensar, sino una duchita fría bien larga y, a ver cómo te lo digo, un *face to face* contigo misma… y con tus bajos fondos, que los tienes alterados.

Me pongo colorada perdida y me restriego los ojos con la mano que tengo libre, vaya la conversación que viene, ya la veo.

—Julia, por favor, no lo digas así, ¡que me muero de la vergüenza! Que le saco quince años, ¡quince! Que podría ser mi hija, mujer. ¡Y que estoy de luto, por Dios! Mateo…

—¡Ay, ya estamos con el drama! A ver, corazón, siéntate que te voy a desmontar este teatrillo tuyo, porque se te ve el plumero. Lo que te pasa es que estás acojonada. Pero acojonada. Vamos, que te tiembla hasta la vena esa del cuello que siempre te delata —dice muy seria—. Escucha: Mateo no está, Sara. Desde hace mucho. Que yo lo quería a rabiar, tú lo sabes, pero cielo, ¡a ver si le das un respiro al hombre! ¿Tú sabes lo que estaría diciendo si te viera así, tan viuda de manual? Estaría ahí arriba, señalándote con hartazgo y diciendo: «Sara, mi alma, suelta este vía crucis y échate un buen polvo ya, que vas a acabar embalsamada antes que yo».

Admito que me duele, porque Julia es mucha Julia para soltar las cosas suaves, y a veces en lugar de palabras escupe piedras. Pero es que la idiota tiene razón y lo sé. Mateo era lo más grande, daba lo que tenía y lo que no, y siempre lo hacía con esa alegría que te dejaba desmontada y aplaudiendo. Pero yo es que no me veo. Lo intento, ¿eh? Pero es que no me veo. Anda que imaginarme yo en brazos de otra persona…

—Yo no sé si estoy para estas cosas a estas alturas de la vida, tía. Que bastante tengo con aclararme con Netflix para ponerme ahora a experimentar con una mujer. ¡Que yo soy hetero! ¡H-E-T-E-R-O!

Vamos, que ya ni me acuerdo de cómo era hacer el amor normal, imagínate para ponerme creativa.

—¿El amor normal? —repite Julia, partiéndose de risa—. Cariño mío, tú no necesitas normalidad, tú lo que necesitas es un buen meneo. ¿Hace cuánto que no disfrutas en condiciones?

—Julia, cállate, que me van a escuchar.

—Que no te escuchan, mujer. ¿Hace cuánto?

Yo resoplo, intentando esquivar el tema, pero ya que estamos aquí, dale. Cierro los ojos, porque hasta me da vergüencita decirlo.

—Desde que murió Mateo, Jules. Seca como una tostá sin manteca.

Julia silba, larga y exageradamente.

—Madre, qué drama. Tú necesitas asistencia inmediata. Y esa chica que tienes en casa tiene pinta de saber lo que se hace… ¿Tú sabes lo que puede hacer una mujer joven con ganas y experiencia lésbica? Que eso es categoría superior, cariño. Que no estamos hablando de preliminares flojitos y a dormir, que aquí estamos hablando de la Champions League del sexo.

—¡Julia, hija, que me vas a poner más roja que un tomate! De verdad te lo digo, que me va a dar un jamacuco de escucharte.

Ella se parte de risa otra vez y, claro, yo acabo riéndome también, porque es que la tía es más bruta que un arao, pero oye, arte no le falta para soltarme estas cosas.

—Escúchame bien, Sara Rey. Tú te mereces esto. Te mereces vivir un poco, que ya está bien de aguantar el tipo por todo el mundo. Además, te aseguro que un orgasmo no tiene género, ni edad, ni orientación. Un orgasmo es un orgasmo. Y si te lo da alguien que te gusta, mejor todavía.

Ay, hablar con Julia es igual que tomarse una copita de vino blanco en ayunas: te sube rápido, te espabila, pero te deja con un runrún en la cabeza que no sabes ni por dónde te vienen los tiros. Ahora mismo tengo la cabeza llena de imágenes… que mira, no te voy a engañar, no son precisamente imágenes propias de una mujer con bata blanca y retoños demandando comida a todas horas. Ay, Asia, esa mujer, por favor: esas manos, que tienen pinta de que si te tocan te arreglan los achaques de la vida; esos ojos azules que, te lo

juro, parece que te leen el alma; y ese tonito suyo, una mezcla de seguridad y «aquí mando yo», que me da un vuelco y medio cada vez que habla.

—Sara, corazón —me dice Julia, pero esta vez con una voz más tranquila—. Deja ya de darle vueltas al coco, mujer. Esto es lo que hay, vida en vena. Liarnos, cagarla, disfrutar… Si es que tampoco hay que sacar un máster de estas cosas, ¿no? ¿Qué más te da lo demás?

Yo estoy ensimismada, a punto de soltarle un «vale, vale, lo que tú digas, *zen master*», cuando alguien da un porrazo en la puerta que me hace pegar un bote.

—Mamá, ¿qué hay pa cenar? ¡Me muero de hambre! —entra Daniela pegando voces, que parece que lleva diez días de ayuno, la criatura.

Me enderezo, dejo el móvil a un lado y suelto un suspiro que me sale de lo más hondo, vamos.

—Daniela, cariño, ¿tú no ves que tu madre está aquí intentando respirar un poco? Que no soy un robot, ¿eh?

—Pues respira luego, que yo tengo hambre ahora. ¿Pido una pizza o qué?

Me llevo la mano a la frente y resoplo. De verdad, lo que no haga una madre, no lo hace nadie. Vuelvo al móvil, que ni cinco minutos me dejan.

—Te tengo que dejar. Aquí la artista dice que se muere de hambre, que lo mismo me pide una ambulancia por el Just Eat.

—Venga, corre, pero tú piensa en lo que te he dicho, ¿vale? Fluye, Sarita. Que tú puedes.

—Sí, sí, cariño, fluiré. Te quiero, chula.

—Y yo a ti, reina mora. Anda, dale caña al horno o lo que sea que tengas a mano. Ya me contarás.

Cuelgo con una sonrisilla tonta y, claro, nada más abrir la puerta… ¡zas! Asia plantada en el pasillo con una camiseta caída y unos pantalones de Barbie. Apoyada contra la pared, con esa pose natural, pero calculada, enseñando más hombro que tela y con ese brazo tatuado que ni pintado con plumilla de museo. Y para rematar, me lanza una sonrisilla de esas que te dicen «ay, qué inocente soy»,

pero no cuela, que sabe muy bien lo que hace. Ay, madre, qué bochorno me entra. Me dan ganas de darme la vuelta y encerrarme en mi cuarto para siempre.

—¿Ibas a la cocina? Dani está en modo apocalipsis adolescente. —Su tonito me desquicia, tan relajada ella. Me señala hacia abajo con el pulgar, porque claro, con ese movimiento, el hombro se vuelve aún más destacado. ¡El hombro! ¡Que no es para tanto, Sara, céntrate, que es un cacho de hueso y pellejo!

—Sí, sí, justo iba. —Intento poner voz de que aquí no pasa nada, pero vamos, que me sale flojo.

Y para no gritarle al mundo «¡pero qué barbaridad de mujer, por Dios!», miro el cuadro ese horroroso que me regaló Sabina. Que lo tengo ahí colgado porque soy más buena que el pan y tengo una paciencia que ni Santa Teresa, vamos.

Asia baja las escaleras y yo la sigo con la cabeza alta. Bueno, alta a ratos, porque vamos a ver, esos pantalones no son ni medio normales, ni prácticos ni nada. ¡Si parece que se los ha comprado en la sección de niños! Y yo, con todo lo que he pasado, con mis guardias, mis noches en vela y mis años de mujer hecha y derecha, me pillo a mí misma mirando justo donde no debo. ¡Al culo, Sara! ¿Pero esto qué es? ¿A mí qué me está pasando ya?

Me entra el sofoco. No el de las edades que una ya empieza a rozar, sino el nervio chungo este de «esto no está bien, pero no sé cómo quitármelo de encima». Y, lo peor: la pregunta inevitable se cuela en mi cabeza: ¿quiero tocar ese culo? Y, lo que me mata, lo que me remata entera, es que mi cerebro no me dice un no rotundo. ¡Es que creo que sí quiero! Y claro, me cabreo conmigo misma. Porque esto no es normal.

Al final llegamos abajo, porque hasta en mis desvaríos tengo sentido de la orientación. Asia se da la vuelta y, con toda la desvergüenza del mundo, me suelta una sonrisita de esas que no sabes si es porque le doy pena o porque se está partiendo de risa por dentro.

—¿Sara? ¿Tú estás bien? —me dice medio riéndose, porque parece que para ella soy un monólogo ambulante.

—Sí, sí. Perfecta. Lo que se dice en el mejor momento de mi vida, ¿tú me entiendes? —respondo con la boca seca.

Me dan ganas de decirle cuatro cosas, porque vamos a ver, ¿qué necesidad hay de ser tan mona y tan repelente a la vez?

—Vale, es que por un momento te he visto mareada.

—Nada, nena, la edad, que una ya no está para estos trotes, qué le vamos a hacer.

Asia se ríe por lo bajini y me mira con esos ojillos achinados que tiene, que me ponen el corazón a mil.

—No digas tonterías, si estás estupenda. Y ese pijama tuyo vintage me encanta.

—¿Vintage? Anda ya, si esto es viejo de toda la vida.

Me guiña un ojo, la muy pilla, y se pone en marcha. Y yo, pues detrás, contemplando su parte trasera. Qué le voy a hacer. Si es que tiene un tipazo que ya lo quisiera yo para mí. Y no te voy a mentir, me dan ganas de apretarle esas carnes firmes. Pero vamos, que eso no quiere decir nada. Que a mí me van los hombres, que eso yo lo tengo clarito. Esto es solo… una curiosidad, una cosilla de nada.

En eso, oigo a mi Daniela que grita desde la cocina.

—¡Mamá, que me como la mesa!

—¡Que ya voy, hija, no seas exagerada, por Dios! —respondo, espabilándome, que no quiero que me pille con este panorama.

Pero la voz de Asia me llega desde delante, suave y casi susurrante, cargada de humor y complicidad:

—Vamos, doctora, que la niña tiene hambre y yo también —dice devorándome con la mirada.

La estupenda se pone a andar hacia la cocina tan campante. Yo voy detrás, rojitas las orejas. La convivencia, digo yo, tendría que ser declarada deporte de riesgo. ¿Cómo puede una meterse en el quirófano y salir ilesa, pero luego empezar a sudar con una frase tonta de esta… artista?

Capítulo 11

Asia

La cena ha sido una mezcla entre silencio incómodo, pizza grasienta y tensión a punto de freírme el flequillo. Carla ha cenado en modo cien por cien invisible, sin ruidos, sin abrir la boca más de lo justo para masticar, sin queja alguna, pegada al móvil. Un diez en comportamiento robot. Que me flipa y a la vez me da cosa, ¿sabes? ¿Esta respira de verdad o es un holograma con muy buena conexión a Internet?

Dani, por su parte, se ha zampado media pizza ella solita. Pero, eso sí, con la boca llena no ha parado de soltar perlas: que si el pepperoni ni se ve, que si las servilletas eran muy finas, que si esta casa da asco… Así, largando lo primero que se le pasaba por la cabeza, cero filtro, cero ganas de agradar. No era una queja normal de adolescente aburrida, no, era de las que tiran a dar. Pero sin levantar la voz, que para eso es muy pro, lo suyo es el desprecio de manual, la hostia pero con guante de seda.

Y lo peor es que ni una reacción. Yo veía de reojo a Sara y pensaba: ¿esto te parece normal? ¿Te hace un *bullying* pasivo y tú no dices nada? Pero ella ahí, concentrada en su trozo de pizza, tragando más tensión que masa.

Yo, mientras tanto, he estado en modo francotiradora emocional. Analizándolo todo. Midiendo cómo se habla, cómo no se habla.

—Daniela, cariño, recoge tu plato, por favor —dice Sara con una voz que no es bronca, no, pero lleva el runrún de que la está palmando, que se le nota.

Ni caso. La otra sigue con el móvil como si el plato sucio se fuera a recoger solo.

—Daniela, el plato. Te lo estoy diciendo en serio.

—Ahora voy.

Mentira. Todos sabemos que ese «ahora» significa «cuando me dé la gana o cuando alguien explote».

Sara suspira. Ese suspiro lo he escuchado muchas veces en muchas madres. Es el sonido de «no puedo más, pero no me queda otra». La veo luchar con la cría y es que no puedo quedarme callada, no me sale, he venido a esto también, a echar un cable (vale, el cable principal se lo quiero echar a la madre, a ver si hay suerte esta noche, pero eso ya es otra cosa), y si tengo que meterme en el circo de las responsabilidades familiares ajenas, pues me meto, total, ya estoy aquí.

—Ya recojo yo lo que queda, Sara —digo, poniéndome en pie como si esto fuera lo más normal del mundo y no una escena que podría acabar con gritos, portazos y un móvil volando por la ventana.

Carla, que es igual que esos personajes de serie que son tan perfectos que te caen mal, siempre serena y haciendo lo que debe, se levanta sin drama, coge su plato y lo deja en la pila.

Dani me clava los ojos esos de estar analizándome y no gustándole lo que ve. Con la ceja arriba, así a lo jefa de banda latina, tú sabes. Nivel «¿Tú qué pintas para meterte, fantasma?».

—¿Tú qué eres camarera también? —larga con veneno.

Pero no me achanto. Le sonrío, tranquila.

—Estoy aquí para echarle un cable a tu madre, no para hacerte el servicio. Pero si tú me vas a pagar por recoger tus platos, me avisas, ¿eh? Que a tu madre la tienes explotada gratis. Y yo, princesa, cobro por hora. Con IVA.

La dejo nadando en el limbo entre la pulla y el colegueo, sin apretar demasiado. La niña duda. Lo veo. Valora si hacerme el desplante o entrar en el juego. Al final suelta un «buah» bajito, se levanta, coge el plato y, con un pase de pasarela que ya quisieran muchas, lo deja en el fregadero.

Sara me mira. Flipando. Literal.

—¿Pero nena, tú cómo lo has hecho?

—Magia, cariño. Y muchas horas de telebasura. Que una ha estudiado en la Universidad de Hermano Mayor.

Y justo cuando empiezo a recoger las servilletas con la satisfacción de quien ha salvado el mundo de un plato sucio. Mi gato sin vergüenza ni límites aparece de la nada, con esa agilidad que solo tienen los gatos o los chorizos profesionales. Da dos vueltas rápidas por la cocina, se sube a la silla, da un saltito y en cero coma está sobre la encimera. Mete una zarpa en el plato lleno de aceite de pizza, con los dedos abiertos, palpa y pilla un trozo de pepperoni con las putas patas. Y se lo lleva, ¡tan feliz!, arrastrando la pezuña pringosa por toda la encimera.

—¡Bicho! ¡Que te meto en Wallapop!

Pero nada. Me ignora olímpicamente, el cabronazo. Se baja de un salto con su trozo de pepperoni entre los dientes, todo digno, y se pone a zampar en medio de la cocina. ¡Qué descaro!

—¡Bicho, pero tú eres idiota! —grito y corro a apartarlo, porque no sé si le va a dar algo al gato con tanta grasa o me va a dar a mí del nivel de vergüenza—. ¿En serio, delante de la doctora, robando pizza con las patas?

Y entonces… flipa. Sara se agacha. Sí, sí, la señora cirujana, la que corta y cose vidas. Se agacha, lo coge y lo achucha. LO-ACHUCHA-AL-GATO-QUE-HA-ROBADO. Se le pone voz de abuela, ¡con el puto gato criminal en los brazos! Yo me quedo quieta. No por contención, sino porque estoy procesando.

—Ay, churrita… ¿tienes hambre tú también, mi vida?

Yo la miro. El gato ronronea. Pero ronronea con maldad, estoy segura. Dice: Sí, mami, yo robo pizza y esa humana loca me regaña, pero tú me das mimos. Y Sara me sonríe.

—Ajá. Ya veo yo cómo educas tú. Mimos después del crimen —le digo con tono travieso—. Muy pedagógico todo, doctora Rey, tomo nota.

Nuestros ojos se encuentran solo un segundo, pero un segundo que pesa más que todos los segundos de mi vida anterior.

—Conmigo no hace eso —salta Daniela desde el pasillo, entre cabreada y alucinando con la escena.

—Porque tú no eres tan adorable —responde Sara sin pensarlo.

Yo me aguanto la risa. Me la aguanto mucho, porque lo que de verdad me dan ganas es de besarla. A ella, no al gato. Aunque él

también se ha ganado un poco de respeto.

—Mira tú, que no pierdes ni un minuto en justificar la nómina —me suelta con una sonrisa en cuanto nos quedamos a solas—. Lo mismo te sacas un paraguas del bolso y vuelas como una folclórica con superpoderes.

—Bueno, alguien tenía que quitarte un poco el papel de mala de la película. Más quisiera yo tener un bolso mágico y poder solucionar esto con una canción. ¿Te imaginas?

A Sara se le pone un brillito en los ojos que a mí me hace cosquillas por dentro.

—Gracias, bonita —dice. Y la forma en que lo dice, joder, es un *like,* pero de los de antes, de los que valen algo. Me hace sentir, no sé, un pelín especial.

—¿Por qué, Sara? Todavía no he hecho nada.

—Has venido.

—Sí, pero oye —le digo bajito, sin empalagar, pero bajito—. Yo he venido a hacer de niñera punk y todo eso, pero tú y yo sabemos que también he venido por otra cosa, ¿verdad?

Uff, estoy lanzando bombas de sinceridad y sé que la pongo en una situación rara, pero que viva la incomodidad, necesito que lo digamos.

—Verdad —dice. No se detiene a preguntar qué cosa y eso me hace sentir que estamos en la misma onda. Mi estómago salta de felicidad, rollo orgasmo de tripa.

—¿Salimos un rato al jardín y me cuentas qué pasa con Dani? Porque lo primero es lo primero, y si me vas a encargar esto, necesito saber de qué va la trama.

Sara suelta un suspiro largo.

—Venga, vamos para el jardín, pero te lo digo ya, Asia: esto tiene tela. Que Daniela no es moco de pavo, que la niña es complicada.

—Doc, por favor. —Finjo que me río—. Años en trabajo social con adolescentes en riesgo. Créeme, no esperaba encontrarme a la capitana del equipo de animadoras aquí.

Ella sonríe, pero sin fuerzas. Y se va directa, yo voy detrás, sin meter prisa, mirándole la espalda —que, por cierto, menuda espalda tiene la señora— y pensando en todas las formas posibles en las que

puedo cagarla si no me controlo. O sea, tengo que encontrar la línea entre lo profesional y lo personal, lo que es correcto y lo que en realidad deseo, y lo que Sara cree querer, de lo que yo estoy 200% segura de que quiero.

El jardín es un pequeño paraíso nocturno. Tipo «*aesthetic* de señora bien» pero con un puntillo canalla. Sara se ha marcado un plan monísimo: una botella de vino blanco fresquito, dos copas y unas luces de hada por ahí que crean un *mood* que flipas. Está claro que esto lo montó con amor del bueno, amor de «esto tiene que molar», aunque amor de aquellos tiempos en que las plantas eran jóvenes y no parecían sacadas de un capítulo de *The Last of Us*. Ahora mismo, las macetas están en modo SOS, pidiendo a gritos un *reset* vital, y las hojas secas tienen una estética de otoño perpetuo que, oye, tiene su puntito. Y para rematar la faena, el rincón del porche, ¡qué te voy a decir! Huele a gato, a Bicho, a que ha encontrado su nuevo palacio y ya no piensa volver al transportín. Pero, bueno, lo que se cae, lo roto y lo descuidado también tiene ese encanto decadente que a mí me pone un montón, no sé por qué, cosas mías.

Y claro, de repente, ¡bam!, entra la música. A ver qué me pones ahora, doctora Rey, qué temazo nos traes para esta noche de nervios y luciérnagas, y ¿qué suena? ¡Pues los Cranberries! Me entra una risa tonta que me tengo que morder el labio. O sea, ¿en serio? ¿Cranberries? Es que me la imagino con quince años, poniéndose rímel hasta en la barbilla para ir a un concierto, con unos pantalones de campana más anchos que yo y llorando con esta canción como si fuera el fin del mundo. Y, aun así, es que me desarma su esencia. Su forma de ser, su manera de no disimular que le pone esta música de madre total… Es que me hace gracia y, sí, me gusta un montón, a pesar de su *playlist* de abuelita. Ah, amor moderno, ¿quién lo entiende? ¿Será que yo también tengo ya el alma en modo vintage y no me he enterado? Qué rayada, colega.

Se sienta en un sofá de mimbre que cruje. Pone las piernas cruzadas, la espalda tiesa, las manos así, recogiditas en el regazo. Muy ella. Me acuerdo, sí, de la Sara que vi en la mansión, esa que parecía de hierro, la que iba de fuerte aunque por dentro temblara

como un chihuahua. Esa pose la tengo yo archivada bajo «Sara Rey: Dama de Hielo edición prederretimiento».

Y luego está la otra Sara, a la que hace solo unas horas casi le da un ataque porque estaba oliéndole el cuello. Que sí, joder, que sigue oliendo que te mueres. Qué perfume usa esta mujer, en serio. ¿Es de esos de nicho o lo mezcla ella misma con magia y mala intención? El caso es que me dan ganas de cometer errores así, *ipso facto*, solo con respirarle cerca.

Total, que en vez de irme al otro sofá y disimular que tengo vida propia y no solo orbito alrededor de ella, me dejo caer a su lado. Un poco por tocarle las narices, obvio, que me va la marcha, pero también porque si no me pongo cerca, no la pillo bien.

—Bueno, Sara —le digo, cruzando las piernas—, cuéntame qué pasa con Dani. Que necesito datos, contexto, chicha.

Ella suelta un resoplido de los que vienen con drama de fondo. Se sacude una pelusilla invisible del pantalón, clásico movimiento de señora que necesita tres segundos para ordenar el *timeline* mental y no parecer que se le va a caer la cabeza al suelo.

—Mira, cariño, te lo cuento y de paso me desahogo: porque es que no sé ni por dónde cogerla. Si ya de siempre ha sido un drama andante, últimamente es para darle un premio al melodrama del año. No me escucha; me responde fatal, se monta sus películas por cualquier cosa y no tiene tiempo ni para sacar un mísero cinco. ¡Cinco, Asia, que tampoco estoy pidiendo matrícula! Pero lo que más me duele, con diferencia, es que… es que siento que me tiene un rencor que no entiendo. Como si yo hubiese venido al mundo a fastidiarle la vida.

La escucho en silencio. Sí, yo hablo mucho, parezco el audio de WhatsApp de esas amigas que no saben resumir. Pero también sé cerrar el pico cuando toca. Y más si tengo delante a una madre que parece que acaba de salir de un combate de *pressing catch* emocional.

—Pero a ver, ¿ha pasado algo así, gordo? Un detonante, ¿sabes? Algo que le hiciera clic en la cabeza. Alguna movida en el cole que no me hayas contado, un drama de amigas que las dejó picadas para siempre, alguna cagada que tú hayas hecho y creas que ella no

te ha perdonado… Algo que dijeras «justo desde este capítulo empezó la cosa a irse al carajo».

Sara me mira y ya sé yo que la voy a cagar, porque con esa vibra de «no te atrevas» me desafía a que me atreva.

—¿Puede ser por lo de su padre?

Ni dos segundos me da, lo suelto y el universo me manda una señal: su cara. Se le cambia del tirón. Pero es que tenía que preguntarlo. Aunque sea incómodo y me mande a la mierda.

—Mateo no tiene nada que ver, Asia —contesta, seca. Directa al mentón, como si hubiese puesto un pie donde no tocaba. Y sí, pues eso, tema delicado, de los que hay que archivar bajo «no remover sin protección emocional», confidencial máximo, solo para personal autorizado o algo así.

—Nada, nada, olvidado. Pero que lo mismo sí tiene que ver, ¿eh? Que perder a un padre…

Y me corta. Mano en alto. El gesto típico de «aquí te paras, bonita».

—Asia, no puedo hablar mucho de Mateo, ¿vale? Murió en un accidente. Y ya. Fin.

Pues vale, ok. Mensaje recibido, fuerte y claro: Cállate, Asia. Y ya está. Fin del comunicado.

—Perdona, no quería… —Bajo la voz. Sin ironía ni la tontería esa mía de siempre. Eso sí que me llega. Porque yo sí que entiendo eso de no querer hablar de algo por mucho que te revuelva por dentro.

—Ay, no pasa nada, de verdad —responde ella más suave—. Es que, mira, yo qué sé, no creo que sea eso… o bueno, a lo mejor sí, vete tú a saber. Pero vamos, que Daniela nunca ha sido fácil, nunca, ¿eh? Difícil, no: lo siguiente. Y últimamente…, que no la reconozco. Se me está yendo de las manos.

Y ahí se me parte un poquito algo dentro. Porque verla así, tan… bajita, tan cansada, no es lo que tengo en la cabeza cuando pienso en ella. Esta versión con la voz rota y la mirada al suelo, no la tenía en el álbum. Me da ganas de hacer cosas que no vienen en ningún protocolo de intervención familiar. Por ejemplo abrazarla. O besarla. O lo que venga después. Pero no lo hago, claro. Porque soy muy profesional, yo. Ja.

En lugar de eso, me acerco un poco, sin invadir, pero con intención.

—Estoy aquí para ayudarte, Sara. Pero no me ocultes detalles que puedan ser importantes. Cuéntamelo, aunque no te apetezca nada. Prometo no volver a ir tan a saco.

Ella gira la cabeza y me clava esos ojos que lo dicen todo y nada al mismo tiempo. Se le ven brillantes. No de llorar, no todavía. Pero sí de estar al límite. Y me entra la duda de si sabe lo guapa que está incluso así.

—No es que te esconda cosas, chiquilla. Es que hay cosas que no sé ni por dónde empezar. Ni cómo contarlas, ni qué hacer con ellas. Me cuesta un trabajito que ni te lo imaginas, vamos.

Y yo, que no soy precisamente la reina del tacto, por primera vez me callo del todo. Porque entiendo eso. Porque yo también he tenido cosas que no sabía cómo pensar. Como esto que siento ahora, sin ir más lejos.

—Vale. Pues vamos por partes —le digo, ya más suave—. Cualquier detalle me sirve.

Sara se recoloca y se agarra la rodilla. La ficho enterita sin cortarme un pelo, de arriba a abajo, que no se me escape un detalle: sus manos inquietas, esos dedos que parecen bailar de un lado a otro. Y la alianza, que aún brilla en su dedo anular, pero en eso no me da la gana de pensar ahora mismo, que bastante tengo ya, gracias. Me recupero rápido, vuelvo a poner el foco en ella, en lo que suelta o lo que no.

—No sé —dice al final—. Lo único que sé es que ya no me habla. Y cuando le da por abrir la boca, es para discutir. Que si esto lo hago mal, que si lo otro lo hago peor. Que parece que todo lo que toco lo rompo, oye, y busca cualquier excusa para amargarme el día, para castigarme por algo que no sé ni lo que es, porque yo juraría que no le he hecho nada. Y no lo entiendo, Asia, de verdad, no lo entiendo.

Y, coño, en este momento, se me revuelve todo. Quiero decirle a gritos que ya está, que todo va a estar bien, que las cosas, por chungas que se pongan, al final se recolocan… pero sé que eso es un cuento total, y la verdad es que a mí lo de ir de hada madrina en

versión de barrio me encantaría, pero vamos, la realidad es otra. Así que, nada, me limito a asentir con la cabeza.

—Vale, Sara. No te rayes. Tú sigue soltando, que yo te escucho.

Ella duda un segundo que se me hace eterno, pero vuelve a hablar. Y yo, claro, la escucho. La escucho entera, sin pestañear y sin perderme un solo detalle.

Capítulo 12

Sara

Qué arte tengo. Estoy sentadita en el bordillo de la piscina, muy digna para el cuadro que tengo dentro, porque le acabo de soltar a Asia lo que no está en los escritos. Te lo juro, le he contado a esta mujer en una noche más que a la psicóloga que pago a precio de oro desde que me salieron las primeras canas.

Pero mira, no he llorado, ¿eh? Punto para mí. Que una puede ser sensible, pero de hacer dramas a lo Victoria Abril nada. Aquí el maquillaje no se corre, aunque por dentro esté para que me metan en la lavadora con dos ciclos, programa delicado.

Así que aquí ando, con los piececitos metidos en el agua, que está tan fría que parece que estoy haciéndome una crioterapia de esas junto a Asia.

Nos estamos pimplando dos copitas de vino blanco del bueno, que no te vayas a pensar que es del de supermercado. Este es de los que guardo como oro en paño porque una tiene sus refinamientos, no te digo yo que no. Y escúchame, ni tan mal, porque tener a esta mujer aquí sentada, con esos ojazos inquisitivos que tiene, que parece que sabe lo que desayuno sin que yo lo haya dicho nunca, pues ya es motivo suficiente. Porque, claro, una emergencia emocional de categoría siempre merece descorchar lo bueno,

El jardín está que flipas, lo digo yo que he pagado la decoración. Ni en la feria de abril tienen este despliegue. Todo brillando, las lucecitas esas LED que me costaron una pasta, pero dan *glamour* y el agua de la piscina que, entre tú y yo, me sirve más para postureo que para bañarme. Encima suena un tema de *Nirvana*, claro que sí, porque nunca puede faltar. Y yo escucho las primeras notas y me entra una nostalgia que me hace sentir mayorcísima.

—Estás muy callada —dice Asia sin saber el efecto que tiene en mí su tonito ese tan relajado—. ¿Te pasa algo o es que ya te ha pegado el vinito?

Yo levanto la barbilla, muy digna.

—¡Anda ya, Asia! ¿Tú te crees que yo, cirujana de prestigio internacional y mujer de mundo, me voy a venir abajo por dos copitas de vino? Esto para mí es agua con color, pero con categoría, miarma, que una tiene el paladar fino.

La otra, tan lista como es, saca esa sonrisilla de medio lado que me tiene la tensión arterial por las nubes. Y ya empieza con el tonteo, que la veo venir de lejos.

—Claro, claro… tú lo llevas todo controlado, ¿no? Mujer experimentada.

—En casi todo —le suelto, y me sale un deje flamenco que ni yo me reconozco.

Ella se arrima, despacito, como si no quisiera la cosa, pero bien que sabe lo que hace. Me pone esa carita que me va a volver loca. Qué coraje, de verdad.

—¿Y en qué no, doctora? —dice dándome un empujoncito como si me fuera a tirar a la piscina.

Suspiro, fuerte, para que me escuche bien, y toco el agua.

—Pues en darme baños nocturnos, por ejemplo. Eso no lo tengo yo dominado.

Y la tía se parte de risa, se echa para atrás y yo la miro, que parece que me han dado un golpe en la cabeza. Porque sí, será una descarada, pero bonita es un rato largo.

—¿Quieres que te enseñe?

—Ni mijita. Estoy mayor para estas tonterías, guapa.

Y me mira otra vez, con esos ojos que si yo tuviera diez años menos o un poquito más de valor, me lanzaba ahora mismo. Pero nada, que me agarro a mi dignidad, le doy otro sorbito al vino y simulo que aquí no pasa nada.

—Venga ya, Sara, que tú estás estupenda. La única que se preocupa por la edad eres tú. Vamos, que ni te la he preguntado.

—Porque eres una cría —le digo, aunque por dentro me estoy tragando mis palabras, porque esta cría tiene más seguridad que yo

en toda mi vida. Qué injusticia, hija.

—¿Cría, yo? —Y va y me pone la mano en la rodilla. ¡En plena rodilla! Ay, por favor, es que me da un vuelco el corazón. Qué poca vergüenza y qué larga se me está haciendo la noche.

—Asia, de verdad, no me líes. Que yo no sé jugar a esto.

—Claro que sabes. Y te encanta.

¡Que me encanta, dice la tía! Pues verás tú, sí, un poquito sí, pero a mí me da más susto que gusto, te lo juro. Me noto los mofletes que me arden, el pelo pegajoso del sudor y la sangre que me va por el cuerpo como si me hubiera tomado un cubata doble con extra de guasa. Ella espera a ver qué hago. Y yo, sin saber si agarrarme a algo, morderme el labio o sentarme encima del temblor que me recorre de la nuca a los talones.

Que yo debería ser una mujer seria, con mis años de experiencia, pero oye, a la hora de la verdad, me sale la niñata que llevo dentro. Así que, en vez de comportarme como una señora, voy y le meto un empujoncito y la mando de cabeza al agua. ¡Toma ya! Que se refresque, que falta le hace, y de paso me quito yo los nervios, que tengo el estómago revuelto.

Y viene el grito y el chapoteo. Ella me salpica y yo que no puedo ni respirar de la risa. La veo salir del agua con el pelo pegado, despeluchá pero divina, y con esa risilla de niña chica que, qué quieres que te diga, me encanta.

—Y ahora, ¿quién es la cría de las dos? —me grita con guasa—. ¿Esto es lo que haces cuando te pones nerviosa?

Y yo, que ya no sé ni dónde meterme, le digo:

—Pues mira, sí.

—Anda, ven aquí y me lo dices de cerca.

Y yo, que ya he perdido el norte y la vergüenza, me inclino, muy señora, le tiendo la mano sabiendo lo que va a pasar. Y efectivamente: la niña no defrauda. Me agarra con esas manazas que tiene y ¡zasca!, me lanza. Y encima, tiene la poca vergüenza de pegar un grito como si fuera ella la que va a tragar agua.

Salgo echando el bofe, con el pelo en la cara y la camiseta pegada. Y claro, me parto. Porque entre el susto, el frío y la risa, ya ni siento las piernas.

Ella se descojona. Tan tranquila. Tan feliz. Y yo con el *eyeliner* corrido y el sujetador haciendo de esponja.

—¡Mira que eres mala, tía! —le digo, intentando recogerme el pelo—. Pero mala, mala, de las que salen en los culebrones esos que ve mi madre, que te dan ganas de cambiar de canal.

—¿Perdona? ¿Que yo soy mala? —Se ríe y se acerca despacito—. ¡Si has sido tú la que me ha empujado primero!

—¡Un empujoncito, para que te espabilaras! Tú me has cogido con ansia, sin piedad ninguna, que casi me descoyuntas.

Ella se arrima con esa carita de «prepárate que vengo fuerte» que ya me tiene a mí con la mosca detrás de la oreja. Y de pronto me doy cuenta de la que se me viene encima. Porque la mujer esta lleva la camiseta tan pegada que eso no es ropa, eso es una declaración de intenciones. Y mira tú qué arte, que va y se la sube sin una pizca de vergüenza, ni teatrillo, ni ná de ná.

Sara, contrólate, que esto no te está pasando de verdad, que esto es un delirio tuyo por no dormir como Dios manda.

Pero no. Se la quita. La camiseta, digo, que me pongo nerviosa hasta pensándolo. Y yo me quedo muerta, revivida y otra vez muerta, todo en un segundo. Es que no hay palabras. Pecho firme, piel de revista… Y los tatuajes. ¡Ay, los tatuajes! Es que los lleva puestos para darme a mí un síncope en directo. Y esos pezones. Qué espectáculo. Ni mirar quiero, vamos.

—¿Mejor así, no? —me suelta. Y encima con naturalidad, oye.

Yo, mientras tanto, trago saliva para no quedarme con la boca abierta y no parecer más tonta de lo que ya soy, que ya es decir.

¿Y qué hago? Pues mira, nada. Ni sé dónde meterme ni dónde posar los ojos, porque si me pongo a escanear el panorama se me nota fijo. Y va la otra y se ríe, pero bajito, con esa risita que es para matarla. Pues sí, Asia, cariño, si tu intención era dejarme para el arrastre, lo digo ya: ¡Éxito total! Trato de procesar que estas tetas no son la típica escenita de vestuarios ni una de las peliculitas que veo para matar el rato. Estas son para mí. ¡Para mí! ¡Directas a mi piscina y a mi existencia!

Y claro está. Que una se altera. Porque será por tetas vistas, pero vaya cosas tiene la vida, que resulta que las de esta mujer son las

primeras que miro a conciencia.

—No me mires así, Doc, que odio la ropa mojada. Me da una grima… Así se está mejor. Más fresquita. Más libre.

¿Libre, dices? Libre estarás tú, hija, porque yo tengo los músculos más tensos que el flequillo de una muñeca Nancy. Pero claro, aquí una tiene que disimular, que si no, se me rompe la fachada y lo último que quiero es dar ese espectáculo.

—¿Ah, sí? Tú libre y yo divina en mi pijama de seda— le digo, cruzándome los brazos delante del pecho, no por pudor, sino por no arrancarme el botón de los nervios que tengo.

Y ella ahí, con esa carita de no tener un mal pensamiento, pero sabes perfectamente que te va a meter en todos los follones del mundo. Se acerca un poco más. Yo no sé si es el vino o que ella sabe muy bien a lo que juega.

—¿Cómoda tú? Anda ya. Si parece que te has metido en el agua con la funda del sofá puesta —me dice echándome una miradita de esas que no sabes si es cariño o cachondeíto fino.

—Asia…

—Sara —me imita con toda la guasa—, que esto es tu casa. Solo estamos nosotras. Bueno, y el gato, pero ese ya ha visto cosas peores. ¿O lo que te da cosita es que te vea yo?

—¿Y si me da apuro qué?—Me pongo seria, pero un amago de sonrisa me traiciona, porque es que la chiquilla me hace gracia aunque me dé coraje.

Y la otra, tan fresca, va y me planta la mano en la cintura por debajo del agua, como si estuviéramos bailando sevillanas en la caseta y no en mi piscina, de madrugada, con más vino dentro que fuera y el sentido común en paradero desconocido. Entre el agua fría y el calor que me sube con el roce de su mano, a mí me va a dar algo. Y no hablo de amor, hablo de un trastorno cardiovascular.

—Pues que me gustas más todavía —me suelta con esa voz que se me mete por el cuello y me remueve entera. Se me arrima al oído —. Relájate conmigo —dice. Ojalá fuera capaz.

Y yo tiesa. Tiesecita. Con una vocecita interna que me grita: «¡Sara, ahora, por lo que más quieras, déjate llevar!». Pero luego sale la otra, la voz de la sensatez, la que lleva décadas con la coleta

hecha y el sujetador sin aro, y me dice: «¡Sal del agua ahora mismo, que esto es una locura!».

—Asia, creo que deberíamos salir ya —le digo. Mentira. No creo nada, pero algo tengo que decir.

Ella sonríe, la muy bruja.

—¿Y si yo no quiero salir? ¿Y si aquí contigo estoy estupenda?

Yo intento esquivarla, pero la tengo tan encima que si respiro profundo nos fusionamos; me mata lo invasiva que es, pero no me muevo ni un pelo. Al final me sale la frase más sincera de toda la noche, sin filtros ni leches:

—Mira, Asia, que yo creo que esto me viene grande, no sé si estoy preparada.

Ella se ríe bajito. Como si me dijera sin abrir la boca: «Claro que estás lista, bonita; otra cosa es que tú te enteres». Me remueve por dentro, pero claro, también le quiero dar un «¡oye, ya!» en la frente.

—Anda, Sara, relájate un poco. No va a pasar nada que no quieras, te lo prometo. Que esto es para estar a gusto, no para agobiarse —me dice con un donaire que me descompone, y en lugar de quedarse quietecita, se arrima más.

—Sí, claro, si yo estoy ideal de la muerte, relajadísima —murmuro mientras fijo la vista en cualquier lado que no sean sus dos razones delanteras: la farola, el jazmín, o una nube que no existe, ¡lo que sea!—. Pero tú me pillas fuera de juego, Asia, que yo ya soy una mujer con rutinas, con el puñetero pijama puesto.

Ella se ríe, con esa risa canalla que tiene.

—¿Qué costumbre ni qué costumbre, Sara? Estás en tu casa, en tu piscina y conmigo. ¿Dónde está el drama?

—El drama, cariño, lo llevas tú encima. Que te presentas aquí con esa carita, ese tipazo y esa gracia… y claro, una no es de piedra. Pero tampoco soy de plastilina, ¿eh? Que tengo mis rigideces.

Ella se acerca aún más y con tono de broma, pero con toda la intención:

—Pues ya va tocando que te reblandezcas un poco. Que me da que este verano vas a necesitar menos pijama y más ganas.

Mi corazón pega un salto. Porque la amiga lo dice con gracia, sí, pero lo dice. Y sabemos las dos de qué habla, aunque aquí ninguna

lo diga en alto. Para qué, si ya está todo dicho con las miradas, las posturas y el calorcito que se ha montado aquí de repente. La escena, digo, no yo, ¿eh?

Así que me quedo calladita, aunque sé que espera que le siga el juego. Y no sé si hacerlo o no, pero lo que sí sé es que el agua está fría y yo ardo por dentro.

—Sara, deja ya de darle vueltas a la cabeza —me dice sin saber que desde que ha cruzado la puerta de mi casa no he hecho otra cosa que pensar. En ella, en su cuello, en esas manos que tiene, en cómo se le queda la ropa pegada cuando se moja… Vamos, pensamientos de premio Nobel, lo mío.

—¿Y tú cómo sabes que estoy yo aquí dándole al coco? —le digo.

—Porque se te nota, doctora. Lo llevas escrito aquí. —Me pone un dedo entre las cejas—. Y también en esa manerita tuya de no mirarme de frente.

—Yo miro donde me da la gana, ¿eh? Que una será discreta, pero de ciega tengo lo justo.

—Pues que sepas que los buenos modales no sirven de mucho en una piscina a medianoche.

Yo suelto un bufido, porque vaya telita. Qué labia tiene la muchacha, de verdad.

—Asia, chiquilla, ¿tú no tienes un tema de conversación normalito? Es que parece que vienes con chuletas preparadas.

—Yo improviso, Sara. Pero si quieres cambiamos de tema. Podemos hablar del tiempo. Aunque te aviso que aquí dentro hace calor… y no es por la temperatura del agua.

Y entonces yo me río, pero me río de corazón, casi con vergüenza de mí misma.

—Tú vas buscando que yo pierda los papeles, ¿verdad?

—¿Yo? Si yo solo he venido a flotar y disfrutar de la noche. Eres tú la que no sabe si echarme del agua o invitarme a quedarme.

—Yo no he dicho ninguna de esas cosas —respondo, con voz flojita, a ver si el volumen me salva del apuro.

—Pero lo piensas. Y lo sabes.

Ay, Señor, dame paciencia. Que la tengo a un soplido de distancia, pero no me toca. No sé ya ni qué pensar, ni si debo pensar, ni si esto

se me está yendo de las manos.

—¿Y tú? ¿Tú no piensas nunca? —le disparo, ya un poco seria, aunque por dentro estoy para que me rellenen un parte de urgencias.

—Solo cuando no me distraes.

La muy descarada… y yo con una sonrisa que no sé ni de dónde ha salido.

—Qué aje tienes, de verdad.

Me muerdo el labio, porque ya ni sé cómo ocultar esta marea que llevo dentro.

—Y tú qué peligro. Que me das conversación, pero no me das tregua.

Nos quedamos así, en medio de… ¿esto qué es? ¿Un pulso emocional? ¿Un juego? ¿Una locura? Pero ella, tan lista, no se mueve. Ni un centímetro para delante ni para atrás.

—Asia…

—Dime.

—Nada. Que te estás pasando tres pueblos.

—Pues dime dónde está el límite y paro. O me acerco más.

Y ahí se queda, la profesional de las distancias cortas. Yo trago en seco, sin saber si desviar la mirada, echarme a reír o quedarme quieta hasta que se le ocurra su siguiente movimiento.

Capítulo 13

Asia

Tengo un calentón que me va a reventar la cabeza, no es broma, ¿eh? Me tiembla hasta el hígado, ya ves. Eso de que te duele el alma es de peli viejuna con mucho drama, a mí lo que me duele, pero duele bien… es el coño, literal.

La tengo aquí. Delante. Sara Rey. En carne y hueso. Empapadita, con el pijama que se le ha quedado pegado y la respiración agitada. Pero va de «yo controlo», la muy actriz. ¡Anda ya! Si la estoy viendo, si se le nota a doscientos metros que no controla nada. Con los ojos brillantes y ese labio mordido… que si se lo aprieta un poco más va a tener que cosérselo con hilo quirúrgico, menos mal que es médica.

Yo mientras tanto la rozo cada dos por tres debajo del agua. Si fuera por mí la agarraba por la cintura y la pegaba a mí hasta que se me bajara la tontería. Pero no. No la voy a empujar, porque no quiero que se cierre en banda. Pero tampoco puedo seguir así y aguantar mucho tiempo en plan monja. Digo yo.

Así que nada. Me muerdo la lengua, que me la voy a acabar comiendo, me río como una idiota, que es lo que soy ahora mismo, y floto cerquita, muy cerquita. En su órbita. Como un satélite del deseo. Por si se le ocurre, yo qué sé, acercarse sin querer. Rozarme sin querer. Besarme sin querer.

Que sí, que ya, Asia, espérate un poquito, respira. Tengo claro que no va a pasar todavía, pero es que si sigo así mucho rato más, a medio gas, midiendo cada gesto y cada milímetro, me voy a tirar de cabeza. Y no a la piscina, precisamente.

Me acerco un poco más, onda «uy, perdona, que me resbalo, casualidad de la vida». Casualidad mis ovarios. Lo que busco es la excusa más tonta para rozarla otra vez. Y lo hago, claro, yo no

desaprovecho una oportunidad. Le paso los dedos por la cadera en modo caricia sin pensar, pero que va pensada de sobra.

Ella da un respinguito suave que a mí me pega un calambrazo, casi me dan ganas de gritarle guapa a la cara. Y no se aparta. Ni un poquito. Está entre el susto y las ganas, y eso me tiene el sistema nervioso en huelga.

—Estás temblando —le digo fingiendo preocupación y que no sé perfectamente por qué se le ha activado el modo vibración.

—Es que tengo frío.

Ajá. Claro. Frío. En Sevilla. En junio. En una piscina con vino y con una lesbiana medio en bolas pegada a ti. Qué casualidad, mujer, qué cosas te pasan justo ahora.

—Pues si eso salimos ya, ¿no? —le digo, con cara de buena persona, que es mentira pero yo la pongo igual.

Ella duda. Se masacra el labio.

—Eh… Yo estoy divinamente en realidad —dice, flojito.

Me tengo que morder la lengua para no dar palmas y hacer una voltereta bajo el agua que nos deje flipando a las dos. Pero me contengo. Me acerco otro poco, con estilo, sin avasallar, lo que puedo con la libido en la garganta y las pulsaciones desbocadas. Nivel «voy a por ti, pero con educación».

—Tú avísame si en algún momento dejas de estar tan divinamente, Doc —le digo a diez centímetros de su boca—. Que yo soy muy respetuosa. Pero también muy insistente si me das luz verde.

Y se lo suelto mientras mis dedos siguen flotando por su cintura. Porque sí, no lo decimos del todo claro, pero estamos hablando del tema. De *ese* tema. Y ahora mismo, o una de las dos se moja en serio o acabamos con una úlcera.

Estamos en uno de esos momentos en que sabes que si alguien pestañea se rompe el hechizo y todo se va a la mierda. Yo espero, escondo cuánto me importa su respuesta, pero estoy a punto de implosionar por dentro. O de meterle la cara entre las manos y comérmela entera.

Mis dedos se pasean por su cintura jugueteando con el agua. Bueno, vale, mentira. Aquí lo que hago es ver hasta dónde aguanta

sin que salga por patas o me eche agua en la cara. Estoy midiendo a saco, vamos. Y oye, que no huye. Es más, da un pasito. Mini, sí. Pero se acerca a mí. No sé si por error o queriendo, pero lo hace. Y eso, para esta mujer, es una declaración de amor eterno.

Me posa los antebrazos en los hombros y ya está, se acabó. Me va a besar. Lo sé, lo siento, lo huelo. Está aquí. Su boca, la mía, el calor, el vino, la tensión… esto va a pasar. Me entran ganas de gritarle «¡ahora, Sara, ahora o nunca!», pero mantengo la dignidad. Bueno, lo intento.

Y entonces…

—¿Mamá?

La voz. De Carla. Atraviesa el aire y nos separa de golpe. Yo solo quiero morirme, pero no en plan poético, no, no, no. Morirme literal. Ahogada en la piscina, con los ojos abiertos y flotando, que me encuentren y digan: Aquí murió Asia, por culpa de una interrupción *random*. Porque, ¿en serio? ¿Justo ahora? Universo, ¿me odias o qué?

Sara se aparta de mí con una expresión que es un poema y medio. Yo, con el cerebro en modo *buffering,* abro los ojos y los brazos, porque no sé ni qué hacer con el cuerpo. Levanto la vista y ahí está la niña, plantada en la puerta del jardín, con ese careto de «¿qué hacéis tan pegadas y medio en bolas, por favor?». O sea, lo ha visto. TODO. No hace falta tener un máster en bollería fina para saber lo que estaba pasando aquí. Si nos pilla cinco segundos más tarde, nos pilla con la lengua metida hasta la garganta.

—Nada, que quería avisarte de que mañana madrugo también. Por si oyes ruidos.

La niña lo dice como si no acabara de sorprendernos en pleno calentón, pero tiene los ojos entornados y esa sonrisita de «ajá, ya está todo claro, mamita». Y luego se gira y se mete en la casa. Digna. Con información nueva para su archivo. Estoy por aplaudirle la entereza, en serio.

Mantengo la calma y voy a decirle a Sara que no pasa nada, que no se raye, que la niña ya habrá visto más cosas en TikTok, pero ni me da tiempo. Ella ya ha salido del agua, cero contacto visual

conmigo, se envuelve en la toalla como si llevara todos los pecados de la Biblia encima.

—Sara, relájate, que te has asustado tú más que ella —le digo intentando suavizarlo un poco, pero ella ya va con la mirada perdida y la culpa hasta en los tobillos.

—Que sí, mujer, que ya lo sé, pero es que mira qué hora es, chiquilla. ¡Las tantas! Mañana tengo quirófano, que no te lo he dicho, y si no duermo mínimamente, voy a estar con el pulso fatal y no estamos para sustos con los bisturíes, ¿eh? Así que me voy a la cama, tú acomódate como te dé la gana, abre la nevera, cotillea, haz lo que quieras, aquí hay confianza. ¡Ale, hasta mañana, guapa, que descanses!

Y hala, se larga creyéndose culpable de un delito federal. Yo me quedo sola en medio de la piscina, en bragas, empapada y con cara de emoji de payaso. Porque esto no era un jueguito, esto era EL MOMENTO, el puto momento, y nos lo ha jodido la pubertad con voz de pito.

Salgo del agua, me pongo la camiseta mojada pegada al pecho y mientras me la escurro pienso: esto no se queda así, ni de coña. Me da igual si tengo que hacerme la interesante otra vez, la próxima vez no hay Carla, no hay interrupciones, no hay sustos, ni nada. Porque Sara me iba a besar y yo no pienso quedarme con las ganas. O sea, ni en broma. Fin del drama. Bueno, no. Pero por hoy, sí.

No pego ojo en toda la noche, claro, tengo la cabeza embotada y el cuerpo como si me hubiera pasado un camión de bollodrama por encima. No sé si tengo fiebre o si simplemente sigo *on fire* por lo de anoche, pero vamos, que este despertar me lo podía haber ahorrado y tan feliz.

Escucho movida abajo: portazos, tacones, voces susurrando. El combo completo. Y yo, sinceramente, no estoy para cafés intensos ni para dar explicaciones. Así que nada, me tapo hasta las cejas y espero a que pase el apocalipsis familiar. Ni aunque me prometan churros con chocolate bajo, y yo por un buen desayuno vendo mi alma, pero hoy no. Espero, aguanto, respiro hondo y cuando por fin escucho el coche arrancar y se hace el silencio, casi lloro de la emoción. Aleluya.

Ya entonces sí, me giro, me espatarro en la cama, cojo el móvil y entro en modo zombi emocional: Instagram, TikTok, vídeos de perritos haciendo cosas absurdas, señoras organizando cajones con música de fondo tipo Lo-Fi Girl… cualquier cosa que me apague el cerebro cinco minutos y no me recuerde que mi vida ahora mismo es un caos.

Y, cómo no, ahí están: veintisiete mensajes de África. Mi hermana melliza, la versión *drama queen* de mí pero con menos *flow* y más sentido común, que lleva días dándome la turra y yo esquivando como si esto fuera el Mario Kart y ella la concha azul. Pero claro, África tiene un radar, que si no le contesto ya, se planta en Sevilla en un vuelo y me hace un *intervention.*

Resoplo, me dejo caer en la cama, me rasco la cabeza (que no sé si es por nervios o por costumbre, la verdad) y me preparo mentalmente para el interrogatorio nivel FBI que me va a caer. Porque a ver, ¿cómo le explicas a tu hermana que estás viviendo en casa de una viuda buenorra, que casi te la zampas en su piscina y que os interrumpió su hija? ¿Eso cómo se empieza? ¿Con *sticker* de Baby Yoda? ¿Con audio de tres minutos? Ni idea. Pero sé que si no le contesto pronto, me va a estar dando la chapa hasta que me pire de aquí y sinceramente, no pienso irme todavía. Así que venga, Asia, valor y al lío, que peor fue la vez que le conté lo de la fiesta en casa de los de Derecho y sobreviví.

Pulso el botón de videollamada. África sale en la pantalla con cara de haber visto a la muerte y volver.

—¿Te dignas, no? Pensaba que te habías tirado al río.

—Sí, mujer, aquí sigo, en modo superviviente.

—¿Dónde te has metido? Ese fondo no es de la cueva de Eva.

Meto la cabeza en la almohada, pero sé que no cuela.

—Estoy… eh, no estoy en casa de Eva.

—Asia, me cago en todo, ¿dónde andas?

Me muerdo el labio porque sé perfectamente la que me espera en cuanto le cuente esto, pero qué más da.

—Estoy en Sevilla.

—¿SEVILLA? ¿Pero tú tienes sentido común o solo coleccionas disgustos? ¿Y esto desde cuándo, loca?

—Desde ayer, pero si te lo contaba antes me montabas el telediario.

Pongo los ojos en blanco y me aguanto las ganas de pegarle un *sticker* de la Britney pelada.

—¿Con quién te has ido, tía? Aunque ya me lo imagino.

—Con Sara.

África resopla. Si pudiera meterse por la pantalla, me sacaba de la oreja.

—No. No me hagas esto. Dime que no vas otra vez a lo Sabina.

—Tranquila, jefa. Esta vez no hay peligro biológico.

—Sí, sí, lo mismo decías la última vez y acabé recogiendo tus trozos por el suelo.

—Me repito, Sara no tiene nada que ver. Lo juro. Es otro universo.

—Universo dice. Tú es que tienes adicción a la movida, Asia.

—Eso o a las médicas con problemas, no sé qué es peor.

África gira la cámara, me enseña un bus rojo pasando bajo la lluvia.

—Mira, Londres sigue existiendo y la gente lleva paraguas en junio.

—Ponme el Big Ben, anda, que así me siento más cosmopolita.

—Que te lo pongas tú, artista. ¿Y la familia de la doctora qué tal?

—Buff… para escribir un libro, Afri. Cuatro hijos, piscina, drama gratis.

—Te mola el riesgo, eh. No cambias.

—Tú tampoco, que llevas la misma sudadera de hace tres semanas.

—Mentira. Esta la compré en Camden.

—Ajá. Me la traes cuando vengas, ¿vale?

—Si sobrevives, igual.

—Que sí, pesada, que estoy bien. Y si la lío, te lo cuento antes de llorar por WhatsApp.

África se ríe, pero en el fondo no me engaña.

—Oye, Leo pregunta por ti todo el rato. Está emperrado con que vuelvas a Londres.

—Dile que le llevo chuches y que le enseño palabrotas nuevas.

—Te quiero, tronca. Cuídate.

—Igual, bruja.

África siempre me mete el miedo en el cuerpo, pero en el fondo le flipa verme feliz. Y vale, reconozco que todo esto me da un poco de cague, no voy a ir de superheroína Marvel ahora, pero es que Sara no es Sabina. Ella no va de jefa inalcanzable ni me trata como si fuera su juguete de temporada.

Y yo ya no soy la Asia tonta que se pensaba que eso era amor. Ahora estoy más jodida, sí, pero también más madura. Bueno, madura… lo justo. Y si estoy metida hasta el cuello, pues que me dé el agua y que me moje entera, porque lo que estoy sintiendo por Sara no es un *crush* sin más, esto es un tsunami. Y no sé cómo va a acabar, pero si me tengo que estrellar, lo pienso hacer con estilo y con las bragas puestas. Bueno no. Qué tontería.

Bajo las escaleras sin hacer ruido, no porque tenga que, sino porque me sale así. La casa está vacía y se nota. Huele a café de cápsula, a prisas de madre *multitasking* y a ese caos de «he salido corriendo con dos niñas y cero ganas de existir». El salón parece el *after* de una fiesta de pijamas: una zapatilla *random* en medio del pasillo, un bol de cereales que ya está en modo cemento y ese silencio raro.

Obvio que me pongo a cotillear. Es que, si tienes fotos en marcos, lo siento, pero las voy a analizar todas, no soy de piedra. Y Sara tiene una colección que ni el *feed* de Instagram de una *influencer* de maternidad: las niñas disfrazadas de *Frozen*, todos en la playa, los mellizos (que aún no sé ni cómo se llaman) en la nieve y mi doctora, que en todas sale guapa, la muy cabrona.

Y luego está él. El fantasma oficial de esta casa. Qué mal me cae sin haberlo conocido, la verdad. En una foto abraza a Sara por detrás, ella embarazada, con el moño hecho mierda y la sonrisa torcida. Y joder, se la ve tan… en su sitio. Tan segura. Tan otra cosa.

Ya vi ayer algunas fotos, pero claro, ahora estoy sola y me fijo en todo al detalle, y es raro. Raro bien, raro mal, no sé. Solo sé que empiezo a sentir que me he colado en una serie que no es la mía. Y de repente me cae la ficha: es que no lo es. Esta mujer ha vivido tres temporadas y yo sigo en el piloto. Que mientras ella criaba a

tres niños, yo estaba haciendo la comunión y flipando con Hannah Montana.

Y sí, que yo voy de sobrada, pero estas cosas me bajan el ego a tierra. Asia, ¿tú qué pintas aquí? ¿En serio tiene sentido que duerma en su casa, desayune en su cocina o la seduzca en su piscina? Pero bueno, justo entonces mi estómago decide hacer un remix de sonidos y se me pasa la tontería existencial. Porque sí, la vida es un drama, pero el hambre es una verdad absoluta. Así que me voy a la cocina y me hago algo rápido, que si voy a seguir rayándome, al menos que sea con tostadas.

Me hago dos, con aceite y tomate porque, vamos a ver, si no desayunas eso en Andalucía te viene la policía del pan y te mete una multa, fijo. Café con leche bien cargadito, que si no me quedo medio muerta, y ojo, que pillo unas lonchitas de jamón del bueno que había en la nevera y casi me pongo a llorar, que llevaba no sé cuánto sin probar el jamón.

Me siento en la encimera como si esta fuera mi cocina de toda la vida, con el plato en una mano y el móvil en la otra, pero ni lo enciendo, porque estoy *living*. El pan cruje, el café huele a gloria bendita y hay un silencio de esos que te reconcilian con la humanidad.

Cuando termino, me asomo por el ventanal ese gigante que da al jardín y vaya panorama: el césped a parches, las plantas en modo «por favor, agua», y la piscina… la piscina da una pena…

Total, que me entra esa energía rara de «haz algo útil, payasa» y salgo al jardín. Y ¡pum! Esto no es calor de «uy, qué bochorno», es calor nivel dios. Sevilla me quiere matar, lo tengo clarísimo.

Voy directa a una casetilla que hay en el fondo. El candado no está cerrado ni nada, así que entro. Dentro hay de todo: trastos, herramientas, telarañas que probablemente tengan más *followers* que yo… pero también está lo que buscaba. El palo ese larguísimo para limpiar la piscina y un escobón tamaño XXL.

Pongo música en el móvil, algo que me suba el *hype*, tipo Rosalía mezclada con Nathy Peluso, que me dé *vibes* de «yo puedo con todo». Y me pongo a limpiar la piscina. A los diez minutos ya me he quitado la camiseta, porque sudo nivel concierto. Voy en sujetador

deportivo y unas mallas viejas que encontré en la mochila. Me siento un poco protagonista de videoclip cutre.

Me concentro. Hojas fuera, mosquitos fuera, alguna avispilla muerta que me da un asco que flipas, pero bueno, todo sea por la causa. Porque sí, lo admito, también lo hago por postureo. No voy a mentir. Que llegue Sara y me vea currando, sudada. A ver si así se le pasa un poco el miedo de anoche.

Aunque no es solo eso, la verdad. Es que veo la piscina así, turbia, descuidada, con mierdecitas flotando, y no sé, me toca la fibra, porque pienso que Sara también está así: hecha polvo, pero con potencial de renacer rollo ave fénix.

Y claro, vuelta a pensar en ella. En lo cerca que la tuve. En lo cerca que estuve de besarla, joder. Y me rayo, porque no sé si me da más miedo que se eche para atrás… o que no lo haga. Porque si esto tira para adelante, lo dejo todo. Literal. Bueno, todo no. A Leo, no.

Termino de sacar hojas, bichos y tres vidas pasadas de la piscina y me quedo apoyada en el palo este a lo prota de *Los Juegos del Hambre* después de sobrevivir a la arena. Estoy chorreando. Literal. Me chorrea la frente, la espalda, las tetas, el alma. Y con la tontería me he quedado seca. Así que me voy al cobertizo otra vez, en plan exploradora urbana, a ver si hay algo más que cacharros viejos y olor a cerrado.

Y la veo. Una mochila. Negra, desgastada, con el nombre *Mateo* escrito a rotulador, medio borrado. Se me queda el cuerpo raro. Porque claro, Mateo es el que vivía aquí, el que crio a las niñas, el que sale en las fotos con pinta de buenazo, el que se tiraba a Sara en esta piscina cuando yo todavía estaba ligando con niñatas *random* en el Retiro y subiendo *stories* de mis dramas existenciales. Ese Mateo.

Y aquí me veo yo. En sujetador, con la camiseta tirada por ahí, metida en el cobertizo del difunto y tocando las cosas de su casa. Metida hasta el fondo en un lío que ni sé cómo ha pasado.

Es que es rarísimo porque me da cosa y a la vez me pone, ¿sabes? O sea, sí, esto era suyo, pero ahora la que está aquí soy yo. La que se ha comido limpiar la piscina, la que duerme en su cama

(bueno, en la de al lado, pero tú me entiendes), la que tiene a Sara decidiendo si besarme o salir corriendo.

Y mientras estoy en este *mood*, me agacho a pillar una caja de herramientas que huele a humedad y, de repente, me da un ataque de realidad: no tengo ni idea de si voy a estar a la altura. Pero estar, estoy. Y además no me quiero ir.

Pero bueno, de momento es lo que hay, ¿no? Así que saco el cortacésped, lo arrastro por el jardín, porque este césped no ha visto una tijera desde Semana Santa, y me pongo a darle, línea a línea. Al principio me lo tomo a coña. Mira qué granjera urbana soy, Dua Lipa en el campo. Pero luego ya me quiero morir. Me suda hasta el alma, tengo las piernas llenas de mierda y el sujetador pegado. Pero venga a darle porque ya me he picado conmigo misma, que es lo peor.

Pero, oye, me vengo arriba. Ya no lo hago por postureo, lo hago porque me siento bien. Bien de verdad. No huyo de nada, ni evito dramas, hago algo y punto. Y eso, en mi vida, no pasa mucho, la verdad.

Cuando termino, dejo el trasto este y me quedo un segundo quieta, respiro deprisa, con las mejillas ardiendo y las piernas temblando. Entro en la casa casi a gatas, busco un baño sin pensar en nada más. Y ahí, colega… ahí ya se me va de las manos.

Abro una puerta pensando que es el aseo y, sorpresa, me encuentro en un despacho que parece un mausoleo, versión *skater*. Hay una mesa con un portátil, una bata blanca colgada —muy Sara, la verdad—, y de repente… ¿monopatines? ¿Trofeos de skate? ¿Una tabla firmada en la pared? O sea, ¿qué es esto, la habitación secreta de Tony Hawk o qué?

Obvio que me acerco, ¿quién se resiste? Los trofeos tienen fechas de la era Tuenti, inscripciones que gritan «*freestyle champion*», «campeonato nacional», todo dice «mírame, soy el puto amo». Y las fotos, uf. Mateo volando por los aires, casco puesto, sonrisa total de que le da igual si se parte los dientes. En otra sale con unos colegas que parecen recién salidos de un videoclip de los *Beastie Boys* o de una rave de *Euphoria*, caos y vintage mezclados a tope. Y en medio de todo, él y Sara, abrazados encima de una tabla, soltando carcajadas de esas que te hacen pensar que el resto del mundo les

da igual. Pareja de manual para odiarles solo por existir, ese nivel de *goals* de Instagram que provoca ganas de silenciarles.

Y justo cuando me empiezo a poner intensa, entra el gato. Paseo de dueño, maullido de «¿qué haces aquí, humana *random*?». Se cuela entre los trofeos, salta a la mesa, tira un lápiz, me dedica un repaso de superioridad total y se larga. Ni caso. Aquí la que sobra soy yo, lo deja claro y se va tan pancho.

Me río, porque esto ya es surrealista. Yo sudada, con olor a césped y la cara roja, rodeada de recuerdos de un matrimonio que no es el mío. El gato, más dueño de todo que yo de mi propia vida. Y, aun así, no me muevo. Porque veo a Sara en una foto, carcajeándose con Mateo, y me da una punzada rara. No es celos, no. Es algo peor, ¿alguna vez alguien me va a mirar así, sin miedo, sin tener que justificar todo el rato que existo? Porque yo siempre soy la que llega tarde, la que es el lío, la que nunca sale en la foto bonita. La que nadie enmarca, básicamente.

Y joder, duele un poquito más de lo que pensaba.

Me voy a la cocina y busco en la nevera algo que no implique ni encender el fuego ni tener que existir mucho, cuando de repente escucho la puerta que da al garaje y me da un microinfarto. Me doy la vuelta rápido y veo a Sara entrando con su moño mal hecho y su bolso colgado del brazo.

—Hola —le digo, y levanto el cartón de zumo con la sonrisa puesta, recién pillada en modo rata pero ni se me nota.

—Hola. —Tira las llaves en la encimera. Mira alrededor, frunce el ceño—, ¿no viste la nota?

Y ahí se me enciende el cerebro en modo romántico. Me pongo tensa. ¿Nota? ¿Una nota? ¿Me ha dejado una nota? ¿Qué pone? ¿Gracias por lo de anoche? ¿Una indirecta subida de tono, rollo «te espero mojada (en la piscina)»? Yo qué sé. Se me pasa de todo por la cabeza en cero coma.

—¿Qué nota? —Intento sonar *chill*, pero me late el cuello.

—Te dejé una nota en el aparador del salón.

Ah, el altar familiar. Obvio que lo vi, pero estaba tan ocupada cotilleando y montándome pelis que ni me fijé en que había un

papel. Ahora me quiero morir por haberme perdido el supuesto mensaje romántico.

—Pues no la vi, Doc, perdona. Estuve por el jardín y eso… —Me rasco la nuca, nerviosa. Me siento un poco idiota—. ¿Era importante?

Y ella, sin piedad, me suelta la bomba.

—Que había filetes empanados y gazpacho en la nevera.

Me quedo congelada. Literal. Con el cartón de zumo en alto y una cara de gilipollas que ni yo me aguanto. Me sale una risa tonta, de esas que te salen cuando quieres llorar pero te haces la graciosa.

—Ah. Claro. Gazpacho.

Notita *hot*, sí, sí. Muy 50 sombras de gazpacho. Ella se sirve un vaso de agua y yo me quiero meter entera en el frigo, a ver si así me evaporo junto a los filetes.

Bien, Asia. Otra escena de comedia romántica arruinada. Y esta vez con gazpacho.

—¿Comemos? —pregunta, poniendo la mesa con prisa por pasar a la siguiente pantalla.

Gazpacho, filetes, ensalada… y yo pienso: ¿esto qué es, Asia? ¿Un capítulo de *Cuéntame* o el prólogo de que te vas a pillar por esta mujer hasta el infinito y más allá? Porque dime tú cuántas veces me has visto a mí comiendo con cubiertos, en una cocina Pinterest.

El primer minuto, silencio. Me meto un bocado de filete, pero la comida no me pasa. Y no por mala, que está tremenda, sino porque tengo la garganta cerrada de tanto pensar lo que no estoy diciendo.

—¿Todo bien? —le digo, aunque lo que quiero decir es: ¿te acuerdas de que casi me besas anoche o lo vamos a borrar como si fuera un *tuit* problemático?

—Sí, todo bien. ¿Y tú? ¿Has descansado?

—Dormí fatal. No sé si fue el calor… o la piscina. —Le pongo un tonito que si no lo pilla, que se lo haga mirar. A ver si se moja, nunca mejor dicho.

Pero nada. Fija la vista en su ensalada. Ni parpadea.

—Hace mucho calor, sí —dice, tan tranquila.

Y ya está. Fin. Me lo deja muerto. Cierra la puerta, echa la llave y la tira al Guadalquivir. Ni una mención al casi beso, ni al agua, ni al

momento respiración pegada. Se hace la loca y nada. Me trago el orgullo con otra cucharada. Bien fría. Igual que su respuesta.

Silencio otra vez. Sé que no quiere hablar, pero está pensando en todo. Y la camiseta blanca que lleva no ayuda a que pase del tema. No ayuda NADA. Se le marca todo. Me suda el morro la dignidad, tengo el tenedor temblando del esfuerzo que hago por no mirarle directamente a las tetas.

¿En serio vamos a fingir que no estuvimos a un centímetro de darnos el filete anoche en medio del agua? Me entran ganas de levantarme y salpicarle el gazpacho a ver si reacciona. Y de repente, zas:

—Por cierto, a las cinco tengo que ir a recoger a las niñas.

Yo cambio de chip como puedo:

—¿Te acompaño?

—Sí, claro. Luego vamos al centro comercial, que les tengo que comprar ropa de verano.

—Ah, perfecto. Ruta *fashion*. ¿Te mola eso?

Se ríe y ese mini sonido me da subidón. O sea, ni un beso, ni nada, solo esa risa y ya estoy KO.

—Uf, antes me encantaba. Pero ahora… chiquilla, si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer? Además, Carla ya me ha soltado esta mañana que repetir modelito este verano es impensable e indigno. Palabras textuales.

—¿Indigno? ¿Pero esa niña trabaja en Vogue Teen o qué? —Me sale una carcajada que ni intento disimular—. Pero tranqui, que yo tengo ojo. Soy buena consejera. Lo de pillar el rollito adolescente se me da.

—Ah, pues prepárate, porque lo de Carla es llevadero, pero Daniela… si le digo que se pruebe algo, me suelta un bufido. No aguanta ni cinco minutos la criatura.

—Me encantan los retos —respondo, fingiendo valentía. Pero por dentro estoy en plan emoji de sudor frío, porque sé que Sara pilla cada doble sentido que le lanzo.

Me clava los ojos y yo lo noto, porque cuando quiere esquivarme, lo hace. Pero ahora no. Y me da un microinfarto, pero de los buenos.

Se levanta y empieza a recoger los platos, y yo salto detrás.

—Déjame recoger, anda.

—¿Estás segura? A mí no me molesta.

—Estoy tan segura que hasta te limpio el escurreplatos con cepillo de dientes si hace falta. Me relaja. Y además me quito la culpa de haber dormido mientras tú estabas en guerra.

Y entonces se ríe. Pero no una risa de quedar bien, no, una de esas que se le escapan sin querer y que duran poco pero te dejan el corazón blandito. Y a mí con eso me vale, porque si no me dice nada, pero se ríe así, yo ya sé que no estoy tan fuera de juego como pensaba.

Capítulo 14

Sara

Voy conduciendo por la Palmera, a lo mío, rumiando. Hoy se me ha quedado uno tieso en el quirófano y todavía lo llevo en la cabeza, las dos niñas detrás peleándose y en el asiento del copiloto la fantasía de anoche, que casi me la como, literalmente. Y la culpa, tía, la culpa pesa más que la bata del hospital en pleno agosto.

—Te lo dije, Dani, que esas eran de niña.

—En la web ponía que tallaban grande.

—La web miente, igual que tú.

—No empieces, Carla, que me tienes negra.

Y yo, mientras, cruzo el puente del Quinto Centenario con una mano en el volante y la otra sujetando los pocos nervios que me quedan. El coche ni rechista, la que va a punto de fundirse soy yo.

Porque anoche, uf… Casi la beso. Pero beso, beso. De los que hacen historia. La tenía ahí con esos ojazos fijos en mí y pensaba: Sara, si vas a pecar, que sea con categoría y con esta mujer, que es un escándalo de lo bien hecha que está.

Total, que me iba a lanzar. Que ya me daba igual todo. Y justo, pero justo cuando estaba a puntito de cerrar los ojos y todo el rollo romántico… ¡ME APARECE CARLA! «Mamá», me dice con ese tono que tienen los niños cuando te pillan haciendo algo que no debes. Y ahí se me fue todo: el deseo, los nervios y hasta la poca dignidad que me quedaba. Qué vergüenza, de verdad.

Y claro, no estaba haciendo nada malo, que yo soy viuda, por el amor de Dios. Que Mateo se nos fue hace ya cuatro años. ¡CUATRO! Que no quiero sonar dramática, pero digo yo, ¿cuánto duelo hace falta para que una pueda darse un beso sin remordimientos?

Pero claro, mi cabeza no se calla. Que si qué pensará Carla, que si soy su madre, que si Asia es joven y yo, bueno, ya voy para madura

bien avanzada, que esto parece un cuadro raro. Total, que no sé cómo abordar el tema. Porque, claro, ¿cómo le explicas a tu retoño de casi dieciocho años que a ti te está dando el calentón con la amiga joven que has invitado a casa? No me la imagino tomando eso con filosofía, la verdad. Pero algo tendré que decirle porque, vamos, con esa mirada que me echó, me sentí un ladrón pillado *in fraganti*. Y yo no sé disimular. Ni callarme. Eso no lo voy a cambiar a estas alturas.

Y encima, se me queda en el quirófano un chaval joven, treinta y algo. La operación era complicada, sí, que lo sabíamos todos, pero oye, cuando pasa, se te va un trozo de alma. Yo sé que no ha sido culpa mía, que el equipo ha estado fino, como siempre, pero una sabe cuándo no ha estado al cien por cien. Hoy tenía la cabeza más por otras piscinas, en lugares muy lejanos al quirófano, y eso, amiga, pesa lo suyo.

—Estáis muy calladas, ¿no? —salta Asia con tonito de «¿qué pasa aquí que no me estoy enterando?».

—Nada, está dándome la vara porque se cree que el verde pistacho le sienta bien. En junio. En Sevilla. Dime tú si es normal —responde Carla, que siempre tiene algo que decir.

—Pues a mí me gusta —dice Daniela, en modo adolescente pasota, mientras yo suelto una risa floja, pero de compromiso, de esas que son más terapia que otra cosa. Porque verlas ahí, charlando de tonterías, me devuelve un poco a la realidad y me recuerda que la vida sigue, por mucho que yo me vea en bucle hoy.

Llegamos a Lagoh y esto parece el paraíso de los que viven para la foto del Instagram, con ese aire acondicionado que se cree que es brisa de la playa, pero ni por asomo, vamos. Las niñas, claro, se piensan que hemos llegado a Disneyland, pero yo solo me repito: «Tira para delante, Sara, que de aquí también se sale viva». Aparco el coche con una puntería que ni Fernando Alonso en sus mejores tiempos, porque hija, si el día viene torcido, por lo menos que el coche quede bien puesto, ¿no?

Venga, Sara, para arriba, que entre unas chanclas feas, tres *crop tops* y una camiseta hortera, a lo mejor se me aclara la cabeza. O

no, porque con mi suerte, lo mismo salgo peor. Pero bueno, aquí estamos, a ver qué pasa.

Nada más poner un pie dentro, las niñas se miran y ya sé yo que están tramando algo. Vamos, que se les nota en la cara la conspiración. Y a mí se me enciende la alarma de madre, que no falla nunca.

—Mamá, ¿nos das la tarjeta y elegimos ropa nosotras solas? —ronronea Carla, con esa vocecilla de mosquita muerta que tiene.

¿Solas, dice? SOLAS. Escucha, que me da la risa.

—¿Solas? ¿Dónde vais, al Primark o qué?

—No, mamá, al Zara. Relájate, que tampoco vamos a comprar acciones en Wall Street.

Yo, que ya me conozco el percal, le digo a Carla:

—A ti te la doy porque sé que no eres de liarla. Pero tú —y aquí miro a Daniela con mi mirada de madre que lo ha visto todo—, tú eres otro cantar.

Daniela, que tonta no es, hace el gestito de «me estás dejando en evidencia delante de todo el centro comercial».

—¿Perdona? ¿Qué tengo yo de raro?

—Ay, Daniela, que siempre vuelves con tres camisetas negras, unos pantalones que parecen sacados de un parque de parkour y una riñonera de pinchos, y luego me lloras porque «no tienes nada que ponerte». Que te tengo calada, cariño.

Mientras tanto, Asia está calladita, pero esa sonrisa la delata, la mujer se lo pasa pipa. Observa el espectáculo delante de sus narices, y yo ahí, colorada, tomate de Los Palacios total, sudando para mantener la compostura, que me cuesta lo suyo.

—¡Esto es discriminación, mamá! —salta Daniela, que el drama le corre por las venas, no se lo han contado, lo ha mamado.

—Discriminación no, cariño. Supervisión. No tiene nada que ver.

Total, al final cedo, más blanda que un flan de huevo, y les paso la tarjeta. Pero aviso, que una sabe de la vida:

—Toma, pero si te vas a pillar algo con tachuelas, cuero o más leds que la feria de Sevilla, me lo enseñas antes de quitar la etiqueta, ¿te enteras?

Ellas salen disparadas, el cobrador del frac ni las pilla, y yo me quedo pensando en mi cuenta corriente y preguntándome si algún día saldré viva de la adolescencia de estas criaturas.

Me giro y me encaro con Asia:

—Venga, apúntalo en tu informe: madre desequilibrada, neurótica y con riesgo de sobredosis de café. ¿Lo tienes?

Ella se ríe, porque seria no la he visto yo en mi vida, y me dice:

—Lo apunto, pero lo de los leds no lo supero.

Y ya ahí me entra la risa, porque si no me río, reviento. De nervios, de cansancio o de lo que sea, pero reviento.

—¿Damos una vuelta? —me pregunta la tía, tan pancha, como si estuviéramos en la velá de Santa Ana y no en el centro mismo del capitalismo este que te chupa el alma.

Y nada, allá que vamos, a perder el tiempo, a darle vueltas a la cabeza y a ver si la angustia esta no se me queda a vivir en el pecho.

Nos ponemos a pasear por el centro comercial, tú sabes. Cada una en su mundo, pero yo con la cabeza a mil por hora. Porque desconectar, lo que se dice desconectar, ni de coña. Estoy pendiente de todo: a ver si las niñas aparecen con una bolsa de Bershka como si se fueran a ir de Erasmus, a ver si Asia me mira, si no, si me mira raro porque estoy sudando o porque me huele el sobaco, que el temita ese suyo del olfato, vaya tela. Por fuera, tranquila, pero por dentro soy un microondas a punto de petar.

—Oye, esta semana solo voy a observar, ¿eh? Nada de intervenir. Voy a ver cómo os las apañáis tú, Dani, Carla… bueno, tú contigo misma también.

Y yo, que no me callo ni debajo del agua.

—¿Contigo también, no? —Y le hago un gesto de «lo digo de broma, pero no tanto».

Ella se ríe flojito y me dice:

—Bueno, también. Pero sobre todo a vosotras.

—Ajá, ya, ya. Eso lo tengo clarinete —le digo, que yo de santa tengo lo justo—. Pero escucha, Asia, yo te he pedido que vengas sobre todo porque a Daniela me la meriendo con papas cuando acabe el curso. Yo toda la mañana metida en el hospital, que si

guardias, que si operaciones, que si luego me lían con cualquier chorrada. Y claro, me da miedo dejarla sola, que si me descuido, un día me la encuentro con el pelo azul, un piercing en la lengua y tatuada hasta las cejas. Así que yo no pido milagros, pero si consigues que no le prenda fuego a la casa, ya me doy con un canto en los dientes, te lo digo de verdad.

Ella, más zen que Buda, asiente despacito, y yo respiro hondo porque hasta hablar del tema me agota.

—Y oye, si de paso le metes en la cabeza alguna idea decente, pues eso que nos llevamos. Porque te aviso, convencer a Daniela de algo es misión imposible.

Asia me sonríe y yo me relajo un poco. Un poco, tampoco nos flipemos. Pero es que la tía tiene un no sé qué, una calma, que me deja medio nueva, fíjate tú.

Pero cuando creo que por fin voy a tener una tarde tranquilita, ¡pum! Marta. Marta del AMPA, Marta «en mi casa hacemos yoga en ayunas». Marta «mis niños no saben lo que es un bollo porque yo les hago repostería sin gluten ni alegría». Marta la de los collares, que lleva más abalorios encima que el escaparate entero de una joyería.

Y claro, en cuanto la veo, me entra el espíritu de supervivencia. Miro a Asia. Error garrafal. Porque Asia, con toda la buena intención del mundo, ha decidido que hoy es el día perfecto para darse un paseo con esas pintas suyas que son de casual pero matan. Un pantalón cortísimo, camiseta de tirantes ancha —y *sexy*, que no es tonta—, sus gafas redondas y ese pelo que lleva siempre despeinado, ni corto ni largo.

Y yo, con mi bolsito cruzado, mi pinta de madre que va a mil y la cara de «a mí que no me miren, por favor». Parecemos el antes y el después de un programa de cambios de *look*.

Marta, que tiene un radar para encontrarme aunque me esconda detrás de una farola, se me planta delante agitando las pulseras.

—¡Saaaraa! Corazón, ¿dónde te metes tú?

Yo le lanzo mi sonrisita protocolaria, esa que dice: «ni pienses que me voy a parar a charlar contigo». Pero claro, Asia, que es educada, se para y le suelta un «hola, ¿qué tal?» con esa voz rasposilla que,

oye, tiene su punto. Yo no sé, pero seguro que el marido de Marta, que está ahí a tres metros haciéndose el interesante fingiendo que ve un escaparate, se plantea ahora mismo si no se ha precipitado casándose.

Y claro, Marta la ficha y la escanea de arriba a abajo: las Converse, los tatuajes, las gafas… Y yo noto que sin decir nada, ya ha dicho mucho.

—¿Y esta es…? ¿Amiga de tu hermana?

Mi cerebro se queda pillado porque capto el mensajito envenenado. Por suerte —o por desgracia, según se mire— Asia no se corta ni un pelo.

—Asia. Amiga de Sara.

—Ah, encantada —responde Marta con un tono que no dice encantada ni nada; dice: «Ya entiendo el cuadro completo». Que a mí no me engaña, que llevo veintipico años leyendo estas cosas.

Mientras Marta se arranca a contarme movidas, que si la cerámica japonesa, que si un retiro espiritual en no sé qué monte («porque claro, las energías, Sara, las energías»), tengo tiempo de darle vueltas a su comentario y a la mirada esa que nos ha echado. Porque la he pillado, pero vamos, más claro que un caso clínico. Esa mirada era un luminoso que decía: «Hija, vaya con tu cambio de parrilla».

Y no sé por qué me importa tanto que esta mujer, que hasta hace tres años ni sabía que existía, ahora se entere de que voy con una chica. Bueno, sí sé por qué: porque llevo toda la vida siendo la Sara de segunda fila. La invisible. La que calcula mentes mientras el resto vive los dramas. Pero ahora no. Ahora estoy con Asia. Y Asia es mucha Asia. Ya me entendéis.

¿Y sabes lo peor? Que ni es mi nada, ni sé si quiero que lo sea… aunque, venga, va, sí quiero. Pero al rato no. Pero luego otra vez sí, y así llevo la cabeza. Que me arde la cara, por favor.

Y claro, viene Marta y me pone esa jeta de «te he cazado, Sara». Y me siento yo pillada, fíjate qué tontería. Aterrorizada de que las madres del cole monten la tienda de campaña en el chat diciendo: «¿Sabéis que Sara Rey está con una muchacha moderna… de esas con piercings y tatuajes y todo?». Porque ellas nunca dicen

«lesbiana», qué va. Dicen «moderna», «alternativa». Que lo que quieren decir es bollera, pero claro, no hay ovarios para decirlo.

Y me da coraje que me importe. ¡Me importa! Y eso sí que no me lo esperaba yo. No porque pase vergüenza (ni debería, vamos, ¡por Dios!), pero siento que llevo un letrero luminoso encima que dice: «Viuda hetero recién salida del armario, déjennos trabajar». Y estoy yo para etiquetas. Si bastante tengo con los niños, las guardias en el hospital y los culebrones que me montan las hormonas, para que encima me coloquen chapitas extras.

—¿Y qué tal, Sara? —pregunta Marta, con su vocecilla de falsa—. ¿Cómo llevas todo con las niñas tú sola?

—Pues ahí vamos, hija, sobreviviendo, que ya es mucho —le suelto con mi arsenal de respuestas estándar, esas que no comprometen ni un pelo—. Carla sigue en lo suyo, que es estudiar, y Daniela… bueno, adolescentes, ya sabes, esas pequeñas diablillas hormonadas.

—Ay, claro. Las edades. Aunque la mía, con catorce, ya me ha dicho que tiene claro que le gustan los chicos. Fíjate tú, tan clarita. Qué suerte, ¿verdad? —me lanza.

Pero vamos a ver, Marta, hija mía de mi alma, ¿tú te escuchas? ¿Que lo ideal es que la criatura tenga la sexualidad ya etiquetada y archivada con catorce años? Porque yo te prometo que si no fuera por educación y porque el puesto de empanadas sin gluten está muy cerca, le digo: «Pues mira, la mía, con trece, ya ha partido una ceja por llamarla 'niña de papá muerto'. Así que si quieres, nos pasamos a hablar de problemas con mayúsculas, ¿te parece bien?».

Pero no, me callo. Porque una es Sara Rey, cirujana, madre, señora que se ha hecho su terapia y tiene temple para dar y regalar. Me muerdo la lengua, respiro profundo y le suelto una sonrisa de esas que si me descuido, le corto la circulación de la soberbia. Que una es educada, pero también tiene su arte para poner a la gente en su sitio sin dar gritos. Ole yo.

—Mira, qué suerte, qué apañao. Pero te digo una cosa: yo prefiero que mis niños, de vez en cuando, me den un meneíllo a las expectativas. Que oye, una se pone cómoda sabiendo más o menos por dónde van los tiros, pero no, ellos ahí, dándote la sorpresa y

haciéndote replantearte la vida entera. Que no sé si me explico, me gusta, pero también me quema un poquito, ¿eh?

Y ella se ríe, piensa que lo digo de cachondeo. Pero no, cariño, no me estoy riendo yo tanto por dentro. Que esto es más bien una collejilla emocional. Que una es madre, pero ante todo es persona.

Asia se ha alejado una mijita. Se prueba unos pendientes artesanales con forma de aguacate. No me preguntes por qué. Yo la miro y en ese momento me doy cuenta de que si Marta se ha coscado es porque esto canta por soleares. Porque hay algo entre nosotras que se ve. Que se nota. Algo que ni yo sé nombrar, pero que está. Que Marta ha visto. Que Asia no disimula. Y que yo intento maquillar con sarcasmos y bolsos cruzados.

—Bueno, cielo, me tengo que ir —dice Marta, dando un paso atrás y dándome un beso al aire, que huele a Chanel y a juicio—. Dale recuerdos a tu… amiga.

Y se va. Y yo me quedo con el sudor en la espalda y el corazón en la garganta. De repente, siento que todo el mundo se ha enterado de algo que yo todavía intento entender.

Asia vuelve con los pendientes y me los enseña.

—¿Tú crees que me los puedo poner sin parecer una *influencer* hortera?

—Mira, cariño… si das el cante, no va a ser solo por los pendientes —le salto, porque me sale del alma. Es mi forma de decirle que está guapísima. Ella se ríe. Me mete un codazo cariñoso. Y por un momento —un maldito momentito—me olvido de Marta la de los collares, del qué dirán, de las madres del cole y de mi cabezonería.

Pero solo por un momento.

Porque esto, lo tengo clarísimo, no va a ser fácil. Ni cómodo. Ni discreto.

Pero igual… igual va a merecer la pena.

Capítulo 15

Asia

Llevo media hora dando vueltas por este centro comercial y me siento perdida. O sea, floto de tienda en tienda, toco las perchas en plan «ay, qué mona esta chaqueta, me la pruebo solo por si acaso», pero la verdad es que ni en mis sueños más locos me la podría permitir. Excusas para no comprar: cero. Dinero para gastar: menos mil. Y tampoco estoy hoy para reinventarme, ni para hacerme la misteriosa ni nada. Literalmente, solo quiero sobrevivir a este paseo sin que se me note que no tengo ni para un café del Starbucks.

Sara decidió que quería ver unas cosas sola, y yo, pues nada, le puse mi mejor sonrisa de «tranqui, yo me apaño», pero ya llevo tres vueltas al H&M y me empiezo a rayar *heavy*. O sea, ¿qué es esto de separarnos? ¿Ahora somos las protas de una peli indie de esas en las que cada una busca su verdad interior?

A ver, tampoco es que la otra tenga que ir pegada a mí todo el rato. Bastante tiene con las hijas, los turnos eternos de hospital y ese drama vital que arrastra. Pero me rechina. La forma en que me lo ha soltado, con esa voz de Siri en modo pasivo-agresivo, de las que gastan los adultos cuando quieren ir de misteriosos y no soltar prenda. Y claro, mi cabeza se monta el culebrón sola, ni media excusa necesita.

Encima, la señora esa nos analizó con sonrisita cabrona de cotilleo supremo. Igual me lo invento, pero hubo escaneo del tipo «os tengo caladas, guapas, aquí huele a bollodrama y la otra ni lo disimula». Y Sara lo notó, porque se le cambió la cara en plan «Houston, tenemos un problema».

Y después de ese momentazo, decide que quiere ir sola por el centro comercial. O sea, ¿perdón? ¿Ahora le apetece hacer de Carrie Bradshaw pero sin mí? Pues claro que me rayo. No es que esté

enamorada perdida, o sea, no, ¿vale? Pero tampoco soy de piedra, y aunque no tenga ni un euro, tengo mi dignidad, mi orgullo y una camiseta que igual es de hace tres temporadas, pero sigue molando.

Así que respiro hondo, me repito que no pasa nada, que seguro que aparece, que igual se estaba cagando o ha pillado cualquier cosa para las niñas o vete tú a saber. Pero mi cabeza ya va a tope, todo el rato en el papel de secundaria, fuera de plano y con cara de idiota. Y eso me da una rabia tremenda, porque ya he pasado por aquí, ¿sabes?

Lo digo porque con Sabina era la misma historia. Un día te abre la puerta de su mundo y te suelta el discursito de especial, y al día siguiente, pum, pasas a ser la mochila que nadie quiere ni de prestado. Y de repente, vuelvo a ese sitio de mierda donde ser yo trae alarma incorporada, la de «no encajas», que salta cada vez que intento estar tranquila.

Así que sí, me estoy calentando, literal, lentamente. Y justo cuando veo a Sara venir, con esa sonrisa deslumbrante y una bolsa de Apple en la mano, ya huelo la tragedia.

Se acerca, toda feliz, y me da la bolsa con una naturalidad brutal, como si ahí dentro no llevara un objeto capaz de resucitar a Jon Snow.

—¿Esto qué es? —le digo, porque a mí lo de hacerme la tonta se me da de lujo antes de hacerme la lista.

—Ábrelo —responde, y claro, yo lo abro, porque soy débil, porque la curiosidad me puede.

Y ahí está: blanco, brillante, nuevo, el iPhone. Pero no uno cualquiera, no, este es EL iPhone, el que sale en los anuncios con gente guapa y drones. El que si lo subes a *stories*, la gente piensa que te ha tocado la lotería o que tienes un *sugar daddy*. Ese. Y de repente, zas, se me encoge todo. El estómago, el orgullo, la sonrisa de postureo que se me había puesto. Todo.

—Sara… —le digo con la voz entrecortada, pero no me sale el final de la frase.

—El tuyo está hecho polvo. Te vendrá bien. Es solo un regalo.

Claro, solo un regalo, uf, me toca la fibra sensible, la que tengo escondida debajo de todas las capas de sarcasmo. Porque, a ver,

esto es un recordatorio de todo lo que fui, de lo que tenía y de lo que no quiero volver a ser.

Porque esto ya me lo sé. Esto ya lo viví. Sabina otra vez en la cabeza, porque ella también me regalaba cosas: ropa, tecnología, cosméticos carísimos. Pero detrás de cada regalo había una deuda invisible, un «yo puedo, tú necesitas», un recordatorio de que yo era la que aceptaba porque no sabía decir que no. Y ahora sujeto este móvil y la sensación es la misma: me siento pequeñita, inútil, con la necesidad de justificar mi existencia solo por aceptar un puto móvil.

Y exploto, pero en bajito, intentando no romperme delante de ella. Esa mezcla absurda de indignación y tristeza me sale sola.

—¿Tú sabes lo que cuesta esto? —le digo con las cejas en modo guerra civil, porque mi móvil está para el arrastre y se lo he contado a Sara mil veces, pero no esperaba esto.

Sara parpadea, cero maldad. No pilla nada.

—No importa lo que cuesta.

—¿No? ¿Seguro?

Ella intenta seguir sonriendo, pero ya no le sale tan natural, se le nota que no tiene ni idea de lo que me pasa por dentro.

—Asia, es un regalo. Ya está, chiquilla.

Y yo, que normalmente me muerdo la lengua, hoy no, hoy me lanzo al vacío sin red.

—¿Ya está? ¿Así? ¿Me pones más de mil pavos en la mano y esperas que te diga «gracias, señora»? ¿Qué te crees, que soy una escort de lujo o qué?

Lo suelto sin pensar, feo, y esos son los momentos críticos donde no sé si quiero defenderme o hundirme del todo. Y sí, en cuanto lo digo me arrepiento, pero tampoco tanto para callarme, la verdad.

Sara da un paso atrás con la cara trasformada.

—¿Perdona?

—No lo quiero. Devuélvelo, no necesito que me compres nada, NO soy una obra social, ¿vale?

No quiero caridad, solo un poco de respeto, un poco de espacio para respirar y no sentirme una niñata. Me planto firme, aunque por dentro esté más rota que el móvil viejo. Intento cuadrar lo que siento con lo que digo, y la verdad es que estoy más perdida que

nunca, atrapada entre rechazar la ayuda de todo el mundo y, bueno, saber que igual necesito un respiro para no explotar.

Y justo aparece Carla por detrás de Sara, sin haber entendido nada, pero oliéndose que hay movida. Y Dani un segundo después, con los ojos entrecerrados y la ceja afilada.

El centro comercial de pronto parece más ruidoso. Huele al perfume ese asqueroso que sale siempre de Stradivarius mezclado con olor a humanidad. Me entra un agobio que flipas, siento un hormigueo en los dedos y tengo la caja del móvil agarrada contra el pecho. Y entonces, sin anestesia ni nada, Sara me lo arranca de las manos, así, en arrebato, y se lo da a Carla.

—Toma, nena. Por tus notas, que vamos, ni en mis mejores sueños cuando tenía yo tu edad —le dice.

Entro en *shock*, porque después de la rajada que le acabo de soltar, no me esperaba este *plot twist.* Y encima lo dice con esa voz de madre zen que aunque todo esté ardiendo, finge que es una tarde tranquila en el parque. Y me jode, porque me dan ganas de llorar y de reírme a la vez, pero no me da tiempo ni a procesarlo porque Dani, que es básicamente un mechero humano, se inmola en cero coma.

—¿QUÉ? ¡Esto es de coña! A ella le regalas el móvil y yo aquí con el Xiaomi este *pestoso*.

Sara intenta poner paz. Pero lo hace mal. Llega tarde. Dani suelta todo lo que lleva atragantado. Carla ni respira, se agarra al móvil rollo anillo único, con Sauron vigilando.

Y entonces, claro, Dani larga el mítico «me dais pena», que es el botón rojo de autodestrucción en mi cabeza. Y no puedo quedarme callada, aunque debería, aunque lo adulto sería respirar hondo y contar hasta diez como dice la psicóloga esa a la que iba mi hermana. Pero no, soy Asia, la que no se traga ni el aire si no le apetece, y menos si me vienen con dramas de instituto.

—Ey, Dani. Si vas a montar el numerito, que sea por algo por lo que valga la pena, ¿no? Que esto es un móvil, no el diario secreto de *Gossip Girl*.

La cara que pone es de meme, en serio, flipando.

—Tú no eres nadie para decirme a mí nada.

—Ya, bueno, y tampoco soy la audiencia de tu *reality*, pero aquí estoy, tragándome tu capítulo piloto. Y sí, con extra de *cringe*, porque esto no es Broadway, cariño, es el centro comercial y la gente está pendiente de nosotras, así que, porfa, baja el volumen.

Puedo ver el minidrama y ese momento de: ¿le contesto o hago un *ghosting* en la vida real y me piro? Decide apartarse, a lo diva, sin decir ni mu. Yo me quedo con la sensación de haber pisado el jardín de alguien con las botas llenas de barro, pero también con ese picorcito de haber hecho lo correcto, aunque duela un poco. Y Sara, la santa, ni me mira. Genial, ¿no? Pues eso.

Arrastramos los cuerpos hasta el coche, ¿sabes? Silencio total, de esos que te dan ganas de poner música triste en el móvil solo para no sentirte tan incómoda, pero ni eso, porque hasta el Spotify parece que se ha quedado sin batería de la tensión.

Y cuando por fin llegamos al chalet, ¡zasca!

Julia, apoyada en su cochazo, con los guardaespaldas detrás como si fueran los Minions de Gru, pero en versión lujo. Le falta la banda sonora de *Succession* de fondo y ya lo tenemos todo.

Se levanta con esa seguridad que a mí me deja en modo «¿qué hago aquí?». Camina hacia nosotras, la gran jefa, y cada tacón en el suelo avisa que llega el huracán. El vestido, Dios mío, pintado sobre ella. Ese escote me obliga a repasar mentalmente todos los motivos por los que esta noche no pienso estar cómoda.

Aprieto los dientes, todo *cool.* Lo que me faltaba, Julia Sinmiedo en modo diosa griega es demasiado para mi sistema nervioso. Y entre tú y yo, miedo da, ¿eh? O sea, no es solo el nombre, es la energía. Así que, ¿qué más drama puedo agregar a mi vida en este momento? Porque, seamos realistas, ya tengo suficiente. Ya no quiero más giros en la trama, por favor. ¿Acaso no puedo tener un día normal sin una Queen Bee apareciendo y cambiando las reglas del juego?

Capítulo 16

Sara

Estoy sentada en la mesa del salón, con un tenedor cargado de ensalada en el aire y la cabeza, chiquilla, peor que la mesa, que ya es decir, porque he desplegado un banquete que para qué. Tortilla de las buenas, salmorejo del fresquito, dos empanadas bien rellenas y un cubo de pollo frito que parece que lo han sacado de una freidora del Misisipi. Porque claro, a mis niñas les encanta la porquería esta grasienta. Pero ni una patata derritiéndose en mayonesa me baja el sofocón que llevo.

Es que vamos a ver. Una escort, me ha dicho. Que no es ni una palabra que yo use. Eso es la forma fina de llamar a una puta, vamos. Y no lo digo con desprecio, que cada una hace con su vida lo que le da la gana, pero que Asia me suelte eso, en mitad del centro comercial, delante de media Sevilla, como si yo la estuviera comprando… Mira, me hierve la sangre otra vez.

Ahora cenamos como si aquí no hubiera pasado el vendaval del siglo. Julia, que se ha presentado sin avisar, está sentada, divina de la muerte, dando el pego de matriarca mafiosa, con su copita de vino en mano y esa mirada que escanea todo. Carla, por su parte, mastica a cámara lenta y analiza el plato con seriedad de científica. Y Daniela, con cara de asco, remueve el salmorejo sin comérselo. De Asia ni hablamos; está al otro extremo de la mesa, haciéndome la cobra ocular desde que nos sentamos.

Y yo aquí, venga aliño para dentro, tragándome el vinagre con la traición porque esto, total, lo he liado yo sola.

—Esta tortilla está buenísima —salta Julia de pronto, con ese tonito suyo de «voy a empezar el espectáculo, por favor atentos a mi gran momento».

Y Asia, reina de los monosílabos, solo asiente, porque hablar ya le parece un derroche de energía. Y ahí va Julia, con su relajo:

—Y tú, bollito, ¿qué tal la vueltecita por el centro comercial? Que traes una carita de catálogo de Zara Home.

Yo intento mantener la compostura y bebo agua con la pose de una señora fina, mientras Asia le pone a Julia una cara que parece que le va a clavar la cuchara en la yugular. Y Julia, claro, tan contenta, porque a ella el drama le da alegría.

—Dicen que el *shopping* une. O… no, depende dónde compres —remata.

Yo, que debería estar mosqueada, me tengo que morder la lengua para no soltar la carcajada, porque vamos, si encima de cabreada me pongo a reír, ya sí que quedo de pena.

Daniela empuja su plato. Carla le da un codazo. Yo, en medio del drama, solo quería una cena en paz y ya ves tú. Me he ganado la réplica del karma servido en fuente de loza.

—Daniela, cariño, atácale al salmorejo, que lleva huevo de campo —le digo, y pongo voz de madre buena y todo.

Y la chiquilla, con más arte que en Triana:

—¿Y con eso qué ganas, mamá? ¡Si el móvil ya lo tiene la princesa!

Julia, que si no mete cizaña revienta, se ríe por lo bajini.

—Es que las princesas de ahora ni se despeinan. Antes, por lo menos, mataban dragones o aprendían esgrima.

Y Carla, por una vez, se pone colorada. Asia, mientras tanto, sonríe un poco, pero eso, cariño, en este contexto es un milagro.

Yo intento agarrarme a mi última pizca de autoridad.

—Daniela, ya está bien. Ya sabes que lo del móvil no fue por eso. Fue por las notas de Carla.

Y entonces, ¡zasca! Daniela, que no conoce la piedad, me planta la estocada delante de todo el mundo:

—Sí, sí… y porque estabas mosca con la otra.

Yo me atraganto con un sorbo de agua, porque aquí la gente no tiene ningún filtro, ni respeto por esta pobre madre. Eso sí, me doy cuenta de que las niñas se han enterado de cosas que yo creía que estaban encriptadas.

Y Asia, reina de su propio universo, levanta una ceja. No dice nada, claro, que para qué, si con esa ceja ya me lo ha dicho todo. Y yo solo quiero que alguien, por favor, recoja mi cadáver emocional de la mesa. Aquí paz y después gloria.

—¡Uy, por favor! Que estamos en un programa de corazones rotos y no me habíais avisado —suelta Julia, haciendo casi que me atragante otra vez—. Yo no sé vosotras, pero me estoy quedando muerta con el salseo. Sara, ¿tú no me ibas a contar algo?

Y ahí está. AL FIN. La luz verde, niña. El pasaporte al desahogo. Mi señal divina para largar todo lo que tengo atravesado desde que salimos del centro comercial antes de que se me indigeste por completo. Me levanto con ese arte de aparentar que no tengo prisa ninguna, pero por dentro estoy que me subo por las paredes. Le hago una señal a Julia para que espabile.

Las niñas, oye, recogen los platos sin decir ni mu y cada una para su cuarto. Carla me da un beso que ni me roza, pero ahí lo deja. Y Daniela sube las escaleras con el porte de una princesa ofendida. Todavía anda cabreada, pero bueno, mañana será otro día, o eso espero, que entre dramas y silencios aquí no hay cuerpo que aguante.

Julia se estira en la silla y dice, con su voz de reina del cotarro:

—Nos tomamos el vinito fuera, ¿no? Que hace una noche muy buena y me apetece ver si hay estrellas. Asia, corazón, ¿te vienes, no?

Y a mí se me mete la ilusión en el gaznate y no hay manera de tragarla. Porque lo que yo quiero, de verdad de la buena, es quedarme sola con Julia y soltarle todo el repertorio: lo del centro comercial, la frasecita de la «escort» esa, lo del móvil y este miedo que me ha entrado por dentro. Pero me callo, ¿cómo no me voy a callar?

Asia, mientras, ni se mueve. Nos repasa con su plato en la mano, y no sé decirte si está cansada o si tiene una pereza emocional de las gordas. Y justo en ese momento Julia, que tiene más retranca que vergüenza, va y le suelta con esa sonrisilla de «te estoy diciendo esto para reírme, pero también para darte donde duele»:

—Venga, cielo, si has sobrevivido a Sabina, esto no te da miedo.

Y escucha, en ese momento a Asia le da un cortocircuito en la cabeza. Se le queda una cara que ni para una foto de carnet. Traga saliva, y en vez de saltar (que yo pensaba que iba a soltar una bordería), va y dice:

—Mejor me subo. Tengo un dolor de cabeza raro… será el cambio de aires.

Y hala, se pira. Así tal cual, con el culo apretado. Yo la veo alejarse y no doy crédito. Porque con una servidora saca pechera y se hace la dueña del cortijo, pero con Julia… con Julia se achica. Le da cosa. Y claro, le doy vueltas, porque esto tiene más miga de la que parece, y a mí no se me escapa una, que ya tengo yo el colmillo retorcido.

Estamos aquí en el jardín, Julia y yo, con la copita en la mano, que ya llevamos media botella y parece que el vino se nos va por los poros con este calorazo. Las chicharras están dándolo todo y la radio ahí de fondo, con sus canciones de los noventa, que ahora mismo suena una de Ace of Base, pero ni me entero, porque yo lo que quiero es soltarlo todo, que tengo el pecho apretujado, y Julia, que me tiene más calada que el médico de cabecera, ya me está poniendo esa cara de «venga, suelta, que te va a dar algo».

—Venga ya, Sara, no te hagas la interesante, que te veo venir —me dice, cruzándose de piernas que parece que está en el sofá de Buenafuente. Le falta el micro en la mano y hacerme la entradilla: «¡Bienvenida, Sara, cuéntanos tus mierdas!».

Yo ya no sé si suspirar o ponerme a llorar de puro coraje. Al final, resoplo mientras me abanico con la mano.

—Ay, Julia, te lo voy a decir, pero no te rías, ¿eh? —le digo, y ya está ella con la carcajada preparada, que la conozco—. Ha sido un numerito. Tú no sabes lo de esta tarde, chiquilla. Le compro un móvil a Asia, y no cualquier móvil, eh, ¡el caro, el iPhone ese que te cuesta un riñón y medio! Con toda mi santa ilusión, y la criatura lo mira con cara de que le he dado una freidora de aire. Y va y me suelta entre suspiros que si me creo que ella es qué… ¿cómo lo dijo? ¡Ah, sí! ¡Una escort!

Me siento una loca, pero de las buenas, de las que no tienen remedio. Julia entrecierra los ojos, seguro que calibra si me he

tomado algo raro o si simplemente soy así de tonta de nacimiento. Y yo, que me conozco, me pongo colorada, porque sé que la que va a soltar la pullita soy yo, pero la que va a quedar en evidencia también soy yo, para variar.

—Pero vamos a ver, Sara… ¿Y tú piensas un poquito antes de hacer estas cosas o te sigue dominando esa alma de Hada Madrina que tienes? Porque escúchame, un móvil de esos, tope de gama y en mitad del centro comercial, regalado así porque sí, a una chavala que está tiesa y que encima viene de Sabina… ¿qué esperabas? ¿Que te diera un beso y os hicierais un *selfie* con el móvil nuevo?

—¡Que yo no lo hice con intención de nada! Que el suyo está medio roto y yo solo quería darle algo que le hiciera ilusión —me defiendo, agitando la copa—. Y que estaba enfadada, Julia. Enfadada conmigo misma, con una señora del colegio que nos encontramos y que nos miró rollo asesinas de caniches. Me vi rara, fuera de lugar, y lo hice por… no sé. Por compensar. Por no sentirme tan torpe.

—Cariño, es que vaya sutileza. ¿Compensar? Si eso parece una escena de *Pretty Woman*.

—¡Julia, por Dios! —me quejo, aunque por dentro me río porque sé que tiene tela de razón.

—Te lo digo desde el cariño, corazón, pero un poquito te flipaste. Y claro, luego ella se lo tomó…, tú verás cómo, que le comprabas el cariño y lo que no es el cariño a base de billetazos. Pero te digo una cosita también, no me extraña que reventara. Igual lo que le fastidió no fue el móvil que le regalaste, sino que no te tiraras a la piscina. Porque esa mujer lleva ya dos días con la promesa de mañanas de gloria, y tú, en vez de darle tema, le das tecnología. Sara, reina mía, que a veces lo que necesitamos no es un iPhone, sino un buen revolcón.

—Pues podía haberse ahorrado la barbaridad esa de la escort, que, mira, me dejó el cuerpo cortado, no te exagero, me dieron ganas de pegarme una jartá de llorar. Pero no, justo aparecen las niñas en el peor momento y, en vez de apañármelas en plan madre madura, agarro el móvil y se lo encasqueto a Carla. Un rasca y gana en toda regla. Julia, te juro que me vi fuera de mi cuerpo. Pero lo

peor, y cuando te digo lo peor es lo PEOR con mayúscula, es que estoy convencida de que las niñas cogieron algo. ¡Seguro! A lo mejor no dijeron nada, pero lo sintieron. Qué digo sintieron, lo olieron, Julia, lo olieron. Yo allí agobiada perdida, con la vergüenza trepándome cara arriba. Y tú me dirás, ¿pero quién me manda a mí reaccionar así? Pues nadie, niña, que me viene de fábrica, soy yo mi propia cruz.

Julia se parte, que se lo cuento y parece comedia, pero yo tengo el drama aquí dentro, ¿eh? Bueno, y ya, con la excusita esa de que «para eso estamos aquí, para compartir penas», voy y le relleno la copa otra vez. Que si no, ¿qué hacemos aquí sentadas en este porche? Total, que menos mal que abrí la botella esta, que si llega a venir Julia y no hay vino ya no sé ni cómo afrontarlo. Aquí, arreglando el mundo y mis líos con alcohol y brisa del Aljarafe.

—Tú es que eres muy de teatralizar. Pero bueno, eso también tiene su gracia. Si alguien lo tenía que ver, mejor que fueran tus hijas. Así ya saben que su madre también mete la pata con estilo.

Nos quedamos en silencio un momento. De fondo suenan *Los Rodríguez* y si ahora me sale Andrés Calamaro cantándome, me muero aquí mismo del drama.

—Y tú, ¿por qué te has rayado con la señora esa que os miró raro?

—Es que me dio vergüenza, Julia. ¡Vergüenza! Que sentí que me estaban pillando en un renuncio. Y me jode reconocerlo, pero es verdad. Encima ni he hecho nada, ¿eh? Que conste, Julia. Bueno, casi, pero eso ya te lo cuento luego, que no me quiero ir por las ramas.

—¿Perdona? Casi, has dicho «casi». A ver, rebobina, ¿qué has hecho, Sara? Porque tú, la reina del disimule, algo llevas ahí guardado.

—No me seas tan cotilla, Julia, que a lo mejor no era para tanto —le digo, pero ya estoy riéndome porque sé que no la engaño ni queriendo—. Total, escúchame y no interrumpas, carajo. Mira, yo veo a Asia tan segura, tan… ella misma, y pienso: «Esta muchacha está acostumbrada a que la noten». Que se le ve que es lesbiana, vamos, qué quieres que te diga. Que mi hermana y tú habéis ido

siempre con la bandera ondeando, pero lo podríais disimular si quisierais, pero lo de Asia es distinto; a ella se la ve venir a dos pueblos y medio.

—Te oigo y no me lo creo, Sarita, de verdad. Y aunque se le note, ¿qué pasa? ¿Te crees que al ir por el centro comercial con ella ya te has convertido tú también en la presidenta del Pride? No me seas exagerada.

—Que sí, tía, que ya sé que es un pánico sin fundamento, pero fíjate, me da la sensación de que todo el mundo nos veía y pensaba: «Ahí hay algo», cuando no hay nada… o sí, no sé. Qué lío, me estoy sonando fatal. Venga, pásame el vino, anda, que si no hablo más relajada parezco una neurótica. Y tú tampoco ayudas, que me pones una cara que ni que fuera yo un culebrón andante.

—Cariño, aguantaste esos saraos nuestros en Madrid, compartiendo aire con Sabina y la mitad del famoseo bollero dándote besitos de colegueo, ¿y ahora te vas a acojonar por esto? ¡Para matarte, cielo!

—Ya, pero no es lo mismo, Julia. Allí iba de extranjera en su propio país, ¿sabes? Vosotras al frente, deslumbrando. Yo iba detrás, calladita, en modo sombra. Invisible. Y ahora… ahora me miran. Y sé que lo piensan.

—Nadie piensa nada, eso es paranoia tuya porque tú misma sabes que algo hay, y ya te montas la película entera. Es igual que cuando perdimos la virginidad, que íbamos por la calle creyendo que hasta las farolas lo sabían. Y si alguien lo piensa, pues que lo piense. Además, no te creas tú que antes nadie pensaba nada, ¿eh? Que lo de pasar desapercibida, ni de coña. A ti te ha eclipsado Sabina porque va por la vida con focos, sí, pero a mí me han preguntado cientos de veces si la hermanísima también entendía. Que tú siempre has tenido tu club de fans bollero, bonita, desde el pleistoceno.

—Ay, Julia, no me seas exagerá, por Dios, que ya tengo yo drama suficiente para que vengas tú a hacerme el tráiler de una telenovela. Anda, dime que lo del club de fans te lo has inventado, que me da el parraque.

—Que no, mujer, si te lo digo en serio. Tienes tu séquito de mariliendres bolleras montado desde tiempos inmemoriales, aunque tú en tu nube ni te hayas dado cuenta. Lo que pasa es que tú siempre tan modosita, tan «yo con los cuatro chiquillos y mi bisturí», pues nadie daba un duro porque te atrevieras a mirarle el culo a otra mujer. Pero vamos, tú ahora lo que estás es atacada porque Asia te pone perraca. Ala, ya lo he dicho. Anda cuenta eso del «casi», que me tienes en ascuas y yo con este calor no aguanto más.

—Vamos a ver, Julia, es que esto me supera, yo no puedo. Estoy aterradita, así, tal cual. Pero, aun así, aunque no pudiera respirar de los nervios, igual va a dar, porque me he lucido con lo del iPhone. Porque, vamos a ver, ¡cómo puede una cagarla tanto! Ahora Asia se va a pensar que soy una viuda menopáusica y que tengo un delirio ridículo de ligarme a jovencitas modernas a base de regalos. ¡Y todo esto delante de mis niñas, Julia, delante de mis niñas! Es que la escena fue pornográfica de lo torpe que estuve, te lo juro.

—Mujer, tampoco has sacado los billetes en abanico —dice Julia, muerta de risa—. Pero vamos, que la escena era para ponerle banda sonora de telenovela y echarla en Nova. Eso sí, si la chica se queda, es porque le gustas, no por el iPhone. Que esa tiene más orgullo que El Escorial.

—Ay, Julia, que te lo digo con toda la franqueza del mundo, ¿eh? Yo tenía clarísimo que le gustaba. Vamos, que no tenía ni una duda. Pero ahora… ahora lo mismo estoy flipando. Me mira raro, como diciendo «esta está tonta». Y yo, claro, con el mosqueo. Porque vamos a ver, que parece que la loca soy yo, pero lo que me soltó… fue un guantazo con la mano abierta, pero en palabras. Me dejó fría.

—Déjate de pamplinas, que estás hasta el moño de todo esto y no lo quieres ver. Pero nada, tú sigue dando vueltas. Ahora, te voy a decir una cosa: tú no me puedes estar soltando esto sin contarme el capítulo entero. ¿Sabina sabe algo?

—¡Ni una palabra a mi hermana, por favor te lo pido, Julia!

—¿Y esa tontería ahora? ¿No habíais superado ya la etapa de crías de andar con secretos?

—Porque, tía, Sabina estuvo con ella. ¿Te parece poco?

—¡Lo que me faltaba por oír! ¿Y qué? ¿Sabina se ha echado la exclusiva? Anda ya…

—Julia, que Sabina también fue novieta de Mateo cuando éramos unos niños, hija. Que me da vergüenza, que parece que voy recogiendo las migas de mi hermana. Una cruz.

—¡Ay, cielo! Pero vamos a ver, ¿tú te oyes? Que estás comparando a Mateo, que en paz descanse, con Asia. No me jodas. Que lo que tienes con Asia te trae por la calle de la amargura porque te estás ENAMORANDO, querida. Pero tú ahí, con tu drama. Me falta verte pintarrajeando corazones en la agenda. Con dos crías adolescentes en casa te tendrías que fijar un poquito más, que esto ya lo he visto antes…

—¡Que no me estoy enamorando! No te flipes, Julia.

—Ay, no, claro. Entonces explícame esa carita que llevas. Venga, te voy a preguntar algo serio: ¿tú le fuiste infiel alguna vez a Mateo?

—¡Pero cómo te atreves, chiqui! ¡Jamás! —me sale con toda la indignación del mundo—. Lo juro por mis niñas, por Dios te lo juro.

—Pues mira, eso dice mucho de ti como persona, cari, pero también explica bastante. Que estás oxidada, querida. Embalsamada. Lo que necesitas es práctica. Pero no para ser una infiel perdida, sino para disfrutar del asunto, que bastante siesa estás últimamente. Estás amargada, te lo digo.

—Julia, de verdad, para ya, no me hagas ponerme seria.

—Venga anda, que te veo que estás a puntito. Cuéntame… ¿qué fue eso del casi del que hablaste de pasada?

Yo noto que me remuevo en la silla. Suelto un suspiro para disimular.

—Pues nada, que ayer en la piscina… Con el agua esa que estaba templadita, la luna, las lucecitas, pues nos pusimos a hablar. Cada vez más cerca, que si tal, que si cual… Vamos, que estábamos a punto de besarnos, ¿y aparece quién? Carla. La niña que venía no sé ni para qué, pero ahí se queda… cómo te explico. Que parecía que había visto al Ratoncito Pérez con las manos en la masa. Nos separamos más rápido que los imanes esos que no se aguantan, cada una para su lado, dos tontas del bote, vamos. Yo me quería

ahogar de la vergüenza. No sé si la niña pilló algo, pero algún cable se le cruzó, te lo digo yo, que la conozco.

—Anda, anda, me meo contigo, Sara. Pero sigue, no te calles ahora cuando se pone bueno.

—Julia, te juro por lo más sagrado que me estoy volviendo loca. Encima, al poco de llegar, la muy idiota va y me huele. ¡Que me huele, Julia! Entera, en plan perro de la policía, te lo digo. El cuello, el pelo, el… hombro. Yo ya no sabía si ponerme Nenuco o tirarme al monte a ver si me dejaba tranquila del susto. Pero es que lo peor no es eso. Lo peor es que… me gustó.

—¡Ay qué ternura me das, Sarita! ¿Cómo que te gustó?

—Sí, Julia, me sentí deseada. Que a mí no me pasaba eso desde que… bueno, ya tú sabes. Y ahí me descolocó enterita.

—Eso no es descolocarse, cielo, eso es que te ha entrado el calentón. Pero sigue, sigue, que esto mejora por momentos.

—Es que no es solo eso, Julia, escúchame. Que me ha arreglado el jardín. La piscina. Pero arreglado de verdad, como si fueran suyos. Que yo esto lo tenía medio abandonado desde que Mateo… Bueno, tú ya sabes. Desde entonces, un jardinero de vez en cuando, los niños quejosos cortando lo justo. Y este mediodía entro y lo veo todo tan bonito… Y me puse a llorar. Sola, ahí en el garaje, que tuve que esperar veinte minutos antes de entrar para que no se diera cuenta. Porque Mateo…, era suyo, ¿sabes? Y ella…

Julia se levanta y me tiende la mano. Ya sabe cómo me voy a poner y me hace el favor de cortarme.

—Se te nota, Sara. Anda, vamos a recogernos, que hoy has llorado y reído más que en los últimos tres años.

Subimos calladitas y cuando llegamos a mi cuarto, ni le pregunto ni nada, porque ya es costumbre que, desde que Mateo se fue al otro barrio, Julia se meta en mi cama cuando viene de visita. Se tira con una postura que parece que está posando para Vogue.

Y yo doblo el ceño, porque hay que ver la jeta que gasta. Total, que va la tía, me agarra de la cintura —porque Julia es muy de contacto físico, sabes, mucho abracito y tal, que una ya está acostumbrada— y me suelta al oído con ese tonito suyo tan de madre superiora vacilona:

—Sara, ¿quieres que te dé unas clases exprés antes de enfrentarte a la bollito? Porque cielo, estás más verde que un pepino. Verde fosforito, te lo digo yo.

A mí me entra una risa tonta que no puedo con mi cuerpo.

—¡Quita ya! ¡Que no tienes arreglo!

—La que no tiene arreglo eres tú. Te viene una pedazo de tía, te flirtea en la cara y ¿qué haces tú? Congelarte. ¡Congelarte, reina! Esto yo no lo he visto en mi vida. Si es que te tengo que llevar con correa, cari.

Sé que está de cachondeo, pero estoy entre matarla y quererla, porque oye, algo de razón tendrá, ¿no? Aunque la verdad sea dicha: yo estoy con sus morritos a un palmo, su voz susurrándome cerquita y su cuerpazo de infarto pegado al mío… y nada. Ni mariposillas, ni fuegos artificiales, ni nada. Que parece que tengo el cuerpo apagado.

Y, ojo, porque no seré yo la que niegue lo evidente: Julia es impresionante. Altísima, mulatísima y guapísima. Con un rollo así de «me como el mundo» que tiene que ser el sueño erótico de hombres y mujeres. Vamos, lo que cualquier humano en su sano juicio pediría a los Reyes. Y, aun así, yo me siento igual que si me abrazara mi prima Carmen cuando me ve en Navidad.

Entonces se me enciende la bombillita, que ya iba siendo hora, y pienso: con Asia me sube la tensión y la sangre se me calienta sola. Si con Julia estoy como si me hablara mi prima la del pueblo y con Asia hasta respiro raro… Pues hija, blanco y en botella. Que no es que me gusten «las mujeres» así a pares; es que me gusta Asia. ¡Porque me gusta! Así de simple y así de complicado. Ya está, Sara, no te hagas más la tonta, que no te pega.

Capítulo 17

Asia

Voy con las gafas de sol puestas, en un coche que no es mío, llevando a una niña que tampoco es mía, y encima perdida por unas calles que no sé ni de dónde han salido, camino del cole. Y, por si la escena no era lo bastante surrealista, llevo un gato en el transportín que no ha parado de maullar desde que arrancamos.

Dani, que igual se ha visto todos los tutoriales de TikTok sobre gatos ansiosos, le ha puesto un trapo encima al transportín, a ver si así se calma, pero nada, el gato sigue a lo suyo, montando el drama, parece que sabe que vamos al veterinario y estuviera escribiendo su testamento en directo.

Pero lo más fuerte es que ahora me sé de memoria los nombres de las profes de la niña, los horarios de los exámenes de recuperación y hasta cuándo ponen zumo natural en la cafetería. Llevo dos semanas aquí y ya me siento la madre suplente oficial.

Y lo del nudo en el pecho, ojo, que no es broma. Lo tengo instalado entre las costillas y el ego, bien apretado. Todo por la bronca esa absurda del centro comercial. Desde aquel día, hemos pasado a un limbo raro. Nos evitamos. Ni un beso, obvio. Ni un roce, ni siquiera un contacto accidental. De hecho, nos cruzamos por la casa como espectros con horario coordinado, yo paso por el pasillo a las 6:15, ella lo pisa a las 6:16, y no se diga más. Y cuando hablamos… horror, conversación de ascensor. «¿Tienes calor?», «Han traído un paquete de Amazon». Es que es para llorar.

Y no es que yo no haya intentado arreglar este drama, ¿vale? Porque sí, lo he intentado. Una vez, justo el día después de lo del iPhone (que, por cierto, todavía me da *cringe* recordarlo), pensé: Venga, Asia, este es tu momento, no seas pringada.

Sara estaba recogiendo la mesa, toda *chill*. Yo me acerqué, valiente, con esa energía de «hoy sí que sí», pero ni me dio tiempo a abrir la boca porque, cómo no, apareció Julia. JULIA. Con su copa de vino y ese perfume suyo que debería venir con advertencia de que puede causar traumas de autoestima. Entró como si el salón fuera suyo y el aire le debiera dinero, y ya está, adiós a mi escena de redención. Sara la siguió y yo me quedé *out*. Ni disculpa, ni nada. Solo la humillación patrocinada por mi incapacidad de hacer nada útil cuando hay presión. *Classic* Asia.

Y lo de Julia es que fue de traca. Se quedó tres días. TRES. Que a mí me parecieron tres temporadas de una serie muy mala. Con esa voz de anuncio, que parece que te va a vender un seguro de vida aunque tengas treinta años y cero ganas de vivir. Cada vez que habla da una *masterclass* de cómo ser la más guay sin despeinarte.

Y yo, mientras tanto, en mi rincón mental, deshecha, intentaba fingir que no veía cómo Sara, con Julia, era otra persona. Más graciosa, más segura, más viva. Y yo… yo parecía la sobrina torpe que han invitado a una cena de adultos y no sabe ni cómo se coge la copa. No podía dejar de fijarme en todo, en cómo Sara le hablaba, cómo se reía de sus chistes (que, seamos realistas, tampoco eran para tanto, pero ahí estaba, partiéndose). Y yo, que siempre voy de chula, me sentía pequeñita. Invisible. Torpe. Un *fail* andante.

Es que lo mío es de otro nivel. Hasta el aire lo siento distinto cuando ella está cerca. Hay veces que, desde el salón, me da por respirar hondo solo para ver si pillo algo de su olor, ese olor que tengo archivado en la cabeza: el de los días que está seria, el de las mañanas que no encuentra las lentillas, el de su pelo mojado después de la ducha. Incluso el de Sara enfadada, que tiene un toque amargo que me pone medio loca, no sé ni por qué. Y lo peor es que todo esto lo sé porque soy incapaz de sacármela de la cabeza ni un segundo, aunque mi cerebro esté a tope de cosas *random* y dramas inventados. ¿Qué se supone que hago yo con todo esto? Porque si alguien tiene el tutorial, que me lo pase ya.

—¿Tú crees que Bicho sabe que vamos al vete? —me suelta Dani desde el copiloto, mientras le recoloca el trapo al transportín.

—Dani, Bicho sabe hasta cuándo me va a bajar la regla. Es la bruja Lola pero en versión peluda y con bigotes. Tiene más instinto que tú y yo juntas, y eso que yo soy medio bruja también, ¿eh?

Pero bueno, que lo de menos es que Bicho esté ahí dentro berreando. Lo que me tiene con el culo apretado es pensar en la factura que me va a caer en cuanto pongamos una pata en la clínica. Cien euros mínimo, fijo. Que si las vacunas, que si la revisión esa que «es por su salud», que si las pastillas antipulgas que deben estar hechas de oro y polvo de unicornio, porque otra explicación no hay. Y yo aquí, con la cuenta bancaria en modo *frozen*, pensando a qué hermana le puedo pedir pasta. Marta ya me tiene bloqueada en Bizum y África no tiene un céntimo…

Bueno, y está Sabina, que igual ni me coge el teléfono después de la última vez que la vi. Igual es más fácil vender un zapato en Vinted o cortarme un mechón de pelo y ponerlo en venta, que seguro que hay algún coleccionista de cosas raras por ahí.

—¿Tú crees que alguien compraría un riñón en Wallapop? —digo en voz alta, y ni me doy cuenta de que lo he dicho hasta que ya estoy cruzando el semáforo en rojo, porque sinceramente, universo, ¿qué más me vas a quitar hoy?

Dani va con la frente pegada a la ventanilla, haciendo circulitos en la rejilla del transportín. Tiene ese aire de niña intensa que se cree la prota de una serie, me pone de los nervios lo callada que está. Aprieto el volante, porque hoy no estoy para silencios dramáticos.

—¿Te gusta vivir con nosotras? —me pregunta de repente.

—¿Esto es una pregunta trampa o qué? —le digo, porque a ver, yo ya he aprendido a ir con pies de plomo con esta niña. Si esto fuera un test sorpresa, mínimo un cinco me saco.

—Que no, tía, que es solo curiosidad.

—Ah, curiosidad. Pues depende del día, la verdad. Hay días que siento… no sé, que encajo, pero tampoco del todo, ¿sabes? Pero hoy, por ejemplo, ha estado guay. Me he levantado, te estoy llevando al cole con el gato este que parece salido de una peli de terror y te he visto pelearte con el transportín como si fuera un Tamagotchi que se te va a morir. Así que hoy, bien. Y con eso ya me doy por satisfecha, ¿no?

Ella se queda callada, con cara de «vale, esto no lo he procesado, pero bueno, te lo compro». Pero lo importante es que no me suelta ninguna bordería ni cambia de tema con uno de sus silencios de «me aburres», que eso con Dani ya es un abrazo. O sea, un sí en su idioma. Porque vamos a ver, la niña tiene esa mirada de gato que nunca sabes si te va a ronronear o te va a soltar una hostia emocional de esas que ni te enteras pero te dejan tocada, pero al final hemos aprendido a convivir. Un poco porque no nos quedaba otra y otro poco porque, sinceramente, creo que ahora le caigo mejor que su madre, lo cual me da un pelín de culpa (pero solo un pelín, tampoco me voy a flagelar), y también porque tengo una debilidad absurda por la gente rara. Es que no lo puedo evitar.

—¿Te pongo música o vas a estudiar y a torturarme en silencio?

Abro la ventanilla y el aire me abrasa, porque Sevilla en verano no tiene compasión con nadie. Ella me mira, abrazada a su mochila como si dentro llevase todas las respuestas del examen, la fórmula para que mi vida tenga sentido y, no sé, un sandwichito por si le da hambre a media mañana.

—Pon algo… decente. Pero nada de reguetón del malo, ¿vale? Que no quiero llegar al insti con la cabeza frita.

—A ver, ¿pero existe el reguetón bueno? —le suelto, porque esto ya me está dando la vida y un tic en el ojo.

Se pone seria, en plan «no me vaciles».

—El que no diga «perrea» cada tres segundos.

Esto me deja KO por un momento.

—Vale, pues entonces elijo yo y te vas a tener que aguantar media canción instrumental. Que Leiva no dice «perrea» y ya me parece un milagro en nuestro siglo, así que agradece.

Ella sonríe, pero de esa forma suya, medio de lado. Y yo, en ese momento, pienso: Ay, qué mona eres, joder. Pero no lo digo, porque de repente me sale la dignidad y no voy a ir por ahí admitiendo que me tiene pillada con esa sonrisa, que luego se lo cree y me la lía. Total, conecto el *bluetooth* y empieza a sonar Leiva, que parece que está medio dormido tocando la guitarra debajo de un árbol, y yo qué sé, el *mood* perfecto para no empezar el día a gritos.

Sigo conduciendo y de vez en cuando miro a Dani por el rabillo del ojo, porque a veces me cuesta mirarla a la cara cuando habla de cosas que no son exámenes o movidas de su hermana. O sea, cuando habla de ella en serio y por un rato confía en mí más que en su Twitter anónimo, donde se queja de la vida como si fuera la única adolescente del planeta con dramas.

Y mientras le doy vueltas a todo esto, me doy cuenta de que prefiero seguir escuchando a Leiva de fondo, la banda sonora de no saber qué hacer con la ternura que me da y las ganas de protegerla de todo lo malo, incluido el reguetón que le deja la cabeza frita.

Justo en ese momento, pasamos por el parque y vemos a un chaval que se marca una voltereta con el skate, pero aterriza de culo y se queda ahí, medio riéndose, medio muriéndose de vergüenza. Nada nuevo, ¿no? O sea, esto lo ves cada dos por tres, pero a Dani se le pone una cara rarísima, como si le hubieran dado al botón de «trauma desbloqueado» y de repente se le hubiera colado un recuerdo en el asiento de atrás. Se queda mirando al chaval y de pronto se lanza:

—Mi padre era skater. Un pro. Salía en vídeos, le pagaban viajes, tenía patrocinadores y todo.

—¿En serio? ¿Tony Hawk pero versión andaluza? —le pregunto, y no sé si me paso de lista o de tonta, pero bueno, tampoco es que yo sea la reina de la prudencia, la verdad.

—Sí, pero sin pasta ni fama. Solo talento. Mucho. Y una mierda de suerte. —Lo dice apretando los dientes, con esa voz que suena a que se está tragando algo muy gordo.

El aire se pone denso, las palabras se quedan flotando y pesan el triple. Me da hasta calor.

—¿Y eso por qué? —le pregunto bajito, con esa voz que me sale cuando quiero ser suave, pero en realidad me muero de ganas de saber el salseo.

—Porque se mató en una competición. Cayó mal en una prueba y se partió el cuello. Así, de golpe. —Hace una pausa. Yo noto el estómago haciendo un triple mortal. No lo sabía y no es fácil escucharlo, ni de coña—. Estábamos todos allí. Mi madre, mis hermanos, yo… lo vimos todo. Yo tenía nueve años. —Y entonces se

gira y me mira de esa forma que te atraviesa, un grito y un abrazo a la vez—. Y mi madre se quedó paralizada. Se puso a gritar, a llorar como una loca y no hizo nada. Es médica, ¿sabes? Pues no fue rápida. No lo salvó. No sirvió pa ná.

Lo dice con una rabia tan antigua que da hasta miedo tocarla. Y yo, que ya he aprendido que a veces el miedo hay que masticarlo como si fuera chicle de ese que no se acaba nunca, la dejo un momento. Espero. Porque a veces querer es eso, esperar y no cagarla.

—Dani… si se partió el cuello, lo más probable es que nadie pudiera haber hecho nada. Ni tu madre ni nadie. Y te lo digo yo, que me he pasado media vida buscando culpables para todo. Perder a alguien así… te deja sin aire. Pero culpar a quien se quedó no arregla nada. Solo te hace más daño.

Ella se cruza de brazos y se remueve en el asiento, su cuerpo entero dice «no quiero hablar más», pero no me corta, así que yo sigo, porque soy así de pesada.

—Y que tu madre se quedara bloqueada no significa que no lo intentara. A veces el cuerpo no reacciona, y cuando es alguien a quien quieres… es aún peor. El miedo te deja en blanco, el dolor te ciega. No es falta de amor, es que te explota el corazón y no sabes ni cómo respirar.

—Tú qué sabes. —Lo dice sin ganas, pero tampoco con mala leche.

—Yo sé que perdí a mis padres por el COVID y me pasé dos años queriendo culpar a todo el mundo. A los médicos, al sistema, al puto gobierno, a la vida. Pero al final solo estaba enfadada porque no sabía llorar bien. Y porque me daba miedo quedarme sola. Y tú también tienes miedo, Dani. Y lo entiendo, en serio.

No me responde. Mira al frente, el semáforo se pone en verde y Bicho suelta un maullido que parece que quiere opinar también.

—Mamá llora en la cocina a veces. Cuando cree que no la oímos. —Lo dice tan tranquila que me da hasta rabia, pero yo, que ya la voy pillando, noto ese temblor en su voz.

—Claro que llora. Porque lo sigue queriendo. Y porque lo perdió delante de sus hijos. Y aunque sepa mil cosas de medicina, eso no le

enseña a curarse a sí misma.

Y ya no decimos nada más. El aire del coche cambia, como si hubiéramos abierto una ventana y entrara ese fresquito de las noches de verano después de una tormenta.

Esta niña tiene un corazón gigante escondido debajo de una montaña de rabia. Es un volcán a punto de explotar, pero en vez de lava, lo que le sale son emociones a lo bestia. Y me dan ganas de gritarle que si algún día me enseña ese corazón entero, me va a doler bonito.

Y pienso en Sara, sola en esa cocina, con los ojos llenos de nubes y un océano de tristeza que nadie ve, mientras sus hijos fingen que no pasa nada. ¿Y yo qué? Pues yo solo quiero sacar a flote ese monstruo de emociones que lleva dentro y ayudarla, aunque sea a base de empujones y memes malos.

Dani se mueve en el asiento y saca el móvil, pero ni lo desbloquea, nada. Solo lo abraza. De repente me la imagino pequeñita, rollo *flashback* a cuando tenía nueve años y pasó lo que me acaba de contar.

—Gracias por traerme —murmura con esa vocecita de ratón que tiene cuando está a punto de llorar o de pedirme un favor imposible, y yo no sé por qué, pero me sale una sonrisa tonta, justo cuando aparcamos delante del colegio.

—Gracias a ti por dejarte secuestrar —le digo, porque si me pongo seria me da la risa nerviosa y no es plan, y además me sale la bromita fácil, ya sabes cómo soy. Pero por dentro tengo un nudo en la garganta tamaño XXL, porque en este coche han pasado cosas que se quedan pegadas en la piel, igual que el olor a chicle de fresa que hay ahora mismo y que no sé si es suyo o mío, pero da igual, porque este trayecto ha sido cualquier cosa menos normal.

Sigo conduciendo hacia el veterinario y, claro, vuelvo a rayarme con lo de Sara, porque necesito hablar con ella ya, urgente, porque lo que siento no son mariposas ni nada bonito, es un nudo de frustración que me hace un agujero en el pecho. Ojalá fuera amor, pero no, es ese *flow* de cuando sientes que has roto con alguien y ni siquiera has empezado nada, ¿sabes? Es ridículo.

Lo nuestro fue un tonteo de esos de chat eterno, un juego de *verdad o atrevimiento*, con mensajes que parecían promesas de esas que te hacen sonreír y ahora solo son notificaciones fantasma. Y lo peor es que solo con saber que ella estaba ahí, que me contestaba a cualquier hora, que yo era alguien en su mundo… me flipaba, no te voy a mentir.

Y ahora estamos en la misma casa y no nos tocamos ni con la mirada. Estamos secas. Raras. Cortadas. Y sí, vale, me cabreé con lo del iPhone. Me sentí humillada. Pero ya se me ha pasado. Se me bajó el humo hace días, cuando se lo conté a Eva y me soltó una de sus frases de sabiduría de barrio: «Tía, a veces la gente hace cosas raras cuando le gustas». Y desde entonces me siento la tonta del mes, porque lo de soltarle a Sara que si se creía que yo era una escort… en serio, ¿quién me manda? Soy la reina de las cagadas, mi vida es una *playlist* de meteduras de pata. Ahora tengo la sensación de que a Sara le da hasta vergüenza que estemos en la misma habitación.

Pero, oye, no me ha dicho que me pire, ¿vale? Y yo tampoco me he ido. ¿Por qué? Pues porque no quiero, porque me flipa estar aquí. O sea, lo repito por si no ha quedado claro: ME FLIPA. Cada día más, además. Es que la deseo con la intensidad de mil *doramas* coreanos juntos.

¿Enamorada…? Bueno, eso es un tema un poco resbaladizo para mí, pero quererla, la quiero. Mucho más de lo que pensaba que podía sentir después de todo el equipaje emocional que arrastro, que si lo pusiera en la báscula de Ryanair me cobran sobrepeso fijo.

Así que, en un momento de lucidez o de masoquismo total —elige tú, porque yo a veces no sé si soy la reina de la claridad mental o la campeona mundial de la autotortura—, me doy cuenta de que no puedo seguir en este bucle. ¡No! Yo necesito acción, drama, un poco de salseo, así que se me ocurre la brillante (o suicida) idea de sacar a Sara de su zona de confort, que ya va tocando.

Primero, la visita al veterinario. Nada mejor que ver a Bicho con ese morro de «me habéis robado el alma y la dignidad, socorro», y luego, hala, de vuelta a casa —esa casa que es de una mujer que ahora mismo no me habla ni para pedirme la sal— con la misión

grabada a fuego en la cabeza. Me meto una ducha fría, que entre tú y yo, me deja más despierta que un café doble y me baja un poco la tontería, porque estaba a punto de ponerme a escribirle un poema cutre, imagínate el nivel.

Y nada, me lanzo a la guerra de la conquista. Hoy no escatimo: desodorante del caro, de esos que me quedan de cuando Sabina me regalaba cosas que yo ni sabía que existían. Bermudas vaqueras que me marcan el muslo justo lo suficiente para que se note que he pisado el *gym*, pero sin parecer que voy a una competición de CrossFit. Camisa blanca abierta hasta medio pecho, con un sujetador negro lencero debajo, por si la cosa se pone interesante, ya tú sabes. Y mis Converse negras, que son mi carta de presentación. *Look* de bollera moderna paseando por Sevilla,

Me echo una colonia unisex que huele a cuero, jazmín y un poco a «me he perdido en Berlín y he sobrevivido», porque ¿por qué no? El pelo, bueno, ya lo tengo lo bastante largo para querer hacerme una coleta, pero no encuentro una goma, así que le meto gomina para que no parezca que vengo de un festival *indie* a las seis de la mañana. Y, obvio, mis gafas de sol redondas, que son mi superpoder para parecer más interesante de lo que soy en realidad.

Me miro al espejo y, bueno, me doy un ocho alto. Y porque soy humilde, ¿eh? Sé que tengo mi rollo, aunque también mis movidas, pero es que no soy la típica, soy un cóctel de *vibes* raras y eso mola. Igual piensas que soy un poco flipada, pero es que se me da bien esto de ligar, sobre todo si me lo propongo. Antes de meterme en el lío con Sabina, tenía una lista de conquistas que ni el Conde Lequio, no te miento. Pero es que me gusta gustar, ¿vale? Y hoy, más que nunca, NECESITO gustar. A ella. A Sara. Así que, deséame suerte.

Y justo cuando estoy a punto de largarme, zas, el móvil vibra. Mi primer instinto es no mirarlo, yo aquí a lo mío, gracias, porque ya no soy esa pringada que saltaba cada vez que el móvil hacía *brrr*, ¿sabes? Antes era otra historia, otra Asia, la de los chats eternos con Sara, la que se quedaba con el móvil pegado cada vez que veía su nombre en la pantalla. Eso era otro universo, otra serie, otra temporada. Ahora, lo más emocionante que me llega es un

«¿puedes sacar el pollo del congelador?» o el mítico «haz más hielo, que no queda».

Pero claro, soy débil, qué le voy a hacer, y en un microsegundo de esos en los que el autocontrol se va de vacaciones, le doy al móvil con ese toque suavecito que hace que la pantalla se ilumine y, de repente, todo el universo se reduce a ese rectángulo brillante. Ella. Sara. La mujer de mis pensamientos, la que me tiene hecha un lío. Y no, no me escribe para que compre papel higiénico ni para que recoja a la niña. Esta vez es otra cosa. Es igual que antes, pero más *heavy*, más directo, más… no sé, más Sara. O eso quiero creer, porque a veces me monto unas pelis que no veas.

Sara: Te echo de menos.

Lo leo en la notificación, ni siquiera he abierto la *app* y ya me ha dado el subidón. Me quedo sin parpadear, sin respirar, con el corazón dislocado. Y cuando por fin entro en el chat, ¡pum!, el mensaje ha desaparecido. Eliminado. Como si nunca hubiera existido. Pero lo ha escrito, lo ha pensado, lo ha mandado… y luego se ha cagado. O se ha rayado. O ha pensado que era una locura. Pero, *sorry*, Sara, ya lo he leído. Y eso no se borra ni con agua bendita.

Además, esa frase me da un chute de energía. Me dan ganas de llorar y de reírme a la vez, porque yo también la echo de menos, aunque me haga la dura. Y me quedo en medio del pasillo, con la lagrimita a punto de salir. No me lo creo. Yo iba a ser la valiente, tenía todo un plan de película en la cabeza y, al final, va y se me adelanta. Esto no puede ser casualidad, ¿no?

No le contesto. O sea, ni de coña, intento hacerme la *cool*, pero de repente me entra el pánico. Así que nada, me subo al coche. Que, por cierto, ahora mismo me siento la heredera de los Kardashian, porque los mellizos me han dejado su Volvo XC60 negro mate. Es tan *sexy* que hasta me da vergüenza conducirlo. Pero bueno, los niños están de Erasmus o en algún campamento de esos de ricos donde aprenden a hacer surf y a hablar francés, así que el coche es mío por un rato y yo me lo creo.

En fin, arranco el motor y el rugido me da un subidón, pongo el aire acondicionado a tope y el fresco me da en la cara, pelo volando y todo. Conecto el móvil, que ya está a punto de morirse, y busco la dirección del hospital en el GPS. Y nada, le doy a iniciar ruta y salgo disparada, con la música a tope y el corazón a mil.

Son las doce de la mañana y me repito: ahora o nunca. Porque verla en su casa, con las niñas, en modo madre perfecta, no es lo que necesito hoy. Hoy quiero verla en su salsa, en su mundo, y a ver si consigo que se le descontrole un poco el universo. Porque, sinceramente, si algo me ha enseñado la vida —y mi adorada Sabina, que es casi lo mismo— es que cuando no sabes si quedarte o salir corriendo, lo mejor es entrar a lo grande, por la puerta que nadie espera. Y hoy, amiga, hoy es uno de esos días.

Capítulo 18

Sara

Estoy metida hasta las trancas en un quirófano, con los dedos sudando en los guantes y un residente al lado que, te lo juro por mi madre, me lo han traído directo de una teleserie de esas de médicos que ponen en Telecinco. El chiquillo está más pendiente de dónde tengo yo la nariz que de no liarla con el bisturí, y mira que eso ya es decir, porque delante tenemos un aneurisma que si me descuido, hace pum y me monta un Quinto Centenario en todo el quirófano.

—Doctora Rey, ¿prefiere que sujete la pinza así o más ladeá? —me dice el niño, con una vocecita que parece que pide permiso para coger otra croquetita en Nochebuena.

—Preferiría que la agarraras sin miedo de reventarte una uña, churri. Atiende: fuerte, firme, que esto no es un jueguecito de manualidades, esto es una aorta que si se nos cabrea la liamos parda —le respondo con el tono ese mío, que es mitad amable y mitad «no me hagas perder la paciencia que se me ve el plumero y tengo mal día».

Carmen, la anestesista, que está más curá de espanto que la Virgen de la Macarena, me echa una mirada con retintín desde su rinconcito. Esta mujer lleva media vida dejándose la espalda en el quirófano y el alma en el cotilleo del pasillo, todo con una gracia natural que a mí me da hasta envidia.

—Sara, hoy tienes la mala baba subía, miarma. Estás más agria que un gazpacho con tomate verde —me suelta, mientras le da dos toquecitos a la máquina de anestesia.

—Es lo que hay, Carmen, que llevo yo dos semanas que, cuando no estoy aquí, tengo en casa más drama que en una peli de sobremesa. Ya te contaré mañana en el café, que para contarte toda la historia necesito dos tostadas por lo menos.

Eso sí, ahora no puedo distraerme con mis telenovelas internas, que el caballero que tengo delante, dormidito e indefenso, me necesita fina y atenta. La pinza está en su sitio, la sutura va como tiene que ir y su corazón, gracias a Dios —y a mi arte, no nos olvidemos—, suena con más ritmo que una batucada. Miro al residente, que me está fichando sin parpadear.

—Anda, cierra tú, que no me diga nadie que no sabes coser ni un botón. Eso sí, con cuidadito, que no estamos haciendo un dobladillo, ¿eh?

Me quito los guantes con ese gustito que solo las que llevamos media vida disfrazadas de profesionales entendemos. Porque lo de ser cirujana tiene mucho de teatrillo: que si pongo esta pose, que si parezco que controlo todo, y mientras tanto, mi cabeza a mil revoluciones. Pero una cosa sí te digo: el disfraz me queda bien, y no veas lo que me luce en el quirófano. Aplausos internos por hoy.

Salgo y me echo gel igualito que si estuviera rociándome agua bendita, niña, porque aquí o te desinfectas o te conviertes en lo siguiente al laboratorio de bacterias. El pasillo de la segunda planta es eterno, con esas luces que parpadean. Camino deprisa, con mi bata puesta y el alma a medias, porque lo que me trae frita no es el quirófano ni las ocho horas de pie con el bisturí. No, lo que me tiene en un sinvivir es Asia. Otra vez Asia. Te juro que esa mujer está en todos lados.

Asia en la cocina, Asia cruzando el pasillo con aire de reina del panorama. Asia en la piscina. Asia olfateándome. Asia con su voz, que parece que le da igual todo, pero a la vez lo lleva todo controlado.

¿Llevamos ya dos semanas así? Pues dos semanas, sí. Dos semanas de tensión que ojalá se pudieran licuar, porque te digo yo que podríamos rellenar botellas y venderlas. Ni un roce, ni una mirada que dure lo que un pestañeo. Estamos en pausa. ¡De traca!

El caso es que la cosa aquí no es que me guste. No, guapa, es que esta mujer me tiene loquita. Que eso ya sería bastante para montarme un drama: ¡es que me pone una cosa mala! Que tengo que desviar la cabeza para no parecer una adolescente que ha visto a su primer amor en la puerta del instituto.

El problema es que yo, que llevo la vida organizando de todo, que en mi casa no se mueve ni un cuchillo fuera de sitio porque soy más cuadriculada que una libreta de matemáticas, ahora me veo aquí, sin saber cómo manejar este lío. Vaya panorama. Que, escucha, loca estoy, que el otro día, después de que pusiera música para bailar con las niñas —que yo no quería ni verlas porque Asia bailando pues no sé ya lo que me entró por el cuerpo—, bajó a la cocina con esa sonrisilla de «te he pillado disfrutando aunque no quieras» y yo pensé: «Sara, ahora, díselo ya, pídele perdón». Pero nada. Que al final me escurrí cual lagartija y me puse a ordenar los botes de especias, que eso siempre es más fácil que enfrentarme a la realidad.

Y así estoy, con este tembleque en el pecho y la valentía en los pies, pasando de largo para no romper algo que ni siquiera sé si existe. Porque, cariño, yo seré cirujana y sacaré apéndices como churros, pero cuando se trata de mis emociones, para qué te voy a engañar, soy una torpe.

Y esta mañana, encima, me ha dado el arrebato, que yo no sé qué me pasa por la cabeza a veces, te lo juro. Me he puesto a escribirle un mensaje. Cortito, eh, que una tampoco quiere parecer desesperada. «Te echo de menos». Ea. Así de simple. Como si con eso arreglara todo, ya ves tú. Total, que lo he escrito y, claro, al segundo he tenido que borrarlo. Porque me ha dado el ataque: el pánico, la vergüenza, el «¡qué estás haciendo, insensata!» He pensado: «¿Y si esto es una gilipollez? ¿Y si la otra está tan a gusto sin mí y yo aquí removiendo las cenizas? ¿Para qué?» Pues nada, que lo he borrado.

Ahora estoy rodeada de pacientes, monitores pitando y ese café de máquina que te deja el alma triste. Y los enfermeros, pobrecillos, que van de un lado para otro con más estrés que yo cuando se me juntan los cuatro niños gritando a la vez. Y mientras ando firmando papeles, con el piloto automático puesto, sigo dándole vueltas al temita. Sí, a la idea tonta esa de que a lo mejor, y solo a lo mejor, todavía hay margen para que las cosas no se vayan al carajo. Pero claro, una es cabezota… y tonta perdida.

Total, que en esto voy por el pasillo, papel en mano, y aparece Antonio, el traumatólogo, que parece sacado de un *reality* de esos donde el ego entra primero que la persona. Vamos, que tiene un arte para no tener filtro que hasta me da coraje admirarlo. Todavía no ha llegado bien a mi lado y ya viene largando.

—¡Mujer, Sara! ¿Tú qué, escapando del café de máquina o de tu desastroso último turno?

—Escapando de ti, Antonio, que no se te puede aguantar —le respondo, que ya me sé yo sus intenciones.

Él se ríe, porque es un descarado de manual, y me viene por detrás con una sonrisilla de medio lado que más que gracia da ganas de mandarlo a por vendas.

—No te hagas la durilla, mujer. Yo sé que a ti te hacen falta estas conversaciones pa despejarte un poco. Me lo agradeces luego. ¿Pero qué pasa, cuéntame en qué andas últimamente? ¿Intrigas hospitalarias o culebrón romántico? Que aquí yo soy un desastre, pero chismoso, un rato.

—Ay, por favor, Antonio, entre vendajes y cotilleos te estás coronando. Esto no es para ti, así que ni te molestes en sacar la libreta del cotilleo.

—Qué misterio, Sara, hija. Si quieres, me ofrezco de confidente. Tú dime dónde firmo.

Yo le pongo la ceja medio levantaíta, porque si no me pongo seria al segundo, se me sube por las orejas.

—Antonio, a ti te tengo que firmar la baja… pero en mi paciencia. Anda, ve a hacer algo útil, que ya sabes que la vida aquí no espera.

Suelta una risilla y se va crecido. Que en el fondo lo soporto porque arrancarme una carcajada a estas horas ya tiene mérito.

Vuelvo al despacho, cierro la puerta y me quedo un segundo en silencio. A ver, Sara, que te quedan dos turnos para coger unos días, una operación mañana que más te vale salga bien o nos da la noche entera y un montonaco de informes que tienes tan a medio hacer que para eso mejor ni empezarlos. Pero, mira, te soy sincera: todo eso me importa menos que la factura del agua del mes pasado. Lo que de verdad me ronda la cabeza es que a lo mejor estoy haciendo lo de siempre, pensar más que vivir.

Y justo, en medio de mi drama interno, suena el dichoso teléfono del despacho. Capaz que es ella, me ilusiono, porque una es más tonta que una piedra rodá. Pero no. Cómo me va a llamar aquí. Es Carmen, la anestesista. «Oye, Sara, que no olvides que tenemos junta mañana a primera hora, ¿vale?». A todo esto, yo le digo que sí, que claro, que ahí estaré, y cuelgo. Y ya está. Otra vez al ruedo, la Morante con bata verde, aunque en el fondo estoy para los leones. Y lo peor es que no sé si esto que siento es amor o solo una manera nueva, fresquita y creativa de buscarme malentendidos con la vida. Que, pensándolo bien, ¿no viene a ser casi lo mismo? Pues eso.

Y ahí es cuando llaman a la puerta. Yo, que ya estaba a punto de irme, pongo los ojos en blanco. Porque a ver, ¿qué quieren ahora? ¿Más papeles? ¿Una urgencia de última hora? ¿Otra junta improvisada que se podía haber hecho por email? Me levanto con la mala leche justa para fingir amabilidad profesional y abro la puerta.

Y ahí está. Asia, la gachí.

Con esas gafas de sol bajadas justo lo necesario para que una se quiera morir porque, hija, la pose la tiene estudiadísima. Y esa sonrisita torcida… Que siempre me ha dado un coraje que no te cuento. Bueno, venga, coraje tampoco, que yo seré muchas cosas, pero ciega no. Me entran ganas de gritarle: «¡Anda, da una vueltecita!». Pero por motivos puramente médicos, que yo soy una profesional. Pero claro, vas tú y te crees que saco yo esa gracia con la cara de idiota que debo de tener ahora mismito. Total, que me congelo, se me cierra la garganta y lo único que me sale es un:

—¿Tú?

—Yo —me suelta con la misma sonrisita. Y, ojo, que no es cualquier sonrisa, no, es LA sonrisa. Esa que me soltaba cuando todo entre nosotras estaba menos torcido. Aunque ahora la lleva con cautela, tanteando el terreno. Y yo ahí, haciéndome la interesante, pero deseando que me digan acción para empezar la película del drama.

—Pasa —le digo mientras me doy media vuelta rapidito, que no quiero que me vea la cara de tomate que se me ha puesto.

Me dejo caer en mi silla giratoria, esa que compré porque era monísima, pero solo sirve para marearme cada vez que le doy una vuelta de más. Y, con un dedo muy profesional, le señalo la silla de enfrente con toda la soberbia del mundo. Como si esto fuera una consulta seria y yo no tuviera las tripas hechas un ocho, que vamos, ahora mismo me cambio por cualquiera en un programa de Juan y Medio.

Ella se sienta, pero las gafas ni se las quita, porque claro, el dramatismo es lo suyo. Y no se le mueve la sonrisa. ¡Que coraje de mujer, señora, que sabe perfectamente que me tiene a la cuarta pregunta! Estoy segura de que me ve los nervios a leguas. Y encima se divierte. Y me da rabia que se divierta. Pero, hale, aguanto el tipo.

—¿Y tú qué haces aquí? —Intento que la voz no me tiemble, como si no llevara dos semanas soñando con este momento y escribiéndome diálogos en la cabeza.

—Necesito que me eche un vistazo la doctora. Me duele… la espalda —dice con una seriedad que no sé si me pide un diagnóstico o me declara amor eterno, pero con una chispa en los ojos que me deja clarito que de urgencia, nada de nada.

Me quedo seriecita por fuera, pero con el alma saliéndose por los poros y el corazón a ritmo de tamboril rociero. Asia ha vuelto. Otra vez. Y esta vez no pienso esconderme entre quirófanos, pero madre del amor hermoso, con lo roja que me pongo yo a la mínima, no sé si voy a salir viva.

—¿No puedes ir a Urgencias? Que allí tengo un compañero con unas manitas que ni el Ángelus —le contesto, más por decir algo que porque quiera que se vaya, claro.

—Prefiero que me atienda la cirujana más guapa del hospital —dice con un tono que parece que lo piensa de verdad, nada de fingir que no llevo veinticuatro horas de guardia con este moño de nido de cigüeña.

—Bueno, si es una «urgencia», pues habrá que atenderla, ¿no? —Doy un saltito de la silla con el poco aplomo que me queda y señalo la camilla que está tras una cortinilla cutre, de esas que crujen cada vez que las tocas.

—¿Camilla incluida? Uy, qué profesional. ¿Y no tienes bata de esas que dejan medio culo al aire? —dice mientras camina con ese andar que tiene tan *sexy*.

—No, mujer, pero si quieres te pongo una tirita de Spiderman. Venga, quítate la camisa y ya me dices —digo mientras me pongo los guantes y echo mano a la cortinilla, intentando parecer seria.

—Uy, no te preocupes por correr la cortina. Total, ya me has visto las tetas en la piscina —me dice con toda su calma.

—Asia, guapa, ¿tú es que no tienes filtro?

—¿Qué? Yo solo digo la verdad.

—Venga, hazlo y calla ya, cansina —le digo tragándome las ganas de desaparecer, porque así somos las madres de cuatro hijos, resistentes.

Y allá que va, se quita la camisa despacito, mirándome, intensita. ¿Y yo qué hago? Pues nada, intentar que no se me note la tontería mientras me acerco y coloco mis manitas de profesional sobre sus omóplatos.

Y mira, que una tiene sus batas, sus guantes y su pose de cirujana todopoderosa, pero para esto no hay protección que valga. Mis manos están en su espalda y yo busco cualquier excusa médica para dejarlas ahí un ratito largo. Noto cómo los músculos se le mueven bajo mi tacto y su respiración se ralentiza, se contiene. Y yo ni tragar saliva puedo sin pensar que me voy a ahogar en mi propio nervio. Las mejillas me arden y por dentro tengo chispitas de feria y petardos de San Juan, que no sé cómo no he quemado ya la camilla con tanto calor interno.

—Tienes la espalda rígida, ¿eh? Mucha tensión acumulada.

Sueno a señora que aconseja a la clientela en un mercadillo, pero más no puedo dar.

—Normal. Llevo dos semanas sin poder mirarte. Y tú sin querer mirarme.

¡Ay, la madre del Cordero! Ahí me quedo petrificada, no sé ni qué hacer con los dedos. Ella solo gira un poco el cuello y me lanza un reojillo, sin darme la cara del todo. Y claro, a mí se me cae el mundo. Porque no era un reproche… no, qué va. Era una puerta que abre un poquito y me asoma a algo que me da vértigo.

—No es que no haya querido… —Digo eso, pero tengo la palabra cortadita.

—Me gusta cómo hueles cuando estás nerviosa.

—Asia, por Dios…

—¿Qué? No tengo la culpa de que tu miedo huela mejor que un bote de colonia caro.

¡Pero tú puedes ser más cretina, Asia de mi vida! Porque verás tú, que a mí los nervios me huelen a puro sudor humano, que ni caro ni nada.

—Eres de un insoportable… —le digo con esa cara de enfadá-que-sonríe que se nos da tan bien.

—Pero me echas de menos.

La muy canalla ha leído mi mensaje y está aquí, con toda su presencia. Y encima lo dice tan… tan arrastradito, que me dan ganas de meterme bajo tierra. Porque claro que la echo de menos, pero es que no es un echar de menos normal. Es un «me falta desde la raíz». Desde antes de saber que me iba a faltar, ¿sabes?

—Sí que te echo de menos —le digo, con la voz tiritando, porque no puedo mentir—. No tienes ni idea.

Ella se gira un instante. Y yo, pues yo bajo la mirada. Porque sé que, en esta consulta, aquí mismito, hay algo que se va a romper o algo que va a empezar. Y me da un pánico que flipas. Pero también me da una vida que, fíjate tú, llevaba tiempo sin sentir.

—Lo siento por lo que te dije en el centro comercial —dice, con la voz seria, pero sin dramatismos—. Fue una gilipollez. Una paranoia mía. Y sé que tú no lo hiciste con mala intención. Perdóname, ¿vale?

—¿Qué paranoia? —le suelto al rato, mientras sigo cacharreándole a los lados de la columna.

—Es que yo antes no era pobre, ¿sabes? Mis padres eran profes de instituto. Teníamos una casa buena, en un barrio tranquilo, y un apartamento en Alicante donde veraneábamos. No éramos ricos, pero vivíamos bien. Muy bien. Mis hermanas y yo teníamos todo lo que necesitábamos. Cuando vino el COVID, estaba acabando la carrera. Y en cuestión de un mes, perdí a los dos, Sara. Mis padres. Marta, mi hermana mayor, vive en Londres. Así que África y yo nos quedamos solas en Madrid, luego vino Leo y lo criamos entre las

dos. Porque su padre desapareció. Y porque yo no podía dejarla sola. Leo es un hijo para mí. Aunque no lo sea. Aunque no me llame mamá.

Aguanto la respiración para que no se me escape un gallo, que yo soy muy de emocionarme con estas cosas. Aprieto suavito, queriendo sujetarla a ella y al bofetón de realidad que me está dando.

—Y entonces Leo enfermó. Y vendimos todo. Todo, Sara. La casa, el apartamento, los muebles. Hasta el televisor. Porque el tratamiento era carísimo. Y cada vez más. Y nos fuimos quedando sin nada. Sin opciones. Hasta que apareció Sabina. Y bueno… eso ya lo sabes. Y luego apareciste tú. Y le salvasteis la vida a mi niño.

—Yo no hice una mijita. Fue Sabina quien pagó el tratamiento.

—Vale, sí, Sabina pagó, pero tú te encargaste de todo. De la logística, de lo que te pidió Sabina, pero también de mí, que estaba fatal por todo, Sara. O sea, yo estaba en modo pánico total, ni idea del idioma, los médicos hablando en *klingon*, y tú te quedabas al teléfono conmigo cuando me quería rendir, tú seguías ahí. Y, joder, empezaste a gustarme. Me enganché a ti. Y sé que tú también te enganchaste a mí, que eso sí que no tiene sentido.

Yo aprieto más fuerte, venga masaje, a ver si así se me pasa el susto. Porque esto último es lo que yo llevaba dos semanas soñando que me dijera, y ahora que me lo suelta a bocajarro, no sé si reír o ponerme a llorar.

—¿Y por qué no me has contado esto antes? —le pregunto, con una vocecita que ni parece mía. Qué arte, parezco una mocosa preguntando por qué no la sacaron a bailar en la discoteca.

—Porque me daba miedo. Porque ni siquiera podía invitarte a un café. Porque me sentía una mierda. Porque desde que Leo enfermó no me compro ni una camiseta, Sara. Porque todo, todo, ha sido para él. Y me daba vergüenza que tú, con tu vida ordenada y tu casa llena de cosas bonitas, me vieras como lo que soy. Un caos. Un borrador mal hecho.

—Ay, por favor, no digas esas cosas —le digo yo, con el pecho apretujado. Le paso la mano más despacito, intentando calmarla,

aunque algo se me revuelve por dentro—. No eres ningún borrador mal hecho, deja de decir tonterías, mujer.

—Te prometo que habría venido de todas maneras, aunque no me pagaras, porque sí, porque os lo debo. Pero tampoco te voy a mentir, también vine por ti, Sara. Vine porque quería estar contigo. Porque quería ver qué pasaba si dejábamos de hablar por chat y empezábamos a hablarnos de verdad.

Me derrito. Pero no puedo parar de masajear, que si paro me da algo, pierdo el control, ¡y aquí a saber quién acaba deseando cosas que no debe! Porque entre su verdad, que no se le puede discutir, y lo que yo llevo por dentro, no hay donde meterse, ni un huequito para esconderme ni por educación.

—Ay, Asia, si la que tiene que pedir perdón soy yo, que no tenía ni idea de que estabas así, que lo único que quería era tener un detalle contigo, darte las gracias por venir, que siempre estás diciendo que tu móvil es un cacharro de los chinos. Y no te creas tú que yo voy por ahí regalando móviles, vamos. Pero mira, se me cruzó el cable navideño y pensé: «Ea, pues igual le hace ilusión». Y ahora resulta que me he pasado tres pueblos. Si es que… Lo siento, nena, que no era mi intención ni comprarte ni nada de eso, ¿tú te crees? ¿Estamos locas o qué? Ea, ya está, me siento la más pringada del barrio. Vaya papelón, hija.

Asia se vuelve un poquito y se ríe.

—Sara, me flipa cuando te pones a hablar en plan metralleta y con esa chispa tuya. Es que no puedo, me tengo que morder la lengua para no soltar la carcajada, aunque estés diciendo algo superserio.

—Pues menos mal que te gusta, guapa, porque yo cuando empiezo a hablar no sé ni cómo voy a terminar. Pero oye, que lo de que te rías me ofende y me halaga a partes iguales, ¿eh? Porque una está aquí partiéndose la cabeza y el alma, tratando de ser seria, y tú venga a reírte. Que yo no sé si es por mi acento, por la velocidad o porque realmente tengo una cara que es un poema.

Dejo el masaje, me quito los guantes y los lanzo a la papelera.

—Venga, ponte ya la camisa, anda. Y te esperas un poquito fuera, que en nada termino mi turno, pero tengo que rematar una cosilla

para poder irnos.

Ya le estoy dando la espalda, más tranquila por haber aclarado las cosas. Pero niña, nada, que lo de seguir instrucciones no va con la criatura. En un segundo, ¡pum!, la siento detrás de mí. Muy pegadita. No llega a tocarme, pero vamos, que el aire que hay entre las dos casi ni existe. Apoya las zarpas en el archivador y me deja encajonadita entre su cuerpo y el condenado mueble.

Te juro que se me sube la tensión, que me debería haber tomado la pastillita para la presión esta mañana, porque vaya plan. Me quedo paralizada. Qué digo paralizada, ¡acartonada! Porque dentro de mí tengo a dos pepitos grillos peleándose. Uno me dice: «Date la vuelta, Sara, y plántale un beso de esos que resucitan hasta a las esfinges». Y el otro, el mojigato con el que nací se cruza de brazos y me suelta: «¿Estás loca o qué?». ¡Manda narices, mujer! Mira, si esto lo ve alguien en ese momento, se apunta fijo al club de «Lo que calla Sara».

Capítulo 19

Asia

¿Tú sabes lo que es tener delante un manjar y no poder hincarle el diente? Pues eso. Porque estoy medio escondida en la penumbra, medio en trance, mientras acorralo a una cirujana que tiene nombre de telenovela, voz de zambomba emocional y cuello de anuncio de colonia.

Y ella, pues petrificada. Lo ha pillado todo y ha decidido que aquí no pasa nada porque, claro, si no me mira, pues no existo, ¿no? Cree que al ignorarme va a borrar el hecho de que estoy detrás de ella en sujetador, con la piel erizadísima y el corazón a mil. Y yo, que seré muchas cosas, pero tonta no, lo noto en cómo se le tensan los músculos de la espalda, en cómo respira más rápido, más fuerte. Está en su burbuja de negación, con esa manera tan suya de fingir que no se derrite por dentro, pero yo lo huelo, lo siento, lo podría hasta lamer del aire si me dejara.

Tengo las manos apoyadas en el mueble y ni de coña me aparto. Estoy tan cerca que huelo su nuca. Y no es broma, es ese olor que tienen algunas personas justo donde empieza el pelo, que no es solo perfume, es piel, es calor. Y yo, que soy una pringada, le susurro bajito:

—Si quieres me aparto.

Mentira. No me voy a apartar nada. Pero bueno, lo suelto por si acaso, para que luego no diga que no avisé, que aquí una es legal y todo. Ella no habla, pero suspira y me desmonta el sistema operativo. Porque no es de incomodidad y no es de miedo. Es de «me estoy peleando con algo que no sabes». Y claro, como buena insensata que soy, en vez de frenar, avanzo.

Pero no la toco, eh, todavía no. Solo me acerco lo justo para que note mi presencia, para que sepa que estoy aquí y que no me pienso

ir. Y no es por hacerme la misteriosa, es que necesito ver si reacciona, si sigue viva debajo de tanta contención.

—Tú tranquila, que si quieres te paso una factura después. Consulta de… no sé, ¿tensión sexual acumulada?

Cero. Ni risa ni bofetada. Pero se tensa más. Y yo me crezco, cómo no. Soy así de lista. En vez de largarme antes de liarla, me acomodo un poquito más cerca y dejo que mis dedos rocen su cintura en un gesto que no es nada, pero lo es todo. Porque ya no es solo que esté cerca. Es que la toco. Y no cualquier parte. Estoy en la frontera. Esa línea donde empieza lo que una no quiere admitir que le apetece.

Y aquí viene la parte donde me vuelvo completamente gilipollas: me inclino un poquito, la típica escena de lugar ruidoso, pero estamos en un despacho donde el único ruido somos nosotras. Me acerco lo justo para que sienta mi aliento. Y sí, sé que suena a cliché, pero no lo es. Es medicina de la buena: un poco de aire cálido en la oreja, un murmullo, un roce de nada.

—¿Estás bien, doctora? —Voz de pensamiento, ese susurro mental que si se hace más alto igual rompe el hechizo o yo qué sé.

Ella respira raro. El aire se le queda atascado en la garganta, el cuerpo entero entra en pausa, aunque no del todo. Yo tengo el pulso desbocado, me late en las muñecas, en el cuello, hasta en las rodillas. Y me río por dentro, porque aguanto la compostura de santa, cuando lo único que quiero es girarla, besarla y comprobar si su boca sabe justo a lo que me imagino.

Pero no lo hago, porque no es el momento, porque si me paso de lista, esto se va a la mierda y no quiero que Sara se rompa, no, lo que quiero es que se agriete, que el deseo se le cuele por las rendijas, que tiemble cuando me alejo, no cuando me acerco, ¿sabes? Que note la sacudida, pero solo cuando yo decida, porque sí, soy así de *control freak* a veces, aunque luego a mí también me bailen las manos.

Así que respiro, despacio, le rozo el cuello y me callo, que ya es raro en mí, pero a veces el gesto más cabrón es no hacer nada, dejar que el silencio haga su magia, que el aire se ponga denso, que parezca que va a pasar algo aunque no pase nada. Pero de repente,

pasa. Un milímetro, un movimiento mínimo, un empujoncito invisible del universo. No hay música épica, ni cámara lenta, ni voz en *off*, solo ella, dejándose caer un poco. No es rendición ni tropezón, es otra cosa. Se apoya en mí, sin querer, pero en realidad sí, con la espalda tensa y los brazos estirados.

Y entonces se me activa todo. El pecho se me aprieta, la tripa se me encoge y las piernas hacen amago de doblarse. Porque es ella, porque la noto vibrar un poco y eso me pone malísima. Ese gesto es más íntimo que cualquier gemido. Es su cuerpo diciendo «no quiero esto» mientras lo hace.

Me quedo quieta, convencida de que el mundo entero depende de mantener el eje exacto entre mi mano y su cintura. Porque ahora estoy en su cintura. Ella sigue paralizada, pero ahora tiene un *bug* en el sistema: mi mano.

—Sara… —digo. Y solo eso. Su nombre. Porque no hay nada más que decir sin que suene a chiste o a súplica.

Y mi mano, la de la cintura, está apoyada con tanto cuidado que me siento hasta tonta, porque podría agarrarla, o subirla un poco más, solo un poquito, y sería fácil, pero no lo hago. Porque si lo hago, ya no es ella pegándose a mí, sería yo yendo a por ella, y ahora mismo lo que mola es esto, este roce, esta grieta, este temblor que no sé si es suyo, mío o de las dos.

Me da por pensar que si la abrazara en este momento, se me desharía entre los brazos. Y no quiero que se rompa, quiero que se doble, que ceda, que se quede, que vuelva. Todo eso. Sé que suena intenso, pero es que lo siento así, ¿vale? Y sin quererlo, me acerco. No con el cuerpo. Con la voz.

—No digas nada, ¿vale? Solo… quédate así un segundo más. —Y ni sé si lo digo para ella o para mí, la verdad, porque este segundo me lo quiero tatuar en la frente. O en el muslo, yo qué sé.

Me encantaría decir que soy una persona madura, que me aparto, que respeto los silencios ajenos y que me voy a casa a hacerme un maratón de autoplacer pensando en esto, pero no. Estoy con esta mujer pegada, que respira con ese esfuerzo de quien se deja la vida en cada bocanada, y el demonio ese de mi nuca me susurra.

Y yo, que tengo un máster en autoboicot y un doctorado en cagarla en los mejores momentos, pues lo escucho. Porque el roce está ahí, porque esto no es solo cosa mía, que también ha puesto de su parte, que sigue aquí, y yo con las manos quietas, que ahora mismo es tener una bomba sin detonar, literal.

Así que, con una lentitud que me da hasta vergüenza ajena —pero es la única manera de no perder la cabeza—, deslizo la mano por su cintura y bordeo el lateral de la bata. No le toco la piel, todavía no, solo la tela y el botón, uno, luego otro. A ella se le tensa el cuerpo entero. Sigue sin decir ni mu, yo tampoco, pero el sonido del último botón es porno para mis oídos.

—Si me das una hostia ahora, me la merezco —murmuro por si acaso, por si le da el venazo. Pero nada, un silencio que dice: sigue, que estoy en guerra conmigo misma, pero no he llamado a la policía todavía.

Y entonces me la juego, porque tengo calor, porque la siento vibrar contra mí y eso me tiene a punto de colapsar. Le abro la bata, no del todo, solo lo justo para que se deslice un poco por los hombros y me deje ver el principio del cuello, de la espalda, de esa zona donde la piel cambia de textura y los huesos asoman con actitud. Y ahí me doy el capricho: paso los dedos, despacio, sin apretar.

Me acerco, no con la boca, con el cuerpo. Paseo la mano por el escote de su blusa, por ese hueco donde la tela deja de ser barrera y la piel respira, y la acaricio, sin intención de seducir, más bien explorando, descubriendo algo sagrado, con ese miedo de romperlo. Pero claro, soy yo y lo de quedarme callada no se me da ni aunque me paguen.

—A ver si resulta que esto era lo que necesitabas, ¿eh?

Y ahí, por fin, algo se mueve. Ella. Sara, la del control, la del luto, la madre, la cirujana, la estatua. Se mueve, no mucho, pero lo justo para hacerme perder el equilibrio. Gira un poco la cabeza, solo eso, pero es suficiente para que le vea el perfil, la boca tensa, los labios entreabiertos, el pómulo rojo. Y sí, lo digo: estoy empapada. De nervios, de deseo, de todas las cosas que no me permito pensar. Pero no lo digo en voz alta, no hace falta, está todo ahí: en su

respiración cortada, en mi mano indecente, en la bata abierta y en el vacío exacto entre su cuerpo y el mío, que ahora mismo podría arder y nadie se sorprendería.

Y justo cuando creo que ya he cruzado todos los límites que una puede cruzar sin que la echen de un hospital por conducta inadecuada, me agarra. Su mano en mi muñeca, sin violencia, sin temblor, sin palabras. Solo aprieta mi brazo sobre su cintura.

Y yo, que no soy precisamente fan de las metáforas dramáticas, me trago el nudo, pastilla sin agua. Porque no es un freno, no me dice «para», me dice: «quédate». Y eso es peor, porque me entran ganas de arrodillarme, de pedir perdón por todas las veces que fingí que esto era solo una broma con tensión. Porque esto ya no es ningún juego, es contacto real, es piel ardiendo, es un pulgar apretado sobre mi vena, leyéndome el pulso desde dentro.

No me atrevo a moverme, ni un milímetro, porque ahora la que tiembla soy yo. No me lo esperaba, no tan directa en su lenguaje sin palabras. Y, sin embargo, aquí estoy, con mi otra mano todavía posada en su pecho, ese que late desbocado, ese que he rozado con los nudillos pidiendo permiso sin pedirlo. Y ahora su mano en mi muñeca lo confirma: puedes, pero no corras. Quédate. Tócame. Pero no me desmontes todavía.

—Espera, que estoy temblando —dice, y se le escapa una risa floja, casi un susurro, un eco, un ruego disfrazado de orden.

Y yo, que soy experta en hacer lo contrario de lo que me dicen, esta vez obedezco. Porque me lo ha pedido ella. Porque nunca había usado su voz para hablar de su cuerpo. Y ahora lo ha hecho.

Sigue de espaldas a mí. Pero no importa. Porque su cuerpo dice cosas que su boca no sabe. Porque ese roce, esa presión de su mano, esa piel caliente bajo los dedos… todo eso me grita lo que lleva semanas callando. Y entonces, no sé por qué, pero me sale. Se me escapa. Muy bajito. Casi sin voz.

—No estoy jugando, Sara.

Su pulso se acelera más, su respiración se corta. Siento su mano apretar la mía con más fuerza. Me derrito por dentro y, por un momento, me siento poderosa.

Retrocede un poco, se pega más a mí y me restriega un poco el culo, a propósito, diría yo. ¿Me provoca? Porque si es así, lo está clavando. Tengo que morderme el labio para no gemir.

Vale, o sea, ahora mismo estoy en ese punto rarísimo donde no sé si quiero salir corriendo o arrancarle la ropa, literal, porque tengo un pie en el miedo y el otro en el deseo, y no sé cuál pesa más, pero bueno, intento que parezca que sé lo que hago. Le saco el brazo de encima con un cuidado que ni yo me creo. Paso los dedos por debajo de la tela y le acaricio el abdomen, que no está plano ni esculpido, pero es exactamente como imaginaba: cálido, firme, sensible al tacto.

Le acaricio despacito por los lados, por los costados, y de repente le salen escalofríos, pero de los buenos, de esos que se notan, porque lo siento en la yema de los dedos. Ella aguanta la respiración, pero no es ni un suspiro ni un jadeo, es ese momento justo antes de que pase algo. A mí me da un calambre por ahí abajo, pero *heavy*, porque sé que la estoy volviendo loca y, vale, igual yo también estoy un poco fuera de control, pero ¿y qué?

Me muevo despacio porque siento que si me apresuro esto explota y adiós muy buenas. Y no quiero cagarla, de verdad que no, porque Sara me tiene loquísima y no sé, me da miedo asustarla o que piense que soy una básica, pero al mismo tiempo es que me muero de ganas de más, de todo, de ella, de lo que sea que me deje.

Así que no me tiro a lo loco, ni tetas ni muslos ni nada de eso. Me recreo en la cintura, que es un sitio seguro, y subo y bajo la mano, pero despacito, con la palma abierta, memorizo su piel para cuando me toque volver a mi triste realidad y no pueda tocarla más.

A ella se le escapa un jadeo, nada porno, es casi un suspiro. A mí me llega directo a la entrepierna, porque joder, no finge, no posa, es real. En vez de soltar alguna gilipollez para romper el momento, que sería muy yo, o huir porque me da miedo sentir tanto, lo único que hago es seguir. Siento su culo rozándome y me muero de ganas de agarrar esas curvas con fuerza, pero me controlo, aunque me cuesta un montón. Bajo hasta el hueso de la cadera y luego subo otra vez

por el lateral. Y sí, igual me estoy flipando, pero es que no puedo parar, y tampoco quiero.

Quiero que sepa que estoy aquí, que estoy tocando lo que nadie más toca, lo que ni ella misma se atreve a tocar con deseo. Y en ese momento, siento una risa interna, una de esas risas que no se escuchan, pero que están ahí, porque soy yo, la que vive la vida al límite, la que duerme en casas ajenas con los bolsillos llenos de excusas. Y ahora estoy sosteniendo a esta diosa que pesa el doble cuando se relaja y se deja llevar.

Capítulo 20

Sara

Yo no sé en qué momento se me ha ido la olla, te lo digo ya. Porque esto no era lo que tocaba. Yo venía aquí a lo mío, a currar, a recoger mis papeles, a hacer mi vida de mujer decente. Y encima siempre presumiendo de ser una tía con sus límites bien puestos… Pues resulta que ahora mismo me los estoy saltando a la torera y tan ancha.

Pero es que esta mujer me está tocando. Que no es que me esté metiendo mano, no, hija, ojalá, porque eso al menos una sabe por dónde le viene el aire y se defiende como puede. Es que me acaricia, ¿tú te lo puedes creer? Con esas manitas que no sé si son de ángel o de demonio, me está sacando recuerdos que tenía escondidos.

Me pasa los dedos por el costado y parece que sabe dónde tengo yo guardadas las vergüenzas, los traumas y hasta los complejos. Y encima lo hace con una gracia, con una delicadeza, que yo me imagino desde fuera y me doy hasta pena. Porque, vamos a ver, ¿tú sabes lo que es que te toquen y te entren ganas de reírte, de llorar y de salir pitando, todo a la vez? Y escucha, no sé qué me da más miedo: lo que me hace o lo que me está haciendo sentir. Que ya es decir.

Tengo la bata medio abierta, que parezco una de esas de las pelis malas, el corazón que me va a reventar, los pulmones que no me dan para más y las piernas… Ay, las piernas, que se me han quedado flojitas. Y apoyada en ella, que es lo peor de todo. Porque ni me quito, ni me giro, ni nada. Me quedo aquí plantada y me dejo querer. Y encima lo siento todo: el calorcito de su cuerpo, la mano en la cintura, el aliento en la oreja… Hasta el silencio, que me respira en la nuca.

Y las rodillas, que me tiemblan. Y la piel, que me arde. Y para rematar, para colmo de los colmos, me he escuchado a mí misma jadear. Suave, sí, pero un jadeíto de verdad, no te creas tú que disimulado. ¡Qué apuro, tía, qué apuro!

¿Y ahora qué hago yo? Porque dime, ¿cómo se supone que una vuelve a la normalidad después de esto? Normalidad, dice la gente. ¡Venga ya! Si no soy capaz ni de darle la cara, ¿cómo voy a fingir que aquí no ha pasado nada? Que no la miro, ¿eh? Ni de broma. Está ahí detrás, la noto, con esa seguridad que me pone mala. Y esa forma de entrarme… Ay, esa forma. Da la sensación de haberlo hecho mil veces, pero a la vez que soy la primera. Y eso me tiene loca perdida. Que me trate así, como si yo fuera especial, pero con ganas, ¿sabes? Y a la vez con ese miedo.

Pero vamos, que no sé para qué me hago tantas películas. Que si esto está fatal, que si no es el momento, que si mis criaturas, que si yo soy una señora seria que no me dejo llevar por una chiquilla con complejo de tentación. Pero, ay, ¿a quién quiero engañar? Si es que me lo puedo repetir mil veces, pero la verdad es que encima me voy arrimando, como si buscara apoyo, ¿sabes? Pero no, lo que busco es otra cosa, y lo sabes tú y lo sé yo.

Y que conste, que no es que ella me esté empujando ni nada, ¿eh? Que va. Es que me tira, me arrastra y yo voy detrás. Y total, ya que estamos, pues le empujo la mano, pero con disimulo, sin querer, pero queriendo más que nadie. Que tampoco es que yo sea de ir pidiendo, pero una es humana y tiene sus cositas, ¿no?

Y ella lo pilla. Que no es tonta. Pero no dice ni mu, gracias a Dios, porque si abre la boca ahora mismo, te juro que me caigo redonda. Pero nada, ella sube la mano, y yo me deshago. Me roza el pecho por encima del sujetador con una suavidad… Que ni aprieta ni se tira a lo loco, no. Ella va con su arte, sabe exactamente lo que tiene que hacer sin que yo abra la boca.

Y yo, pues ya no estoy. Ni en mi cuerpo, ni en la consulta, ni en mis principios, ni en mis cuarenta y pico años. Estoy en un horno mental donde solo existe el roce de sus dedos y el calor que me sube desde el pubis hasta la garganta.

Y sí, estoy caliente. Pero caliente de verdad, no de bromitas. A punto de soltar un grito si esto sigue diez segundos más. Como para guiarle la mano yo misma y decirle: «¡Venga, vamos, que no tengo todo el día!». Como para girarme y besarla con hambre, con ansia, con todo. Porque quiero. Lo quiero todo. A ella, encima, dentro, alrededor, donde sea. Pero todo.

Pero miro para los lados, porque una será lo que tú quieras, pero sensata soy, ¿eh? Y ahí está el fluorescente, el desgraciado, parpadeando. El fondo de pantalla del ordenador, congelado en la foto de Carla de cuando tenía diez años, vestida de bruja, más mona ella. El fonendo colgando del perchero, las cajas llenas de informes de preoperatorios sin firmar. Y la puerta, ¡la puerta, niña! Que está abierta y aquí puede entrar cualquiera en cualquier momento, que esto es un hospital. Y claro, ahí me da el bajonazo. Que no, que este no es el sitio, ni el momento, ni la forma. Que no, vamos.

Un beso, mira, eso sí. Un beso me lo como, lo aguanto, lo quiero, lo necesito, y si viene con lengua y con manos, mejor todavía. Pero lo que no quiero es acabar aquí en un desparrame, oliendo a desinfectante y a estrés, que no me da la gana. Que el primer recuerdo de su cuerpo en el mío no puede ser con el metacrilato del escritorio de fondo, que eso no es ni medio normal, ni romántico ni nada.

Y me cabreo, ¿eh? Me cabreo porque la deseo con esta intensidad que me tiene la cabeza disparatada. Y me cabreo más todavía porque, con lo que me cuesta respirar con ella pegada detrás, tocándome, con la mano en el pecho y la boca a un centímetro, todavía tengo la lucidez de pensar en estas cosas. Que yo no sé si esto es madurez o una maldición. Que manda narices, ¿no puedo ser un poquito más básica y dejarme llevar? Pues no. Aquí estoy, con el cerebro a mil por hora y el cuerpo gritándome «¡Ahora, hija, ahora, que se nos va la vida!», pero hay una parte de mí, la más cabezona, la más mía, que dice que no. Que esto así no. Que hay que esperar. Que esto merece algo más que un revolcón improvisado en la consulta. Porque, y aquí viene lo fuerte, es que me está gustando demasiado.

Así que me giro. Y te digo yo que cuesta, ¿eh? Porque girarte es una tontería cuando estás vestida, con tu día normal, tus cosas en la cabeza y el alma blindada. Pero cuando tienes la camisa medio abierta, el pulso desbocado, las mejillas rojas y la mano de esta mujer aún caliente en tu piel… dar la vuelta es un mundo. Pero lo hago. Porque soy así de valiente o de tonta, no lo tengo claro.

Me entra un tembleque que no sé si por fuera se nota. Me quedo a medio palmo de su cara, no más. Noto su aliento, le veo ese brillo en los ojos que me mata, esa mezcla de susto, deseo y chulería que tiene, que la pobre está igual de desbordada que yo, aunque lo disimule mejor.

Apoyo los antebrazos en sus hombros, pero sin apretar, ¿eh? Con peso, anclándome ahí para no hacer una locura. Y la miro. Primero los ojos, que los tiene preciosos, y luego la boca. Ay, la boca. Ese labio inferior que parece que siempre está a punto de soltarme una barbaridad o de morderme sin querer. Esos labios que he estado evitando mirar porque si los miro mucho, invoco al demonio y ya no hay vuelta atrás.

Y claro que me tienta. La deseo y ella lo sabe. Lo sabe porque soy un libro abierto y porque, para qué engañarnos, no sé disimular ni un poquito.

Y entonces hablo. Con la voz baja, rota, mía.

—Aquí no. Vamos a casa.

Y no sé si lo que he dicho es una orden, una súplica o una promesa. No sé si busco una salida o una entrada. Solo sé que quiero besarla, pero no aquí. No entre informes, estanterías del Ikea y ese olor a gel hidroalcohólico que me tiene frita. Quiero besarla como se merece. Como me merezco yo. Como nos merecemos las dos después de tanta tontería, tanto roce y tanto aguante. Y quiero hacerlo ya. Pero no aquí.

—Vale —me suelta ella con esa voz que tiene, que el tonito seductor le sale ya de serie—. Pero que conste que eso ha sonado a promesa.

Mira, ni le contesto. Porque si abro la boca ahora, lo que me sale es un resoplido o una risa de loca, y ninguna de las dos cosas es seria para lo que viene. Así que, hala, me encamino para la puerta,

me recoloco la bata, que ya ves tú, la compostura colgando de un hilillo. Salgo al pasillo con la cabeza alta, o eso intento, porque voy temblorosa.

Y para mi desgracia, me cruzo con dos residentes justo en la puerta, con Asia saliendo detrás. Los dos con su bata blanca impoluta, sus carpetitas, sus vidas de manual y esas caras de no haber visto una situación mínimamente picante en el trabajo ni en sueños. Me miran normal, o eso quiero creer, pero en mi cabeza… ¡Ay, en mi cabeza lo saben todo! Me han visto el escote, me han escuchado jadear, han olido el perfume de Asia en mi cuello. Vamos, que estoy convencida de que tienen un detector de vergüenzas activado.

—Hola, doctora —dice uno, con la tranquilidad de quien solo saluda, pero yo ya estoy en modo pánico.

—Hola, sí, claro. ¿Todo bien? ¿Las guardias? ¿El turno? —¿Pero qué estoy diciendo? ¿Qué me pasa? Y en vez de seguir andando, me planto, hija, que me han echado raíces en los pies. Y ahí empieza el desastre—. Que venía yo de… de revisar una cosa con… con la técnico de mantenimiento. Porque, claro, los informes… el *software* del historial clínico, que se me ha desconfigurado. ¿A vosotros os pasa? Porque a mí… a veces no me carga bien el perfil quirúrgico. Y estaba… intentando reiniciar. El sistema. Ya sabéis. Cosas.

Ellos me ponen caritas de que acaban de escuchar que los pitufos existen y que llevo uno en el bolso. Uno asiente, por pura educación, supongo. El otro parpadea, intentando decidir si estoy pirada o solo un poco tonta.

—Bueno, eso. Que voy tirando. Que me esperan. O sea, en casa. Y tengo que… que cerrar cosas.

¿Cerrar cosas? ¿Qué cosas, Sara? ¡Cállate ya, por Dios!

Doy media vuelta y salgo disparada con Asia detrás. No me toca, pero la noto. Siento su respiración en la nuca, aunque ya no esté tan cerca. Acelero, con el corazón a mil revoluciones y el deseo apretándome los muslos. Salimos al aparcamiento. Corre un vientecito caliente que contrasta con el fresquito de dentro, y aunque todavía no estoy sudando, me siento empapada. Las piernas

flojas, las ideas hechas un nudo y el cuerpo entero pidiendo a gritos lo que acabo de dejar a medias.

—Estás roja —me suelta ella, por si a alguien en la otra punta del hospital todavía le quedaba alguna duda.

—¿Tú has visto cómo estoy? Me falta el aire, tengo las bragas como una sopa y encima tú no paras de devorarme con los ojos. Normal que esté roja.

Lo digo bajito, niña, pero lo digo, porque si no, reviento. Y ella, tan fresca, se ríe. Pero no una risita tonta, no, una carcajada de esas que te desarman; está claro que no se esperara que dijera algo así. Me mira y te juro que con esos ojos ya me ha desnudado tres veces. ¡Qué arte tiene, de verdad!

Vamos andando hacia los coches, cada una con su dignidad intacta, o eso intento yo, porque ella va tan tranquila. El mío está cerquita, en la zona de médicos, que para algo me he dejado yo las pestañas estudiando. El suyo, más lejos, pero oye, que el trayecto se me hace eterno. Y no sé si es porque estoy nerviosa o porque ella tiene un imán que me tiene tonta perdida.

Caminamos juntas, sin tocarnos, dos monjas en procesión. Hasta que, ¡zas!, al llegar a mi coche, sus dedos rozan los míos. Así, como quien no quiere la cosa. O como quien sí, porque esta no da puntada sin hilo, te lo digo yo. Yo me quedo quieta y dejo que ese roce dure un segundo más de lo que debería.

Nos paramos frente a frente. Y no, no hay beso. No aquí, que una tiene su decoro, aunque sea poco. Pero hay eso. Eso que vibra, que flota, que me pone los pelos de punta. Lo que no se dice, pero se siente.

—Entonces, ¿vamos a casa? —No es una pregunta, es una declaración de intenciones con todas las letras.

Y yo, que ya estoy entregada, le digo que sí, intentando que no se me note el temblor en la voz. Pero vamos, que seguro que se me nota.

Ella sonríe y me pone esa cara de «ya te tengo, mujer», que me dan ganas de darle un aplauso y un premio, porque la tía lo vale. Y cuando ya estoy abriendo la puerta del coche, la escucho:

—Espero que se te dé tan bien besar como aguantarte las ganas.

¡Ole ahí la reina del descaro! ¿Tú te crees? Que me lo dice bajito, pero a mí me retumba en el pecho como si lo hubiera gritado con un megáfono. Me descompongo. Por dentro, claro, que por fuera mantengo la compostura, aunque creo que no me sale muy bien. Me pongo colorada, que me estoy viendo hasta en el reflejo de la ventanilla.

Doy un paso atrás y me meto en el coche de un salto. No digo adiós, no digo nada. Arranco y me voy, con las manos temblando en el volante y la cabeza hecha un lío.

Y mientras conduzco, la frasecita de marras me marea: «Espero que se te dé tan bien besar como aguantarte las ganas». Y yo, que soy muy de darle vueltas a todo, me pregunto: ¿y si no se me da bien? Porque hace tanto que no beso a nadie que igual se me ha olvidado. Pero, claro, se ve que pronto lo voy a averiguar. Y ahí ya, que sea lo que Dios quiera.

Capítulo 21

Asia

Pierdo su coche a la primera rotonda. Y no porque corra mucho, lo pierdo porque estoy haciendo lo que no se debe hacer nunca cuando estás a punto de comerte a alguien con los ojos: pensar.

Porque sí, tengo el GPS puesto, la ruta marcada, la lógica de mi barrio mental diciendo «tira por aquí, que ya te sabes el camino», pero me distraigo. Me rayo. Miro la pantalla y no sé ni lo que pone. Sigo recto cuando debería girar. Giro cuando no toca. Y todo porque tengo la cabeza petada. Petada de ella

A ver, es que esto así no lo había sentido nunca. Claro que me han gustado muchas y, sí, me han puesto muchas, pero esto… esto me tiene la cabeza frita, en serio.

Por supuesto, me da por montarme la película entera, por pensar en mi vida. Desde la infancia hasta el desastre, todo en bucle. Si me pongo a contar, solo he tenido dos relaciones serias.

La primera fue Lucía, una chica de mi clase en el insti, coleta alta, camisetas del Pull&Bear y unos padres que se pensaban que éramos muy amigas, ya sabes, lo típico. Con Lucía todo fue intenso y blandito, rollo canción de Amaral, y duró más o menos lo mismo, la verdad. Después de Lucía vino Eva, que al final terminó en el puesto de mejor amiga. Y después… lo de siempre: tías de una noche, las que te besan y te arrancan el alma, las que nunca quieren dormir, las que jamás piensan quedarse.

Yo no he sido de relaciones largas, pero no por trauma ni nada de eso, simplemente por costumbre, porque siempre ha sido más fácil no esperar nada de nadie. Yo llegaba, soltaba la frase, ligaba, follaba, desaparecía. A veces repetía, si me pillaba de humor, pero nunca me rayaba así. Nunca.

Ni con Sabina, eh. Y eso que lo de Sabina fue de película, en serio. Porque esa mujer sí que imponía, alta, guapísima, con pasta para aburrir, casada… y no casada con cualquiera, no, casada con una piba que te miraba y te daban ganas de pedir perdón por existir. Pero, aun así, cayó. No a la primera, vale, pero a la segunda sí. En cuanto le rocé la cara, fue como si hubiera estado esperando ese momento desde siempre, se me tiró encima y ya está, fin de la historia. Con ella todo era un drama, un vicio, una fantasía, pero al mismo tiempo era facilísimo. No tuve que currármelo nada.

Pero Sara… uf, Sara no. Sara no quiere quererte, o eso se empeña en fingir. Ella quiere aguantar, quiere tener razón, seguir de luto, cuidar a sus niñas, hacer lentejas, firmar informes, ser la señora responsable del universo. Y mientras tanto, me mira con hambre, pero de la seria, de la que te hace temblar. Y me toca sin tocarme, ¿sabes? Se muerde las ganas delante de mí.

Y eso me jode, porque me gusta demasiado. Porque me devuelve a la adolescencia, a esa sensación de no tener ni idea de lo que hago, de pensar que besarla es algo gigante, sagrado, uno de esos momentos que si se hacen mal, se rompen para siempre.

Y eso me tiene conduciendo fatal, en serio. Llevo las manos tan sudadas que si suelto el volante un segundo, seguro que se me escurre y acabo estampada contra un árbol. Y no es por el calor, que llevo el aire a tope y, aun así, estoy empapada, es que tengo un nudo en el pecho que ni follando se me va a ir.

Aprieto el freno con las piernas tan tensas que me van a salir agujetas solo de estar sentada. Me tiembla todo, hasta el páncreas, que ni sabía que eso podía temblar, pero aquí estamos, descubriendo cosas nuevas sobre mi cuerpo en pleno ataque de nervios.

Voy subiendo la calle y el motor hace un ruido raro (o igual soy yo, que ya oigo cosas), y no sé si lo que tengo es ganas de besarla, de liarla parda o de qué. Es un cóctel explosivo de «la voy a besar sí o sí» mezclado con «si se echa para atrás, me muero aquí mismo, que me recojan los de la ambulancia y ya».

Porque claro, tampoco soy idiota, sé que igual se le cruza el cable y me dice que hasta aquí, que ha tenido todo el camino para

pensárselo, para acordarse de que tiene cuatro hijos, un drama encima y cero historial de liarse con tías, y que lo del hospital fue un calentón de esos de tensión acumulada y ya está, gracias por participar, Asia, puedes irte a tu casa.

Y yo, claro, con el miedo ese de entrar y encontrármela en modo señora respetable, poniendo la mesa y preguntándome si quiero tortilla, y yo ahí, con toda la película montada en la cabeza.

Ese pensamiento me pone aún más nerviosa, ¿sabes? Porque no sé si estoy preparada para que me pare los pies, ni para que me abrace, ni para que me suelte un «no sé lo que quiero». Yo lo que quiero es besarla, punto. Sentirla, tenerla pegada, notar su cuerpo rendido, su boca abriéndose, todo eso que he fantaseado desde que la vi en la estación. Y claro, entro en la calle ya con la cabeza en modo *chill*, qué digo *chill*, caliente perdida, apretada, a punto de explotar.

Y entonces veo una furgoneta roja y blanca, de esas que parecen sacadas de un *reel* de *hippies* en Ibiza, que huelen a incienso, a pachuli y a promesas de libertad emocional que luego son solo resaca y arena en el culo. Con cortinitas en las ventanillas y pegatinas de festivales en la parte de atrás. Está aparcada justo delante de la cancela del jardín.

Me entra un sudor frío que me baja por la espalda. Mierda. Hay visita. Freno en seco, intento borrar la furgo con la mente, pero nada, ahí sigue, invadiendo mi momento, mi plan, mi beso, mis ganas, todo.

¿Quién coño ha venido? ¿Una prima *random*? ¿Una amiga del pueblo? ¿La madre? ¿El puto marido reencarnado en mochilero? ¿Una vecina moderna con ganas de merendar y de contarme su vida? Me vale cualquier cosa menos que sea hoy, menos que sea ahora, porque si no pasa algo, me voy a quedar con esta tensión atravesada entre el pecho y el ombligo y voy a explotar en sueños húmedos y rabia.

Aparco como puedo, apago el motor y me quedo un segundo con las dos manos en el volante, con la boca más seca que un desierto y el cuerpo en combustión.

Venga, Asia, igual no es nada, igual han venido a vender filtros de agua, o incienso, o a dar un taller de biodanza, o a joderte la vida, directamente, que también es una opción.

Salgo del coche y subo por el caminito con el pulso disparado, porque ahora venía el beso, el momento, y de repente no tengo ni idea de en qué va a convertirse esto. Entro en casa con el calor pegado a la nuca, el pulso en la garganta y el coño en alerta roja, que si me hacen un test de estrés ahora, lo reviento. Aún no he cerrado la puerta y ya escucho jaleo, no ruido de fondo, sino risas, voces, ese tono que solo se usa entre gente que tiene demasiada confianza para medir el volumen.

Y ahí ya sé que la furgoneta no era una metáfora del destino, era una advertencia: «hoy no follas, guapa».

Asomo la cabeza y lo primero que veo es a Sara, sonriente, gesticulando con una cerveza en la mano. A su lado, un tío con pintas de surfero reciclado y una tía con trenzas, gafas de sol en la cabeza y un tatuaje del sol azteca en el hombro, con pinta de llevar tres veranos viviendo en ese sofá, con los pies cruzados y todo.

—¡Asia! —me llama Sara—. Ven, anda, te presento. Este es Damián, hermano de Mateo. Y esta es Gala, su novia. Están de ruta con la furgo y se van a quedar aquí unos días.

Unos días, dice. Yo me quiero morir.

—Buenas —digo, con la voz en piloto automático—. Encantada. Muy… muy guay la furgo.

—¡Gracias! —dice Gala, con acento gaditano de playa salvaje, que te dan ganas de pedirle un mojito—. La compramos en un trueque en Portugal. Bueno, en realidad fue un intercambio energético. Yo le hice un reiki al hombre y él nos bajó el precio.

Y yo pensando que mi vida era rara.

—¿Queréis algo más fuerte? Tengo un mezcal de Ibiza que te deja el alma en modo avión —salta Damián, que va ya por el tercer botellín.

—Mejor me callo —le suelto, porque si me meto un mezcal ahora mismo, acabo en la piscina haciendo el muerto y que me saquen con la grúa. Así que me escabullo a la cocina a por agua, que ya bastante tengo con el calor y el drama existencial.

Y de repente aparece Carla, descalza, feliz. O sea, cero disimulo, está *living*.

—¿Dónde están las salchichas veganas? —pregunta.

—En el congelador de abajo —le responde Sara, que ya ni se inmuta—. Asia, ¿las sacas tú? —me dice, dándome la espalda.

Para esto no me pagan, pero bueno, aquí estoy. Y justo en el momento en que asimilo que mi tarde *sexy* se ha convertido en un campamento de MasterChef vegano, suena el timbre.

Sara abre la puerta y entra una señora que es un huracán con bolso de marca: vecina nivel pro, pija andaluza, de esas que mandan audios de cinco minutos con filtro de flores y se saben hasta el grupo sanguíneo de todo el barrio.

—¡Saritaaaaa, cariño! Ya estoy aquí con las niñas. Toma a tu Daniela y a la mía, que se ha emperrao en venirse a tu casa, hija. Espero que no te importe, que han salido del cole con la energía del Red Bull en vena. ¡Ay, qué arte tienen!

Y detrás, dos adolescentes con uniforme arrugado y cara de aburrimiento. Daniela levanta las cejas en plan «¿tú también estás atrapada aquí?». La amiga, que tiene pinta de saber hackear la NASA, me suelta un «hola» con voz de entrevista de trabajo.

—Hola —respondo, intentando no parecer yo la adolescente, pero vamos, que el síndrome del impostor me hace la ola.

La señora me escanea de arriba abajo con una sonrisita de «a esta la tengo fichada».

—¿Y esta quién es?

—Asia —digo, como si me estuviera presentando en *First Dates*.

—¡Ah! ¡Eso! ¡Tú eres la Asia! —Y me da un palmetazo en el hombro que casi me descoyunta—. ¡Te hacía yo más mayor, chiquilla! Estás estupenda, ¿eh? Tienes un cuerpazo que ya lo quisieran muchas. ¡Y ese pelito corto te queda de escándalo! Yo soy Mari Carmen.

Yo asiento, porque no sé si me está tirando la caña o me está fichando para el club de madres solteras del Aljarafe. Y en medio de mi crisis existencial, Damián remata:

—Oye, ¿montamos una barbacoa, no? Total, con este calor se asa hasta el aire.

—Venga, sí. Vamos a animarnos. Asia, tú sabes encender el carbón, ¿no?

Y ahí ya me quiero morir. Pero entonces, mientras paso por su lado, con una bolsa de hielo y el alma hecha puré, me roza la mano con los dedos. Solo eso. Un toque rápido, casi invisible, pero que me atraviesa. Ese roce me dice que tampoco quería este circo, que no se me olvide que después hay más, que esto no es el final, que todavía queda algo nuestro aunque sea en modo clandestino.

Y ese roce me salva. Porque la única llama que no se apaga hoy… es la mía. Y ni el carbón, ni el mezcal, ni la vecina con filtro de flores pueden con eso.

Capítulo 22

Sara

Me he bebido dos cervezas del tirón y ya voy por la tercera como si me estuviera hidratando después de cruzar el desierto. No porque me apetezca, que también, sino porque, si no me agarro a algo, me arranco la piel a tiras. Estoy sudando por sitios que ni sabía que sudaban, te lo juro.

La parrilla echa humo, mi amiga, la pesada de turno, habla del calor como si en Sevilla no lleváramos toda la vida asándonos como pimientos. Dos niñas de trece años berrean por Rosalía, Carla encantada, mis cuñados fumados como siempre. Y Asia. Ahí, enfrente, con su camiseta de tirantes, las gafas de sol en la cabeza y ese cuerpazo que tiene.

Trago nervios, trago miradas, trago que no la haya podido besar. Porque, hija, no puedo ya fijarme en ella sin que me tiemble algo por dentro. Y encima, me siento en un escaparate, que todo el mundo sabe lo que ha pasado entre nosotras. Cada vez que me río, me da la sensación de que se me nota en el labio, que me delato sola, vamos. Y me entra el pánico de que alguien siga la dirección de mis ojos y se entere de todo el percal.

Pero claro que la miro. ¿Cómo no voy a hacerlo? Si es que no puedo evitarlo, no puedo. Me duele el cuello de tanto fingir que no lo hago, cuando en realidad la estoy siguiendo con el rabillo del ojo desde que ha llegado. Cada vez que se inclina a coger una Coca-Cola, cada vez que se agacha para hablar con Daniela, cada vez que se rasca el muslo o se aparta el pelo del cuello, me dan ganas de apagar el fuego, echar a todo el mundo y tirarme encima.

Pero no, sonrío y echo más choricillos a la parrilla mientras hablo de la furgoneta de mi cuñado como si me interesara muchísimo el

mundo de los *hippies* con ruedas. Anda que no tengo yo arte para disimular, pero por dentro estoy que me subo por las paredes.

Total, que me doy la vuelta y me fijo en Damián, que se parte de risa con Gala. Me entran unas ganas de llorar que para qué. Pero no por ellos, ¿eh? Que los quiero un montón, no te vayas a pensar. Damián me cae de lujo, créeme, que es así. Es que me cae tan bien que a veces hasta se me olvida que vive en Cádiz, en su burbuja zen, con su tabla de paddle surf, sus amaneceres de postal y su vida sin despertadores. Pero claro, cuando aparece por aquí, me da un guantazo en todo el pecho. ¡Pum! Directo al alma.

Porque, cómo se parece a Mateo… Pero un montón, ¿eh? Y hoy, con la cervecita en la mano, el calor este del inferno, Asia correteando por mi casa y yo con el cuerpo como lo tengo, pues ese parecido se me cae encima.

Y claro, me acuerdo de Mateo. De cómo se reía igualito, con esa cara de pillo que tenía. De cómo se le iluminaban los ojos cuando hablaba de cualquier tontería, que si el fútbol, que si el tiempo, que si el universo entero. Y de cómo, cuando me tocaba el brazo, yo me quedaba relajada, tranquila. Y me jode un montón estar aquí deseando a otra persona mientras tengo esta nostalgia atravesada.

Me entran ganas de pegar cuatro voces y mandar a todo el mundo a paseo, que me dejen tranquila, que yo venía para mi casa con otra cosa en la cabeza, no para este circo. Pero nada, me aguanto. Me echo otro trago, que para algo está la cerveza fresquita, y me planto una sonrisa de esas que engañan hasta al espejo.

Voy para la mesa con un plato en la mano y al pasar, fíjate tú qué tontería, le rozo la espalda con los dedos. Solo eso. Ni más ni menos. Y entonces, ¡ay, amiga!, me sonríe. Y en esa sonrisa está todo. El calor, las esperanzas y una promesa que mejor no te cuento.

Hace calor, pero no un calor cualquiera, no. CALOR, con todas sus letras. De ese que te hace sudar hasta el alma y por debajo de las tetas. Huele a carne asada, a protector solar del que te deja blanca y a césped que lleva todo el día achicharrándose al sol. Y las avispas, tía, las avispas ya han montado su propia guerra mundial. El

aire está tan quieto que las hojas de los ficus ni se dignan a moverse.

En el centro de todo, esa piscinita que Mateo decidió plantar en el jardín como si fuéramos millonarios. Y ahora, mira tú por dónde, es el epicentro del universo conocido. Que si las niñas, que si los gritos, que si el agua salpicando hasta el limonero.

Y hacia allí va Asia, con un bikini negro que, hija mía, más que bikini es un malentendido. La parte de abajo es tan chica que me dan ganas de tirarle una toalla encima, por el bien de la humanidad y de mi tensión arterial. Y la de arriba… bueno, la de arriba es más un concepto que una prenda. Lleva el pelo recogido con una pinza, las gafas de sol en la cabeza y los tatuajes brillando al sol. En uno pone «NO RULES», que ya me dirás tú qué reglas no va a romper esta criatura aquí, en mi casa.

Se pone a charlar con Daniela, que está encantada con ella. Le dice algo que no alcanzo a oír, pero veo cómo la niña se le tira encima con una confianza que me deja loca. Se ríen, se tiran agua, se salpican. La amiga de Daniela —la rubita esa que al principio le caía fatal, pero que ahora resulta que es la mejor amiga del mundo —, Carla y la otra cría de Mari Carmen, que es una adolescente larguirucha con el mismo morro que su madre. Ahí están las cuatro, dale que te pego con un balón, mientras Asia finge que no puede atraparlo y les grita como si tuviera su edad.

Y lo mejor es que disfruta. Es una más. Como si hubiera nacido aquí, con estas niñas, con este sol, en este jardín. No posa, no liga, no hace el paripé. Vive. Y a mí eso me encanta.

Porque yo… yo no soy así. Yo soy más de mi blusa blanca, mi falda midi y mi abanico, que no falte. Más clásica, más de ropa interior conjuntada y conversación previa. Que no me considero pija, ojo, porque no lo soy. Pero tampoco soy de las que se ponen un bikini de tiras y se tiran en bomba delante de todo el mundo. Yo estoy sentada en mi silla de mimbre, con mi postura de madre de la novia. Contemplo el panorama y pienso: «Sara, cariño, ¿tú qué pintas con esta chavala?».

Y entonces, mientras Damián y Gala sacan pimientos y chorizos con unas pinzas y se discute si el tofu se pone ahora o después, se

me sienta al lado Mari Carmen. Con su abanico de propaganda de la parroquia, que no sé cómo no se le ha desintegrado ya de tanto darle, y esa risita de «me lo sé todo, guapa».

—Saritaaaaa… —Alarga la *a* muy teatrera—. ¿Tú te crees que yo no me doy cuenta?

Yo me hago la loca. Fatal.

—¿De qué, Mari?

—De que se te van los ojos con la niñera, reina.

—¿Pero tú estás tonta? —le *grito* en voz baja y mirando para todas partes.

—¡Sara! Si es que te has quedao muda. Tú. ¡Muda! Eso es amor o es que te ha dao un golpe de calor, pero algo es.

Y claro, me entra la risa. Porque entre la cerveza, el calor y que me ha pillado con las manos en la masa, ya me da igual todo.

—No digas tonterías —le digo, pero vamos, que ni me sale seria.

Mari Carmen se abanica, sofocada por algo más que el sol.

—Ay, niña, que te lo veo hasta en las varices, vamos. Que estás colá por esa muchacha, y no me vengas con cuentos, que yo de tonta tengo lo justo. Y cuando has pasao con el plato, la has roza-DO, que te he visto. Ese roce no era de «uy, perdona». ¡Eso era de «te como viva en cuanto se largue esta gente»! Y no me pongas esa carita, que tengo ojo clínico.

—Mari… cállate ya —le digo, y me echo a reír más colorada que un pimiento morrón—. Vale. Vale. Me gusta. Me tiene… no sé. Me tiene.

Ella se lleva una mano al pecho como si le hubieran dicho que la Macarena va en pantalón corto.

—¡Ay, Virgen Santa! ¡Mi Sarita enamorá perdía! Y yo que pensé que esa muchacha venía a cuidar de Daniela y va a ser que es cupido en persona. ¡Ya era hora!

—Pero Mari, qué exagerada eres, hija, que esta mujer no es ninguna niñera, es una amiga, una ayudanta.

—Amiga, ayudanta, lo que tú quieras, pero vaya amiga más mona y más lista. Si es que tienes un ojo… Y se te nota, Sara, se te nota que estás ilusioná. ¡Que cada día te veo más guapa!

Y ahí me callo, porque para qué seguir dándole vueltas. Que tiene razón y punto en boca. Y la culpa la tiene la loca esa en bikini, que ahora mismo sube por la escalera de la piscina con el agua chorreándole por las piernas, y yo me tengo que girar porque se me va a ver el plumero.

—Pero cuéntame —me dice Mari Carmen, bajando el abanico para que le vea bien la ceja arqueada—, ¿desde cuándo te gustan los chochos, Sarita?

Casi me atraganto con la cerveza. Me echo a reír, pero de ese reír nervioso, feo, de persona que no sabe ni dónde meterse.

—¡Mari! No digas eso tan alto, por Dios.

—¿Qué pasa? ¿Ahora *chocho* es palabrota? ¡Pues si tú no me explicas qué te pasa con la muchacha esa, me voy a tener que montar yo la película, y ya sabes que yo no soy de cine europeo!

—Mari, que me voy a poner colorada de la vergüenza. Que no es lo que tú piensas, mujer. Que a mí me gustan los hombres, pero esta chica… me ha dejado trastorná. Esto es nuevo.

—¿Nuevo? ¡Nuevo es un piercing! —Y ahí se abalanza con una palmada en el muslo que me hace saltar—. ¡Ay, miarma! ¡Si ya sabía yo que lo de tu hermana se te iba a pegar! ¡Eso es como las lentejas! Si las pruebas en casa, ya te entran por el gusto.

—¡Mari! Por Dios… —Me tapo con el abanico, meándome de risa —. No me seas cateta, tía.

—Que sí, mujer. Que yo lo he pensado muchas veces. Que eso de estar con otra mujer… vamos, que no me ha pasao, pero una se lo imagina. A ver, yo no, ¿eh?, que no me va, pero ¿eso cómo es? ¿Qué se hace? ¿Se toca todo igual? ¿Eso es cómodo? ¿No hay muchas… cosas ahí? ¡Eso tiene que ser lo mismito que peinar dos pelucas mojás!

Me entra la risa. De las buenas. De las que salen por los ojos.

—Ay, por favor, Mari ¡qué basta eres!

—No, basta no. ¡Ignorante! Pero curiosa. Que yo quiero saber. A ver si un día me da la locura y no me entero. Tú cuéntame. ¿Tú cómo sabes eso ahora? ¿Dónde has aprendido tú a tocar a una mujer, eh? Que eso no se improvisa como una tortilla.

—Niña, por favor… ¡que no he tocado a nadie! —le digo entre risas, llevándome el vaso a la boca para no hablar más—. Pero vamos, que si algún día pasa, tengo teoría. Algo he oído. Que mi hermana es una bollera influyente, ¿no? Y sus amigas también. Que me he tragado conversaciones, debates, nombres de posturas que no sabía si eran del Kamasutra o del Pilates.

Mari Carmen se echa hacia atrás en la silla y se ríe a carcajadas, con el abanico caído en el regazo y los rizos saltándole de la cabeza.

—¡Ay, cari! ¡Tú espérate que te toque una y verás! Que luego te veo yo en la farmacia preguntando por lubricante de melocotón y pegatinas con arcoíris.

—Que no lo voy a preguntar —le digo, riéndome tanto que me duele el costado—. Eso se pide por internet y te lo traen en caja neutra.

Y ahí ya nos morimos las dos. Llorando de la risa. Yo más roja que los tomates de la ensalada y Mari Carmen con la boca abierta de tanto carcajearse, agarrándome el brazo para no caerse de espaldas.

—Tú estás fatal —le digo, secándome una lágrima.

—Y tú estás como una zagalita de quince años a punto de meter mano en el coche de tu primo. Que se te nota en las orejas. Estás tonta perdida.

—Pues sí —le digo. Ya sin disimulo—. Tonta perdida. Y sin saber cómo se empieza ni cómo se acaba esto.

Y entonces aparece Damián, con una bandeja de pinchos morunos y una sonrisa de fumeta feliz.

—¿Pero vosotras de qué os reís, eh? Que desde lejos parecéis dos niñas en la feria hablando del que os gusta.

Mari Carmen le lanza una mirada de esas que matan a besos.

—¡Nada, Damián! De chochos.

Él parpadea y luego suelta una carcajada lenta, le ha llegado el chiste con retardo.

—Ah, pues eso está bien. Es bueno reírse de las cosas importantes de la vida.

Mari Carmen y yo nos miramos con complicidad. Rojas, pero no de vergüenza, sino de tanto reírnos. Y oye, por un momento me dan

ganas de soltarlo todo, de abrir la boca y que salga la verdad como un torrente. Pero no, Sara, hoy no.

Capítulo 23

Asia

El toldo da sombra, pero no milagros, el hielo de la sangría ha muerto hace media hora y una avispa revolotea entre el pan de pueblo y los restos del aliño. En mi plato queda media brocheta y tres ganas de besar a Sara que me estoy tragando con pan.

Ella está justo enfrente. A ratos se ríe con los suyos, a ratos se pone seria. Se le hacen dos arruguitas en las comisuras, no sé si las tenía antes o es que hoy estoy más tonta de lo normal, pero me quedo embobada, en serio. Encima tiene la boca medio manchada de chocolate y, aun así, me parece la persona más guapa del planeta, o sea, ni Zendaya en la Met Gala. Yo qué sé, estoy fatal.

Y ahí es cuando Damián, que lleva toda la comida con los ojos medio cruzados del subidón que se ha fumado, se pone repentinamente lúcido.

—Sarita, hermana… —Lo dice así, con ese tono de «te quiero pero te voy a soltar una movida»—. Quería decirte una cosilla. Así, con amor, ¿sabes? Pero si no es el momento, lo dejamos pa luego, que yo fluyo, eh.

Sara le sonríe medio en broma, medio con esa paciencia que le saca brillo en el entrecejo.

—¿Qué quieres, Dami?

—Una tabla. De Mateo. Si tienes alguna guardá por ahí. Pero no pa usarla, ¿eh? Pa colgarla. De recuerdo. Que me acuerdo de cómo patinaba ese loco… y me gustaría tener algo suyo.

Se hace un silencio que me da escalofríos en los brazos. Todo el mundo en la mesa sabe que se ha tocado una fibra rara. Mari Carmen clava la vista en el plato. Gala deja de hablar con Carla y se lleva una mano al cuello. Y Dani… no parpadea, espera a ver qué dice su madre.

Sara no contesta al principio. Se dedica a arrancar la etiqueta de su botellín de cerveza. Y Carla, con su voz tranquila de siempre, le pone el primer dedo en la llaga sin saberlo.

—Pero si ya no queda ninguna tabla, ¿no? Las tiraste todas.

Sara levanta la cabeza despacio.

—No las tiré.

Y ahí, Dani entra con todo el fuego.

—¡¿Que no las tiraste?! Las escondiste, ¿no? Y nos prohibiste patinar. Tú misma lo dijiste. Que no querías volver a ver ni una rueda en esta casa. Desde que murió papá no nos dejaste tocar una sola tabla. Ni una.

La mesa se congela. No por lo que ha dicho. Sino por cómo lo ha dicho. Por la fuerza. Por el rencor. Porque esa niña acaba de tirar una granada en mitad de la mesa y ha dejado el seguro en el gazpacho.

Y no es rabia de adolescente cualquiera. Es una rabia que lleva años encajonada. Lo noto en cómo aprieta los dientes y le tiembla un poquito la voz. Esa niña no berrea: suplica. Carla le pasa la mano por el brazo para calmarla, pero sin mucho convencimiento. Entre ellas también hay cosas que no se dicen. Lo noto.

Y Sara… buf, Sara la mira, pero no con mala leche, sino con esa cara de madre que sabe que si se defiende se rompe, y nadie quiere ver a su madre rota, ¿sabes? Es peor que cualquier bronca.

—No os prohibí patinar. Solo… no quería veros haciendo locuras sin protección. Erais pequeños. ¿Qué querías que hiciera? —Y lo dice pidiendo perdón, pero también justificándose, que es peor porque se siente culpable y no sabe cómo salir de ahí.

—Tú dijiste que no querías volver a vernos en un skate, mamá. Que ya era bastante con lo que pasó.

Y aunque nadie dice nada, todos lo pensamos: lo de Mateo fue patinando. Y eso es un agujero negro en medio de la mesa, que nadie quiere ver pero todos sabemos que está ahí, tragándose el aire.

Y es un agujero colectivo. Porque Damián se hace el tonto, Mari Carmen traga sin tener nada en la boca y Gala se limpia las gafas sin haberlas ensuciado. Hasta el perro, si hubiera uno, se habría callado.

—Y tú, Sara… ¿Tampoco has vuelto a patinar? Si tú eras la que más lo disfrutaba. Vamos, que tú eras la loca de la bajá del río, ¿o no? —dice Damián rompiendo un poco la tensión.

Yo me quedo seca. ¿Qué? ¿Sara? ¿En un skate? ¿Sara «me falta perejil para la tortilla» Rey?

—La bajá del río, dice. La de veces que la tuvimos que llevar al hospital con la barbilla abierta, pero ahora no hay manera de subirla a una tabla —contesta Mari Carmen.

Sara se ríe, pero es esa risa nerviosa que viene con abanico en modo turbo y la espalda recta.

—Anda ya… ¡qué dices! Eso eran otros tiempos. Vamos, yo me pongo a patinar ahora y se me parten los tobillos como a las muñecas flamencas de las bodas.

—Pero te molaba —insiste el pesado de Damián—. Tú eras la que más se picaba. Y la que más gritaba cuando conseguía un truco. ¿No decías que el skate te quitaba las penas?

Y ahí Gala asiente, seria:

—Me acuerdo de eso, ¿eh? Cuando os conocí, eras tú la quería ir siempre a patinar.

Sara se queda callada. Un segundo. Solo uno, pero se le nota que le han dado un bofetón de recuerdos. Y entonces suelta, toda atropellada:

—¡Que sí, hombre, que sí! ¡Que me encantaba! ¡Pero eso fue hace mil años y luego… pasó lo que pasó, y punto! ¿Yo qué iba a hacer? ¿Seguir patinando mientras recogía los cachos de la vida? —Se hace un silencio raro—. Y no tiré las tablas. Están en la buhardilla. Todas.

Ahí el clic es colectivo.

Mari Carmen alza las cejas. Damián, sin dejar de mirar a Sara, sonríe torcido, empieza a entender cosas. Dani se echa hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados. Le cambia la cara.

—¿Cómo que todas? ¿Y a nosotros nos dijiste que no querías ver ni una sola? ¿Que no quedaban?

—¡Yo no he dicho que no quedaran! —salta Sara, ya en modo ataque preventivo—. Dije que no quería verlas tiradas por ahí. Que

no quería accidentes. Que tenía el susto metido en el estómago. ¡Que no es lo mismo!

—Es lo mismo, mamá —dice Dani—. Y no lo dijiste una vez. Lo dijiste muchas. Y yo lo único que quería era aprender como papá.

Y ahí le tiembla el labio, un poquito, pero se le nota. Y yo, desde mi sitio, la veo morderse la mejilla por dentro. Trece años y ya lleva encima la mochila de una vida entera. Carla le pasa la mano por el hombro y a Sara se le abren los ojos un segundo.

Pero se calla. Y ahí es cuando yo ya no puedo más. Me echo un poco hacia delante en la mesa, con esa sonrisilla que me sale sola, porque la estoy viendo ahí tan seria…, pero por dentro está ardiendo y me parece lo más *sexy* que he visto en mi vida.

—Vaya, vaya, la señora de la bata blanca… Quién lo diría, ¿eh? Resulta que la médica era skater.

—Anda, tú calla, que no sabes nada.

Ya sé que aquí empieza el pique, me caliento. Pero en el buen sentido. O en el malo, no sé, en el sentido de que me entran unas ganas de vacilarle que no puedo parar.

—Lo mismo es que nadie me ha enseñado bien, ¿no? A veces solo hace falta una buena profe.

Ella entrecierra los ojos y se le escapan las ganas de matarme y de hacerme otras cosas, todo a la vez.

—Profe tú… —murmura, pero se lo traga a medias, para que los demás no lo pillen.

Y entonces la pincho, suave pero con veneno:

—Vamos, que si antes molabas, ahora será otra cosa. El recuerdo de lo que fue. Un mito del monopatín sevillano. Leyenda viva, pero sentada.

La mesa está a punto de petar de la risa. Carla abre la boca, Gala casi se ahoga con la sangría (literal, le sale por la nariz y todo, muy *sexy*) y Mari Carmen ya se ha levantado, esta no se pierde ni un segundo del salseo.

—¡Niña, Asia la ha picao! —grita—. ¡Esto ya no es broma! ¡Vamos, Sarita, que te ha dejao como la señora esa de las leyendas urbanas, la de la curva!

Y Damián, que está en su mundo, levanta la copa de tinto, brindando.

—¡Por la época dorada de los patines Rey! Qué fantasía, de verdad.

Y Sara… ay, Sara. Se pone recta de golpe. Se le suben los colores, pero *heavy*. Tiene los codos clavados en la mesa y las manos apretadas.

—¿Tú qué te crees? ¿Que es mentira? —me suelta, mirándome fijo, pasando de todo el mundo.

—Yo no he dicho eso.

—Es que estás tú muy segura, ¿eh? —sigue ella—. Y que vas a saber de lo que he hecho o lo que no.

—Yo sé lo que veo —me sale sola, no sé ni de dónde.

—¿Y lo que no ves, qué? ¿También lo sabes, chiquilla?

Y ahí, boom, me caigo por dentro. Porque se lo está tomando en serio. Y me flipa. O sea, me gusta tanto que me quedo muda, que ya es decir. Se hace un silencio de esos raros, pero no incómodo, no sé, es eléctrico.

Dani, que estaba con la barbilla arriba y los brazos cruzados, ahora baja la cabeza con miedo a lo que su madre pueda soltar. O igual prefiere no hacerse ilusiones, que también puede ser.

Y entonces Sara se echa un poco para atrás, se pone seria y con la voz superclara, mirando a todos, pero hablándome solo a mí, dice:

—Hace cuatro años que no patino. Y desde entonces no lo he hecho porque… bueno, porque no. —Baja la voz, se toca el pelo—. Pero ahora me da coraje. Me da coraje que vengas tú aquí con esa guasa y te creas que sabes lo que soy capaz de hacer.

La miro fijamente. Todos lo hacen, en verdad. Y entonces, zasca.

—¿Quieres que te lo demuestre? —Le da otro trago a su cerveza —. Nos vamos ahora.

Silencio. Pero de los gordos. Primero en plan «¿he escuchado bien?», luego «¿en serio lo ha dicho?» y después ya, el caos.

—¡¿Ahora?! —grita Carla.

—¡Yo me cambio ya! —dice Dani, que salta de la silla—. ¡Esto hay que grabarlo, por favor!

—¡Yo no me lo pierdo ni harta de tintura! —Mari Carmen ya está buscando el abanico y las gafas de sol, como si fuera a un festival.

Gala da palmas, literal.

—¡Por favor, que alguien me preste unas Converse pa integrarme!

Damián sonríe desde su nube.

—Pues esto es justo lo que necesitaba este día, hermana. Sara reconectando con su *flow* ancestral.

—Y yo sin batería en el móvil —se queja Mari Carmen, mirando al cielo—. Esto es histórico. ¡Me cago en la mar! Paulita, me dejas el tuyo.

Y Sara traga saliva, pero no se echa atrás. Tiene los labios apretados, la postura de «aquí estoy yo».

Yo no digo nada. Se me hace un nudo en el pecho, pero de esos que te dan ganas de reír y llorar a la vez. Porque sé que esto no va de patines, ni de piques. Va de que me he metido en algo que le toca el alma.

—¿Tú estás segura? —le pregunto, y me sale la voz rara, sin bromas ni nada.

Ella se encoge de hombros, pero con una sonrisa de esas que te desmontan.

—Tú me has retado. Y yo no sé dejar las cosas a medias.

Esa frase me golpea. Porque no va solo por el skate, va por nosotras, por todo lo que no decimos, por lo que se nos nota en la piel aunque no queramos.

—Vale —le digo—. Pues vamos.

—Pues venga.

—Pero yo no pienso recoger nada —dice Mari Carmen, ya de pie, con el bolso cruzado y las chanclas puestas—. Que recoja quien no tenga que vivir este evento histórico.

Carla se acerca a Sara casi en secreto.

—¿De verdad lo vas a hacer?

Sara asiente, y ahí hay algo entre ellas dos que no pillo, pero que se nota, que duele y cura a la vez, no sé explicarlo.

Y por primera vez desde que llegué, veo a Dani mirar a su madre sin enfado, solo con curiosidad, como si intentara recordar a otra Sara, una que igual sí quiere volver a encontrar.

Y yo, mientras me levanto, solo pienso una cosa: Qué rara eres, Sara. Pero qué ganas tengo de verte volar.

Capítulo 24

Sara

Nada, que lo he dicho. Que sí, que me voy al *skatepark*. Ahora. Y claro, no me puedo rajar, porque si no quedo de cobarde, de colgada o, peor, de menopáusica con delirio de juventud.

Total, que me he subido a la buhardilla con más teatro que en una novela de Corín Tellado, a abrir el baúl de los recuerdos… o de los traumas, según se mire. Y allí estaban los monopatines. Los de los niños, los de Mateo… y el mío. Todos cubiertos de polvo, pero enteritos, esperándome. Como si supieran que algún día iba a tener que plantarme delante de ellos y dejarme de tonterías.

He bajado mi tabla. La buena, la que me regaló Mateo por mi cumpleaños, cuando me soltó aquello de que yo no patinaba, que yo volaba. Y, niña, me he acordado de su risa, de cómo me alababa cuando me salía un truco, de cómo me gritaba desde el bordillo: «¡Vamos, Saritaaaaa!», que se creía que era yo la reina del skate. Y un rato he estado con el moco colgando, llorando encima del monopatín, con las rodilleras en un brazo y el casco en la otra mano.

—Estás fatal, Sara —me he dicho en voz alta, porque claro, si no me lo digo yo, ¿quién me lo va a decir? No había más público que las arañas de la buhardilla.

Me he metido en el baño, me he puesto unas mallas negras que me aprietan más que un abrazo de mi tía Encarni, una camiseta vieja de Mateo —la gris, esa que me quedaba mejor a mí que a él, aunque él no lo admitiera ni muerto— y las zapatillas que tenía enterradas en el fondo del armario. Y para rematar, me he bajado a la cocina y me he bebido otra cerveza. No me preguntes cuántas llevo, porque ya he perdido la cuenta. Las justas para que me entre el valor y se me apague un poco la vergüenza.

Y ahora estoy en el coche, con la tabla al lado, las niñas detrás haciendo ruido y Asia conduciendo. Gala nos sigue con la furgoneta, con todos los demás.

Y no te voy a engañar: voy cagada. No he pisado el *skatepark* desde que Mateo se fue. Ni ganas. Siempre me he puesto excusas: que si está lejos, que si ya no tengo edad, que si mis rodillas no están para estos trotes… Pero la verdad es que no era por eso. Era porque allí era feliz. Así, tal cual. Y volver es abrir una herida que nunca terminó de cerrar.

Pero hoy… hoy me ha dado coraje. Asia se ha reído. Me ha vacilado. Me ha soltado esa sonrisita de «a ver si tienes lo que hay que tener» y, oye, me he picado. Me he visto otra vez con el casco puesto y subida a la tabla. Se va a enterar la guapa esta.

Porque yo era buena. Muy buena. Mateo me enseñó. Y eso no se olvida, ¿sabes? Y aunque ahora me tiemblen las piernas y el corazón me vaya a mil, sé que en cuanto empuje una vez, voy a volar. Y sí, quiero que Asia me vea. Que vea quién soy yo debajo de las mallas, del moño y de la lista de la compra. Porque Asia me gusta de verdad. Y no pienso dejar que me meta en el saco de señoras aburridas.

Quiero que vea lo que queda de mí cuando me dejo ser yo. Y, con un poco de suerte, a lo mejor lo veo yo también.

Las ocho de la tarde y el sol dando guerra. Qué calor, por Dios. Esto no es normal, te lo digo yo. Estoy en Plaza de Armas, sentada en el coche, con el culo ya medio dormido del rato que llevo aquí. El cinturón aún puesto, las demás ya fuera.

Delante de mí, el skatepark. Ay, el skatepark. Igualito que siempre, feo, pero con su encanto, ¿sabes? El suelo lleno de grietas y las rampas viejas. Pero ahí sigue, aguantando el tipo. Y los niños, ay, los niños. Con esos patinetes de plástico que hacen un ruido que te taladra el cerebro. Y los otros, los skaters de verdad, con las rodillas peladas y los cascos colgando, de adorno. Qué arte tienen, eso sí. Ahí están, echando la tarde como si no tuvieran otra cosa que hacer. Qué envidia, hija, qué envidia.

Trago saliva, pero me cuesta. Porque este sitio me trae recuerdos de los difíciles. Mateo y yo veníamos aquí todas las semanas,

religiosamente. Nos traíamos a los niños, que se lo pasaban pipa, y nosotros nos turnábamos con la tabla. Él ponía música en el móvil, siempre algo de *Los Delinqüentes* o *Chambao*, que le encantaban. Y yo, con mi chándal remangado, me liaba a hacer *ollies* igual que a los veinte años. Éramos felices. Y ahora… ahora estoy aquí con la tabla entre las piernas y un nudo en el estómago que no se me quita ni con bicarbonato.

—Venga, Sara, que tú puedes —me digo a mí misma, pero con una vocecita que ni yo me creo.

Lo que quiero es dar media vuelta, irme a casa, meterme en la cama y no salir hasta que pase el verano. Pero no. Hoy no. Hoy no me rajo. Porque si me rajo hoy, ya no vuelvo. Y yo soy muchas cosas, pero cobarde no. O eso intento.

Abro la puerta. Me recoloco la camiseta, me subo el moño, cojo la tabla con una mano y el casco con la otra, y hale, a tirar para adelante. Que una no se rinde, aunque el termómetro esté pidiendo la extremaunción.

Voy andando, con ese andar mío que es más de madre que de skater, y cuando ya estoy llegando al parque, lo escucho.

—¡Saaaaaara, mi arma! ¡¿Eres tú, carajo?!

Levanto la cabeza y ahí están. Los de siempre. Bueno, los de siempre, pero con más barriga, menos pelo y más criaturas colgando de ellos. Dos llevan a los niños en brazos y otro viene con una litrona camuflada en una bolsa de cartón, que digo yo que para qué disimular a estas alturas. Pero los ojos… Ay, los ojos son los mismos. Y ahí me da un pellizco el alma.

—¡Mira quién ha venío del más allá! —grita uno, que no sé si es el Juan o el primo del Juan, porque con esas calvas ya no distingo—. ¡La reina de la minirampa! ¡Esto sí que es un milagro!

Y ya no puedo evitarlo. Sonrío con ganas.

—¡Qué bastos sois, coño! —les grito mientras me acerco—. ¡Parecéis salidos de un geriátrico skater!

Nos abrazamos y empieza el *show*. Uno me da dos besos, otro me levanta en peso y casi me descuajaringa la espalda, el animal. Y empiezan los piropos y las burradas, que no sé si reírme o darles con la tabla en la cabeza.

—Tú estás igual, eh. Te lo juro por mi madre. Ni una arruga. Lo que es tener buena tabla, y no hablo del skate.

—¡Shhh, callarse, que hay niños! —les digo, aunque me estoy partiendo por dentro.

—¡Pero si el mío ha nacío ya escuchando Bad Bunny, qué va a saber él de lo que es una obscenidad! —se carcajea el Migue, que sigue igual de payaso que siempre, solo que ahora con gafas de cerca y una camiseta que pone *Skate Dads Club*.

Me emociono. Porque estos eran mis colegas. Los nuestros. Y no los he vuelto a ver desde que pasó lo que pasó. Y ahora me abrazan como si no hubiera pasado el tiempo y yo no hubiera estado escondida en mi cueva, tragándome las lágrimas para que nadie me viera rota.

Me quiero reír, pero también me quiero meter debajo de una piedra. Porque me da vergüenza. Vergüenza de no haber llamado, de no haber quedado, de no haber mandado ni un mísero mensaje.

—Sarita, ¿qué ha pasao, chocho? ¿Dónde te habías metío tú? —me dice el Juan (o el primo del Juan, yo qué sé), más flojito, más cerca.

—¿Vas a darle o es solo postureo? —lanza el Migue, que no pierde la oportunidad de vacilarme.

—Postureo, dice… —le contesto, con las manos en la cintura—. ¿Tú te crees que yo me he bebido tres cervezas, me he subido a la buhardilla con cuarenta grados, me he plantado estas mallas que marcan hasta el pecado original y he sacado esta tabla para pasearla?

—¡Ole tu coño, Sara Rey! —me grita otro, levantando el puño—. ¡Si es que siempre fuiste la más valiente, carajo!

—No, valiente no —le digo, riéndome—. Es que no tengo neuronas suficientes para saber decir no.

Se ríen. Todos. Y yo también. Pero por dentro tengo un nudo en el pecho que no se me quita ni con un litro de manzanilla. Porque este sitio huele a vida antigua. Y también a muerte. Y no sé qué va a pesar más hoy.

Damián se acerca y saluda a todo el mundo a lo alcalde del pueblo, con abrazos de los que dejan sin aire y palmaditas en la

espalda que recolocan las vértebras. Y las niñas, ¡ay, las niñas! Están cortadas pero felices. Mari Carmen se me coloca al lado con una pamela que parece un toldo de feria, que si sopla un poco de viento la tenemos volando hasta Cádiz, con sus niñas detrás, sonriendo que se les va a partir la cara. Gala, con su cámara pegada, que se cree que va a grabar un documental de National Geographic en el skatepark.

Y Asia… Ay, Asia. Esa criatura con sus vaqueros rotos, la camiseta negra, el pelo suelto y esa pinta de «estoy aquí, pero podría estar en cualquier videoclip». Escanea el skatepark, a la gente, pero luego se fija en mí. Y ahí es cuando me entran los sudores fríos.

¿Y si me caigo?

¿Y si me subo y me da un jamacuco?

¿Y si me parto el alma delante de esta gente y encima le doy pena a Asia?

Me trago los nervios con una sonrisa falsa. Me recoloco el moño, que ya no tiene arreglo, y me sacudo la camiseta.

—¡Mira tú quién ha venío! —dice el Migue, cuando ve a Mari Carmen y compañía—. ¡Eso es público prémium, señores!

—¡Mira la Sarita, que no solo patina, sino que trae su club de fans! —añade otro, guiñándome el ojo.

—Club de fans, dice… ¡Si traigo hasta prensa! —Señalo a Gala—. ¡Mira la cámara, niño, que esta sube los vídeos con filtro y todo!

Mari Carmen llega a mi lado y me da ánimos con un golpecito en el hombro.

—¿Estás bien, mi arma?

—Estoy cagada, Mari. Pero con arte —le susurro, porque para qué mentir.

Ella me aprieta la mano con esa fuerza que me dice «tira o te doy yo el empujón».

—Tú sal ahí y les enseñas quién eras. Y quién sigues siendo. Que a mí no me engañas, Sarita. Tú esto lo llevas en la sangre.

Me preparo para subirme a la tabla. Que sea lo que Dios quiera. O lo que quiera mi equilibrio. Y ahí estoy, con una sonrisa que ni pintada, pero por dentro me quiero echar a llorar. Pero no, hoy no.

Hoy toca otra cosa. Hoy toca hacerse la valiente, aunque sea de mentira.

Asia se me acerca, la criatura, sin decir ni mu, pero con esos ojillos que me dicen: «¿Tú estás segura de lo que vas a hacer, Sara?». Y yo, que soy más chula que un ocho, me coloco el casco como si fuera una reina coronándose en la catedral. Me ajusto las rodilleras y me seco las manos en las mallas. Y mientras hago todo este numerito, me digo a mí misma: Ahora sí. A volar o a reventar.

No sé si lo que tengo en la boca es saliva, vértigo o las dos cosas juntas, pero aquí estoy: con una pierna ya subida en la tabla y la otra en el suelo, como si estuviera a punto de hacer una locura o, peor, de casarme otra vez. Y te digo una cosa, no sé qué da más miedo, porque lo de casarme ya lo probé y mira cómo acabé, viuda y con cuatro criaturas yo sola.

El parque está lleno de gente, de voces, de risas, de niños, de ruedas que no paran de dar vueltas y de un calor que me fríe las ideas. Todo se mezcla, pero yo solo escucho dos cosas: mi corazón, que va a salir corriendo antes que yo, y la tabla, que cruje un poquito cuando le echo el peso. Y, la verdad, no estoy segura de esto.

Respiro hondo, aprieto el culo (que una ya no tiene el de antes, pero hace lo que puede) y me empujo con la pierna derecha. Y deslizo. Solo eso. Unos segundos. Unos metros. El suelo se mueve debajo de mí, el aire se me cuela por la camiseta y el cuerpo… Ay, el cuerpo. Que se acuerda. Porque eso es lo que pasa, tía, que el cuerpo tiene memoria. Se acuerda de cómo era esto, de cómo se sentía, de dónde poner los brazos, de cómo tensar los gemelos, de no mirar al suelo, de confiar.

—¡Ole tú! —grita alguien por ahí, que no sé ni quién es, pero me ha dado la vida.

—¡Vamos, mamá! —chilla Carla, que está subida en la barandilla, la animadora oficial del parque.

Y yo, que ya estoy metida en el papel, me giro un poco, hago otra pasada más larga, y noto cómo me vuelvo a enchufar. El corazón me dice: Ahora sí, guapa. Ahora eres tú otra vez. Y no sé si es el calor, los nervios o las cervecitas que me he tomado antes (que igual no

era la mejor idea, pero mira, ya está hecho), pero me tiemblan las piernas y noto que me pongo roja. Aun así, aprieto. Hago una curva, cortita, que tampoco vamos a fliparnos. Muevo los hombros, busco la rampa baja, subo, bajo, ruedo. Y cuando paro, con las ruedas ya en silencio y el sudor bajándome por el cuello, lo tengo clarísimo: estoy viva. Pero viva, viva, no de «me levanto, hago la compra, llevo a los niños al cole y me acuesto». No. Viva de «aquí estoy yo, Sara, la que se atrevía a todo». Y eso, amiga, no me pasaba desde hace años.

Levanto la cabeza y cruzo la mirada con Asia. No sonríe, pero la boca se le curva un poquito, y yo me creo que no sabe si aplaudirme o besarme. Y te juro que en este momento me dan ganas de soltarle: «Venga, chula, ahora te toca a ti flipar». Pero me callo. Porque estoy demasiado ocupada aguantando las ganas de llorar. Y porque, para qué engañarnos, estoy disfrutando del momento.

Capítulo 25

Asia

La doctora Rey está ahora mismo surcando el aire encima de una tabla como si fuera la protagonista de su propio videoclip de los noventa. Y lo peor —o lo mejor— no es eso. Es que lo hace bien, que digo bien, lo hace de puta madre. Que ya no me da ni para vacilarle.

Mari Carmen le ha quitado la funda al abanico, el cuñado medio fumado y los chavales del parque sacan los móviles para grabar a la madre de alguien que, por lo visto, es una leyenda local y nadie me lo contó.

Yo, con cara de gilipollas, me trago los prejuicios y las ganas de acercarme y pedirle matrimonio. Porque sí, lo que acaba de hacer no es normal. Ha subido a la rampa, ha pillado impulso y ha hecho un *ollie* tan limpio, tan redondo, tan bonito, que he tenido que sujetarme la boca con la mano para no decir algo que delate que me acabo de enamorar más.

Y cuando aterriza y se incorpora, coleta suelta, camiseta pegada al cuerpo por el sudor y tabla en la mano, el silencio lo ocupa todo durante un segundo. Solo uno. Después, *boom*, estalla el griterío. Todo el mundo chilla y aplaude, un par de chavales dan brincos. Mari Carmen grita «¡Olé tu coño, Saritaaaaa!» con esa gracia que no necesita filtros ni megáfonos. Damián se ríe tan fuerte que se le caen las gafas. Carla abraza a Dani, que está con las manos casi tapándose los ojos.

Y yo… yo no puedo moverme.

Porque Sara, en medio de todo eso, de los vítores y la gente señalándola, rueda directa hacia mí. Ni hacia su hija, ni hacia su cuñado, ni hacia Mari Carmen que ya anda con la lagrimilla fuera. Hacia mí. Me da cosquillas en el cuello. Se me planta delante con

ese brillo en los ojos que es pura satisfacción y me da un toquecito en el hombro.

—¿Qué? ¿Tú te creías que eras la única con calle? —me dice, medio jadeando, con una media sonrisa que me deja *out*.

Y ya está, lo digo, me tiene pillada hasta las trancas. Me río, asiento, hago ese gesto de «vale, me rindo, tú ganas», pero no me sale ni una palabra. Tengo la boca seca y no sé si lo que tengo en la garganta es admiración, ganas de besarla o directamente un calentón de los que te hacen perder la dignidad.

Mientras la peña sigue aplaudiendo y ya hay quien pide otra ronda de birras, yo me quedo pillada y observo a Dani. Que está medio escondida detrás de todos, con cara de que no le pasa nada, pero que en realidad le arde todo por dentro, lo sé porque yo también he puesto esa cara mil veces. La niña no ha abierto la boca desde que llegamos, ni un mísero comentario, pero ahora le clava los ojos a su madre y creo que ve algo que le da miedo y le flipa a la vez.

Y entonces veo que Sara se va hacia ella, se agacha un poco, le acerca la tabla y con su voz de madre que intenta ir de dura, pero que se le nota que está a puntito de llorar:

—Si quieres… te enseño otra vez. Como cuando éramos todos.

Se miran a los ojos y luego Dani baja la vista al skate y lo toca con un dedo, con miedo. Normal, la pobre ha visto a su padre matarse en uno igual, ¿cómo no le va a dar cosa? Yo pensaba que iba a pasar de todo, que se iba a ir al banco a hacer pucheros, pero no, lo coge. No se sube ni nada, pero lo agarra y le hace un *sí* a Sara con la cabeza, de esos que casi ni se ven, pero que son auténticos, ¿sabes?

Y a Sara la veo tragar saliva, le acaricia la nuca y yo tengo que apretar los dientes para no llorar delante de todo el mundo. Me trago la emoción lo mejor que puedo, con un trago de cerveza y la mejilla mordida, porque lo que acaba de pasar es una reconciliación de las que no se dicen, pero se sienten. Y es que Sara no solo está patinando, está volviendo a respirar, delante de sus hijas, con todo el pasado mirándola de frente, y yo aquí, de espectadora, viendo

cómo se recompone. Y me dan ganas de abrazarla, de besarla, de todo, pero no puedo, y me jode, me jode muchísimo.

Y justo entonces aparece Mari Carmen a mi lado, con una bolsa de pipas y cara de que acaba de ver un milagro.

—¿Cómo te has quedao?

—Muerta —le digo, y ella asiente con solemnidad andaluza.

Pero yo en este momento no le puedo seguir la conversación, estoy en mi propio universo paralelo, ¿vale? O sea, Sara se acerca a nosotras hablando con Carla, se ríe como si no le doliera nada. Y yo, que soy una pringada, solo puedo pensar en cómo demonios voy a sobrevivir esta noche sin meterle mano.

Y justo cuando ya estoy calentita por dentro, se nos acerca Damián con las llaves de la furgo colgando de un dedo.

—Sarita, ¿te importa si me llevo a las niñas a cenar con mis padres? Que mi madre está en plan abuela intensita y ya tiene el pescaíto listo. Luego nos quedamos allí a dormir.

Sara ni se lo piensa, o sea, ni dos segundos. Sonríe y asiente. Las niñas encantadas. Dani hasta le da un beso sin que nadie le diga nada, y a mí casi me sale la lagrimita.

Mientras recogen las cosas, Mari Carmen le lanza a Sara un guiño que dice «espabila, que yo te cubro». Y yo lo pillo, clarísimo.

—Bueno, pues yo me llevo a las criaturas —dice Mari Carmen, pero en realidad lo que hace es darnos la patada más descarada de la historia del ligoteo—. Así os quedáis tranquilitas.

Sara se atraganta con la cerveza y a mí casi me da la risa.

—¿Pero a dónde vas tú ahora, Mari?

—A dar una vuelta. Que las niñas quieren helado. ¿A que sí, niñas?

Las dos adolescentes asienten a coro, encantadas de largarse a cotillear por ahí.

—Mari Carmen… —intenta decir algo, pero la otra ya ha metido las chanclas en la furgo—. ¡Mari!

—¡Sarita, que la vida es muy corta! —grita desde lejos—. ¡Y tú estás muy tonta! ¡Ale, a disfrutar!

Me meto las manos en los bolsillos porque, si no, me tiro al suelo a reírme.

—Perdona. No sé por qué ha hecho eso —me dice con voz de querer que se la trague la tierra.

—¿En serio no sabes por qué lo ha hecho? —le digo cerquita, porque ya que estamos, pues estamos—. Porque yo sí. Clarito como el sudor que me cae por la espalda.

Ella resopla, se le escapa una risa bajita.

—Ay, madre. Qué bochorno me da todo contigo, Asia.

—¿Y el bochorno es por el calor o por lo que no dices?

Ya me da igual todo. Y ella, rápida, me cambia el tema con una pregunta que me deja pillada:

—¿Quieres que te invite a tomar algo?

Le levanto la ceja, porque eso sí que me gusta.

—¿Es una cita?

—¿Y si te digo que sí?

—Pues me pongo el pintalabios más rojo que encuentre y te dejo elegir el vino, preciosa.

Y sin decir nada más, nos levantamos las dos. Andamos por el paseo del río, que está precioso, el cielo naranja y azulón y el calor pegado a la piel, pero a mí lo que me sube la temperatura no es el sol, ni de coña, es ella. Su hombro roza el mío cada dos pasos, su risa me da en la nuca y me deja tonta, y esos ojos que, cuando se clavan en los míos, me dejan claro que aquí hay peligro, pero del que mola.

—¿Sabes qué? —le digo con la vista al frente—. Me sorprende que me invites a salir, así improvisando. Creía que eras más de cena planificada con reserva a las nueve.

Me da un codazo y me la devuelve, claro.

—Y tú qué. ¿Más de bar cutre con vermú en vaso de caña?

—Te sorprenderías lo que me gusta una copa elegante si la compañía es buena.

Ella sonríe y yo me derrito un poco, pero disimulo.

—Últimamente improviso mucho —me dice.

—¿Y qué tal se te da?

—Bueno… si acabo contigo en una azotea con vistas, no debe ir tan mal.

Y ahí va el toque. El doble sentido. La promesa suave. El subidón.

Seguimos andando. A veces nuestras manos se rozan. A veces no. Pero la electricidad va todo el rato.

—Oye —le digo, con tono de quien no quiere soltarlo, pero no puede evitarlo—. ¿Cómo crees que acabaremos?

—¿Quieres que te lo diga?

—Quiero que me lo insinúes como tú sabes.

—Entonces no acabamos. Seguimos.

Me tiemblan las rodillas porque no podía haberme dado una respuesta mejor.

Subimos por el puente ese que lo deben haber puesto ahí solo para que la gente sufra, porque el calor es de otro planeta, o sea, esto es *Mordor* pero versión sevillana. Los mosquitos son drones, si me descuido me llevan volando. Pero me da igual todo porque tengo a Sara al lado. Y va sudada, con el pelo hecho un desastre, las piernas todavía marcadas de haber patinado como una diosa y esa camiseta oscura que se le pega al cuerpo, al pecho, a la espalda.

Huele a sudor, a sol, a persona que ha vivido el día. Me flipa. Y yo, que se supone que soy una tía dura, que he ido saltando de cama en cama toda mi vida, ahora mismo no sé si meter la nariz en su cuello o huir. Porque me da miedo estar en modo «me gusta esta persona en serio». Y es que me da la risa, pero también me da ansiedad, porque a ver qué hago yo ahora con esto.

El ambiente está cargado. Pero no cargado mal. Cargado de… posibilidades. Porque todo el paseo es un prólogo larguísimo a algo que ya sabemos las dos que va a pasar.

—¿Tú traes a mucha gente aquí o qué? —le suelto mientras cruzamos la entrada de la torre, porque a ver, si esto es una cita, yo quiero saber si soy la prota o solo la secundaria *random* que sale en el capítulo tres y luego desaparece.

—Nunca he venido con nadie —me dice, y se le escapa una sonrisilla que me dan ganas de morderle la boca, en medio del *hall*, delante del segurata y todo.

—Venga ya, no me lo creo.

—De verdad. Me parecía un sitio de esos a los que se viene cuando algo importa.

Y me atraganto un poco con mi propio corazón, pero finjo que no, porque soy una adulta funcional y no una *teenager* en su primer *date*.

El ascensor sube con esa velocidad de nave espacial silenciosa que te deja sorda por dentro. Me veo en el reflejo del acero. Tengo el pelo deshecho, la camiseta sudada también y, aun así, me veo brutal. O sea, no sé si guapa, pero sí… viva, ¿sabes? Más yo. Más real. Y no sé si es por ella, por lo que está pasando o por cómo me mira.

El bar de arriba no tiene nada que ver con los sitios cutres de birras a dos euros y luces de hospital. Aquí todo es oscurito, elegante, con esas lámparas que te dan un aire misterioso aunque vengas medio derretida. Hay cristaleras gigantes y da la sensación de estar flotando encima de Sevilla. Los clientes son turistas con pinta de tener más dinero que años, parejitas bien vestidas y algún ejecutivo que seguro que espera a alguien que le va a dejar en visto.

Pero lo que me deja tocada del todo son las vistas. Y ya sabes que no soy una tía de atardeceres, ni de decir «qué bonito todo», ni de poner canciones lentas para contemplar ciudades desde arriba. Pero hay algo en esa luz que queda, ese cielo entre lila y azul oscuro, esas luces cálidas que salen de los pisos como si alguien hubiera encendido mil velas, que me reblandece.

Y ahí, con Sevilla entera brillando a lo bestia, la torre haciendo de mirador de nuestras movidas y Sara sentada delante de mí, con una copa de vino, el cuerpo relajado y los ojos chispeando como si le hubiera dado una ventolera de vivir, pues yo… me rindo.

O sea, me vuelvo un poco romántica, pero en serio, no de postureo. Me dan ganas de decirle cosas bonitas, de preguntarle de todo, de ponerle la mano en la rodilla y besarle el cuello despacito, no porque esté cachonda (que también, no voy a mentir), sino porque me sale solo. Y eso, para mí, es rarísimo. Pero está pasando, así que me bebo medio vino de un trago, porque si no me da la risa tonta.

—Tía, imagínate que ahora me pongo moñas total con las vistas y te digo que esto es lo más romántico que he hecho en mi vida, ¿tú me aguantas la mano o me mandas a la mierda directamente?

Sé que le da vergüenza cuando le digo estas cosas, pero ya tampoco se achanta.

—Depende de lo moñas que te pongas, ¿eh?

—Nivel escucharte y ya estar pensando en el futuro.

Entonces me saca esa sonrisa que tiene.

Y yo me muero un poco por dentro, pero de las ganas, de los nervios, de todo.

Capítulo 26

Sara

Yo te juro que no sé ni cómo he acabado aquí, te lo digo de corazón. Que yo venía del parque, sudada como un pollo y con la resaca emocional esa que me ha entrado al subirme otra vez al monopatín, que ya tengo una edad y estoy desentrenada.

Y la cabeza, pues en otro sitio, claro, porque mis niñas… Ay, mis niñas, que sé yo bien lo que ha supuesto esto para ellas. Y de público Damián, Gala, la Mari Carmen con sus chiquillas, los colegas de Mateo, todos de testigos, que no se pierden una. Y Asia, pues estaba embobada, que se le notaba, mujer, que la he visto.

Ahora, mírame, en lo alto de Torre Sevilla, con una copa en la mano y las luces de Triana ahí abajo, que parece que han montado el Belén pero a lo grande, y esta mujer delante de mí, devorándome sin tocarme. Y yo con estos pelos, que ni me he visto en un espejo y la raya del ojo seguro que la tengo por la frente. Y para colmo, con el olfato fino que tiene la tía, que seguro que está aguantando la respiración con la peste a sudor que traigo yo encima.

Vamos, que glamour, lo que se dice glamour, cero patatero. Pero aquí estoy, resistiendo, que para eso soy madre de cuatro y a mí no me tumba ni el cansancio ni la vergüenza.

El bar este está petado de parejitas con sus copitas de balón, que aquí si no bebes ginebra con pepino no eres nadie. Las luces, ya ves tú, tan tenues que no distingo si estoy con Asia o con el camarero. Y la música, una cosa suave, de la que no molesta, pero tampoco te deja en silencio.

Yo aquí ya había venido una vez, hace siglos, con mis amigas, cuando todavía me costaba salir de la cueva. Me acuerdo perfectamente, porque pensé que si algún día me volvía a gustar alguien de verdad, lo traería aquí. Mira tú qué tontería, con lo que

me gusta a mí un sofá y una mantita. Pero aquí estoy, con Asia delante, al borde de un infarto.

Y es que está para comérsela. Eso lo digo yo y lo dice cualquiera con ojos en la cara. Encima la copa me está subiendo, pero tampoco te creas tú que estoy borracha, ¿eh? Que una tiene ya el hígado entrenado. Es un mareíllo bueno, de los que te dan los sitios bonitos, el vinito fresquito y las personas que te descolocan el cerebro.

Ella se ríe con algo que dice el camarero y yo aprovecho para admirar su perfil, porque es monísima. Y entonces suena una notificación y ella tuerce la boca.

—¿Qué pasa? —se me escapa, porque vamos a ver, yo cotilla soy, pero con dignidad y todo, que tengo un máster en enterarme de lo que no me incumbe.

—Nada —me dice casi con un suspiro—. El banco.

—¿El banco? ¿A estas horas? ¿Qué pasa, que ahora los del banco no duermen tampoco?

—Sí, ya sabes. Esas notificaciones de «felicidades, sigues en la ruina». El banco, que no falla ni para joderte los momentos mágicos.

Eso último lo suelta con retranca, que nos conocemos ya. Ella lo sabe, yo lo sé, y aquí estamos, jugando al despiste. Me río, pero con ese nudito en el pecho, que parece que me he tragado una aceituna con hueso.

—Oye, ¿a ti te agobia mucho? Lo de estar tiesa, digo.

A ella le sorprende mi pregunta. Qué poca costumbre tiene la gente de hablar claro, de verdad.

—¿Ahora mismo o en general?

—No sé, guapa, lo que tú quieras. —Me echo para atrás en el sillón, pero sin perderle ojo, que una es valiente, pero tampoco gilipollas.

Asia resopla flojito. Luego se encoge de hombros, finge que le da igual, pero yo sé que no.

—A ver. No me gusta estar aquí y que se dé por hecho que vas a invitar tú.

—¿Y no te gusta que te invite?

—Que me invites, sí. Que no te quede otra, no. —Baja la voz—. Y que tú pienses que tengo que tragar con eso sin que me revuelva un poco… pues también me pesa, sí.

Me quedo callada un segundo, que a mí el coraje y la pena me entran a la vez, y eso en mi cuerpo solo puede acabar en una bordería con arte, porque yo para tragarme las cosas, no valgo.

—Escúchame una cosa, Asia —le digo, y me echo para delante, copa en mano, acento de Triana en vena—. Yo no soy de las que pagan por estar con nadie, ¿vale? Que ya bastante tengo con los cuatro niños y la hipoteca. Que tú te piensas que yo soy la duquesa de Alba, pero a mí todavía me escuece lo que me soltaste en el centro comercial, ¿eh?

—Sara, ya…

Yo sigo, que ya he cogido carrerilla.

—Lo del móvil, sí. Eso de que si me creía yo que eras una escort. ¿Tú sabes la mala leche que me entró? Que si estás aquí conmigo es porque te da la gana, no porque yo te esté pagando el vino. Que no quiero que el tema del dinero sea un mal rollo entre nosotras, por favor.

Silencio. De los gordos. Me quedo en la cuerda floja de mi propio mosqueo, que ya me conozco y sé que luego me arrepiento. Y justo cuando voy a dar un sorbo para disimular, va la tía y me sonríe. Y yo, pues ya está, otra vez desarmada.

—Tú estás fatal.

—Lo sé, pero no me subestimes, que yo seré muchas cosas, pero tonta no soy, aunque no haya catado yo nunca a una mujer.

—¿Y qué tiene que ver eso, a ver?

Y ahí ya me entran las siete cosas, le tapo la cara con la mano, con apuro, que a esta le gusta el cachondeíto más que a mí.

—Qué aje tienes, Asia, de verdad.

Y justo cuando estoy yo disfrutando del momento, va y suena su móvil otra vez.

—Es mi hermana —dice—. Tengo que cogerlo, ¿vale? Es el cumple de Leo. Le quiero enseñar las vistas estas, que va a flipar.

—Claro, claro. Tú tira, tranquila.

Se aleja un poco y se sienta junto al ventanal a hablar con el sobrino. Yo la observo desde la mesa, con mi copita, sudando, pero por dentro, ¿eh? Hay un momento que se ríe tan fuerte, tan de verdad, que me dan ganas de yo qué sé. De cuidarla, de protegerla.

Saco el móvil, abro el contacto de Sabina. Me lo pienso, pero vamos, lo justo, que yo para estas cosas soy más rápida que el AVE. Le doy a llamar antes de que me dé por arrepentirme, que me conozco.

—Dime.

—¿Estás liada?

—Siempre, bonita, pero tú dale.

—Oye… ¿tú me puedes explicar por qué no me dijiste que Asia estaba así?

—¿Así cómo?

—¡Así de mal, Sabina! Que no tiene ni para pipas, vamos. Que está tirando de dignidad.

Al otro lado, silencio. Pero de esos que tú sabes que la otra ya sabía que me iba a dar el parraque.

—Te dije que necesitaba ayuda.

—No, tú me dijiste «ayúdala un poco, que está saliendo de una mala racha». No me dijiste que estaba tiesa, comiéndose el orgullo a cucharadas soperas.

—¿Y qué ibas a hacer si te lo llego a decir?

—¡Pues esto! ¡Llamarte y decirte que le ingreses dinero, cojones!

—Pero si eso ya te lo conté, que la tonta del bote me dijo que no quería ni un euro mío.

Me da la risa, pero me la guardo, que tampoco estoy yo para regalar carcajadas.

—Hazme caso. Mételo en su cuenta. Pero sin que sepa que yo estoy detrás, ¿eh?

—¿Y qué le cuento? ¿Que me paso por el forro lo que me dijo?

—¿Y desde cuándo no haces tú lo que te da la gana, Canija? Ella ya sabe cómo eres y tampoco se va a enfadar contigo, que nos conocemos todas ya, Sabi, hija.

—Ya, bueno, eso es relativo, pero vale…

—Gracias, de verdad, pero ni aunque te pongan una pistola en la cabeza digas que esto te lo he pedido yo —la corto en seco—. Prométemelo, Sabina, que tú eres muy de largar cuando te da el venazo. Que no se entere, por su bien y por el mío, ¿eh?

—¿Y por qué por el tuyo?

Silencio. Le doy un trago a la copa, que me arde hasta el alma.

—Porque no quiero que piense que intento… yo qué sé. Cuidarla demasiado.

—¿Cuidarla?

—Calla, Sabina, no seas pesada, tía.

—Te estoy oyendo rara, Sara.

—No empieces, que te veo venir.

—No estoy empezando, estoy procesando, que no es lo mismo. ¿Tú sabes cuántas veces te he visto a ti hacer malabares para no pedir ni un mísero favor?

—Pues esta es la primera vez que los hago para pedir por otra persona. Y me está costando la vida, pero no me arrepiento, ¿eh?

Sabina se calla otra vez. Yo me echo para atrás en el sillón, cruzo las piernas y vigilo que Asia siga con la videollamada. Está sentada con los pies recogidos y enseñándole la ciudad al niño. A mí se me derrite algo por dentro, y no es el hígado, que ese ya lo tengo medio fundido.

—Vale. ¿Cuánto le ingreso?

—Lo que tú veas, Sabina. Que respire, mujer. Lo justo para que deje de apretar los dientes por las noches, que la pobre va a acabar con la mandíbula de acero.

—¿Treinta?

—Treinta y cinco. Y ponle algo cursi en el concepto, anda. Algo que parezca que el universo le manda una indirecta, pero sin pasarte.

—Yo qué sé… «Aguanta, guapa, que el mundo da vueltas».

—Perfecto. Y luego un mensaje de los tuyos, de Sabina, que se note el arte ese que tienes.

—¿Del estilo «si te enfadas, te aguantas porque el que se enfada tiene dos trabajos»?

—Esa misma, que eres única para las indirectas directas.

—Sara…

—¿Qué?

—Tú a mí no me has pedido nada nunca, ¿eh?

—Ya.

—Ni cuando te lo hubieras merecido. Ni cuando lo necesitabas.

—Pero bien que me has regalado cosas, bribona.

—Porque me ha dado la gana, no porque tú lo pidieras.

—Y a mí no me molesta, que lo sepas.

—Lo sé.

—Pero esto es distinto, Sabina. Esto es porque me importa que no le falte.

Otra pausa. Sabina no dice nada, pero yo sé que está con las cejas en alto.

—Sara…

—No digas nada, que te veo venir.

—No estoy diciendo nada. Pero me lo estás diciendo tú sola, bonita.

—Ya.

—¿Y esto Amaia lo puede saber?

—Ni de coña. Pero si se entera, le dices que ha sido cosa mía. No se vaya a enfadar contigo por mi culpa.

—Perfecto. Otro secreto para la lista.

—Si tienes hueco entre tanto secretito matrimonial, vamos.

—Tú con Mateo no eras así, ¿eh?

—No. Yo con Mateo era una tonta sincera. Hasta que se murió. Y ahora… ahora ya no sé ni lo que soy, nena. Un cuadro, vamos.

Miro otra vez a Asia. Se está despidiendo del niño con una cara de felicidad que me da ternura.

—Dime.

—Hay ropa tendía.

—¿De cuál?

—De la que arrasa en cuanto entra, Sabi. Que si viene el levante, me quedo sin bragas.

—Vale. Cuelga. Pero luego me llamas, ¿eh?

—Luego te cuento. O no. Depende de cómo me pille el día.

—Me vale.

Cuelgo el teléfono y no me da ni tiempo a respirar, que Asia ya viene hacia mí… Los ojos le brillan y tiene los mofletes colorados. Se sienta a mi lado, me mira y se ríe sola. Yo seguro que tengo cara de tonta, que ni sé dónde meterme.

—Me ha dicho que si le compro una espada láser cuando vuelva a Londres, me hace un dibujo exclusivo. Pero con muchos colores. Que los blancos y negros son de pobres.

—Eso lo ha sacado de ti —le digo con la guasa por delante—. Lo del arte y lo de clasista.

Ella sonríe más. Se le nota en la garganta, en los hombros. Está contenta, y yo no sé si es por la videollamada o porque está aquí conmigo. Ojalá sea por las dos cosas.

Total, que seguimos un rato de charla, hasta que le vibra el móvil otra vez. Que yo no sé qué manía tiene la gente de estar todo el día pegada al teléfono, de verdad te lo digo. Ella lo desbloquea y pone una cara de susto, que yo, que tengo un máster en leer caras, le noto al vuelo.

—¿Qué pasa? —le suelto, ya con el nervio subido, que yo no sé si es que me va a dar un soponcio o qué, porque vamos, mi hermana no puede ser tan rápida, ¿no?

—Mira esto —me dice, y me pasa el móvil con la pantalla encendida, sin decir nada más.

Y yo lo veo. Y me da un vuelco el estómago. Porque no es una notificación cualquiera. Es una transferencia. De treinta y cinco mil euros.

Y debajo, el mensaje. Reconozco a mi hermana aunque lo firmara un marciano:

> **Sabina:** Mi madre decía que el que se enfada tiene dos trabajos: enfadarse y desenfadarse. Yo añadiría uno más: justificarse con Hacienda. Considera esto una indemnización emocional. O un incentivo para que no te ahogues mientras nadas a contracorriente. Lo que prefieras.
> No seas la primera persona en cabrearse porque le cae dinero del cielo, por favor. Tampoco hace falta que seas la última en fundírselo sin remordimientos. Pero si te lo gastas, que sea con gusto y en algo que te devuelva la piel al sitio.

> Y antes de que digas que no, piensa que no soy tan generosa con cualquiera. Solo con quien me cae bien, me intriga o me jode de forma entrañable. Tú, en este caso, cumples las tres.
> Firmado: la millonaria de tu ex, que lo mismo te suelta esto que te manda un sicario si me vuelves a mentir.

Contengo la risa, porque, ay, mi hermana. Tan brillante, tan arrogante, tan pasivo agresiva. Y a la vez, más buena que el pan. Aunque el pan no tenga yate.

Le devuelvo el móvil a Asia.

—No puedes decir que no es sutil, ¿eh?

—Yo…

—Cógelo, chiqui, no seas tonta. Sin remordimientos, ¿eh? Que si Sabina te da ese dinerito así porque sí, es porque puede y porque le sale del mismísimo, vamos a decirlo claro. —Le pongo la mano en el brazo, que yo soy muy de tocar para convencer—. Y porque tú lo vales, que ya está bien de ir por la vida pidiendo perdón por respirar, ¿vale?

Ella baja la cabeza. Vuelve al móvil. Suspira.

—Es que es mucha pasta, Sara.

—Ya lo sé, y tú lo necesitas. Y encima, con la notaza esa que te ha puesto… Aprovecha, nena, que esta mujer puede soltar ese dinero y diez veces más y ni se despeina, que yo la he visto. Si yo fuera tú, ya estaba en la puerta del banco haciéndome un *selfie* con el justificante y subiéndolo al Instagram con un filtro de esos que te quitan las ojeras. Pero claro, yo soy muy exagerada, tú ya sabes cómo soy, que me vengo arriba con nada.

Verás tú que ahora me sale con el discursito de la dignidad y la independencia, que nos conocemos.

—Vale, Sara. ¿Pero tú no tendrás nada que ver con esto, no? —me dice al final, taladrándome con la mirada.

—¿Yo? ¿Tú no sabes que mi hermana va por libre y hace siempre lo que le da la gana?

A ella se le escapa una risilla, que no sé si es porque le hace gracia la situación o porque yo, con mis cosas, soy un *show* andante para ella.

Yo no sé si decirle algo más o callarme ya, porque a veces hablo más de la cuenta, lo reconozco. Noto que algo se le ha soltado por dentro. Así que levanto la copa, que para brindar siempre estoy dispuesta, aunque sea por lo que no decimos, que eso también hay que celebrarlo.

—Por las hermanas millonarias, ¿no? —digo, que me sale la vena fantasiosa.

Y ella, por fin, sonríe de verdad, con todos los dientes. Choca la copa conmigo, aunque le tiembla un poco la mano, que la pobre es muy sentida.

—Por las sabinas del mundo —me suelta.

Y brindamos, y te juro que en este momento, con Sevilla ahí abajo resplandeciendo, la copa en la mano y ella mirándome como si yo también brillara… Mira, que no me hace falta nada más.

Y eso es justo lo que me da miedo. Que me sienta tan llena sin que me haya tocado todavía. Que no me falte nada en este momento y a la vez sienta que me voy a romper por dentro si no pasa lo que lleva semanas queriendo pasar.

Asia da otro sorbo y me observa con medio cuerpo apoyado en la silla, esperándome. Y yo noto que se me agarrotan hasta los dedos. No dice nada. Pero yo sí la oigo. O la leo. En esa manera de morderse el labio sin darse cuenta, de mover la copa en círculos, de mirarme como si ya supiera cómo sabría yo.

Capítulo 27

Sara

Tengo el pulso en el cuello, el sudor en las manos y el moño a medio caer. Que tú dices: ¿así va una a su primer beso lésbico? Pues mira, sí. Así. Con las mallas pegadas al culo, el chichi en tensión y la autoestima montada en una montaña rusa sin cinturón.

Te juro que cuando esta mujer sonríe, yo no puedo hacer otra cosa que fijarme en esa boca. Y lo digo ya. No estoy preparada para lo que me pasa por dentro. Para lo que me sube por la espalda. Porque esto que está a punto de pasar —si es que pasa, porque yo ya no me fío ni de mi sombra— no es solo un beso, no, esto es una declaración en toda regla. Es la confirmación de que he cruzado una línea y ya no hay marcha atrás, que me conozco.

Y si doy ese paso, ya no hay «yo no sabía», ni «yo solo estaba confundida». Si doy ese paso, soy esa mujer que ha besado a otra. Y no me avergüenza, ¿eh? Pero me acojona. Porque no sé qué viene después. Porque me ha costado la vida llegar hasta aquí. Y porque con ella… no me cabe el disfraz de que esto no va en serio.

Me noto los muslos tensos, el cuello rojo y las ganas subiendo. Y me doy cuenta de que respiro raro. Total, que no sé cómo actuar, de verdad. Me sudan las manos, pero sudar, sudar, no te exagero, que hasta las ideas me resbalan de lo empapadas que las tengo. Miro a Asia, tan divina, tan puesta, con su copita en la mano. Echándome un ojo por encima del borde, con esa sonrisita que yo ya la tengo calada. Esa sonrisa no es ni por el brindis, ni por el vino, ni por ná de ná. Esa sonrisa es para mí, para esta tonta que soy yo. Y se me encoge el estómago. Y de pronto, me sale, porque yo soy muy de soltarlo todo, que luego me arrepiento, pero en el momento me vengo arriba.

—¿Tú sabes que yo estoy cagada, no?

Ella parpadea, calcula y se me arrima un poquito, pero lo justo, ¿eh? Que aquí la gente va de fina, pero yo sé lo que hay.

—¿Y eso por qué, doctora? —me dice, con ese tonillo de conquistadora que tiene ella.

—Porque estoy a punto de hacer una gilipollez.

Así, ya está. Que yo para los rodeos no valgo. Y claro, ella abre los ojos bien abiertos, pero sin perder la compostura, que para eso tiene más tablas que el Gran Teatro Falla.

—¿Y qué clase de gilipollez? ¿Del tipo «me voy a tirar por la ventana» o del tipo «te voy a comer la boca aquí mismo»?

Me atraganto un poco con el aire. No me lo esperaba tan directo. Me río, pero de puros nervios.

—Del tipo «me voy a tirar por la ventana mientras te como la boca».

Vamos, que lo he dicho. Lo he dicho y me he quedado más ancha que larga, pero con una vergüenza que para qué. ¿Tú sabes dónde se mete una después de soltar semejante disparate? Porque yo no lo sé.

—Eso no suena tan gilipollez, ¿eh? Suena a plan.

Y lo dice tan seria, que me dan ganas de besarla solo para que se calle. O para que me diga más.

Deja la copa en la mesa, sin apartar la mirada. Y yo sé que va a pasar. Me tienta ponerme a correr por la pasarela de cristal como una loca, gritando que no estoy preparada. Pero es que lo estoy. Lo estoy, aunque me tiemblen las bragas. Aunque me dé vergüenza mi propia cara. Lo estoy porque no hay nada en esta ciudad, ahora mismo, que me apetezca más que su boca.

Y, sin embargo, me noto en el filo. En ese punto exacto donde una parte de mí grita «hazlo ya, coño» y la otra se agarra a los años, al miedo, a la idea absurda de que a mi edad estas cosas no se empiezan. Que esto no se improvisa. Que ya es tarde. Que si la beso y me revuelvo por dentro, ¿qué? ¿Qué hago con eso después? Porque yo no soy de las que besan sin consecuencias. Y esto, esto tiene pinta de ser un incendio con nombre y apellidos.

Y entonces se inclina. Pero no te creas tú que se tira encima de mí ni nada, no. Se inclina lo justo, y yo, que estoy pendiente de ella,

noto cada centímetro, cada respiración, cada vez que se le mueve el flequillo.

Por si acaso, agarro la copa con las dos manos, que ni rezando un padrenuestro, pero en verdad es para que no se me note el tembleque.

Mi cuerpo, que es más listo que yo, ya va por delante, empujándome. Y me entra un calor por dentro, pero no es del vino, que ya me conozco yo ese calor y este es otro. Este es de los nervios, del vértigo, de la emoción.

—¿Y tú? ¿Vas a hacerlo o te vas a quedar con las ganas, preciosa? —me dice bajito.

Dejo la copa en la mesa, que casi la tiro, y me echo hacia delante. Con miedo, con ganas, con todo lo que llevo guardado desde hace siglos. Con lo que no he dicho, con lo que me he callado y lo que me he prohibido porque una ya tiene una edad y muchas tonterías encima.

No sé muy bien cómo pasa, si soy yo, si es ella, o si es que las dos hemos llegado al mismo sitio a la vez, pero nuestros cuerpos se acercan. Despacito. Con ese tipo de lentitud que es puro miedo a romper algo bonito.

Y yo, pues me lanzo. Pero no te creas tú que me lanzo en plan peli, con el pelo al viento y la música de fondo. Qué va. Yo me lanzo como soy: torpe, atropellada, con los mofletes colorados y la dignidad colgando de un hilillo.

La beso. Tal cual. Sin red, sin manual, sin nada. Solo su boca y la mía, y ese chispazo que, te lo digo, no lo he sentido en mi vida. Ni con Mateo, que en paz descanse, y eso que con él me creía yo muy moderna. Y me da coraje y alivio a la vez, porque me doy cuenta de que no estoy traicionando a nadie, que esto es mío, solo mío, y que ya era hora. Y entonces, mira, dejo de pensar. Porque si me pongo a pensar, si me paro, me entra el pánico y no estoy yo para más arrepentimientos.

Y, ay, madre mía. La boca de Asia está suave, calentita, y en cuanto noto cómo se encaja con la mía, se me quitan veinte años de encima. Me tiemblan los labios. Pero no paro. Porque ella me responde. Porque la siento. Porque su boca sabe a vino, a sol, a algo

dulce que no sé qué es, pero que me da ganas de morderle el labio para ver si me lo dice.

Ella me pone la mano en la nuca, se acerca más y me come la boca como si me llevara esperando toda la vida. Y ahí ya no soy yo, o sí, pero una Sara nueva, una que no pide permiso para sentir, ni se disculpa por el deseo este que me tiene loca. La beso como si llevara años debajo del agua y este beso fuera la primera bocanada de aire. Y qué aire. Qué gusto, qué susto y qué alivio, todo junto. Y yo, que siempre he sido muy de complicarme la vida, ahora solo quiero quedarme aquí, en este beso, y que el mundo espere, que ya he esperado yo bastante.

Siento un vértigo tan real que me da por pensar que igual me desmayo. Su boca está viva, blanda, húmeda, y cuando noto cómo abre un poquito más los labios para pillarme bien… ahí ya pierdo el norte. Porque no es solo que me bese. Es que sabe besar.

Y mira que yo soy de pensar mucho, que la cabeza no me para ni durmiendo, pero el cuerpo, el muy traidor, se ve que lo tenía todo claro desde el minuto uno. La rodeo con los brazos, que yo no sé ni cómo me atrevo, y me arrimo más, que si me descuido nos fusionamos y salimos en las noticias. Siento su aliento, que me da hasta cosquillas en la nariz, y la piel, y el pecho, y yo qué sé, todo.

Entre lengua y tembleque, me cuesta esconder la sonrisita, porque me doy cuenta de lo evidente: que no quiero que esto se acabe, vamos, ni de coña. Que me bese así hasta que se le gasten los labios, que yo me dejo.

Nos separamos un poco. Solo un poco. Yo la miro, ella me mira, y ya está el aire cargadito.

—¿Eso era una gilipollez o un adelanto?

Sonríe de medio lado, que parece que se ha comido un secreto y no me lo quiere contar. Yo, que soy una torpe para disimular, me relamo los labios, que los tengo todavía mojados, y no sé si es del beso o de los nervios, porque ya ves tú, para estas cosas soy muy de ponerme nerviosa.

—No sé, tú sabrás.

—Pues yo diría que ha sido un buen principio —responde, y se inclina un poco más—. Si quieres, te puedo enseñar la parte dos.

Tengo repertorio.

—¿Pero tú qué te crees? —le digo, medio riéndome—. ¿Que esto es Netflix y ya estamos en la segunda temporada sin ver el resumen del capítulo anterior?

Y Asia se ríe con esa risa que no se puede fingir, que a mí me da ternura y ganas de abrazarla, pero claro, tampoco voy a ser yo la intensa.

—¿Tú quieres que te haga más cosas o no, doctora?

Me suelta con esa mezcla de descaro y simpatía que tiene ella. Y claro que quiero. Pero no le voy a dar el gusto de decirle que sí, que quiero, que me haga lo que le dé la gana y un poquito más. Porque aunque esté descubriendo cosas nuevas de mí misma, yo sigo siendo Sara Rey. Y Sara Rey no se lo pone tan fácil a nadie.

—Mira, Asia… tú sigue así, que al final te va a hacer falta pedir cita para consulta privada.

Y me sorprendo a mí misma con esa frase. Porque me sale sola, sin filtro, y me escucho y me entra la risa floja. O las ganas de llorar, que soy yo muy de extremos. Porque lo que acabo de soltar… soy yo, pero una yo que ni yo misma reconozco. Una Sara que se ha quitado la coraza, aunque sea un poquito, y se ha dejado ver. Y mira que me da coraje, porque yo siempre tan controlada, tan de tenerlo todo atado, y ahora resulta que me sale la vena espontánea y me siento hasta guapa, fíjate tú.

Ella se me arrima más todavía. Yo estoy tan nerviosa, tan emocionada, tan descolocada, que no sé si besarla otra vez o irme al baño para tranquilizarme un poquito. Pero no me voy, que ya está bien de huir, ¿no?

La beso otra vez. Y eso para mí ya es decirlo todo, porque yo no me lanzo así como así. Su boca se mueve con la mía, sabe lo que necesito y me lo da, sin preguntar, sin dudar, sin hacerme sentir tonta, lo que ya es un logro.

Y entonces, por segunda vez hoy, pienso: «Niña, que tú sí estás viva». Y no solo viva, qué va. Estoy deseando estarlo.

Me apoya una mano en el muslo. La otra en el cuello. Yo no sé si tiemblo o si es ella. Pero hay calor. Un calor bueno. De esos que no queman, pero te dejan marca.

Y yo, que soy más de hacer chistes que de ponerme intensa, pues me entra la tontería, porque no sé si estoy soñando o si me he pasado con el vino. Y claro, me río, pero me río de nervios, de alegría, de no creérmelo. Porque, vamos a ver, ¿tú te crees que con lo que yo he visto y lo que he llorado, ahora me venga la vida a darme este regalo? Porque, de verdad, por una vez siento que estoy donde tengo que estar, sin postureo, sin dramas, sin tener que hacerme la interesante. Aquí, con ella. Con esta mujer que me ha desmontado sin tocarme y que, ahora, me está reconstruyendo sin decir nada.

Y si alguien me preguntara ahora mismo qué siento, no sabría qué decir. Porque no es solo alegría, ni deseo, ni ternura. Es una mezcla que no me cabe en el pecho. De pronto tengo sitio otra vez para mí. Para lo que yo quiero. Y eso no lo había sentido desde que era una cría. Ni siquiera cuando todo iba bien.

Igual no soy tan tonta como pensaba. Igual esto era lo que me hacía falta, y yo venga a hacerme la dura, la independiente, la que no necesita a nadie… ¡Anda ya! Si llevo semanas tragando saliva, tragando suspiros y tragando más cosas que ni te cuento, que me va a salir una úlcera de tanto callarme.

Y no solo callarme lo que siento por ella. También lo que me pasa por dentro. Esa mezcla rara de alivio y susto. De haberme quitado un peso y, a la vez, sentir que me he metido en un jardín.

La tengo aquí delante, pegada a mí, con la boca casi rozándome y la mano esa que tiene, que parece que ha estudiado para esto, apretándome el muslo. Y yo, que siempre he sido muy de ponerme mis límites, ahora te digo que no pienso frenar, pero tampoco me voy a precipitar.

Que yo no soy de esas que se lanzan a lo loco, no, no, a mí me gusta disfrutar las cosas despacito y con arte. Y si me voy a saltar todas esas normas que me puse yo misma en algún momento de mi vida, pues mira, lo hago bien, con categoría, con su mimo y con la intensidad justa.

Y no sé qué cara pongo, pero ella me hace un gestito de chula que me revienta por dentro. Besarnos es solo el primer asalto y ya tiene pensado desmontarme por fascículos. Yo finjo que no pasa

nada y que no me acaba de pegar una sacudida en el eje de rotación. Pero vamos, que me conoce un poquito ya y sabe que aquí hay una señora temblando.

Me roza el brazo con los nudillos, despacio. Una caricia sin pretensiones. Y, aun así, me recorre un calambrazo que me baja por la columna y se instala en el estómago.

—Estás temblando —me dice, en voz bajita.

—Estoy viva, que ya es más de lo que podía decir hace unos meses —le respondo, intentando sonar graciosa, pero me sale más bien una confesión.

Porque lo es. Porque hace tiempo que voy tirando. Y ahora, de pronto, siento que se me han soltado las ruedas. Que puedo avanzar. Que me late algo más que la pena.

—¿Y ahora qué? —le digo, y me odio por preguntar eso, porque siempre tengo que estar yo con la preguntita de marras, que parece que no puedo disfrutar el momento y callarme la boca.

—Ahora lo que tú quieras. —Y me guiña un ojo. Un puñetero guiño.

—Pues lo que yo quiero ahora mismo es no pensar. Ni en lo que viene, ni en lo que he dejado atrás.

—Bien. Porque si piensas, te vas a cagar. Y yo no pienso dejar que eso pase.

Sonríe, porque sabe que me tiene atrapada con red y caña. Y no sé si me tiene o si me he dado yo sola, pero el caso es que estoy sin coraza, sin excusas y sin un plan de huida. Que me conozco, y cuando no tengo plan, es que ya estoy dentro hasta las cejas.

—¿Tú no tienes miedo? —Otra vez con la preguntita, como si me pagaran por ser pesada.

Ella se echa para delante, apoya el brazo en mi respaldo por encima de mi hombro y me evalúa.

—Claro que tengo miedo. Pero tú me das más ganas que miedo.

Y ahí, niña, me trago el vino con nudo incluido. Porque yo esas cosas no las he oído ni cuando me casé. Porque que te digan eso, así, sin flamenqueo, sin decorado, es como si te pusieran una mantita en mitad del frío. Y yo, que soy más de tiritar en silencio, me dan ganas de meterme debajo. Porque no me lo esperaba. No

así, no tan fácil, no tan bien dicho. Que llevo meses con ella descifrando indirectas y ahora va y me lo suelta a la primera, en el momento perfecto.

Le doy otro sorbito al vino, me limpio las manos en la servilleta para hacer algo con ellas y la enfrento.

—Estás distinta —le digo.

—¿Distinta cómo?

—No sé. Menos a la defensiva. Más… suelta.

—¿Será que me has besado bien?

—¿Será? —Arqueo una ceja—. Si no te ha gustado, te meto un bocado que te vas a enterar.

Ella se ríe, pero esa risa tiene peligro, que la conozco yo ya.

—Pues a lo mejor estaría bien eso.

No es una broma, no del todo. Suena a juego, pero también a promesa. Y yo me parto por dentro. Porque tengo claro que, después de esto, hay un antes y un después. Y me empieza a dar respeto lo que viene.

Pero te digo una cosa, y esto no lo digo yo mucho, que estoy feliz. Pero feliz de verdad. Que ni me siento culpable, ni nada. Solo feliz y punto. Que me dan ganas de llorar y todo, que parezco una pirada, pero de las simpáticas, no de las que asustan.

Ella me acaricia y yo me derrito, vamos. Porque tiene una manera de tocarme que es de experta y también de valiente. Ya he perdido la cuenta del rato que llevamos aquí pegadas, pero ni me importa ni me va a importar. Que si hemos parado ha sido porque el cuerpo lo ha pedido, no porque yo tuviera ganas de soltarla, ¿eh?

Me entra vértigo. Pero no de besarla, no. El vértigo es del después, de lo que viene ahora. Y, aun así, no me aparto. No me echo atrás. Porque esto no lo hago yo por hacerme la moderna ni por curiosidad ni por la crisis de los cuarenta, que ya me gustaría a mí tener cuarenta otra vez. Esto lo hago porque la tengo metida en la sangre. Que me tiembla hasta el pelo cada vez que se me arrima.

Se aparta un poquito y me pone esa carita de inocente. Me dan ganas de decirle que se esté calladita, que no me diga ni mu, que se quede, que yo ya me apaño con mi nervio. Pero claro, es Asia, y Asia

no se calla ni debajo del agua. Y mejor así, porque si se callara, también me dolería. Porque ya no quiero que se calle. No conmigo.

—Entonces… —me susurra la tía, pegada al oído— ¿te ha gustao o te has quedado con ganas de largarte?

—No voy a opinar en caliente, no vaya a ser que se te suba a la cabeza, guapa, que te conozco —le digo poniendo cara de seria.

A ella le sale una risita por la nariz. Y yo, que soy muy de hacerme la dura, pero en el fondo soy una blanda, me tengo que aguantar las ganas de reírme con ella.

—¿En caliente? Qué manera más fina de decir que te he puesto nerviosa.

—Tú te crees que lo controlas todo, ¿no? —le suelto, porque para chula, yo.

—Yo no controlo ni mi vida, pero lo disimulo mejor que tú.

—Eso sí, lo de disimular se te da, a ojo y con arte.

—Pues eso, que si te ha gustado, lo dices, y si quieres más, también, que aquí no se corta nadie.

—¡La que no se corta eres tú, eh!

—Es que… Estoy un poco contenta, doctora. Me apetecía mucho esto. Y me gusta que te hayas atrevido, que eres un poquito difícil.

Me da la risa tonta y me rasco el cuello para hacer algo con las manos.

—¿Tú sabes que me estás volviendo loca, no?

—Sí, pero eso ya lo sabía antes de besarte.

—Pues imagínate ahora, que me tienes con las hormonas bailando sevillanas.

Se me arrima un poco más, se relame con descaro y me cuchichea.

—¿Tú estás segura de que sabes dónde te has metido? Porque una cosa es dar un beso y otra es saber lo que pasa después.

Me hierve algo por dentro, entre las piernas y el orgullo, que no sé si tengo ganas de darle un guantazo o de tirarme encima de ella. Porque sí, me tiene loca, pero a mí nadie me achica, que yo tengo más años de calle que el tranvía.

—No me vayas a tratar ahora como si fuera una novata, ¿eh? Que yo ya andaba por ahí morreándome en los portales cuando tú

llevabas pañales, bonita.

Ella se ríe. Se relame otra vez y levanta las cejas.

—Con chicos, vale. Pero con mujeres… es otra historia. Y tú lo sabes. O lo vas a saber, ya verás.

—¿Y tú qué sabes de morrearse con tíos, alma de cántaro? ¿Te has liado con muchos, tú?

Asia se encoge de hombros, tranquilita.

—Con ninguno. Pero no me hace falta para saber que lo bueno está en otro lado.

Trago saliva y aprieto los muslos. Porque, hija mía, no sé qué tiene esta tía, pero me deja sin aire. Y cuando ya creo que va a parar, va y remata.

—Tú no te preocupes, que ya verás lo que es que alguien te bese sin buscar meterte nada. Que te lo haga con la boca, con las manos, con la cabeza. Entera. Que te dé tantas ganas que ni sepas por dónde te están tocando. Y que no haga falta correr para llegar.

Esto me lo dice al oído, rozándome. Y me sonríe. Y yo tengo la cara roja como si me hubiera dado el sol en la playa de la Victoria todo el día. Me dan ganas de meter la cabeza en la cubitera y quedarme ahí hasta que se me pase el sofocón. Porque sé que si me dice una frase más con esa voz, me va a dar un algo. Y no un algo metafórico, no. Un algo real. Físico. Con mareíto incluido.

Encima no ayuda que se dé ese aire de que sabe que me tiene, pero no lo va a usar todavía. Que se lo va a guardar para cuando me pille en bragas. Literal o figuradamente.

—¿Estás bien? —me pregunta, con esa sorna tan suya.

—Estoy divina. —Levanto la barbilla, a pesar del meneíto emocional. Me sale la dignidad, esa que me queda. Que será poca, pero está entrenada—. Aunque si sigues hablando así, me vas a tener que pagar el tinte de las canas. Que yo no estoy acostumbrada a tanta intensidad.

Ella se ríe y yo me río también, pero en mi interior cuento hasta diez, hasta veinte y hasta cien, porque el cuerpo me pide guerra, pero la cabeza me dice que ya no tengo veinte años, que luego vienen los disgustos. Porque sé lo que se me viene encima. Y lo quiero, ¿eh? Pero también me acojona. Porque esto no es un

revolcón. Esto es una declaración de guerra a mi vida de antes. Un terremoto que me va a poner la vida patas arriba.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti ahora mismo? —dice, sin dejar de tocarme con esos deditos que no aprietan pero marcan.

—A ver, sorpréndeme, que ya estoy en un sinvivir.

—Que te haces la dura. Pero por dentro estás en llamas.

—Pues no te acerques mucho, que vas a salir chamuscada.

—Me gusta el riesgo. Y además… —Se inclina y me roza la oreja con los labios—. No hay nada más bonito que ver a alguien ardiendo por dentro y haciendo ver que no. A ti lo que te hace falta es que alguien te saque de quicio, pero con la lengua.

Y ahí, lo que me sube por el pecho no es deseo, es fuego puro, del que no se apaga.

—Tú te crees que me tienes pillada, ¿no?

—No me lo creo. Lo sé.

Me muerdo la lengua para no decirle que sí, que me tiene. Que si me suelta dos frases más de esas, voy a empezar a quitarme la ropa sin darme cuenta. Pero no lo digo. Que una tiene su orgullo.

Levanta la copa otra vez, la choca con la mía despacito.

—Por las señoras valientes.

Asiento medio en las nubes. Chin. Copas otra vez.

—¿Sabes qué más me apetece, Sara? —dice, sin alejarse—. Arrinconarte contra esa pared y que se te olvide cómo te llamas.

Y yo, que llevo la decencia ya en coma, sonrío. Pero por dentro me está dando un ataque. De risa, de nervio, de deseo. De todo.

Capítulo 28

Asia

Paseamos por la orilla del río, con esa brisa que ni refresca ni nada, solo te despeina un poco y ya. A mí me da igual la Torre del Oro, si pasa la Macarena en patinete eléctrico o si de repente nos sale un unicornio de un portal, lo único que tengo en la cabeza es lo que acabamos de hacer, lo que hemos tardado en hacerlo y lo que nos queda.

Vale, a ver, Sara me ha dicho que me va a enseñar Sevilla de noche, yo he fingido «ay sí, qué guay, cultura y tal», pero en realidad lo que quiero es besarla otra vez.

Este paseíto está medio vacío y oscuro, pero se oye ese ruido de fondo de las terrazas, un remix raro de vasos que chocan, voces que suben y bajan, alguna moto que pasa a toda leche y risas que flotan por ahí. Huele a jazmín y a esa humedad pegajosa que normalmente me pondría de mala leche, pero ahora no me importa, porque voy flotando, o drogada, o las dos cosas, no sé. Y sí, ya sé que suena supercursi, pero es que, joder, nos hemos besado.

Y no ha sido un beso de «bueno, venga, por probar», no, no, ha sido de esos de con todo el cuerpo, con las ganas acumuladas de semanas, con esa torpeza que te hace daño pero del bonito, de ese que te deja temblando las manos y los ojos diciendo todo lo que no te atreves a soltar en voz alta.

Caminamos despacio, porque no queremos llegar nunca a ningún sitio. Yo voy medio detrás de ella, miro su espalda, el pelo despeinado por el viento suave y la camiseta esa que se le pega un poco a la piel porque hace calor todavía. Aunque ya no es ese calor que te agobia, sino uno que te recuerda que estás viva. Que te roza sin quemarte. Como ella.

Y la noto distinta, el beso le ha desbloqueado un nivel secreto y ahora se mueve con otra energía. No sé si es que está feliz o si disimula que está igual de en *shock* que yo, pero hay algo en su forma de andar que me dice que sí, que las dos sabíamos que iba a pasar y lo llevábamos cocinando desde esta mañana, desde ese momento en su consulta en el que casi… bueno, casi todo, pero no, porque siempre pasa algo, siempre aparece alguien, siempre somos dos cobardes, pero el beso de esta noche lo traíamos guardado desde hace semanas.

Y qué beso, por favor. O sea, yo me he besado con muchas chicas, ¿vale? No soy una monja, pero esta mujer me ha dejado los labios con memoria, el cuello con cosquillas y la entrepierna con ideas. Me tiene al borde del colapso, que yo voy andando, sí, pero por dentro voy gateando y recogiendo los trozos de mí que se han quedado pegados en las paredes del bar.

Me rayo, porque ha sido brutal y quiero repetir, pero también me da vértigo, no por el beso en sí, sino por cómo me ha mirado después, por cómo la he mirado yo, por cómo me he sentido. Que a mí me gusta la intensidad, pero esta tía me atraviesa. Me desarma sin empujar. Me acaricia y me cambia la forma de respirar.

Seguimos andando y yo solo quiero volver a tocarla, aunque sea con la excusa más cutre: «ay, tienes un mosquito en el pelo» o «te has dejado algo en el escote, déjame que te ayude», cualquier cosa para rozarla, pero ni hace falta, porque ella tampoco se aleja.

—¿Tú siempre te pones así después de besar? —le tiro, a ver si cuela.

Sara no para de andar. Nerviosa. Sublime. Preciosa.

—¿Así cómo?

—Así… mucho más guapa. Más de «haz conmigo lo que te dé la gana».

Ella suelta una de esas carcajadas que te dan ganas de grabar para ponértelas en bucle cuando estés de bajón, pero se recompone rápido, porque es muy ella.

—Tú te crees que me vas a tener en un sinvivir toda la noche, ¿no?

—No toda. Solo lo que dure el paseo. Y el postpaseo. Y el premañana.

—¿Tú no te cansas nunca?

—¿De ti? Ni lo intento, vamos.

Y otra vez se le escapa la sonrisa medio torcida, la que ya sé que significa que le gusta lo que oye aunque no lo diga, pero también siento que aún duda si dejarse llevar del todo.

Rozamos las manos sin querer. O queriendo. Porque ya no lo sé. Lo que sé es que cuando eso pasa, el aire entre nosotras cambia. Ella me observa solo un segundo, pero ese segundo me da para escribirle una novela entera a mi grupo de WhatsApp de amigas.

—Tú no te cortes, ¿eh?

—¿Y tú? ¿Me das la mano? ¿O tienes miedo de que nos vean? —le digo con la bala cargada, porque a ver, yo he crecido alerta. He aprendido a medir los gestos, a vigilar a quién toco y cómo.

Ella se detiene un segundo y no se lo piensa mucho, me coge la mano. Sin más.

¿Esto está pasando de verdad? ¿Desde cuándo me afecta que alguien me coja la mano? O sea, nunca. Pero nunca, nunca, ¿eh? No con esta mezcla de orgullo, de ternura y de vértigo. Y ahora, de repente, tengo los dedos entrelazados con los suyos y me da un subidón raro. ¿Por qué este gesto tan de domingo por la tarde me hace temblar más que el morreo de antes? Será que yo nunca he ido de la mano con nadie así. Porque ir de la mano es otra cosa. No es sexo, no es tonteo, no es cachondeo. Es «estoy contigo y me da igual todo». Y yo, que siempre voy de dura y de que nada me afecta, ahora tengo la vulnerabilidad colgando de la mano, literal, y no sé si quiero soltarla o apretarla más fuerte. Bueno, sí lo sé: no la suelto ni de coña. Me flipa. Me acojona. Pero no la suelto.

—No me importa si alguien nos ve —dice.

¿Qué digo ahora? Por primera vez en siglos no tengo la frase perfecta, ni el chiste fácil, ni la salida de emergencia. Solo sonrío, porque es que no me sale otra cosa y porque, sinceramente, esto no me lo esperaba ni de coña.

—Ay, doctora… si sigues así me vas a tener que pedir el historial completo, porque yo a esto no estaba acostumbrada.

—¿A esto… qué? —me pregunta con cara de «sé exactamente lo que estás pensando, pero quiero oírlo de tu boca».

—A que me cojan la mano y me dejen las piernas temblando. Y con la ropa puesta, eso ya es nivel experto, ¿eh?

Ella suelta un suspirito. Yo me acerco un poco más.

—¿Y si te digo que estoy intentando portarme bien?

—Pues te diré que no lo estás haciendo muy bien.

—¿Entonces qué hago?

—Sigue. Pero despacio. Que me gusta, pero me asusta.

La frase es esa mezcla de Sara entera: valiente y asustada, entregada y con un pie en el freno. Y me encanta. Me flipa. Me tiene. Así que no digo nada más. Solo le aprieto la mano.

Cuando ya hemos caminado una eternidad, Sara se apoya en la barandilla del paseo, de cara al río. Y claro, yo voy detrás. Porque una es muy educada, sí, pero también muy bollera. Y no me voy a quedar contemplando la corriente del Guadalquivir, por favor. Bastante tengo con controlar la marea interna.

Y con el río de fondo en plan espectáculo, me acerco. Un pasito. Otro. Hasta que estoy a medio palmo, ella se estira un poco y me roza con ese culazo que tiene. Tal cual. Igual que en la consulta. Ni se molesta en disimular; sabe perfectamente lo que hace.

—Sara…, si vuelves a restregarme el culo así, no respondo de mí.

Ella no reacciona, se hace la santa y finge no saber que acaba de dejarme la tensión arterial y emocional por los suelos.

—¿Qué inventas ahora? Yo no estoy haciendo nada —me dice muy seria, pero se vuelve un poquito y se le escapa ese gesto de cachondeo que ya le conozco.

—¿Ah, no? ¿Y esto qué es? —le digo, rozándole con la cadera justo por donde más calienta.

Se gira muy despacito. Muy señora. Pero los ojos le brillan como si se hubiera bebido dos copas de más. Que en realidad sí se las ha bebido.

—Yo no te he restregao ná, ¿eh? —dice, con el acento más sevillano que ha sacado en toda la noche—. Pero vamos, si tú quieres creer que ha sido aposta, pues mira… eso ya es cosa tuya.

Yo levanto las cejas, divertida. Porque la tía es buena. Muy buena.

—Ah, claro, entonces no me estabas provocando, ¿no? Era el feng shui, el universo alineando tu culo con mi entrepierna porque sí, casualidad total.

Me río porque es que no puedo con ella.

—Bueno… —dice, bajando un poco la voz—. ¿Y quién te ha dicho a ti que te tienes que controlar? A ver si va a resultar que tú, con to lo experta que te crees, no sabes interpretar las señales de una mujer.

El deseo, la risa y el calor me suben por el cuello, porque me está tirando la caña con una elegancia que no me esperaba.

—Perdona, preciosa. Las señales las pillo todas, otra cosa es que si sigo esta, no te voy a dar ni un respiro hasta que se acabe el mundo, o el agua, o lo que sea.

—Tú hablas mucho —me dice, muy chulita—. Pero luego, a la hora de la verdad…

—¿A la hora de la verdad? Me estás buscando y te vas a asustar cuando me encuentres.

Obvio que se ríe, pero es esa risa nerviosa que intenta tapar lo que le pasa por la cabeza.

—Tú lo que eres es una descará —dice, recomponiéndose.

—Y tú una provocadora. Con ese culo y esas ganas de que te muerda el cuello. Anda, sigue caminando —le digo, bajito—. Que si me sigues picando así, te vas a enterar.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

Se me ocurre empotrarla contra la pared más cercana y explicárselo despacio, pero me contengo. No porque quiera, sino porque, por primera vez, no quiero correr. Quiero saborearla, entenderla. Aprendérmela como una letra que sé que va a sonar en mi cabeza todo el verano.

—Eso es un *spoiler*.

Ella me lanza una carcajada que me dan ganas de abrazar. Porque lo que estamos construyendo esta noche no es solo deseo. Es una confianza nueva. Una forma de mirarnos sin disfraz. De irnos diciendo, sin decirlo: «ya está, ya estamos aquí».

Capítulo 29

Sara

No sé ni cómo sigo de pie. Llevo desde que me ha cogido la mano aguantando el tipo, por dentro tengo el cuerpo que es una coctelera, el chichi en modo alarma y la cabeza, hija, la cabeza es el Parlamento en pleno, todos los traumas de mi vida haciendo cola para salir a saludar.

Y ahora, ¿qué hago? ¿Seguimos paseando como dos señoras mayores que van a por el pan? ¿Nos sentamos en un banco a ver los patos esos que ni existen en el Guadalquivir, pero que yo me los imagino porque ya no sé ni dónde mirar? ¿O nos vamos para casa? Porque, vamos a ver, si esto fuera una cita de las de antes, de las de «bueno, muchas gracias, ha sido una noche muy bonita, que descanses, *chao pescao*», pues yo me planto en la puerta de mi casa, le doy un besito si me da el punto y para dentro, con el sujetador ya medio quitado antes de llegar al pasillo.

Pero no, alma de cántaro, que esta mujer vive en mi casa. ¡En mi casa! Que no hay excusa posible, que si tiramos para allá, no hay portón, ni reja, ni cortina de baño que me salve de la que se me viene encima. Y escúchame, no es que no quiera, que yo ganas tengo más que una quinceañera en la feria, pero es que no sé si estoy yo preparada para esto.

Porque tú sabes lo que es pensar que a lo mejor esta noche me veo en pelotas delante de Asia. En pelotas, entera, con la luz de la cocina, el moño torcido y la barriga de madre de cuatro. Y ella, tan mona, tan segura, tan divina de la muerte, que parece que ha salido de una revista. Es que me da algo solo de pensarlo, vamos.

Estoy por decirle que nos tomemos otra copa, o dos, o un botellín de agua con una tila, a ver si se me baja el nervio. Algo que alargue esto, un «uy, qué bien se está aquí, ¿te apetece sentarnos en un

velador y ver pasar a la gente mientras yo intento que se me baje el sofocón y el alma deje de temblarme?». Pero es que no me sale, que la otra va tan tranquila, como si esto fuera su paseo de todos los días y no me hubiera metido ya tres dedos emocionales en el corazón y me los estuviera meneando con arte, la tía.

Y yo, mientras tanto, venga a darle vueltas: ¿qué hago? ¿Me ducho en cuanto llegue, por si acaso? ¿Me pongo el pijama de los domingos, el bueno o el moderno? ¿Le digo «buenas noches, Asia, que descanses» y me encierro en el cuarto con el ventilador apuntándome a los ovarios, a ver si se me enfría el calentón? ¿O finjo que tengo que doblar una lavadora entera de sábanas, aunque estén ya dobladitas, solo para no cruzarme con ella en el pasillo? Mira, de verdad, que yo no sé cómo hay gente que lleva esto con naturalidad. Yo, desde luego, me veo más cerca de un ataque de ansiedad que de un orgasmo, te lo digo con la mano en el pecho.

Y encima fantaseo. Porque claro, mi cabeza es así de cabrona. Me la imagino quitándose la camiseta, tan fresca, tan suelta, y yo con mis bragas de algodón de lunares y con una pinta de pardilla que ni te cuento. Que si me vieras, te daba la risa floja, vamos. Y por si no tuviera yo ya bastante con mis peliculitas, me la imagino cerquita, con esa voz que, tía, parece que te va a follar con las palabras antes que con el cuerpo, y a mí me da un ataque. Un ataque, te lo digo. Que si me dice «ven», no sé si lo dejo todo, corro para su cama o me caigo redonda en la entrada, que a mí con los nervios me da por desmayarme, no te creas.

Lo peor de todo es que quiero. ¡Claro que quiero! Pero es que también quiero tener un poquito de control y saber, yo qué sé, qué carajo estoy haciendo con mi vida, que ya no estoy para tonterías. Porque esto no es un rollito de una noche, no, esto es Asia. Esto es mirarla después, desayunar juntas al día siguiente y saber que ya no hay marcha atrás. Que si la toco o me dejo tocar, ya no puedo hacerme la loca y decir «aquí no ha pasado nada». Y tú sabes que yo soy muy de meter la pata, que tengo un máster en eso, pero también soy de darle mil vueltas a todo antes de liarla.

Total, que alargo el paseo como si esperara el autobús de la esperanza. Porque si llegamos a casa, tengo que decidir. Y yo no

estoy lista. No sé si necesito más tiempo o menos ropa. Si quiero que me folle o que me abrace, o las dos cosas, o que me dé un susto y decida ella por mí, porque yo, para tomar decisiones, soy un desastre.

Y entonces me paro, porque la miro y está guapísima, la tía. Así, sin hacer nada, solo andando a mi lado. Y de repente, oigo música. Primero flojita y luego ya el bombo. Levanto la cabeza y, entre los árboles, veo luces: un destello azul, otro morado y una ráfaga blanca. ¿Esto qué es ahora, una rave de guiris o qué? Porque esto antes no estaba, vamos, ni de coña.

Nos acercamos, es una terraza de estas modernas, con DJs recién salidos del instituto, camareros con tatuajes que ni se ven de lo pequeños que son, luz indirecta, música alta, gente de pie con la copa en la mano.

—Vamos a tomarnos algo aquí, ¿no?

—¿Tú? ¿Aquí? ¿En este garito? ¿Tú no eras de vermut y croqueta?

Ya estamos, le agarro de la muñeca y le digo:

—Mira, bonita, que yo he salido más que el sol antes de tener niños, ¿eh? Que yo he estudiado en Madrid, he pisado el Mondo, el Charada, y me he tomado chupitos de absenta sin llorar ni una vez. Lo que pasa es que luego una se casa, se multiplica por cuatro y le coge cariño al sofá, que el Netflix no se ve solo. Pero no soy ninguna recién salida de misa, ¿eh? Que yo tengo un pasado, aunque ahora me veas con la coleta y la bolsa del Mercadona.

Ella se ríe, claro, con esa risa que tiene que me hace cosquillas en la lengua, me derrito un poco más, que soy muy floja para estas cosas.

—Uy, perdone usted, señora fiestera. ¿Y qué te hace volver hoy, justo hoy?

Me sale una sonrisilla tonta que no puedo controlar, porque soy así de transparente.

—Que no quiero llegar a casa todavía, que si llego ahora me da un ataque de ansiedad y me tengo que tomar una tila doble. Así que tú calladita y pídeme algo fresquito, que hoy mando yo.

Y la arrastro para dentro sin esperar respuesta, porque para pensar ya me he pasado el día entero, y si me va a dar el bajón, prefiero que me pille con la música alta y la copa en la mano, no en el pasillo de mi casa con las llaves temblando. Que yo, muy valiente para unas cosas, sí, pero para otras…, me hago caquita, y lo digo sin vergüenza.

Entramos y lo primero que noto es el aire acondicionado, que me da en el pescuezo, a ver si se me bajan las calores. La música está tan alta que parece que han metido a Camarón y a Rosalía en una batidora, y el suelo vibra que yo no sé si es la música o que me está dando un ataque de nervios, que también puede ser, porque últimamente estoy para que me encierren.

La barra está que no cabe ni un alfiler, pero yo cuando me pongo, me encajo donde me da la gana. Me busco mi huequito, que para eso tengo yo más arte que el camarero, y ahí me quedo, con Asia pegada detrás de mí, mi sombra, vamos. Me giro medio riéndome, porque yo para disimular soy malísima.

—¿Tú qué vas a tomar, Asia? Pero no me vengas con un refresquito, que te quito el DNI y te lo rompo aquí mismo, delante de todo el mundo, ¿eh?

Ella, con esa carita de buena, me dice:

—Lo que tú digas, doctora. Hoy me dejo hacer.

Esa frase en otro momento me da un parraque, pero ahora me hace hasta gracia. Que sí, que yo también puedo ser moderna, salir, brindar y si me da la vena, hasta bailo. Y si no, pues me quedo aquí rajando de la gente, que eso se me da de escándalo y además es deporte nacional, ¿o no?

Y si de paso consigo mantener la calma y no meterme en la cama con ella a lo loco… pues mejor. O no. Ya veremos.

Total, que pido un vino blanco, pero del fresquito, del que entra solo y luego te da una patada en el estómago. Asia me traiciona y va y se pide una tónica, la tía, y eso que acaba de decirme que lo que yo diga. Yo le levanto una ceja, que parezco la madre superiora del convento.

—¿Una tónica? —Elevo la copa en un brindis con el aire, que ya me vale el postureo.

—Ya he bebido bastante. Y alguien tiene que vigilar que no te subas a bailar encima de la barra.

Y yo, que me conozco, me indigno un poco, pero con arte:

—¿Yo? ¿Encima de la barra? ¿Tú te crees que estoy yo para eso, tía?

Ella me analiza de arriba a abajo, valora si sería capaz o no.

—Dame veinte minutos y dos copas más y lo hablamos.

Y yo, oye, me río, porque al final, entre lo que digo y lo que hago, no me aclaro ni yo. Y porque ya me noto el vinito haciendo de las suyas, soltándome la lengua y las ideas. Y me viene de lujo ese tonito suyo de no juzgar. Solo acompaña. Solo observa. Da la sensación de conocerme de toda la vida, de saber que estoy al borde de algo.

Total, que estamos en la barra y me bebo la primera copa, agua bendita en vena, ni me entero. La segunda, ni me pregunta, me la pone ella delante con una sonrisita. Y ya con la tercera me entra ese punto de lucidez de borracha, que me creo la Madonna de Triana y que puedo con todo: con el miedo, con el deseo y hasta con la vida, que ya es decir.

Y claro, me vengo arriba, que yo para eso soy muy mía. Me pongo a contarle a Asia unas historias de la facultad que ni yo me acuerdo bien, pero las adorno, que para eso tengo maña. Me río sola, loca perdida, y me da por escanear a la gente del bar y criticar modelitos, puro modo Lomana. Y Asia se parte de risa, me sigue la corriente, suelta alguna pullita y a ratos me toca el brazo, la espalda, el hombro…

Sigo, que cuando me da por hablar, no hay quien me pare. Hablo, bebo, me río, bebo otra vez, y me entra un calor que me tengo que airear la camiseta, que ya me da igual todo. Me entran ganas de abrazarla y de besarla, pero me aguanto, porque una tiene un poquito de vergüenza todavía, aunque sea poca.

Y encima, la otra sabe el punto exacto en el que estoy. Me susurra al oído, ese tonillo que no sé si es de preocupación o de que me quiere comer la boca otra vez:

—¿Tú estás bien?

Y yo, que ya voy por el cuarto vino y me creo la reina de la barra, levanto la copa y le digo:

—Estoy estupenda, vamos. Viva, brillante, un poco borracha, sí, pero muy en mi sitio.

Y ella, con una sonrisita de esas que te desmontan, me dice:

—Ajá… ¿Y ese sitio tiene nombre o te lo estás inventando ahora mismo?

—Este sitio se llama: «no sé si quiero que me abraces o que me metas en un taxi, pero lo que hagas me va a parecer bien».

Y la tía se ríe, y a mí me queda un sorbito para cruzar la línea. Sinceramente, no sé si brillo o hago el ridículo, pero me noto a un paso de la lagrimita tonta, del ataque de sinceridad, de que se me note todo.

Y justo ahí, cuando me giro para decirle que me gusta mucho, que la quiero entera, que la deseo hasta con la camiseta arrugada y esas greñas que lleva, noto que el suelo se me mueve o yo me he inclinado, que ya no sé, y el vinito, ay, el vinito…

Y entonces Asia me pone la mano en la cintura y me arrastra.

—Vámonos ya.

Y yo, niña, me dejo llevar, porque ya lo siguiente no me toca contarlo a mí. Que una tiene su corazoncito, pero también sabe cuándo callarse.

Capítulo 30

Asia

Meter a Sara en el taxi ha sido un espectáculo. No porque se resistiera, al contrario, la tía se ha tirado dentro tropezando con la puerta y riéndose sola. Pero ha tardado tres minutos en decidir en qué lado quería sentarse, en si quería ventanilla o no y en si yo debía ir «más cerca o más cerca todavía». Me ha preguntado cuatro veces si estaba segura de no marearme, si quería ir en el medio o «pegadita» a ella. Al final, ha acabado con la cabeza medio apoyada en mi hombro y el bolso agarrado como si llevase dentro el *horrocrux* de Voldemort.

—¿Tú sabes lo buena que estoy yo cuando me suelto? Te lo juro. Es que no lo puedes ni imaginar.

Me río, porque tira la frase con esa seguridad de quien se ha metido tres copas de más y le da igual todo. Pero esa risa no es solo risa, ¿sabes? Es el deseo saliendo a carcajadas, «jaja, sí», pero por dentro estoy en llamas. Porque Sara borracha no se convierte en la versión tonta de Sara, para nada. Es Sara versión prémium: sin filtros, sin excusas, sin la vocecita esa de «cuidado, no la líes». Solo ella, a lo grande.

Y sí, lo admito: estoy caliente. Mucho. Llevo meses con esta tensión dentro y ahora se me sale por las costuras, por los poros, por todo. Pero no es solo eso. Es que me la comería a besos y a carcajadas, al mismo tiempo.

La observo con descaro mientras el coche arranca y dejamos atrás la terraza esa. Tiene la cara roja, los labios húmedos de tanto reírse y el cuello un poco sudado. Y yo, sentada a su lado, me trago las ganas y también el miedo. Porque sí, va borracha, pero no está ida. Está en ese punto perfecto en el que todo se le desborda un poco: la lengua, la risa, el deseo.

—Ay, niña… —suelta de repente, con ese tonito de drama andaluz que le sale solo—. Tú sabes lo que me ha costado no meterte mano en la barra, ¿no? Pero me ha dao cosa. Por los camareros. Y por los derechos humanos.

Yo contengo la risa, medio porque me la imagino haciéndolo, medio porque me da miedo cuánto me gustaría que lo hubiera hecho. Está girada hacia mí con esa expresión de niña pillina, con las piernas cruzadas sobre el asiento, el pelo revuelto y una energía que me tiene loca. Literalmente loca. Para encerrarme.

Sin previo aviso me da un beso. Así, porque sí. Un morreo torpe, rápido, de esos con toda la intención, pero cero puntería. Me pilla con media risa en la boca y me la cambia por un nudo en el estómago. Y ella, tan pancha, se echa hacia atrás con una sonrisilla triunfal:

—Para que no se diga que soy cobarde.

Me embobo con ella, porque ¿qué hago? ¿La freno? ¿Me lanzo? Me cuesta hasta tragar. Porque la quiero besar otra vez, y otra, y otra. Pero también quiero que esté segura. Que no se despierte mañana sin saber qué ha hecho. Mi cuerpo es un horno y las bragas las tengo para escurrirlas, pero me controlo.

Sara se recoloca con esa gracia que tiene incluso borracha. Se saca del bolso un abanico —rojo con lunares, cómo no—, y me da con él en la pierna.

—¿Tú sabes que yo antes ligaba con solo abrir esto? —Lo agita con un giro de muñeca que, francamente, tiene más intención sexual que una película entera de Almodóvar—. En la feria de Córdoba, una vez, hice así… ¡plas! —y me da otro toque en la rodilla — y cayó rendido un italiano. Lo que pasa es que luego me tropecé con un bordillo y me comí el albero, pero eso ya no cuenta.

Me parto. Porque no es solo la historia, es cómo la cuenta. Esa mezcla de vanidad y ternura, de saberse guapa, pero no tomárselo en serio. Por lo suelta, por lo libre. Por verla así, riéndose de sus historias, sin miedo a quedar mal. Y yo, que ya la tenía en un altar, ahora la quiero meter en la cama y enmarcarla al mismo tiempo.

—Esto antes de Mateo, ¿eh? —añade, bajando un poquito la voz como si me confesara algo muy serio—. Cuando yo era una chavala

y todavía se me podía sacar de fiesta sin tener que pedirme cita previa y dos ibuprofenos.

Le cojo el abanico y lo cierro despacito, mirándola de reojo.

—¿Y ahora con qué ligas, doctora? ¿Con un QR? ¿Con la tarjeta del pediatra?

Sara me da un empujón suave con el hombro, pero le tiemblan los labios de la risa.

—Con saber moverse. Y tú te mueves bien… pero hablas demasiado.

Y me da un apretón en la pierna de esos que te pegan un calambrazo. Un gesto que no es de broma, aunque venga con chiste. Y yo, que ya tengo las pulsaciones en números rojos, me acerco un poco más y pego el muslo al suyo.

—Yo lo que quiero es que te tiemblen las piernas… pero no del miedo.

Se me escapa. Se lo digo al oído, con esa voz que solo saco cuando estoy al borde de hacer una locura.

Sara se gira y se lleva una mano al pecho, muy teatrera, muy ella.

—¡Eso no se dice en un taxi, mujer! Que aquí hay testigos.

—¿Entonces dónde? ¿En tu cama con la lámpara encendida y las bragas volando?

—¡Asia, por Dios! —Pero se ríe—. Que una tiene un poco de decoro todavía. Un poco.

Y ahí, en medio del coche, entre abanicos, insinuaciones y ese olor suyo que me está matando, me acuerdo de lo jodidamente guapa que es. Y de lo jodidamente bien que me hace sentir. Aunque esté al borde de perder la cabeza y también las bragas.

No digo nada. Porque estoy procesando esa forma de lanzarse de cabeza pero con cuidado. Respiro hondo. ¿Y ahora qué? Porque por un lado, me encantaría agarrarla, pegarla contra la ventanilla y besarla hasta que se le olvide el nombre. Pero por otro, la tengo con el vinito burbujeándole en las venas, y yo no soy una cabrona. No lo he sido nunca, y menos con alguien que me está empezando a importar tanto que me da miedo.

—Ay, chiqui, ¿qué pasa? —me dice, con la voz un poco más bajita ahora—. ¿Te he asustado? ¿O es que no te ha gustado que te bese?

Y yo quiero gritarle que me ha encantado. Que me tiene tensa desde que nos besamos en la torre esa. Que llevo tres horas con ganas de meterle mano, pero sin atreverme a mover un dedo, porque no quiero que esto se tuerza.

En vez de gritarlo, le aparto un mechón de pelo pegado a la frente y le sonrío, con esa media sonrisa que se me escapa cuando no me quedan defensas.

—Me ha gustado demasiado —le digo, muy bajito—. Pero me tienes que prometer que mañana te vas a acordar de todo esto.

En un segundo, en mitad del jaleo de su borrachera, se pone seria. Solo un segundo.

—Asia, cariño… Esta noche no se me olvida ni con tres pastillas para dormir y dos infartos.

Me entran los demonios. Pero no los del miedo, los del deseo. Porque la he visto borracha de risas, de calor, de euforia. Pero esto es otro nivel. Sara va con los pómulos encendidos, las pupilas como faros y la lengua más suelta que nunca. Y eso, en ella, es dinamita. Borracha y graciosa. Borracha y guapa. Borracha y con ese punto de ternura chula que me deja desarmada.

Se apoya en mí de una manera que parecemos una pareja de toda la vida. Con la cabeza medio caída en mi hombro, me acaricia la rodilla sin querer. O queriendo. No lo sé. Lo que sé es que llevo diez minutos con un calentón del demonio y no puedo dejar de preguntarme si esto va a pasar o si me voy a quedar con la cara partida.

—¿Tú crees que si me quito los zapatos ahora, el taxista se va a ofender?

—Creo que si te los quitas vas a poner a prueba el sistema de ventilación del coche, doctora.

Se ríe. Con su risa de boca abierta, de garganta suelta, que me da ganas de meterle un beso entre palabra y palabra.

—Uy, Asia. Que si me hablas al oído así, me da algo ya —me dice, rebuscando en el bolso, y yo no sé si reírme o ayudarla, porque se le van a escapar las llaves, el móvil y la dignidad todo junto—. Pago yo, ¿vale? —Y me enseña la tarjeta—. No quiero movidas, que luego te

piensas que esto es por compromiso, o por la pasta, o yo qué sé, chiqui, que tengo la cabeza hecha un lío ya con este tema.

Me quedo muda. Porque no me lo esperaba. Porque el dinero es un tema, sí. Porque cuando antes acepté el pago de Sabina lo hice por necesidad, pero desde entonces no me he quitado de encima esa sensación de deuda silenciosa. Y ella… ella lo ha notado. Obvio.

—No voy a discutir contigo. Pero no te confundas, ¿eh? —le digo, intentando sonar medio graciosa, medio seria, que es mi especialidad—. Que lo que te voy a hacer esta noche, no es por el taxi.

Ella se ríe, claro, pero se le cuela un brillo raro en los ojos, como si de repente hubiera entendido que para mí esto no es el típico «me invitas y yo finjo que no me importa». Que no soy la que se apunta a la vida de mansión y *brunchs* de domingo solo porque sí. Que con ella, justo con ella, quiero que todo cuente. Hasta el puto trayecto en coche, aunque huela a ambientador de coco barato.

—¿Y tú qué piensas hacerme, eh? Eso es lo que más me interesa saber ahora.

—Solo lo que me pidas si estás despierta. Que si estás muy borracha, me aguanto.

Pone cara de que le he soltado un verso pero en versión guarra, con su puntito de moralidad, que es… ¿poesía ética? No sé, pero me flipo a mí misma, la verdad.

Ella paga, deja la tarjeta ahí medio colgando y me da un beso rápido, torpe, de esos que te dejan la boca ardiendo y la cabeza en modo *buffering*.

—Que lo sepas, estoy temblando desde que me cogiste la mano. Así que si no me tomo otra copa al entrar, igual me da un algo.

Yo trago saliva, sonrío, pero por dentro estoy cagada también. Porque me ronda la paranoia de que se desinfle o se despierte mañana en modo arrepentida. Pero es que también me muero de ganas de entrar en su casa, de meterle las manos por debajo de la ropa, de sentir su piel, de olerla, de… bueno, de todo. Estoy empapada y no es metáfora, o sea, literal, y tengo los músculos tan tensos que si me pinchas, reboto.

—¿Otra copa? —le digo mientras bajamos del coche, intentando sonar casual, pero seguro que se me nota la voz medio rota.

—Obvio. Una copita. Para cerrar la noche con broche de oro, ¿no?

—Ni de coña —bajo la voz—. A ti te quiero despierta. Serena, enterándote de lo que pasa.

Ella se queda quieta y me mira como si le hubiera quitado la ropa con una frase.

—¿Tú me deseas, Asia?

Y yo, que no tengo ni idea de cómo se responde a eso sin parecer una pringada, le suelto la verdad, porque ya qué más da.

—Te quiero entera. Y si se te ocurre caerte de sueño, te meto una ducha fría.

Se le escapa una risa que me hace temblar, y yo también me río, pero por dentro estoy a punto de explotar.

Capítulo 31

Asia

La puerta del chalet pega un portazo que retumba, pero ni punto de comparación con el escándalo que llevo yo por dentro. Sara entra la primera, lanza las llaves al cuenco de la entrada que suenan a metal contra cerámica, ese *clac* que dice «ya estamos en casa, *baby*». Se quita los zapatos con torpeza. Se apoya en la pared, medio desmayada, medio diva, y suelta un suspiro.

—Ay, por favor, qué calor. Y qué silencio.

La casa está vacía, las niñas se han ido con Damián y Gala a casa de los abuelos, haciéndonos el favorazo de la vida.

Me paro en el quicio de la puerta y me relamo por dentro. Ese cuerpo, disfrazado de camiseta ancha y miedos reciclados, es un crimen para la presión arterial. Las caderas se le dibujan redondas, el culo pide a gritos mis manos y la espalda me lanza señales de socorro en varios idiomas. Solo con ver el tirante del sujetador asomando, se me aflojan las rodillas.

—¿Tú vienes o qué? —me dice, subiendo cuatro escalones sin girarse—. Que parece que te has quedado en pausa, guapa.

Le pongo ojos de deseo puro y noto el sudor por el cuello, pero no pienso correr. Cierro la puerta y me acerco a fuego lento, saboreando cada paso, porque verla ahí, medio valiente, medio acojonada, es puro vicio. Me pego a su espalda, bien cerquita, y le soplo al oído:

—Voy, pero bájame un poco el nivel de tentación, que así me lío y acabo a mitad de la escalera.

—¡Asia, por favor! Que una tiene vergüenza —protesta, pero el tono le tiembla.

—Claro, un poquito, pero hoy te has pasado de atrevida. Si me pones esa retaguardia delante, ¿qué quieres?

Se calla, pero respira hondo, se le escapan las dudas y se le cuela el coraje. Alargo la mano, directa, sin vacilar.

—Anda, sube. Si te entra el miedo, te agarro. Y si no, también.

Ella duda. Pero solo un segundo. Luego me agarra. Fuerte. No es solo la mano, me agarra también las ganas, el vértigo, la esperanza y las bragas, todo junto.

—Asia —me susurra con esa voz rasposa de borrachera, pero con un toque de seriedad que me pone la piel de gallina—. Si subo, no me pares, ¿vale? Porque yo… no estoy para frenos.

Me quedo petrificada en la escalera, su mano en mi muñeca me marca el camino. Y yo, que estoy a punto de estallar, le sonrío con una sinceridad que me sorprende.

—Pues sube, anda. Pero si te vas a rajar… dímelo antes, que me doy una ducha fría y te caliento una manzanilla.

Me responde con un apretón en la mano y un impulso hacia arriba. Y yo no piso el primer escalón. Lo muerdo.

Subimos sin una palabra más. Solo su mano tirando de la mía. Cuando llegamos al piso de arriba, dudo un instante. Veo su puerta, su habitación, su refugio, pero ella pasa de largo y me lleva a mi cuarto. No esperaba esto, no sé qué esperaba, en realidad. Mi cama es mi zona privada en esta casa, mi espacio, y ahora siento que si mañana esto duele, va a doler justo aquí. Pero ¿sabes qué? También quiero que sea más intenso y más fácil para ella. Y mientras Sara abre la puerta, tomo una decisión de esas que se sienten en el estómago. No voy a hablar, no voy a preguntarle nada y no voy a pensar demasiado, solo voy a dejar que fluya.

Porque si le doy tiempo, se va a llenar de ruido. Y yo no quiero que piense. Quiero que sienta. Quiero que recuerde con el cuerpo. Que se quede con eso.

Entra y va a encender la luz, pero la detengo.

—No. Así.

Y en ese «así» va todo. Va el hambre, la espera, las noches imaginando cómo sería, la rabia de haberla querido antes de tocarla y el miedo de perderla.

Me precipito. Le devoro la boca con la urgencia de meses enteros. Sin pedir luz verde. Sin poner barreras. El aire me falta, los dedos ya

no atienden a razones.

Ella me recibe con los labios abiertos. Y yo, que llevo demasiado tiempo conteniéndome, la agarro por la cintura y la empujo contra la pared. Siento su respiración acelerada en mi cuello. Y no la suelto, ni de coña: si dejamos espacio, las dudas entran. Ahora toca hablar en idioma tacto, entre jadeos y piel, sin palabras.

La beso por todas partes, sin estrategias, solo mi instinto. La sequía que arrastro se disuelve con su sabor, con la libertad de no esconder las manos, de borrar distancias y dudas. Y en este momento, sé que me quiere aquí, ahora, con las manos recorriendo su cuerpo, la boca en su cuello y la respiración en su piel.

—Joder, Sara… —le susurro entre dientes—. Te llevo queriendo meter mano desde el puto primer día.

Ella suelta una risa que más que risa es un gemido. Me araña la espalda por encima de la camiseta. Y yo me deshago. Porque la noto temblar. Porque está borracha, pero está aquí. Consciente. Entregada. Caliente.

Pues me lanzo, obvio. Le levanto la camiseta sin preguntar, con ganas, pero con tacto, porque soy un amor. Y cuando le muerdo la barriga, ya no hay vuelta atrás.

—Tía, estás cañón. No sé si agradecer o rezar para que esto no sea un sueño.

Ella se ríe con toda la vergüenza del mundo y me agarra la cara para que vuelva a su altura, me mira a los ojos en la penumbra y me besa, lento, tan lento que me dan ganas de gritar.

Y yo, que no suelo prometer nada, me lo prometo por dentro. Que esta noche va a ser suya. Entera. Que la voy a adorar con la boca, con los dedos, con las rodillas si hace falta. Que si me deja, le escribo un poema con el cuerpo.

Me acerco a su oído y le susurro sin voz de seductora, sin trampa, sin pose:

—Tranquila, que aquí no hace falta saber nada.

Ella traga saliva. No dice nada. Solo se apoya más. Y entonces yo sigo. Porque ya estamos aquí. Porque su cuerpo me pide a gritos que no la deje sola. Y porque yo la deseo como no he deseado a nadie nunca.

Le bajo el pantalón despacio, con los dedos rozando esta piel que no quiero olvidar nunca. Siento cómo se le eriza todo. Cómo respira con la garganta y se ríe bajito, porque no quiere que me dé cuenta de que está a punto de explotar.

Y eso me vuelve loca. Que me abra la puerta y me deje entrar, literal y figuradamente. Porque con Sara todo es eso: literal y simbólico. Físico y emocional. Deseo y vértigo.

Me agacho porque lo necesito. Porque desde aquí la tengo entera.

El cuerpo de Sara huele a vino blanco y piel en llamas, pero entre sus muslos el deseo es casi tangible. Me acerco, respiro hondo. Bajo sus bragas con cuidado. Está empapada. El olor me arrolla: deseo puro.

Le subo el sujetador con una mano y se tapa la cara. Me río por dentro, porque me pone mucho que le dé corte. Le acaricio el pecho, despacio, jugando, sin pensar. No quiero que piense, solo que sienta.

Y me muerdo la lengua. Porque podría lanzarme y comérmela viva ahora mismo. Pero me aguanto. Me incorporo un poco y le beso la barriga. Luego le muerdo justo encima del ombligo, muy leve, para hacerla reír, para que se relaje. Y funciona, porque hace un sonido nuevo que a mí me suena a placer.

—Tienes unas tetas de escándalo, ¿lo sabías? —le digo, porque no me puedo callar, mientras le subo el sujetador y se las acaricio con los pulgares, con esa mezcla de hambre y cuidado que me sale con ella.

—Calla ya… —susurra, y me da un empujoncito.

—No, tía. ¿Cómo voy a callarme? Si esto es patrimonio nacional. Si esto no puede quedarse encerrado en un sujetador como si nada.

Y me río. Porque me tiembla todo por dentro. Porque nunca he sentido esto así. Porque estoy tan cachonda que no sé cómo sigo articulando frases. Pero no quiero que esto sea porno sin alma. Quiero que se relaje y sea especial para ella.

Me echo hacia atrás un segundo y la miro. Con la camiseta subida, el pantalón bajado a medio muslo, el pelo revuelto, los labios entreabiertos y a punto de soltar un «haz algo ya». Pero no lo suelta. Me lo deja a mí.

Le saco el sujetador rollo truco de magia, rápido pero sin brusquedad. Lo tiro a un lado, porque la tengo a ella y ella vale más que cualquier ropa. Sus tetas se acomodan en mis manos como si siempre hubieran estado ahí. Y yo, que no suelo ponerme sentimental por un par de tetas, me pillo un poquito. Porque son grandes, son bonitas, sí, pero lo mejor es que son suyas.

Le paso la lengua por un pezón, muy despacio, sin chupar aún, solo humedeciendo. Ella se arquea, pero sin ruido, porque aún no se atreve a gemir y porque no sabe que conmigo no tiene que aguantarse nada.

Le muerdo muy suave, para provocarla, y luego le beso la curva de debajo del pecho, porque me gusta. Porque huele bien. Porque me da la gana. Y porque cada milímetro de su piel me tiene enferma. En el mejor sentido.

Tiene las piernas medio abiertas y la mirada desenfocada, y yo no puedo más. La desnudo del todo y me quedo un segundo contemplándola como si fuera arte y yo nunca hubiera visto algo tan vivo.

Subo por su cuerpo. Con la boca. Con las manos. Con la lengua y con los ojos. Beso el vientre, el esternón, el cuello. Le muerdo la mandíbula. Le paso los dedos por la espalda, por la cara interna del muslo, por el culo. La toco, la memorizo.

Y ella no se mueve. O sí, pero hacia mí. Se deja. Se abre. Se rinde. Y eso me pone más que cualquier postura imposible. Porque Sara no es de las que se rinde fácil. Porque rendirse es lo más valiente que ha hecho esta noche.

La abrazo y le muerdo justo donde el cuello se curva con el hombro. Solo entonces, cuando ya la tengo temblando, cuando ya no sabe si reír o suplicar, bajo la mano entre sus piernas. Y no hago nada. Solo la dejo ahí. Para que sepa que puedo. Que estoy. Que soy suya. Que la quiero entera.

Capítulo 32

Asia

Justo cuando estoy a punto de sacarle el primer gemido que no es de broma, le sale la voz ronca y ese filo de duda que la delata:

—¿Y tú no te piensas desnudar o qué? Qué *espabilá* eres, ¿no, Asia?

Me río, porque la frase es valiente, pero se le cuela un temblor que no engaña a nadie. La borrachera y el calor se mezclan con el miedo, y aun así, no le vale con quedarse esperando, me quiere entera.

Le subo la mano por la cintura y con la otra me apoyo en la pared, cerca, pero sin arrinconarla. La miro y sonrío, fingiendo que las piernas no me tiemblan, aunque por dentro estoy a punto de colapsar.

—¿Así que me quieres ver, doctora? —le susurro.

No responde, pero no hace falta. Sus ojos me devoran, ya me imagina desnuda y no puede esperar para comprobar si soy tan de verdad como parezco. No me empuja ni me ayuda a quitarme nada. Solo espera, expectante, mordiéndose el miedo y las ganas. Necesita que sea yo la que se desnude entera.

Así que me aparto un poco, lo justo para darle el espectáculo. Porque, bueno, yo sé que soy guapa. Sé que estoy buena. Y no me da vergüenza.

Primero me quito la camiseta, despacio, mirándola todo el rato. Y cuando me saco el sujetador por debajo, se le dilatan las pupilas, se le abre la boca y se le encoge el pecho. Me bajo los vaqueros sin hacerme la *sexy*, pero sí con intención. Porque quiero que vea lo que está pasando aquí.

Me quedo en bragas y sé que desea que siga. Se le nota en la piel, en cómo se ha inclinado un poco hacia mí y me mira las tetas

como si fueran un premio.

—¿Vas a quedarte ahí parada o te vas a lanzar?

Se ríe y se muerde el labio, pero no se esconde. Le gusta lo que ve, quiere más. Se apoya en la pared, indecisa, sin saber si agarrarme o echar a correr. Y yo, que ya no aguanto más, me quito las bragas y me quedo frente a ella, sin moverme.

La pego a mi cuerpo, sus pezones me rozan y siento su respiración tan desbocada que podría fundirme la piel. Y, aun así, no me lanzo. No del todo.

—Ven —le susurro, con la voz más ronca de lo que esperaba—. Vamos a la cama. Que de pie estás muy guapa, pero en horizontal me vas a gustar aún más.

Ella suelta una risita y me sigue sin decir nada. Despacio. Como si caminar hacia la cama fuera una ceremonia. Y lo es. Una especie de pacto no hablado. Un *sí* sin firma, pero con toda la intención.

La empujo con suavidad para que se siente, como si fuera una reina y yo su criada más caliente. La cama cruje bajo su peso y sus muslos se abren apenas un poco, casi sin querer. Y yo me arrodillo delante de ella. No porque me haga falta, sino porque quiero. Porque tenerla por encima de mí, mirándome así, con la boca entreabierta y el cuerpo tenso, me hace querer besarle hasta las costuras.

Me acerco a su muslo, lo beso por dentro. Un beso lento. Después otro. Y otro. Voy subiendo. Pero no llego aún. Me detengo en la cadera, le muerdo suavito. Ella se agarra a las sábanas.

Le digo que se relaje, que lo que viene ahora no lo ha probado ni en sueños, y lo digo tan segura que hasta yo me lo creo, aunque si esto sale mal, me moriré de la vergüenza. Pero bueno, da igual, porque ahora mismo, con ella aquí, no pienso parar.

Además lo sé. Porque yo sí he soñado con esto. Con ella así, abierta, jadeando, sin decir nada pero diciéndolo todo. Me subo con ella a la cama, la empujo, la tumbo, me pongo encima, le rozo todo el cuerpo con el mío, sin prisa, sin pausa. Me froto despacio, le beso el cuello, le chupo los pezones y le paso los dedos por el costado.

—¿Te mola, eh? —le digo al oído.

—Tú sigue y calla ya, anda —me contesta con un manotazo suave.

Sonrío pero no me desconcentro. Le beso la mandíbula, el cuello, la clavícula. Siento sus manos en la espalda, su boca buscando la mía. Me acomodo entre sus piernas, sin apretar. Solo rozando. Solo avisando.

—No te asustes —le digo—. Pero me voy a quedar aquí mucho rato.

Ella no dice nada, solo se deja llevar, y eso me pone a mil. Su calor es una nube de placer, podría quedarme así horas, sintiendo su piel excitada y ese olor a confianza, a miedo y a entrega. A que soy yo la que está aquí. La que ha llegado hasta su cama.

Le paso los dientes por el cuello, suave. La siento temblar. Le muerdo un poquito. Sube los hombros. Le paso la lengua por la oreja y ahí se ríe. Una risa nerviosa, dulce, medio contenida.

—¿A que nunca te han hecho esto así, Sara Rey?

—¿Esto qué? —me dice, jadeando un poco, pero sin abrir los ojos. Se hace la digna. La fina. Pero tiene los pezones más duros que la certeza.

Le paso la mano por el costado, despacio. Le beso justo debajo de una teta. Luego la otra. No me doy prisa.

—Esto. Ponerte así, sin tocarte apenas. Hacerte querer más sin darte nada todavía. Quedarte al borde sin empujarte.

Ella se agarra a las sábanas. Tiene las piernas medio cerradas, medio abiertas, no sabe si quiere provocarme o contenerse.

—Yo controlo… —susurra.

—¿Sí? —le digo al oído—. Ya veremos.

Le paso la mano por la tripa, pero no bajo, no soy tan básica. Sigo en *slow motion*, toqueteo el hueso de la cadera, el ombligo, los bordes, todo lo que sé que la pone nerviosa.

—Vas muy subidita esta noche, ¿eh? —suelta con una vocecita que mezcla burla con pánico.

Le muerdo el cuello otra vez, pero esta vez no me corto, le dejo claro que aquí mando yo. Y se le escapa un gemido, pero de esos que no sabes si es placer o si te va a decir «para» en cualquier momento. Me flipa ese punto.

—Vas a tener que pedírmelo. Porque esta vez no pienso adivinarte nada. Hoy quiero oírtelo. Con la boca. Con tu voz. Sin excusas.

Y lo digo como quien quiere ganar, pero también quiere saber si la otra está jugando. Ella me mira. Por fin me mira. Con los ojos entrecerrados y brillantes. Me busca la boca, pero yo me aparto.

—Dímelo —le digo—. Lo que quieras. Pero dilo.

Y me quedo esperando. No porque quiera joderla —aunque un poco sí—, sino porque necesito saber que está aquí conmigo. Que no se va a arrepentir. Que soy yo. Que me desea a mí. Y que lo sabe.

—¿Tú quieres que yo hable, Asia? ¿Que te diga cosas? —dice con el deseo ganándole el pulso—. Pues escucha, te lo voy a decir clarito… —Traga saliva. Resopla. Yo le sonrío—. Quiero que me hagas todo lo que se te pase por esa cabecita tuya, que yo no sé ni lo que es, pero me da igual, tú dale. Déjame sin aliento. Me muero de ganas, Asia.

Y ahí está. Con toda la valentía que le cabe en ese cuerpecito suyo, Sara se rinde. Pero se rinde como es ella: con miedo, con arte y con los ojos muy abiertos. Me lo dice para que yo tire. Para que no la deje pensar más.

Y no lo hago. La acaricio de arriba a abajo y siento todo mi cuerpo *on fire*. Cuando llego ahí abajo, no bajo de puntillas. Bajo con hambre. Con todas las ganas acumuladas. Con el cuerpo tan tenso que me vibra el pulso. Me acomodo entre sus muslos y le separo las piernas con una mano, sin brusquedad pero sin dudas. Y en cuanto noto su olor, me entra un escalofrío que me recorre entera. Me acerco más. Inspiro. Fuerte. La miro y le suelto sin adornos:

—Hueles a ganas. A coño mojado y ganas. Y me flipa.

Ella se tapa la cara con las dos manos.

—¡Asia! —se queja medio riéndose.

—¿Qué? Si es la verdad, ¿no? Y a mí me pone, ¿qué quieres que te diga?

—Es que… no sé —dice, entre risas—. Es que eres muy basta, tía.

—Pues agárrate, doctora, que todavía no he empezado.

Y ahí voy, con toda la intención de cumplir mi palabra. Mi lengua toma el control y entra en su intimidad con calma, aunque con determinación. Suave, pero con ganas, porque llevo tiempo imaginando este momento. Y por fin es real. Su cuerpo se abre, se entrega, y eso me enciende aún más. Se lo doy todo. Porque lo he esperado. Porque me la merezco. Y porque me muero por verla correrse con mi nombre entre los labios.

Juego. La caliento a ver hasta dónde aguanta sin pedirme más. Pero de pronto se tensa bajo mi lengua, se le arquea todo el cuerpo y se le escapa un gemido que no suena nada a pudor.

Y se corre. Así. En mi boca. Como si llevara semanas esperando este momento. Como si no pudiera más. Como si todo el miedo le hubiera estallado ahí mismo, en el vientre.

Levanto la cabeza y no la encuentro colapsada. Está viva. Con los ojos abiertos, la respiración fuerte y la cara roja, pero sonriendo como si acabara de recordar quién era.

—Asia —me dice, jadeando—, sigue haciendo eso. Por favor.

Yo no sé ni cómo respiro. Noto un subidón que me recorre entera, desde los pies hasta la cabeza. Me quedo tonta. Porque me lo está pidiendo en serio. Con esa voz y ese gesto. Me doy cuenta de que esto no ha hecho más que empezar y hay un pensamiento que me pasa fugaz por la cabeza y que me quiero quitar de encima en cuanto asoma: Sabina era igual. Multiorgásmica. Intensa. De las que no tienen *off*. Y no sé si me molesta pensarlo o si me ayuda a entender lo que estoy viendo. Pero el pensamiento está ahí, un segundo, y lo empujo fuera, ¡fuera! Porque Sara no es Sabina. Ni por asomo. Esto es otra historia, otra peli, algo completamente distinto y mil veces mejor.

Me agacho otra vez, le beso la cadera y le muerdo el ombligo. Ella me coge de la nuca y me aprieta contra su vientre.

—Asia. Sigue, por Dios.

La voz le sale ronca, como si llevara horas gritando o cantando, no sé, pero me pone a mil. Y yo ya no sé ni respirar, solo quiero seguir, seguir, seguir.

Me subo un poco, con las piernas abiertas a cada lado de su cuerpo, y noto cómo se le tensa todo cuando me coloco encima. No

he hecho nada aún, ni la he rozado, pero el simple gesto ya la ha puesto alerta. Y no de la buena.

Intenta disimularlo, pero la duda se le ve en los ojos, en la forma en que aprieta las sábanas con los puños, en ese intento de cerrar las piernas, de replegarlas un poco. Su cuerpo dice que esto no es lo que recuerda. Espera otro peso, otro ritmo, otra cosa.

—¿Te pasa algo? —pregunto, bajito, sin presión, mientras le acaricio el costado.

Ella se muerde el labio, con esa mezcla de pudor y rabia que tiene cuando no quiere reconocer que algo la descoloca.

—Es que… así no sé. No sé si… —Se ríe, nerviosa—. Nada.

Y ahí me entra todo. El nudo en la garganta, el miedo ese tonto de cagarla. Pero respiro, aunque me cueste. Porque entiendo lo que siente, lo que le pasa por la cabeza. No es culpa suya. Sé que piensa en Mateo, en cómo lo hacía con él, en lo que es normal para ella. Y yo sé que esto es diferente, ¿sabes? El sexo entre mujeres va de otra cosa, de otro ritmo, de otra manera de tocar, de otro peso encima.

Me inclino sobre ella y le beso el cuello despacito. Luego le muerdo un poco. Nada de lo que haría un tío. Todo de lo que hago yo.

—Esto no es lo mismo, Sara —susurro, rozándole el lóbulo con los dientes—. Yo no voy a embestirte. No voy a ocupar un hueco. Yo voy a llenarte de otra manera.

Ella traga saliva. Me busca con las manos, con esa torpeza que a mí me mata. Que me pone. Que me da ganas de enseñarle todo.

—¿Y así también…? —empieza, pero no termina la frase.

—También se folla, sí —respondo, muy seria—. Y también se disfruta. Y también se pierde la cabeza. —Le acaricio las tetas con una mano mientras bajo la otra hasta sus caderas. Me apoyo lo justo. Lo que necesito para que me sienta encima. Presente. Caliente—. No hay una forma única. No hay un molde. Hay esto. Lo que estamos haciendo. Lo que me haces solo con mirarme así.

Sara cierra los ojos. Se deja ir. Pero antes de rendirse del todo, me avisa.

—Te advierto que si me vuelvo loca, ni una risita, ¿eh?

Me dan ganas de decirle que ya está loca. Que yo también. Pero me callo y me muevo. Despacio, con ritmo, con todo lo que soy en este momento.

Sara me agarra de las caderas y me guía sin vergüenza. Me muerde el hombro. Me dice cosas que no entiendo del todo porque las suelta entre dientes, entre risas, entre jadeos. Y yo pues me vengo abajo.

No sé si es el vino que me tomé antes, el calor que hace aquí dentro o que llevo demasiado tiempo sin sentir esto, sin alguien que me revuelva de verdad. Pero empiezo a temblar, a perder el ritmo, a perderme en ella. Ella lo nota, claro.

—¿Te estás…? —me pregunta, con esa voz ronca que ahora mismo me la podría tatuar.

Asiento. No me da tiempo ni a contestar con palabras. Me vengo encima de ella, literal. Me agarro a sus tetas. Me dejo ir, estallo por dentro, con la cara medio enterrada en su cuello. Gimo bajito, pero se me escapa un suspiro largo que me deja tonta, sin aire.

Y cuando creo que voy a necesitar unos segundos para recuperarme, para respirar un poco, la oigo reírse. Una risa natural, nerviosa, que no es de burla, es de placer.

Y yo solo sé que no me pienso perder lo que está a punto de pasarme con esta mujer. Porque lo pide con el cuerpo, con los ojos, con la forma en que se me pega porque sabe que tengo algo más que darle, algo que no ha probado antes.

Le cojo la cara con las dos manos, le muerdo el labio y la beso otra vez. Lento, caliente, profundo. Sara me lo devuelve con el pecho subiendo y bajando, jadeando, riéndose entre beso y beso como si no pudiera creerse que le esté pasando esto a ella, que esté aquí conmigo, que se esté dejando llevar.

Así que la guío. No le pregunto. La tumbo despacio, empujándola con mi cuerpo, hasta que queda boca abajo sobre la cama, girando la cabeza solo lo justo para no perderme de vista. Y, joder, vistas las mías. Esa espalda arqueada, esas caderas, ese culo… Me dejo caer sobre ella un segundo, solo para sentirlo contra mi vientre, contra mis piernas, para marcarme la forma en la piel.

Le muerdo el hombro. Le beso la columna. Le bajo las manos por la cintura y le abro las piernas con las rodillas, despacio. Me coloco detrás, rozo su piel y me asombro, porque esta mujer tiene el cuerpo más perfecto que he tocado nunca. No por cómo se ve, sino por cómo responde. Porque cada vez que respiro cerca de su cuello, se estremece. Porque me nota los dedos en la cintura y se curva sola, porque no aguanta más.

La toco entre las piernas, sin pensarlo, con dos dedos que se deslizan, que saben el camino. Está tan mojada que me muerdo el labio para no gemir yo antes que ella. Me hundo en su interior y me cuesta hasta respirar. No sé si es por lo que siento yo o por lo que me provoca verla así, con el cuerpo entregado, los muslos temblando y esa forma de apretar las sábanas que parece que se le va la vida.

Entro en ella con todo lo que tengo. Le acaricio la espalda con una mano mientras muevo despacio la otra. Como si no la hubiera tenido jadeando hace nada entre los labios. Ella se empuja más hacia mí, se agarra al colchón, se deja hacer. Y eso me enciende de una manera que no sabía que me quedaba por sentir.

Me acerco a su cuello, le pego la boca y le susurro con la voz ronca, que no me sale de otra manera:

—Así, ¿eh…? ¿Te va más esto que la copita que querías?

Sara se ríe, pero es una risa que no llega a salir del todo, se le queda entre los dientes, y a mí me da un subidón que, joder, me llega directo a donde tiene que llegar, ¿sabes? Echa la cadera hacia atrás, un movimiento mínimo, pero yo tengo que morderme la lengua para no soltar un gemido, porque verla así, tan descontrolada, me pone a mil.

—Tú sigue… —me dice, la voz rota, casi un susurro, pero suena a orden, a súplica, a todo a la vez—. No te pongas lista ahora.

Y yo, claro, me pongo lista. Porque soy así. Porque me sale. Porque estoy tan empapada de ganas, de sudor, de todo lo que está pasando, que ya ni siento vergüenza ni prudencia, ni nada que se le parezca. Solo quiero verla gemir. Quiero verla romperse por mí, pero de gusto. Quiero escucharla. Que me diga que sí, que le gusta, que soy yo la que la tiene así, que nadie más la ha hecho sentir esto.

Así que acelero el ritmo. Me hundo un poco más, la agarro fuerte de las caderas y le beso el cuello, el hombro, le muerdo el lóbulo despacito, para que se le erice todo el vello.

—Dímelo, Sara… —le susurro, con la boca temblando de la tensión, casi sin aire—. Dime que te encanta y que no te lo han hecho nunca como yo.

Ella gime, un sonido que le sale de dentro, de las tripas, del alma, no sé, una cosa que me atraviesa. Se dobla, se estira y, por fin, con la voz entrecortada, me lo da.

—Eres tú, joder… Tú. Me estás matando…

Y entonces se corre. Lo noto antes de que pase. En el temblor de las piernas y en el gemido que se le escapa, en cómo se agarra a mi brazo como si necesitara sujetarse para no salirse del planeta. Y yo sigo. Porque el cuerpo se lo pide. Porque no quiero que esto se acabe todavía.

Cuando se relaja, me tumbo a su lado. Sin soltarla. La tengo pegada a mí, con las piernas enredadas, el corazón desbocado y la boca rozándome el cuello.

Ninguna dice nada. No hace falta. Yo solo pienso que no sé qué coño acaba de pasar. Que estoy agotada, empapada y más viva que nunca. Que acabo de acostarme con la hermana de mi ex… y que me da igual. Porque esto no ha sido sexo. Esto ha sido otra cosa.

Y me quedo así, con la mano sobre su espalda, notando cómo su pecho todavía sube y baja y con una sonrisa tonta. Porque se ha quedado conmigo. Porque veo en sus ojos que quiere más. Porque, por una vez, no soy yo la que se queda deseando algo más al final.

Y fin del capítulo.

Capítulo 33

Sara

El despertador suena a las ocho en punto y, durante tres segundos, no sé ni en qué siglo estoy. El cuerpo me pesa, los músculos me zumban, el brazo dormido, la cabeza a trompazos y este olor a sexo y sudor pegado al aire.

Estoy enganchada a Asia. Tan encima que si me muevo un poco más la mato asfixiada. Asia. Desnuda, con un morrito de seria que parece que está soñando que es la presidenta del gobierno, y yo ahí, espachurrada encima suya, con una pierna atravesada por sus muslos, el brazo en su pecho y la cara metida en su clavícula como si me hubiera desmayado ahí por razones médicas. Que no lo descarto.

Y claro, me da el agobio. No porque me arrepienta, ¿eh? ¡Dios me libre! Si me arrepiento de algo es de no haberlo hecho antes. Pero es que esto no ha sido una noche cualquiera. Esto ha sido la Santísima Trinidad del sexo lésbico: pasión, sudor y repeticiones. Que no ha sido una vez, ni dos. Han sido muchas. Muchas. Que esta mujer me ha follado a mí de todas las maneras posibles y alguna más que yo creo que se inventó anoche.

Me ha dado un meneo que ni te cuento. Me ha cateterizado el alma y ahora estoy más limpita por dentro que una patena. Y eso que yo iba con dos copas de más, pero ella me ha despejado la mente a base de besos y caricias. Me ha hecho sentirme una reina, pero de las pasivas, porque yo no he hecho ná de ná. Me dejé llevar y ahora me arrepiento, porque yo también quería darle su meneíto. Que yo soy de las que piensa que en el amor hay que ser justos, y si ella me ha dado tanto, yo quiero devolverle el favor. Que tengo las manos con un mono que no te imaginas, con ganas de explorarla de cabo a rabo, de hacerla sentir igual que ella me hizo sentir a mí.

Me duele todo. El cuello tieso, las piernas ni te cuento, los pezones, el alma. Estoy hecha una mezcla entre recién parida y recién follada. Tengo la boca que ni que me hubiera tragado un cenicero. Y las hormonas… ay, las hormonas. Que soy médica, y me sé el nombre de todas las desgraciadas estas que tengo dentro: dopamina, oxitocina, serotonina, adrenalina. Las cuatro jinetas del apocalipsis sentimental. Me han invadido, hija, me han invadido.

Y encima, para rematar, me tengo que ir. Que eso sí que es lo peor. Que una aquí, hecha un cuadro y encima con la obligación de irse, que tengo yo el cuerpo para andar ahora operando. Si es que de verdad, a veces pienso que la vida me tiene manía.

Me muevo con cuidado, pero nada, esta tiene un radar en el cuerpo, lo nota y suelta un gruñidito. Y yo, petrificada, que ni respiro, a ver si se vuelve a quedar frita. Menos mal que no se mueve más, porque si no, me da un algo aquí mismo. Sigo con la fuga, que parece que estoy robando en mi propia casa, vamos.

Y ahora viene el numerito: ¿dónde están mis bragas? Te lo juro, esto es de *Expediente X*. Yo las tenía localizadas, pero ahora han desaparecido por arte de magia. Me veo en mitad de la habitación, agachada, buscando a tientas y con el culo al aire. Y claro, no voy a encender la luz, que si la despierto y me ve en plan comando, me muero de la vergüenza. Bueno, comando, comando… llevo su camiseta, que me la he puesto a toda leche y me queda como un vestido de esos de mercadillo, pero ya ves tú, a estas alturas, qué más da. Después de lo de anoche, ya poco misterio queda.

Antes de irme, me sale la vena de madre, que no lo puedo evitar. Le bajo a tope la persiana, le coloco la sábana, le ajusto el aire, que no quiero yo que la pobre se me levante con la garganta hecha un estropajo. Y la miro en la oscuridad, tan dormida, tan tranquila, tan mona, y me entra un susto en el cuerpo que no veas. Un miedo de estos tontos, de los que te hacen sudar hasta el bigote, porque claro, yo, Sara Rey, heterosexual honorífica hasta hace nada, me he acostado con una mujer. ¡Con una mujer! Y no solo eso, es que me ha gustado mucho más de lo que imaginaba.

El miedo no es por lo que he hecho, que a estas alturas de la vida, una ya no está para remilgos. Es por lo que viene ahora. ¿Y si

para ella esto ha sido solo un rato? ¿Y si me quedo con la cama hecha un cuadro y el corazón como una loncha de jamón york, abierta y esperando a que alguien la meta en el bocadillo? Porque yo el drama lo llevo por dentro, que una es muy de sufrir en silencio.

Salgo al pasillo despeinada, con la camiseta esta que me tapa el culo a lo justo y sin sujetador, que si me ve mi abuela me echa la bronca desde el cielo. Y justo cuando respiro hondo y pienso que ya está, que ya he pasado la prueba, escucho pasos. Porque claro, aquí nunca se descansa.

Subiendo las escaleras, tan campantes, Carla y Damián, con la esterilla esa de yoga al hombro, sudaditos y con una energía que, vamos, me dan ganas de llamar a la policía y denunciarles por exceso de vitalidad a estas horas, te lo digo.

Y la Carla, pobrecita mía, me escanea de arriba abajo, sabe de sobra que esta camiseta no es mía. Menos mal que por lo menos es larga, aunque no tanto para convencer a mi hija de que aquí no ha pasado nada. Pone una cara de susto que ni que hubiera visto a la Virgen en versión moderna, con bandera arcoíris y todo.

—¿Mamá? —me suelta la criatura, con una vocecilla que no te haces una idea.

Yo mientras colorada hasta las cejas. Ole yo, la madre ejemplar y aquí dando el cante en mi propia casa. Y claro, ahora a ver cómo le explico yo a la niña que esto es normal, que su madre también tiene derecho a un poquito de alegría. Pero vamos, que la vergüenza no me la quita nadie, y encima la otra que no sabe dónde meterse tampoco.

Total, que hago ver que vengo del baño. Porque vamos a ver, ¿quién no ha usado esa excusa? Eso es universal. Que vengo del baño, hija, ¿qué pasa?

—¿Qué hacéis aquí tan temprano? —les digo en un intento de ponerme digna, como si estuviera recién salida de la peluquería y no con estos pelos de loca y la resaca que tengo.

—Yoga. En la azotea. Con Gala. En casa de los abuelos —me responde la niña—: Son las ocho y cuarto, mamá.

Y como si no tuviera ya suficiente para escribir mis memorias, aparece el Bicho. El animal se me planta delante, se me enrosca por

las piernas y suelta un maullido que parece la banda sonora de mi vida últimamente. No, hijo, ahora no, que no estoy yo para numeritos ni para óperas felinas.

Pero claro, este gato es un intenso. Se pone a dos patas y me pide brazos, y yo, que para los animales tengo el temple de una magdalena, pues allá que voy. Que en dos semanas le he cogido más cariño que a la mismísima dueña, y eso ya es decir. Si es que me tiene ablandada, el muy sinvergüenza. Le doy paté a escondidas, lo llevo de paseo por la casa como si fuera un bebé y, a veces, me sorprendo hablando con él de mis cosas, que si alguien me viera, llamaba a la asistencia social. Pero mira, qué quieres que te diga, a estas alturas de la película, una se entrega a quien le hace bien, aunque sea con bigotes y cuatro patas.

Pero claro, el problema aquí no es ese, es que si me agacho, la Carla va a ver que debajo de esta camiseta no hay más que pecado. Así que hago un giro de cadera digno de una bailaora, doblo las rodillas y lo subo a pulso, todo con elegancia. Bicho se me acomoda en el hombro y ronronea, y yo ahí, con el gato en brazos, la resaca dándome bofetadas y el cuerpo todavía temblando de lo que he hecho hace unas horas. Que una ya no está para estos trotes, pero claro, luego me vengo arriba y pasa lo que pasa.

Carla, que es más sentida que yo, se da la vuelta sin decir ni pío, pero vamos, que la indignación le sale por los hombros. Se va por el pasillo como si fuera a pedir el libro de reclamaciones. Y lo peor es lo que estará pensando y no ha dicho.

Entonces me encuentro la mirada con Damián, que está con esa sonrisita de hippie que parece que ha fumado más que respirado.

—Mateo siempre decía que tú no te asustabas ni de lo difícil… y que nunca te faltó coraje.

Yo le doy un beso en la mejilla y no digo ni mu, porque él ya me lo ha dicho todo. Que a veces me dan ganas de llorar, pero me aguanto, que no voy a ponerme a berrear con el gato colgado del hombro, que bastante espectáculo he dado ya. Así que me lo subo un poco más, respiro hondo y me voy para mi cuarto con la cabeza bien alta y el culo apretadito, rezando para que no me salga nadie más por el pasillo, porque si no, ya sí que me da algo.

Y así se sobrevive a la maternidad, a los gatos y a la vergüenza. Con arte, con aplomo y, sobre todo, con mucho sentido del humor, que si no, apaga y vámonos.

Me ducho a toda pastilla, me arreglo y bajo las escaleras con el alma medio fuera y el gato otra vez en brazos. Y nada más poner un pie en el salón, me encuentro el cuadro: Daniela espatarrada en el sofá con las piernas en alto, Gala en postura de loto sobre una esterilla que se habrá traído de un mercadillo de esos de la playa, que todavía huele a incienso barato. Y Mari Carmen, mi Mari Carmen, en la mesa con su taza, que no sé si es café, té o un brebaje de esos que se toma para los nervios, con una facha de domingo por la mañana que me dan ganas de preguntarle si sabe en qué día vive, porque, vamos, es martes y aquí nadie se ha enterado.

—Mamá, que esta tarde nos vamos a Tarifa, ¿no se te habrá olvidao, no? —salta Daniela, sin saludar ni nada.

Yo estoy con la cabeza en mil cosas, pero vamos, que lo de Tarifa no se me olvida ni aunque me dé un ictus, porque la niña lleva toda la semana dándome la tabarra con el dichoso barquito de la tita Sabina. Que cualquiera diría que en vez de un yate es el Titanic, hija.

—Tarifa, cariño, claro que no se me ha olvidado. ¿Cómo se me va a olvidar con la ilusión que te hace?

Daniela me mira con ese morro suyo, que parece que le han puesto una pinza de la ropa, pero se le escapa una sonrisilla. Ay, que la conozco yo más que a la palma de mi mano y sé que el yate de mi hermanísima la tiene más nerviosa que cuando le quito el wifi. Me acerco y le doy un beso en la mejilla, y mira tú por dónde, hoy no me lo esquiva. Me lo llevo puesto como si me hubiera tocado un cupón de esos de rasca y gana, pero sin el dinero, claro, que aquí la única que rasca soy yo, y lo que gano son canas.

—Mañana es la fiesta, ¿eh? Yo ya tengo el modelito pensao —me suelta Daniela, con esa carita de «a ver tú qué te pones, alma de cántaro».

Y yo, que hoy no tengo ganas de guerra, le digo con mi tonito de madre que ya ha visto de todo:

—Pero vamos a ver, criatura, que no es una fiesta, ¿eh? No te me vengas arriba, que después pasa lo que pasa. Es una reunión familiar. La tita Sabina quiere anunciar algo y ya sabemos cómo se las gasta esta mujer.

Daniela frunce el ceño porque se le acaba de pinchar la burbuja de *glamour* que llevaba en la cabeza.

—¿Anunciar algo? —me dice, con los ojos achinados, viendo si le estoy tomando el pelo—. ¿Qué va a anunciar ahora? ¿Que va a montar un spa en la luna? Porque ya lo que le falta a la tita es eso, irse a la NASA.

Yo ya iba a soltarle un «niña, no seas impertinente, que te va a salir una arruga», pero antes de que me dé tiempo, Gala, que está en su mundo zen, salta sin abrir los ojos:

—Pues oye, si queréis, tengo unas hierbitas para ir relajadas. Naturales, ¿eh? De las que te abren el corazón y te dejan el cuerpo flojito.

Mari Carmen sorbe su té como quien escucha misa y remata:

—Lo que necesitan no es relajarse, Gala, ¡lo que necesitan es tener a mano una rebequita de punto y un Orfidal cada vez que la Sabina abre la boca! —Lo dice soplando su infusión, con la bata de flores y la seriedad por bandera.

Gala sonríe, pero sigue en trance. Yo no sé si es que medita o que está medio dormida, pero el caso es que le da igual todo.

—Pues sí, eh, un anuncio de la hermana de Sara puede ser cualquier cosa, pero cualquier cosa de las gordas, ¿eh? ¿O es que ya se os ha olvidao la última vez? Con lo de la patente esa contra el cáncer, que yo venía sin comer, con el estómago pegao a la espalda, y acabé llorando con una tostá de aguacate en la mano, vamos.

—Tú es que te emocionas con ná, hija —salta Mari Carmen, que siempre tiene que meter la pullita—. Pero vamos, que tienes más razón que un santo. Esa mujer no sabe lo que es el término medio. O te suelta una noticia que te deja muerta o te monta un drama. Y encima, siempre va la tía peiná, maquillá, con la raya del ojo que parece que la ha hecho un cirujano. A mí me da coraje, pero también la admiro. Es que me da las dos cosas a la vez, y eso no es sano.

Yo las escucho, con el gato colgado del hombro y el cerebro todavía dándole vueltas a lo de anoche con Asia, lo de hace un momento con Carla y ahora esto. Que, vamos, con el lío que tengo encima, ni me había parado a pensar qué demonios se trae mi hermana entre manos esta vez. Y ya me está entrando el sudorcillo frío, porque la conozco. Cuando Sabina nos convoca es que se viene o la Tercera Guerra Mundial o una noticia que te deja tiesa de verdad.

—Pues eso, que no es una fiesta, ni un cumpleaños, ni ná de eso. Es una reunión familiar. Formal, con mayúsculas. Que la tita dice que es importante, que no falte nadie, que si no voy me deshereda, vamos.

—Yo os dejo las piedras de energía —dice Gala, que ahora sí abre un ojo, pero solo uno—. Nunca se sabe cuándo puede hacer falta equilibrar chakras, y en esa familia vuestra… ahí hay mucho por alinear, ¿eh? Que yo lo noto, que tengo el don.

—Mucha energía, eso sí —asiente Mari Carmen, que no se calla ni muerta—. De las que te dejan sin bragas solo con mirarte. Porque la Sabina tiene una mirada que a mí me hizo replantearme mi matrimonio, te lo juro por mis criaturas. Que yo la vi y dije: «¿Y si me he equivocado de marido?»

Y yo me río con la barriga, que falta me hace. Pero por dentro ya tengo ese pellizquito de preocupación, que yo me conozco. Porque sí, puede ser cualquier cosa. Y con lo que llevo arrastrando, una bomba más y me tienen que ingresar en observación, pero en psiquiatría, que yo ya no sé si esto es vida o una serie de HBO.

—¿Y tú qué, Mari Carmen, te vienes con nosotras o te vas a quedar aquí criando polvo y mala leche? —le suelto mientras el gato se me enrosca más al hombro, como si me hubiera puesto un chaleco de pelo, pero de los que se mueven y te clavan las uñas si te descuidas.

Ella me sonríe por encima de la taza, con esa guasa que ya la quisiera yo.

—¿Y tú me estás preguntando eso en serio? ¿A mí? ¿Que estoy criando sola a dos demonias con coleta y el exmarido más inútil que ha parido Utrera?

—Hombre, si lo tienes libre, te lo digo de verdad. En casa de mis padres hay sitio, que mi madre es muy de meter gente y luego quejarse, pero te da de comer como si te fueras a la mili. O en la de Sabina, que tiene una casa en Tarifa que, vamos, eso no es una casa, eso es un catálogo del AD, pero con más cojines y menos vergüenza. Que yo entro allí y me siento pobre, pero contenta.

Mari Carmen deja la taza, se recoloca el moño, que parece que va a salir en Canal Sur a dar el pregón, y se levanta con una ceremonia que ni la reina Sofía.

—Ay, por favor, no me lo digas dos veces, que yo soy muy de venirme arriba. Las niñas están con su padre desde hoy, que ya le tocaba, aunque luego me las traiga que ni habiendo dormío en el maletero de un Seat Panda. Y yo, cariño, necesito aire, tinto y una playa donde no me griten «mamá» cada cinco segundos. Que me va a salir una úlcera de tanto aguantar.

—Pues ya está —le digo—. Te vienes con nosotras. Tarifa te espera.

—Ay, Sara, no me tientes, que yo soy muy débil —me dice haciéndose la tímida y agarrándome del brazo—. Y además, necesito ver en persona a esa hermana tuya, que cada vez que la veo por la tele me entran sudores calientes.

—Eso es el cambio, Mari Carmen. El climaterio te tiene revolucionada.

—¡El climaterio mis cojones! Lo que me tiene a mí revolucioná es ver mujeres así: listas, guapas, ricas y encima buena gente. Eso no hay quien lo aguante, Sara. Que yo, cuando la conocí, me planteé si volver al confesionario o hacerme un *peeling* de esos que te dejan la cara hecha un folio en blanco. Porque una ya no está pa competir, pero tampoco pa rendirse.

Salimos por la puerta riéndonos. Parecemos dos adolescentes, pero con más arrugas y menos ganas de correr. El sol pega fuerte a pesar de la hora que es, yo tengo los pelillos del cogote tan sudados ya, que me dan ganas de raparme y hacerme monja, pero sin los rezos.

Voy directa al coche, con Mari Carmen pegada a mí. Y con ese tonito suyo, que parece que va a preguntar por el precio del

pescado, pero en realidad viene a sacarme los colores, larga:

—¿Y tú, Sara? ¿Has dormío bien esta noche o qué? Porque tienes una cara de felicidad que no es normal, hija.

—¿Yo? —Me hago la loca, que se me da regular, la verdad—. Como un angelito… desvelaíto.

Su mirada vale por tres monólogos, sabe de sobra que tengo el alma alborotada.

—Sara… ¿tú sabes lo que es la cara de haber follao bien?

—¿Lo qué?

—La cara. De haber follao bien. Esa que traes tú ahora. Entre despeiná y gloriosa. Con la sonrisilla tonta esa que no se te va ni con salfumán. Anda ya, no me mientas, que te huelo la feromona desde el descansillo.

Y yo, que no sirvo para esconder nada, me río y asiento con una vergüencita que me recorre hasta el empeine.

—Ole tú, miarma. —Me da un codazo de esos que te recolocan las costillas—. Que ya era hora, que te hacía falta un meneíto. Eso rejuvenece más que el ácido hialurónico. Qué alegría más grande.

Le paso el gato y me monto en el coche. Cierro la puerta, enciendo el motor y me cae encima el tsunami de la vida real. Que voy tarde, pero tarde de las que no tienen perdón de Dios. Saco la cabeza por la ventanilla y respiro hondo, a ver si me da el aire y me pone las ideas en su sitio, pero qué va, el airecito de la mañana me devuelve media alma, la otra media la tengo todavía pegada en la cama, enredada con Asia. Y claro, ahí empieza el runrún, el comecome, el «ay, madre, ¿qué hago yo ahora?».

Porque esta tarde la vuelvo a ver y eso me da un subidón, pero también me entra un nervio en el estómago que no veas. Y encima, tengo el marrón de que no le he dicho ni mu de que nos vamos a Tarifa. Ni una palabra, ni una indirecta, ni un «oye, ¿te apetece playa?». Nada. Y no es porque no quiera que venga, que yo lo que quiero es que se siente a mi vera, que se meta en la piscina y que le enseñe a mi madre cómo hace el gazpacho, que mi vieja se cree que lo sabe todo y luego le sale el gazpacho con grumos. Pero claro, hasta hace dos días estábamos a la gresca, que ni nos mirábamos

bien. Y yo, pues me callé. Por prudencia, dice una. Por precaución. ¡Por cobarde, vamos a decirlo claro!

Y ahora me veo en el lío. Porque… ¿cómo se lo digo? ¿Así, de sopetón? «Asia, miarma, que nos vamos a Tarifa con toda la *troupe*: mis niñas, mis padres, mi hermana la millonaria, la corte celestial y el gato, que no falte». Además, a Asia lo de la fiesta familiar en el yate de Sabina le va a hacer la misma gracia que a mí una dieta détox.

Y a la que menos gracia le va a hacer es a Amaia, que es más dulce que un pionono, pero con Asia no puede. Y con razón, porque Asia es mucha Asia, y Amaia sabe de sobra que fue la amante de Sabina. Que yo no sé cómo me meto en estos líos, de verdad, ni que viviera en un culebrón turco, que yo no tengo ni el presupuesto ni la paciencia para tanto drama.

Que yo no sé cómo lo va a ver Asia, porque lo de anoche fue… mira, fue de película, fue bonito, fue brutal, fue de esas cosas que te dejan temblando. Pero ahora, ¿qué somos? ¿Amigas con derecho? ¿Proyecto de pareja? ¿Tentación de verano con opción a prórroga? Porque yo, hija, no tengo ni idea. Y encima, si va, ¿cómo actúo yo? ¿Nos cogemos de la mano? ¿Le acaricio la espalda cuando nadie mire? ¿O finjo que es la cuidadora del gato? Porque vamos a ver, que yo no soy de piedra, que se me nota en la cara, que si alguien me pregunta «¿esta quién es?», yo me lío, me atraganto y acabo confesando que anoche me la comí con más gusto que un plato de jamón en la feria. ¡Y no puede ser!

Que tengo que mantener la compostura, que soy médica, madre, hija, hermana, y ahora… bollera emocional no declarada. Que tengo que tener una conversación primero con mis hijas, con mi hermana y con mi madre si me apuras. Si es que esto es algo, claro, porque yo ya no sé ni lo que es, y se me está juntando todo, niña, que parezco el camarote de los Hermanos Marx.

Me salto un semáforo en ámbar y, oye, si me para la policía, confieso. Les cuento lo de Asia, lo de Tarifa, lo de Amaia y lo del gato. Y si me cascan una multa, la pago llorando con dignidad. Porque mira, lo que no voy a poder pagar yo en la vida es el precio

de estar con el alma en vilo, sin saber si voy o vengo, si me quieren o me van a dar la patada. Que una tiene su corazoncito.

Esta tarde se lo digo, que ya está bien de comerme la cabeza. O si no me atrevo, se lo insinúo, que yo para las indirectas soy muy fina, aunque luego nadie me pilla una. O me pongo a hacer la maleta delante de ella, así con arte, y le suelto: «¿Tú qué vas a meter en la tuya?» A ver si lo pilla y me lo pone fácil.

Y si no, pues improviso, como toda la vida, que yo ya no sé si soy la protagonista de una comedia romántica, de un sainete, o de un capítulo de *Callejeros* con gatos y bragas colgando del radiador. Pero oye, por lo menos sigo aquí, con el corazón en pie de guerra y el alma pidiendo otra ronda. No sé si esto es amor, vértigo o solo hambre atrasada, pero me la juego. Porque a estas alturas, lo peor sería no sentir nada.

Capítulo 34

Asia

Estoy sentada en el suelo, jugando al *Uno* con las niñas de Sara, que son más listas que nadie, mientras Mari Carmen, que es un personaje sacado de un reel de TikTok de señoras andaluzas con arte, me da la chapa con los signos del zodiaco y si Tauro y Géminis se llevan bien. Pongo cara de «sí, señora, muy interesante», pero por dentro no paro de pensar: ¿quién soy yo ahora? ¿La que duerme en la casa de la jefa con la que se lía? Es todo tan surrealista, ¿sabes? Y ni me he duchado aún, tengo el pelo peor que si me hubiera pasado un camión por encima y un runrún en la cabeza que no se me quita ni a hostias.

Y en medio de la partida, Carla suelta que esta tarde se van a Tarifa. A llevarla con los abuelos, y que mañana hay una fiesta en el yate de Sabina. Lo dice con ese tonito suyo, que te aseguro que desde que nos vio a Sara y a mí en la piscina esa noche, me tiene manía.

Yo he fingido que Sara me lo había contado. Pero no. No me ha dicho ni una palabra. Y eso me ha dejado chafada. Igual me lo dice luego, ¿no? Quizá no se ha dado cuenta de la hora o se le ha olvidado. O igual… igual no quiere que vaya. Y ahí es donde me rayo. Máximo.

Porque lo de anoche… fue un antes y un después para mí. Sentir su piel, su boca, su cuerpo, verla tan entregada, tan de verdad… me ha reseteado la vida. Pero ¿y si para ella fue solo una de esas locuras que una madre de cuatro hijos, viuda, con la vida patas arriba, se permite una vez en la vida, antes de volver a su rutina y a su médico buenorro de urgencias? Yo montándome la película de amor eterno y a lo mejor ella está pensando «uf, qué noche más intensa, menos mal que ya pasó».

No sé. Llevo toda la mañana sonriendo y con el corazón latiendo a mil en la garganta, pensando en ella cada dos segundos. Me he reído con Mari Carmen, que es un personaje. Y he fingido que me hacía gracia cuando Dani me ha soltado que los gatos se encariñan con cualquiera que les de comida. Me he aguantado las ganas de contestarle que también pasa con algunos adolescentes, que se apegan a cualquiera que les haga caso, pero no he dicho nada. Porque no soy tan mala persona. Y porque me da miedo cagarla justo ahora que algo verdadero está pasando entre Sara y yo. O eso quiero creer.

Encima, Carla está gilipollas. Lo digo así porque es la palabra. Lleva toda la mañana tirándome pullas. Me ha soltado que si «algunas están muy cómodas para ser invitadas. Y yo, que normalmente sé encajar las cosas sin que se me mueva una ceja, empiezo a tener ganas de lanzarle el *Uno* a la frente.

No soy tonta y lo entiendo si no me invita, que no es plan de conocer a los padres justo después de follar. Que ya sé que eso es nivel bollera intensa, y yo no lo soy, que conste. Pero bueno, lo peor no son los padres. Es Sabina. Y Amaia. Y el resto de la pandillita. Esas mujeres me imponen, y si esto con Sara es algo, no sé cómo se lo van a tomar.

Y, aun así… quiero ir. Lo pienso y lo tengo claro. Me cago encima, sí, pero quiero ir. Quiero estar con ella. Aunque me sienta una infiltrada. Aunque Carla siga tocándome los ovarios en estéreo. Aunque Sara no me haya dicho nada. Porque si no voy, voy a estar aquí sola, rayada. Y eso sí que no. Que ya me conozco.

No pasa mucho tiempo hasta que llega Sara del trabajo. Entra con las llaves en la mano, el pelo suelto, en vaqueros y camiseta, tan normal, como si anoche no me hubiera desmontado el sistema nervioso. Camina hasta la cocina con ese aire de «aquí no ha pasado absolutamente nada, señores».

—¿Ya tenéis todas la maleta hecha?

Así. Plural. Aunque sabe perfectamente que a mí no me ha dicho nada. Pero vamos, que me la juego a que ha venido ensayando esa frase desde el coche. Le sale con una normalidad tan estudiada que me da risa. Y también un poco de ternura, la verdad.

Decido seguirle el rollo. Si ella va de que no pasa nada, yo voy de que lo pillo todo pero juego a ser tonta.

—¿Maleta de finde o de sobrevivir a una semana con gente famosa y expectativas familiares?

Sara me lanza una ojeada de medio segundo, pero lleva un diccionario entero. Como diciendo «gracias por seguirme la corriente» y también «no me líes que me cago».

Dani se incorpora desde el sofá, todavía con una patata frita en la mano.

—Yo paso de comerme la cabeza. Para Tarifa, dos bikinis, un vestido y lo que llevo puesto, fin. Si me falta algo, pues lo pido por Amazon, que llega al día siguiente.

Joder, qué envidia me da esa facilidad para empaquetar la vida en una frase y que le dé igual todo. Sara intenta reñir, pero no le sale. Se le nota que está ya en modo supervivencia y le da igual todo, la pobre. Y Carla, que es más de soltar la pulla sin gritar, se cruza de brazos, despacio, y dice, con esa voz bajita que te llega directa.

—Hay quien no sabía ni que nos íbamos.

Y no me mira, pero vamos, me llega la pedrada directa. Tiene el tono ese pasivo agresivo de quien va cargando con una verdad incómoda y todavía no ha decidido si soltarla o dejarla que reviente sola. Yo respiro y me trago el sarcasmo. Porque me imagino por dónde va la movida, no sé exactamente qué ha visto o qué cree haber visto, pero está soltando cosas y me da toda la vibra de que sabe más de la cuenta.

—Bueno, ya lo sé. Me lo habéis contado esta mañana. —Intento sonar neutra—. Menos mal, que si no me veía yo con el gato en brazos en la estación, esperando señales.

Mari Carmen, con la taza en la mano y el cuerpo echado hacia delante en plan tertulia, salta:

—Que se venga, hombre. Que en Tarifa lo que sobran son camas y lo que falta es gente que se ría un poco. Si al final, una escapada con buen humor es la mejor receta contra el estreñimiento del alma.

Asiento despacio, pero es que no puedo quedarme callada, tengo que saber, tengo que empujar un poquito más, aunque me dé un poco de miedo la respuesta, que para eso soy yo la experta en liarla

cuando no toca. Total, que me lanzo, sin pensarlo mucho. Le pregunto, así, directa, sin rodeos, cero filtros,

—Entonces… ¿hago maleta o tiro de lo puesto y la improvisación?

Lo suelto y espero con el corazón un poco acelerado, a ver qué me responde ahora. Sara carraspea, se pasa los dedos por el pelo, un gesto que ya le tengo fichado, está nerviosa y no sabe qué hacer con las manos ni con su vida. No dice nada, ni media palabra, ni un suspiro, nada.

Me hace un gesto, pequeñito, sí, pero tiene algo, una cosa… que me dice «ven aquí, tonta, que no sabes lo que me pasa por dentro y me pones de los nervios, pero no te vayas». O igual me lo invento yo, que para eso tengo un máster en montarme películas sola en cero coma. Pero la siento, esa cosa, esa invitación silenciosa que me deja tonta perdida y con ganas de saber más.

Mientras tanto, el resto del universo sigue a lo suyo, ajenos a mi melodrama interno. Carla está sentada toda recta, que no se le escapa una, aunque no diga nada. Su silencio pesa, me da que se aguanta un grito o una queja en la garganta.

Dani, la reina del pasotismo, se lanza a coger otra patata frita del bol, esta conversación no va con ella, cero preocupación, solo *snacks* y el móvil en la mano, que eso es su prioridad número uno.

Mari Carmen le da otro sorbo a su té o lo que sea que se tome y suelta algo, no sé qué, pero suelta algo, porque ella no se calla jamás, siempre comentando, siempre en medio del jaleo.

Y yo, con la cabeza en Sara, en si me atrevo a ir o no, en si esto es una señal o solo mi cerebro haciendo ruido.

Ok, a ver, me meto en mi cuarto y empiezo a tirar ropa encima de la cama. Y claro, Bicho no pierde la oportunidad y se mete en la maleta, se hace una bola y se queda ahí, como si fuera él el que se va de vacaciones a conocer a los suegros, el muy listo.

Y en esas, pum, un golpecito suave en la puerta. Y antes de que pueda decir «pasa», que tampoco sé por qué iba a decirlo si es su casa, entra Sara. Despacito, con ojillos de «me quiero morir, pero aquí estoy».

—¿Te… te ayudo? —murmura, con una voz tan temblorosa que, joder, me da ternura y ganas de abrazarla y de decirle que sí, que

me ayude a vivir, que no sé cómo se hace.

Me gusta verla así. Tan torpe. Tan valiente. Tan ella. Tan fuera de su zona de confort de doctora que lo controla todo.

—No hace falta —le contesto sin sarcasmo, que me cuesta un montón, pero lo hago, por ella—. Ya casi lo tengo.

Se acerca despacito, un pasito, otro, y se queda ahí, a dos metros, con las manos juntas, mirando mi maleta tirada y el Bicho dentro.

—¿Has metido ya el cepillo de dientes? —dice de pronto—. Digo… por si no hay en Tarifa. Que a veces en las casas de playa… ya sabes.

Me río. No lo puedo evitar. Me sale sola. Porque, joder, qué *random*.

—¿Y tú? —La sonrisilla ya no puedo borrármela—. ¿Has metido ya las excusas para no mirarme en todo el camino? Porque si no, te doy tiempo.

Ella frunce los labios, pero no se pica, que ya me conoce. Sabe que tengo razón. Y que lo hago a propósito, a ver si se lanza.

—No te había dicho nada porque… Porque no sabía si querías venir. O si… si era buena idea. Después de… ya sabes.

—Buena idea no es —le digo, pero sin rastro de broma, que esto va en serio—. Pero es la que más me apetece. Y no me vengas con eso. A ti lo que te pasa es que te has asustado. De lo que pasó. De lo que puede pasar.

—¿Y tú no? —pregunta, y ahí está el miedo en los ojos. Pero también la emoción.

—Estoy cagada —le contesto, sin pensarlo, porque es la verdad y con ella no me sale mentir, o no quiero—. Pero con las bragas puestas. Y con ganas de que esto siga.

Justo cuando va a reírse, se le congela el gesto. Porque lo he dicho. Y lo he dicho en serio.

Cierra la puerta tras ella y se queda parada delante de mí, a un palmo. Me acerco. Porque ya no aguanto más. Porque esto es así con ella: un paso de distancia es un mundo. Y yo quiero vivir en su mundo. Quiero que el aire que respira sea el mío.

—Yo… —empieza, pero se le atraganta la palabra.

Me dan ganas de cogerle la cara y decirle que no hace falta que diga nada. Que ya lo sé. Que la estoy viendo. Que me da igual si no sabe cómo se llama esto.

—Lo de Tarifa… —vuelve a intentar, pero se le atraganta otra vez —. No sé cómo…

Levanta la cabeza. Me mira. Se acerca. Muy despacio. Y ahí se lanza. Me besa. Pero no como ayer, en la torre, con esa urgencia de ahora o nunca. No. Este beso es distinto. Es con las manos en mi cintura, asegurándose de que esto es real. Yo la agarro fuerte, porque el cuerpo me lo pide. Porque la boca de Sara es un descubrimiento. Y huele a mañana, a piel, a todo lo que no sabía que echaba de menos.

Y el beso se hace largo. Se hace profundo. Se me mete en la espalda, en las piernas, en el cerebro. Me aprieta contra ella y me muerde sin querer, un mordisquito suave en el labio. Y yo no me reconozco. Porque quiero más. Pero también quiero esto. Este beso lento, torpe, brutal, que me dice que está aquí conmigo y que no se va a ir.

Cuando nos separamos, tiene los ojos cerrados y la respiración agitada. Y yo, que estoy igual o peor, no sé qué decir.

—Es que no sé cómo se hace esto… contigo —admite con la voz ronca.

Y yo, con un susurro, porque no quiero asustarla, pero tampoco dejarla sola en el vértigo, le respondo:

—Así. Como lo acabas de hacer.

Y ahí se queda. Pegada a mí. Sin hablar más. Solo respirando. Y yo con medio corazón en la garganta y el otro medio haciéndole sitio en mi vida, sin saber si este viaje a Tarifa va a ser una locura o el principio de algo. Pero qué quieres que te diga. Yo me monto. Me monto en su caos, en su miedo, en sus ganas. Me monto en su vida.

Capítulo 35

Sara

Voy camino de Tarifa, metida en el coche de mis mellizos con la panda esta, que parecemos una chirigota feminista. El mío no tiene aire acondicionado y yo, con estos calores, me derrito. Le he pedido a Asia que lo lleve ella, porque para qué te voy a mentir, desde anoche me tiemblan las manos que parezco una maraca y tengo la cabeza embotada del cansancio, así que mejor que conduzca otra, no vaya a ser que acabemos en Marruecos sin querer. Yo voy de copiloto, tiesa, con las gafas de sol puestas aunque está el cielo más nublado que el futuro de mi cuñado.

En la radio suena una cancioncilla de esas lentas, que hasta Bicho se ha puesto a maullar. Detrás mía, te cuento: Daniela pegada a la ventanilla como si le debiera dinero a alguien y estuviera esperando que no la vean, la pobre. Mari Carmen en el centro, con su abanico en alto, dándole sacudidas, que ni la *vedette* del Lope de Vega. Y Carla, ay, Carla, con cara de que le han cambiado la vida y ni le han preguntado, la pobre mía, que yo creo que si pudiera, se bajaba en marcha y se iba andando.

Asia conduce tranquila, con una mano en el volante y la otra apoyada en la pierna, estilo paseo con un coche de alquiler por la Costa Azul. Yo, mientras tanto, me muero de calor, de nervios y de ganas de hablar sin que se note que quiero hablar. Que es una especialidad mía, eso. Lo de no decir las cosas, pero dejarlas caer como si se me hubieran escapado.

—¿Vosotras sabéis quién va a estar mañana en el barco, no? —salta Mari Carmen, que le va a salir fuego del abanico de lo que lo mueve—. La Julia, que a mí esa mujer me tiene loca. Soy más fan suya que de la tortilla de patatas, y eso ya es decir. Y su mujer, la rusa, hija, que esa mujer es un enigma, que no sé si me da miedo o

me da ganas de invitarla a un café, de verdad. Y las demás amigas… vamos, lo más selecto de la bollería fina, que ni en el Orgullo de Chueca se ve tanto arte junto.

Yo, que estaba tan tranquila, me atraganto con el aire y me giro para mirarla, porque esta mujer cuando empieza, no sabes por dónde te va a salir.

—Mari, por favor, que están las niñas, no seas bruta —le digo, pero vamos, le hablo a la pared.

—¿Y qué pasa? ¿Tú te crees que las niñas no saben ya más que nosotras? Si es que yo las admiro, te lo digo con la mano en el corazón. Con esos cuerpazos, esas vidas de película… que parecen sacás de un catálogo de Zara Edición Lésbica, pero con más brillo y menos rebajas. Mira, tu hermana tiene un no sé qué… que a mí me dan ganas de ponerme a dieta solo de verla, y eso que yo, dieta, lo que es dieta, la última que hice fue la de la alcachofa y acabé con más gases que el camión de la bombona.

Asia se ríe y no dice ni mu, pero levanta una cejita que me da hasta calor, tía, que yo ya a mi edad me derrito por menos. Carla suelta un suspiro de drama adolescente y Daniela levanta la cabeza del móvil, que ya es milagro, porque esa niña tiene el cuello torcido de tanto mirar la pantalla.

—A mí es que la tita Sabina me da respeto. Es tan… perfecta —larga la niña. Perfecta, dice, si supiera la de veces que la he visto yo…, bueno, digamos que nada perfecta.

—Perfecta no, cariño —salta Mari Carmen, que no pierde el compás del abanico ni aunque le pongan una sevillana—. Es que tu tía tiene un máster en intensidad, que parece que va a solucionar el mundo cada vez que abre la boca. Y la mujer… esa te clava una mirada que te hace confesar hasta lo que no has hecho. Yo, la última vez que la vi, acabé pidiéndole perdón por un táper que no devolví en 2015.

—¿Pero tú devuelves tápers? Mari, no te hagas la interesante. —Me sale la risa sola, porque esta mujer me tiene la carcajada a flor de piel.

—Ni táper ni marido devolví yo, y mira qué bien me ha cundío, hija. A ver si en Tarifa me ventilo yo un par de mojitos y se me pasa

la alergia a los hombres del tó, que últimamente me dan urticaria solo de verlos en la tele.

Las demás se parten, menos Carla, que pone esa expresión de borde ilustrada que lleva ensayando desde que tenía doce años. Ya ves tú, la adolescencia, esa sí que no la devuelvo ni aunque me la paguen. Y así estamos, entre abanicos, risas y un poquito de autocrítica, que si no nos reímos de nosotras mismas, ¿de quién nos vamos a reír, no?

—¿Y tú, mamá? —salta de pronto—. ¿Qué vas a hacer en la fiesta? ¿Ir de copiloto igual que ahora o vas a coger el timón?

Se me suben los colores, las orejas, los nervios y hasta el colesterol. Me dan ganas de bajarme del coche y meterme debajo de la rueda, pero claro, con mi suerte seguro que ni me pilla bien.

Mari Carmen no pierde comba.

—Uy, Carla, hija, no seas así con tu madre, que está en la flor de la vida. Y lo guapa que se está poniendo últimamente… que se le nota el brillo, ¿eh? Ese brillo que no lo dan ni las cremas ni las vitaminas, eso es de trasnochar, y no precisamente viendo la teletienda.

Entonces salta Daniela, sin venir a cuento, pero salvándome del comentario de Mari Carmen.

—Yo soy lesbiana.

Yo que ya iba medio mareada, pego un volantazo invisible desde el copiloto y me giro, que casi me descoyunto el cuello.

—¿Cómo?

—Que soy lesbiana, mamá. ¿Pasa algo?

—¿Pero desde cuándo? —me sale. Que no porque me importe, es por control de madre, que una tiene que llevar la cuenta de estas cosas, igual que las vacunas y los empastes.

Asia interviene sin levantar la voz.

—Sara, lleva desde los doce saliendo con una niña de su clase. ¿No lo sabías?

—Yo pensaba que eran amigas íntimas, pero íntimas de las de antes, de las que se contaban los secretos y se pasaban los apuntes, no de las que se dan besitos detrás del instituto —insisto, buscando

complicidad en el retrovisor, pero lo que encuentro es a Carla, que me dice sin decir «tú sí que eres íntima, y no como mi hermana».

Mari Carmen, que está en su salsa, se parte de risa.

—Anda ya, Sara, no seas más antigua que la copla. Si las criaturas saben lo que quieren, pues mejor. Que yo a su edad no sabía ni lo que me gustaba de postre, y mira que me gustaban cosas…

Asia lleva esa sonrisilla que no se le borra, porque acaba de presenciar la salida del armario de mi hija y mi entrada directa en el tabla clasificatoria de madres más despistadas de Andalucía. Carla, mientras, se muerde el labio, que se va a comer la boca de la tensión. Y Mari Carmen, en el centro de la fila de atrás, se sigue abanicando como si estuviera en la Feria de Abril, que le falta el rebujito.

—Yo lo que no entiendo —interrumpe Carla cambiando de tema —, es por qué va Asia conduciendo. Vamos a ver, mamá, ¿no es tu coche? Si tú eres más de no dejar ni que te lo miren, no digamos ya que te lo toquen.

Y ahí me lo deja caer, con ese arte que tiene para clavar la pullita sin que se note, pero vamos, que se nota. Se me sube el calor por el pescuezo, que me dan ganas de abrir la ventanilla y sacar la cabeza como los perros, a ver si se me pasa el sofocón. Veo de reojo cómo Asia agarra el volante que va a arrancarlo de cuajo. Y yo, pues nada, respiro hondo, pero tan hondo que me entra hasta un mareíllo.

—El mío no tiene aire, Carla —le digo con voz de haberme tomado una infusión de tila, aunque lo que me hace falta es un cubata doble—. Y el de los mellizos es más cómodo, hija, que así no vamos apretadas. Además, Asia con el GPS llega a todas partes, hasta al fin del mundo si hace falta.

—Claro, claro —me ayuda Mari Carmen, con ese tonillo suyo que me da más susto que cuando veo a la Guardia Civil en la rotonda—. Y porque, vamos a ver, igual es que tú no estás muy… centrada, ¿no? Que tienes unos ojillos, cari, igualitos que los de la Barbie esa que tenía mi niña, la que acabó con el pelo al rape y los párpados medio caídos. Vamos, que se te nota que no has pegado ojo, y no me digas que es por ver series, que ya nos conocemos.

—Mari, hija, por favor…

Le hago un gesto con la cabeza para que vea que no es momento, vamos. Pero nada, que la muy cansina sigue, que cuando coge carrerilla no hay quien la pare.

—Si es que la gente duerme poco últimamente, cari. Será el calor, será la edad, o será que hay noches que no se han inventao pa dormir, que yo ya no sé ni pa qué me compro el pijama. ¿Verdad, Asia?

Asia hace como que no va con ella, no dice ni pío, pero le sale un hoyuelo en el moflete que me pone la tensión por las nubes. Yo, que ya de por sí soy de tensión alta, me veo en el ambulatorio con la bata abierta y la enfermera diciéndome que me relaje, pero ¿cómo me voy a relajar si tengo a la Mari Carmen de fondo todo el día, que parece el Canal Sur pero en persona?

Y mira que yo me río, pero a ver si es verdad que tengo cara de Barbie vieja, que una ya no está para muchas fiestas y el corrector de ojeras no hace milagros. Total, que la Mari Carmen, tan ancha, echándome la tarde encima. Yo aguanto estoica, que para eso soy andaluza y de las que no se rinden ni con la calor ni con las amigas pesadas.

Daniela interviene desde su rincón de la ventanilla.

—¿Y tú, Asia, tienes novia?

Yo me giro en plan «Dios mío, no me líes más la tarde, que bastante tengo ya con lo mío», pero Asia se lo toma con una calma que me dan ganas de agarrarla del brazo y darle un beso delante de todas, para que se enteren ya y dejen de preguntar, pero claro, una tiene su vergüenza y no son maneras.

—No. Pero me gustaría tenerla.

Carla levanta una ceja. Mari Carmen se abanica más rápido. Daniela sonríe.

—Qué bien —dice la niña, con una alegría que no sé si es inocencia o mala leche—. Porque así puedes quedarte más tiempo en casa.

—¿Y dormir en qué cuarto? —remata Carla.

Vamos, que lo suelta y espera a ver si explota la bomba o no. Yo, de verdad, que en ese momento me dan ganas de pedir un

helicóptero de Protección Civil para que me saque de aquí, pero no, hija, no. Me enderezo, me pongo las gafas de sol como si fuera la Pantoja saliendo del juzgado y echo el cuerpo para atrás, muy digna, que para eso una tiene clase.

—Pues en el cuarto de invitados, que ahora es suyo, ¿no te digo?

Mari Carmen aplaude con esas uñas que son garras de águila, pero con arte, ¿eh?

—¡Ole! Eso es una madre moderna. A mí lo que me gusta es ver a la gente feliz. Que hay que aprovechar los días, las noches… lo que se presente. Mira Sabina, que se enamoró de Amaia, con dos hijos, una empresa y el mundo mirándola. ¿Y qué? Pues ahí la tienes, más feliz que una perdiz, con la piel que ni de Photoshop y un barco en Tarifa, que ya quisiera yo, vamos.

Yo me río, porque vaya arte que tiene la Mari para desviar la conversación. Y porque, vamos a ver, la escena es de película. Y yo sé que Mari Carmen no ha terminado, que la conozco yo a esta, que cuando le brillan los ojos así es que viene la guasa fina.

—Mira, Sara, te lo digo con cariño: cuando una está en racha hay que aprovechar, que los cuerpos buenos no pasan por la puerta de tu casa todos los días.

Y ahí, entre carcajadas, pullas y abanicos, me doy cuenta de que me estoy yendo a Tarifa con mi caos personal en el asiento del conductor, mis hijas en la parte de atrás y una amiga que vale por una chirigota entera. Y no sé cómo va a terminar esto. Pero te lo juro, no lo cambio por nada, aunque luego tenga que pedir cita con el psicólogo y con el de las mechas, porque esto es la vida y lo demás son tonterías.

Capítulo 36

Asia

La puerta del coche se cierra detrás de mí y ya empiezo a sudar. No solo porque son casi las ocho de la tarde y el aire aquí huele a agosto, aunque estemos en junio, sino porque estoy entrando en territorio comanche. Es un chalet blanco, de esos que ves en las series donde la gente tiene un montón de líos, pero la casa es una pasada, con barbacoa y todo.

El jardín es gigante, el césped está recién cortado, huele a eso, a césped y a algo más, y la piscina… buah, la piscina está ahí, azul, que te dan ganas de tirarte de cabeza. Y hay gente, risas por todos lados, voces, se escucha jaleo desde el porche, desde el jardín, por todas partes. Y yo voy detrás de Sara, con el culo apretado, sintiendo que me tiemblan hasta las pestañas de los nervios. Llevo a Bicho en brazos, el pobre también está tenso, me clava una uña en la clavícula, el cabronazo.

Entramos por un caminito de piedra, por un lateral, y el olor es una mezcla de todo. Huele a mar, a jazmín, a carne haciéndose en la barbacoa, a perfume de señora y a colonia de bebé. Son un montón de olores a la vez, me satura la nariz, pero bueno, no me quejo, estoy en modo… no sé, en modo fantasma que nadie ha invitado oficialmente, pero que se ha pasado la noche en la cama de la dueña y aparece ahora en la comida familiar con pinta de haber dormido tres minutos y haber follado siete horas.

Y Bicho, el muy sinvergüenza, en cuanto ve una oportunidad, pega un salto de mis brazos y se lanza directo al jardín. Lo veo correr hacia una perra grande, blanca, con pinta de buena y un collar rojo. Ella lo huele, él le bufa con toda su dignidad felina y luego se le restriega, colegas de toda la vida.

—¡Sara! —Se escucha una voz femenina, firme pero con alegría, desde una mesa larga en el porche.

Nos saluda una señora que está claro que es la madre. Pelo blanco recogido en un moño perfecto, vestido de flores y una elegancia que te dice «yo mando aquí» sin necesidad de levantar una ceja, una mezcla de Sara y Sabina que me deja loca. A su lado, el padre, delgado, alto, con pelo gris, barba cuidada, camisa medio abierta y barriga de abuelo feliz. Son la versión envejecida, pero glamurosa de esos padres que te imponen sin levantar la voz.

Sara se lanza a abrazarlos, primero a él, que la rodea con un brazo como si fuera su niña pequeña, y luego a ella, que la besa en las dos mejillas con una sonrisa medida. Yo, mientras, me quedo a dos pasos de la mesa, con una sonrisa de cortesía y el corazón subiéndome por la tráquea.

—Asia —dice Sara, girándose hacia mí—. Mis padres, Silvia y Samuel.

Silvia se acerca y me da dos besos con esa firmeza que tienen las mujeres que no piden permiso para existir.

—Encantada, hija. Estás en tu casa.

—Muchas gracias —contesto, secándome el sudor de las manos en los vaqueros.

—La del gato, ¿no? —remata Samuel, mientras me da un apretón de manos cálido y sincero—. Ya me han hablado de ti. Bienvenida. Aquí todo el mundo es bienvenido si trae buen vino o buen humor. Y tú traes gato, que también vale.

Me sonríe y yo me relajo un poquito. Un poquito, tampoco nos flipemos. Pero al menos no me ha preguntado si soy de aquí o si tengo trabajo fijo, que eso ya es un logro. Y justo entonces, Mari Carmen irrumpe en escena por detrás, con un ventilador de mano y un pareo anudado en la cabeza como la que viene de un videoclip de Lola Flores.

—¡Ay, Silvia, reina! Pero qué casa más bonita tienes, miarma. Yo aquí ya me siento en la peli esa de *Verano del 98*. Pero con más carne a la brasa y menos drama adolescente.

—Y más vino —responde Silvia, sonriendo y cogiéndola del brazo —. Pasa, Mari Carmen, come algo, que he hecho la ensaladilla que

te gusta en cuanto me enteré de que venías.

Carla y Dani ya han entrado también. La perra y Bicho están en pleno flirteo animal por el césped, ignorando todo protocolo. Yo, pues me planto entre la barbacoa, las cervezas, los padres de la mujer con la que me acosté anoche por primera vez y un gato que ya se ha integrado mejor que yo. Y aún no ha llegado Sabina. Ni Amaia. Ni el apocalipsis. Pero vamos calentando.

De pronto, una voz desde la piscina:

—¡Hermanitaaa! ¡Hombre ya! ¡Que parecía que no llegabais nunca!

Y ahí aparece el hermano de Sara, treinta y tantos largos, piel morena de Tarifa, pelo rubísimo rapado a los lados y largo arriba, con un moño minúsculo que es más postureo que necesidad. Tiene tres piercings en una oreja, tatuajes por el brazo y una camiseta sin mangas con el logo de un festival que seguro que ya no existe. Y una caña en la mano, claro. Se parece a Sara en los ojos, en la forma de moverse, en el desparpajo. Pero con menos peso existencial y más *flow*. Se nota a la legua que es el pequeño. El mimado. El que no ha madrugado desde 2012.

—Asia —dice mientras me da dos besos con toda la confianza—. ¿La novia? ¿La amiga? ¿La DJ suplente?

—La que te va a tirar la cerveza encima si sigues hablando —responde Sara dándole un abrazo-empujón.

—¡Uy, qué carácter! Así me gusta. Aquí no nos gustan las sosas —añade él, y le da un trago a su botellín, con una pose así de los noventa, pero en versión *chill*.

—¿No trabajas hoy, Santi? —salta Mari Carmen, que ya tiene una cervecita en la mano y se ha apalancado al lado de Silvia con la confianza de quien lleva en la casa diez veranos.

—Trabajo mucho, Mari, mucho… lo que pasa es que lo mío es más vocacional —responde él, sin cortarse un pelo, con esa vibra de que vive del aire y de la buena voluntad de alguien.

—Sí, sí, tú vocacionas de lujo. Y Sabina paga, ¿no? —Mari Carmen no pierde oportunidad para meter la pulla, pero con arte.

—La jefa me apoya, sí —dice Santi, y se le nota el orgullo, o la caradura, qué sé yo—. Es que me está produciendo unas sesiones.

Estamos montando un estudio. En Berlín.

—¡En Berlín! —Mari Carmen se lleva la mano al pecho—. Pues hija, a este niño lo mantenéis mejor que al rey emérito. Y encima le llamáis artista.

Silvia ni se inmuta, esta señora habrá visto de todo y no se sorprende con nada. Samuel se ríe entre dientes y Santi hace una reverencia, así, con la mano en el pecho. Berlín, sesiones, Sabina pagando… claro, todo cuadra. Esta familia es un circo, pero un circo con mucho *flow*, y yo estoy aquí, en primera fila, sin haber comprado entrada.

Dani, que está sentada en una tumbona con su Fanta, se gira hacia mí.

—¿Tú estás acostumbrada a familias así? ¿O esto es lo peor que has vivido?

—He tenido novias con madres brujas de verdad —le contesto bajito—. Así que de momento, aprobáis.

Ella se ríe casi sin querer, sorprendida por mi respuesta. Y Carla, que está ahí al lado, con su pinta de juzgarlo todo, me clava la mirada.

—¿Y tú? ¿No tienes familia o qué? ¿Eres un personaje de ficción que ha aparecido aquí de la nada?

Levanto la vista del plato de jamón, que está buenísimo, por cierto, y me la encuentro con esa pose que está a medio camino entre el enfado porque estoy aquí y la desconfianza porque no me conoce, pero lo disimula fatal, la tía. Me trago la comida, respiro hondo, que para eso he venido, para dar la cara, aunque me tiemblen las piernas.

—Sí. Tengo dos hermanas y un sobrino —respondo, con el tono más neutro que tengo en el repertorio—. Una mayor y una melliza.

Sara, que está al lado de su madre cortando pan como si fuera una actividad de alto riesgo, añade sin mirarme:

—Sus padres murieron durante el COVID. Lo pasó muy jodido, pero ha salido adelante.

Y lo dice sin dramatismo, pero con una delicadeza que me parte en dos. Porque no es lástima. Es… respeto.

Yo asiento, sin más. Que no tengo nada que añadir. Lo conté una vez y fue suficiente.

Y entonces, porque esto se estaba poniendo muy serio, salta Mari Carmen, mi nueva madrina andaluza, rompiendo el hielo como solo ella sabe, con esa gracia que te hace quererla aunque te suelte burradas.

—Ay, hija, con lo bien que hablas, yo pensaba que eras hija de diplomático. Si llego a saber esto, te traigo un táper de puchero, que el alma también come, y con garbanzos de los buenos, ¿eh? Que no todo va a ser jamón y postureo.

—Pues no te cortes, Mari Carmen. Yo soy muy de repetir, sobre todo si la comida es buena —le suelto con cariño.

Y mientras lo digo, miro a Sara con toda la intención del mundo, para que pille el doble sentido, que yo para eso soy muy pro.

—Uy, pues a esta te la quedas, Sara —dice Mari Carmen dándole con el codo—. Esta te cuida el espíritu y te recoge los platos. No la dejes escapar, ¿eh?

Sara le pega un empujón entre divertida y «cállate ya, por favor, que me estás poniendo en un compromiso», pero se le escapa una sonrisita. Y yo me doy cuenta de que Silvia, la madre, lo observa todo sin perder detalle. Con esa ceja arqueada de mujer que lo ha visto todo, pero todavía se reserva el veredicto. Me siento escaneada, pero bueno, ya estoy acostumbrada.

Y en medio de todo este jaleo, con el olor a chorizo criollo ese que te abre el apetito aunque tengas el estómago encogido, la crema solar que ya se mezcla con el sudor, la carne asada que huele a verano y el romero ese recién cortado que te da un aire a campo que no te esperas en un sitio así, me doy cuenta de que esto es demasiado, ¿sabes? Porque no sé mi papel aquí, pero ya estoy dentro, sin poder salir. Y sí, me acojona, no te voy a mentir. Pero a la vez, me engancha, me da un subidón de esos que te hacen querer quedarte a ver qué pasa.

Y claro, esto no para, eh. Como buena reunión familiar andaluza, esto no se queda en los cuatro gatos que había al principio. Qué va. Aquí sigue llegando gente como si estuvieran convocados por

WhatsApp a un evento masivo con barra libre y jaleo garantizado. No para de entrar peña por la verja.

Primero aparece otro hermano más. Simón. Con la misma jeta de Santi de que le da igual todo, pero sin el *flow* de surfero, más… no sé, más de acabar de salir de una reunión pero se ha quitado la corbata, con una camisa con pinta de estar recién sacada de la tintorería. Y atractivo, ¿vale? Es que es para flipar. Otra vez. Qué asco de familia, todos guapos, incluso con las ojeras, con el pelo sin peinar, con las camisetas de batallón de esas que yo tengo tres iguales.

Y yo aquí, con el estómago dando saltos, porque sé que esto no es el final. Que falta la jefa. Sabina. La que me tiene con los nervios a flor de piel solo de pensar que se va a plantar aquí en cualquier momento y a ver qué cara pone al verme.

El desfile no para, ¿eh? Después del hermano, aparece una señora, Diana. Morena, piel canela, pelo recogido en un moñete perfecto, ropa sencilla, limpia, mirada de haberlo visto todo y sonrisa que da paz. Tendrá sus sesenta. Sara se acerca, la abraza con un cariño que me rompe un poco y me la presenta como *la tata*. Y claro, yo me quedo en interrogación máxima. Porque no es su madre. Pero sí. Es evidente que es alguien más que una cuidadora o vecina. Debe de haber criado a los hermanos, porque todos le tienen un respeto que no se puede disimular. Hasta Silvia, que es una señora con carácter, baja una marcha cuando le habla.

Diana me da dos besos y me tira un «así que tú eres Asia», con una sonrisa que me desarma entera. Me aguanta la mirada y me toca el brazo. Y yo me dejo. Porque con esta gente se hace eso: te dejas.

También llega la novia de Simón. Majísima, la verdad. Me saluda con una normalidad que me hace sentir menos extraterrestre.

Y en medio de todo este pitote, Mari Carmen es mi salvavidas. O sea, literal. Se me sienta al lado, me habla de todo y de nada, me rellena la cerveza y me dice al oído:

—Tú no te agobies, miarma. Aquí somos muchas bocas, pero buen corazón. Y si no, ya me encargo yo de darte cuerda.

Y yo, joder, me río, porque siento que me he colado en una de esas comidas familiares de película. El Padrino pero en Andalucía y sin mafia. Y yo, la invitada *random* que nadie conoce, pero bueno, poco a poco, me voy sintiendo menos bicho raro.

Sara, mientras, está encogida, no sabe ni cómo respirar conmigo al lado, delante de toda esta gente. Y yo, joder, lo pillo. Lo pillo y me da un poco de rabia. Porque anoche estábamos con cero filtros, cero vergüenza, y ahora… ahora me da la copa de vino, o lo que sea, pero ni me mira bien a la cara. Aunque, a ver, también tiene detalles. Me sirve primero, me pasa el pan, me pregunta bajito si estoy bien.

Yo tengo la tripa a reventar de tanto picoteo, pero trago más cosas raras por dentro que comida. La cabeza, en un bucle sin sentido, mezcla lo que siento con lo que creo que pasa y lo que me gustaría que pasara.

A ver, que nos ponemos serias un segundo, ¿vale? Ya son casi las diez, el sol ya se ha escondido por completo detrás de los árboles y empieza a refrescar. El viento de la playa se levanta y pica en la piel, y yo, que me he venido arriba con la camiseta de tirantes finita, me quedo helada. O sea, trato de disimular que tengo los brazos con la piel de gallina y todo. No digo nada porque me da corte, pero hace un rato que aguanto las ganas de meterme en la barbacoa que todavía está caliente, solo para entrar en calor.

Y entonces Sara se levanta de la silla donde estaba sentada y se mete en la casa sin decir ni pío. Yo la sigo con la mirada, no sé si va a por otra botella de vino o a ver si el gato se ha subido a la encimera otra vez, que el Bicho es muy de eso.

Y vuelve. No con vino, no. Viene con una sudadera. Es azul clarita, de esas que son grandotas, que se ven supercómodas. Y me la tiende. No dice nada al principio, solo me la da. Así, en silencio. Pero la mirada… joder, la mirada es un poema.

—Toma. Que se te están quedando los labios morados, chiquilla —me suelta, bajito para que nadie más se entere.

Y yo me muero. Me muero, me muero, me muero. Pero de ternura, de emoción, de todo. Porque no es solo una sudadera, ¿sabes? Es ella dándose cuenta de que tengo frío. Es ella

trayéndomela sin que yo tenga que pedir nada. Es ella abrigándome delante de toda su familia, como si eso no significara nada, cuando las dos sabemos que lo significa todo. Y me la pongo. Sin pensarlo. Me la pongo rápido. Es su sudadera, huele a ella y me abriga. Es un abrazo en forma de ropa.

Y claro, justo en ese momento, salta Carla. La niña, que no se pierde una y que lleva todo el día en modo detective.

—¿A ella le traes una sudadera y tus hijas en manga corta? —dice, con ese tonito que se clava en la nuca, que duele sin hacer ruido.

Se hace un silencio. Otra vez. Pero este es largo, incómodo. Lo bastante largo para que todos en la mesa nos presten atención, pero sin mirar directamente, ¿sabes? El aire se queda quieto. La madre de Sara deja la copa de vino en la mesa y gira solo un poco la cabeza, medio grado, pero lo noto.

Y Sara… joder, Sara se queda tiesa. Mira a Carla, a mí, a la sudadera que llevo puesta.

—Yo… —empieza, y se le nota en la voz que improvisa—. A ver, que… tú te pasas el verano entero en tirantes, cariño. No te quejes ahora. Y Daniela va en pantalón corto hasta en diciembre. Si os traigo una sudadera, hasta os ofendéis.

—Claro, pero a ella se la traes con mimo —responde Carla sin despeinarse, con esa calma que me pone de los nervios, porque sabes que lo dice con toda la intención.

Y con rabia, sí, pero también con puntería. Lo ha visto. Lo ha pillado. Y Sara se muerde el labio, lo cual ya es colgarse un cartel luminoso que diga «Me han cazado, señores, no tengo escapatoria».

—Os traigo una a vosotras y decís que os agobio. ¿Entonces qué hago? —remata Sara, tirando de ese tonito que usa cuando quiere parecer la madre equilibrada y sensata que, francamente, está a un paso de meterse debajo de la mesa y no salir en un mes.

Y entonces Mari Carmen, que ya se ha pimplado su tercera copa de vino y no se pierde un follón ni aunque le paguen por no verlo, remata en plan narradora omnisciente de la película:

—Yo solo digo que si me trajeran a mí una sudadera así, con ese arte, yo ya me dejaba hasta peinar por ella. Vamos, que si eso no es

amor, que baje Dios y lo vea.

Y me da la risa. Pero una risa nerviosa, de esas que se te quedan trabadas en el pecho, que no sabes si reírte o echarte a llorar. Porque sí. Lo es. Es eso. No lo ha dicho. No ha hecho nada claro. Pero me ha traído su sudadera. Delante de todos.

Y yo… la llevo como si fuera su camiseta de fútbol, la de su equipo. Porque es todo lo que necesitaba esta noche. Y en este momento, oliendo a ella y con esa frase de Mari Carmen flotando en el aire, siento que sí, que esto es real. Que está pasando.

Capítulo 37

Sara

No hay nada más peligroso en esta vida que una reunión con la gente de confianza, la barriga llena, la piscina vacía de niños (que eso es un milagro, vamos) y la quinta botella de fino ya por la mitad. Ahí es cuando te vienes arriba, te relajas, te crees que el universo te quiere y que la vida es una feria. Y claro, te confías.

Llevamos ya un buen rato aquí, en este jardín con jazmín y postureo, oliendo a carne a la brasa, a crema solar y a la colonia barata de Mari Carmen, que dice que es de marca, pero yo sé que la ha comprado en el mercadillo. Mi amiga, por cierto, dice que ya va por su «segundo estómago», que yo no sé cómo lo hace, de verdad, porque come más que el perro de un ciego y no engorda ni un gramo, la tía.

Santi ha sacado la guitarra y se la está afinando a Bicho, que ya es un sobrino más para él. Y Daniela pide permiso para subir una foto a Instagram, pero claro, sin que Carla le revise el texto, que la otra se cree la *community manager* de la familia.

Y yo, que ya me veía en la gloria, con la brisita, la familia, el estómago a punto de reventar y Asia, que por fin parecía que se le había bajado el nudo del cuello y estaba medio relajada… Pues nada, que la vida no me deja ni un ratito de paz.

Aparece Sabina. Que entra como si la hubieran llamado para inaugurar algo. Anda que no le gusta a ella un teatrillo. Cruza la puerta del jardín con ese paso suyo, entre levitación y desfile, con un moño que si me lo hago yo parezco la señora de la limpieza. Unas gafas de sol que le tapan media cara aunque ya está oscuro y una túnica blanca que le da pinta de embajadora de la ONU en misión de paz en Oriente Medio, versión chic.

Y claro, no viene sola, que Sabina sin séquito no sabe estar. Trae a Luna, que va de estrella indie. Mikel, que viene descalzo, con las rastas recién lavadas (milagro, porque normalmente huele a perro mojado), sonrisa de anuncio y una camiseta que pone «Legaliza el amor», que yo no sé si es por la marihuana o por los matrimonios igualitarios, pero él la lleva con arte. Y Vera, que no sé si ha salido de mi hermana o de un musical de esos de Broadway, con unas gafas de corazón, unos shorts de lentejuelas y la actitud de presidenta del AMPA.

Y escúchame, que el jardín se ha quedado callado un segundo, todos viéndolos entrar. Hasta la perra, la Chispa, que normalmente no para de dar vueltas, está con las orejas tiesas. Vamos, que ni un ladrido, ni un meneíto de rabo, nada.

Y ahí va Sabina con ese arte que tiene, repartiendo besos y saludos con esa efusividad suya que no le pega nada con el aire de diva. Y claro, todo el mundo embobado. Yo, que la tengo más vista que el telediario de la 1, me quedo tiesa, pero no por ella, que a mí ya no me impresiona ni aunque venga vestida de faralaes. Es porque en cuanto la veo entrar, lo primero que hago es fijarme en Asia. Es que me sale solo. Porque yo sé lo que hubo ahí, que no soy tonta y las conozco a las dos. Y aunque mi hermana tiene muchas cosas buenas y otras que mejor ni te cuento, tiene una manera de tratar a las mujeres que, te lo juro, no se le escapa ni una. Y me entra miedo.

Estoy nerviosa. Y claro, me digo: «Sara, no seas tonta, que no pasa nada», pero hija, es que me puede. Y encima, con toda la familia aquí, que yo me creo que todo el mundo sabe lo que pienso. Si es que en mi casa no se puede tener un momento de tranquilidad, siempre tiene que haber un poquito de drama, que si no, no somos felices.

Asia está sentada al lado de Mari Carmen, con un plato de queso que ya no le cabe ni un trozo más y el gato enredado en los tobillos. Y en cuanto ve a Sabina, se le pone el cuerpo tenso, que yo la noto aunque los demás no se enteren de nada. Se le afina la espalda, se le suben los hombros, como si el cuerpo le recordara cosas antes

que la cabeza. Y yo, que llevo semanas analizándola, sé que le está costando la vida mantener la compostura.

Sabina la ve, claro. Le da dos besos, así, muy correcta, muy de «aquí no ha pasado nada», pero yo sé lo que hay. Porque mi hermana tiene un don, tía, y lo saca justo cuando hay una mujer que le gusta delante. Se le pone la voz más grave, se le ladea la sonrisa y le brilla la mirada que ni el iluminador de Vera. La madre que la parió, ¿no puede saludar normal?

Asia, por su parte, contesta al saludo con educación, ni una ceja se le mueve, ni un tic ni nada, pero yo sé que por dentro está que no le cabe ni el aire. Y yo, que soy más celosa que una suegra, me entra un quemazón en la nuca que no es ni medio normal. Que sí, que lo sé, que no tiene sentido, que mi hermana es mi hermana y yo soy yo, pero es que Sabina es mucha Sabina, y yo, a su lado, me siento menos, siempre me ha pasado.

Ella ha vivido mil vidas, se ha tirado a medio planeta, ha dirigido empresas, matado a su marido, fundado una farmacéutica y encima va vestida como una santa con labial de Chanel. Y yo, ¿qué? Pues yo aquí, con mis turnos de guardia que no se acaban nunca, los cuatro niños que tengo que parecen una banda de cornetas y tambores y la camiseta del Decathlon, que ya ni sé de qué color era al principio. Y para colmo, con la barriga llena y el fino dándome vueltas en la cabeza, pues imagínate.

Pero atiende ahora, que la cosa no acaba ahí. Que yo sé, porque lo he visto con estos ojitos, que para Asia, en algún momento, Sabina fue la única estrella en su cielo. Y eso, por mucho que esté ahora aquí, conmigo, no se me borra. Que no es por lo que hubo, es por lo que podría volver a haber. O por lo que Asia piensa cuando nos ve juntas. Que seguro que nos compara, que yo lo sé, porque las mujeres somos así, y yo la primera. Y claro, yo me siento la hermana fea del cuento.

En medio de todo el jaleo, Luna, que es más exagerada que yo, se me tira encima.

—¡Titaaaa! —me pega un grito que se escucha en la otra punta, y antes de que me dé tiempo a reaccionar, ya me ha plantado dos

besos de esos que te dejan el moflete pringado—. Estás guapísima, ¿eh? ¿Qué has hecho, te has echao novio por fin o qué?

Y yo, que ya me conozco el percal:

—Uy, pero qué dices, sobri, anda ya. —Y le doy un abrazo de esos que te crujen hasta las costillas, porque una será lo que sea, pero cariñosa soy un rato.

Mikel me saluda con la mano, niña, como si estuviera ya cogiendo olas, pero con una pinta de iluminado que yo no sé si es que ha visto la luz o que le ha dado el sol de más. Y ahí viene Vera, que no ha pisado la casa ni cinco minutos y ya me está diciendo que si le puedo poner pestañas postizas para la fiesta de mañana. Yo me río, porque una es muy apañada y le gusta el cachondeo, pero por dentro tengo una parte que no se ríe ni un poquito, vamos.

Que me entra un agobio que ni te cuento. Y no es por el vino, ya me gustaría a mí que fuera por eso, ni por el calor, que aquí en Andalucía eso lo llevamos en el ADN y además se ha levantado fresquito. Es por el cuadro completo: la familia revoloteando por el jardín, Asia y la cara que se le ha quedado y Sabina entrando por la puerta a lo Cleopatra, con ese arte que tiene ella para hacerse notar.

Total, que cuando ya pensaba que la cosa se había calmado, que ya Sabina había hecho su teatrillo de siempre y que por fin iba a poder respirar un poquito, aunque fuera para dentro. De pronto, ¡zas!, aparece Amaia, claro, que se habría quedado retrasada por algo. Pero escúchame, que no entra como Sabina. No, Amaia entra sin hacer ruido, con andar de no haber roto un plato, pero yo sé que ha roto vajillas enteras, y encima con arte.

Amaia es pelirroja de las auténticas, no de bote, ¿eh? Que tiene las cejas claritas, la piel llena de pecas y una blancura que diría yo que no ha visto el sol en su vida, luego la ves en la playa y se pone roja en cinco minutos. Y los ojos verdes esos que tiene, que te miran y te hacen un escáner, que yo a veces me siento hasta desnuda, te lo digo.

Buena gente, pero si te pasas de lista, te da una colleja que te deja temblando. Guapa, guapa, para qué vamos a decir otra cosa. Y encima, la pareja perfecta para Sabina, que ya es decir, porque aguantar a mi hermana tiene mérito, hija.

Y aunque Sabina se crea la reina del mambo, aquí la que manda es ella. La que la lleva derechita… o lo intenta, porque mi hermana es más terca que una mula, y mira que yo tengo experiencia con mulas, que en mi casa hemos tenido de todo menos tranquilidad, pero Amaia ha conseguido con ella lo imposible.

Y te digo una cosa, tiene más paciencia que el santo Job, pero con máster y todo, que lleva catorce años —o quince, yo ya he perdido la cuenta, porque entre bodas y líos familiares, una ya no sabe ni en qué día vive—, y ahí sigue, al pie del cañón. La quiere con locura, eso se ve a leguas, pero también la mantiene viva, porque si no fuera por ella, Sabina estaría criando malvas o, mínimo, sin comer. Que la otra, si no le pones el plato delante, se le olvida hasta que existe la comida. Y lo de las pastillas… mira, mejor ni hablamos, que me pongo mala. Y el alcohol, gracias a Amaia, lo dejó, porque si no, Sabina acababa metida en una copa de vino, pero sin hielo y sin ganas de salir, que la conozco yo mejor que nadie.

Amaia tiene carácter y tiene sentido común. Pero su punto débil, y esto lo sabe hasta el gato, es Sabina. Que la pone de los nervios y la derrite a la vez. Y mira que le monta pollos, que yo los he visto, pero siempre acaban igual: juntas. Porque lo de ellas es una alianza de esas que te dan coraje de lo bien que se entienden, aunque se estén tirando los trastos a la cabeza. Yo, la verdad, las admiro, aunque a veces me dan ganas de darles con la zapatilla, porque tanta complicidad no es normal.

Y te digo más, cuando veo a Amaia mirándola como si no hubiera nadie más en el mundo, me da entre risa y apuro, porque si ella supiera la de veces que mi hermana no ha dormido sola… Bueno, que igual lo sabe y se lo calla, o lo perdona, igual que lo de Asia, que eso es otro tema. Porque Amaia es así: tonta, sí, pero lista también y, sobre todo, leal. Y mira que yo soy crítica, pero cuando algo es de verdad, hay que decirlo. Aunque me dé coraje reconocerlo, porque yo también tengo mi puntito de envidia, para qué vamos a mentir.

El caso es que Amaia me lanza una mirada rápida nada más llegar al jardín, que no es hostil, pero tampoco tonta. Yo ya sé por dónde

van los tiros, pero disimulo, claro.

—Buenas tardes, corazones. ¿Ya habéis empezado a beber sin mí? Así luego se os olvida lo que anuncia Sabina y tengo que andar traduciendo.

La gente se parte, porque Amaia tiene ese don de soltar la pullita con la sonrisa de que te está dando un caramelo, pero en verdad te está metiendo el dedo en el ojo. Vera se agarra a sus piernas, porque es igual de pegajosa que mi hermana, y Sabina le pasa un vaso de agua. Agua, dice ella. Yo ya me río por dentro, porque aquí el agua lleva más misterio que el potaje de mi suegra. Amaia coge el vaso y le susurra bajito, pero que lo oímos todos, porque aquí el cotilleo vuela rápido:

—¿Esto es agua o lo que tú quieras que parezca?

Y Sabina se ríe, pero ya sabemos todos que con Amaia no se juega. O se juega, pero con las reglas claritas.

Mari Carmen se acerca con su copa en la mano, como si fuera a bendecirnos a todas.

—Amaia, hija, ¿tú sabes que tu mujer ha llegado como la Virgen del Rocío bajando la rampa? Nos ha dejado tiesas, y eso que estamos al aire libre, que si llegamos a estar en una iglesia, nos da un soponcio.

Amaia se ríe, le da un besito en la mejilla.

—Mari Carmen, tú ten cuidadito con mi señora, que tiene más peligro que un saco de avispas.

Nos venimos arriba todos. Porque te digo yo que esta mujer no es la típica cuñada fina, de esas que se quedan en un rincón con el móvil y diciendo «sí, sí» a todo. Qué va. Amaia es de las que se moja, se ríe, reparte a diestro y siniestro y, vamos, que no se calla.

Y yo, mientras tanto, la vigilo todo el rato. Y me cae bien, ¿eh? Me cae tan bien que me da coraje. Cuando se me acerca, noto un cosquilleo en el estómago.

La tía se sienta, se recoloca el pelo y me hace un gestito de «espabila, hermana», que me dan ganas de decirle: «Amaia, cariño, que yo ya estoy más espabilá que el gallo de la vecina, lo que pasa es que me hago la tonta porque si no, la lío parda». Pero claro, le sonrío, pero de esa manera que una le sonríe a la jefa cuando te

pide que te quedes un ratito más, con la sonrisita esa de «sí, sí, lo que tú digas», pero por dentro cagándome en todo lo que se menea.

Y mi cuñadísima, que es directa, eso no se lo quita nadie, me mira como diciendo: «A ver si tienes narices de negarme algo», yo aguanto, que ni en un interrogatorio de la Guardia Civil.

Y en el momento más tenso, cuando yo ya estoy blandita, va el Bicho y decide que es el momento perfecto para subirse a mi regazo. Te digo yo que este gato tiene un don y huele el salseo. Me da con la cabeza en el pecho y, claro, yo le rasco el lomo, que para eso me ha tocado a mí la custodia emocional del gato.

Amaia estira la mano para acariciarlo también, pero el Bicho, que es un convenido, le pega un manotazo de esos de advertencia, sin sacar uña ni nada, solo para dejar claro quién manda.

—Mira el desagradecido… —dice Amaia, con esa mezcla de risa y coraje que tiene ella—. Cinco meses mimándolo con pienso *gourmet*, durmiendo en mi cama, pegado a mi oreja con el ronroneo… Qué traicionero. No solo el gato, ¿eh? Tú también me tenías cariño. Y ahora me traes a la enemiga a casa.

Qué bien me la clava, casi escupo el vino. Muevo la cabeza para los lados, a ver si alguien está pendiente, pero aquí cada uno va a su bola: Vera baila con Daniela como si estuvieran en una boda gitana, Santi dándole la chapa a Mari Carmen con los chakras y los ritmos esos raros y Sabina, cómo no, habla con Asia.

—Amaia, por favor… Eso ya es agua pasada. Que fue un resbalón de tu señora y punto. Yo la vi apañadita, necesitaba curro y ya está. No me montes un culebrón turco, que ya tengo yo bastante, chiqui.

Amaia sonríe y baja la voz.

—Sí, sí… pasado. Pero tú conoces a tu hermana, ¿no? ¿Tú la ves? Porque yo la veo, Sara. Y tiene la mirada encendida. Que se le nota hasta en el cuello. Que le cambia el tono y se le pone esa sonrisilla de loba buena, de las que te invitan a vino y luego te roban la voluntad. Yo la conozco, cariño. Sabina ve a Asia y se le activa el radar, aunque la tenga superada. Y a mí… pues tía, me hierve la sangre, hostias.

La escucho y noto cómo me sube la bilis, la rabia y el sonrojo, todo junto, porque en el fondo sé que tiene más razón que un santo. Sabina tiene ese imán para las mujeres interesantes, que ni con exorcismo se le quita.

Le doy un apretón en la pierna, con ternura, con culpa, con ganas de decirle que entre Asia y Sabina no hay nada, pero claro, tampoco puedo decirle que entre Asia y yo sí que hay tema, porque entonces sí que arde Troya y el gato me vomita encima del susto. Así que hago lo que mejor se me da: asiento, me bebo lo que me queda de vino de un trago, acaricio al Bicho y me encojo de hombros.

—Sabina es así, cari. Pero tú eres Amaia y eso no lo iguala ni la Merkel, vamos.

Amaia me da un toquecito en la pierna con la suya y se acomoda en la silla como diciendo «venga, vale, te voy a dejar vivir por ahora». Yo respiro, pero sé que la bomba ya está puesta en mi estómago, lista para explotar en cuanto me cruce otra vez con la mirada de Asia o vea a Sabina arrimarse más de la cuenta.

Observo a mi hermana, que no se puede estar quieta, hija. Ni callada. Ni sobria mucho rato, si me apuras. La tengo en el rabillo del ojo desde que entró con su desfile de criaturas perfectas y ese aura de diosa griega. Lleva un porro en la mano como si le hubieran enseñado a sujetarlo en una escuela suiza y no como la que se habrá fumado un par de ellos antes de aparcar. Y me dan ganas de ir a hablar con ella, pero no lo hago, de momento no.

Total, que llevamos ya una hora larga de tapitas, cervecitas, vinito blanco y las mismas historias de siempre, que si Luna con cinco años ya mandaba callar a los mayores (igualita que la madre, vamos), que si Mikel casi nos quema el sofá haciendo el tonto con los cables, que si Vera ahora quiere ser actriz, pero solo de musicales en inglés, que la niña es muy internacional, pero luego no sabe ni pedir un pitufo en la venta.

Y yo, que estoy ya medio atontada de tanto reírme y de todo lo que he bebido, la veo venir. Sabina, directita, con esa sonrisita que nunca sé si es de cariño, de guasa o de que trama alguna de las suyas y me la va a soltar cuando menos me lo espere.

—¿Qué conspiración traéis vosotras dos? —nos suelta, con ese tonito que es mezcla de gracia andaluza, descaro y un poquito de drama, que le encanta a ella hacerse la protagonista.

Nos pilla a Amaia y a mí sentadas en unas sillas bajas, de esas de jardín que se te clavan en los muslos y te hacen andar en cuclillas cuando te levantas. Bicho, que lleva en mi regazo dormido una hora entera, se despereza justo cuando Sabina se agacha a besarle la sien a Amaia. Así, con mimo y con ese aire de peloteo que mi hermana saca cuando sabe que ha metido la pata… o está a punto de hacerlo.

Amaia, que la conoce de sobra, no se inmuta. Sonríe con una ceja medio levantada. Pero Sabina tiene un arte que aunque tú te pongas una muralla de hormigón, ella te encuentra la grieta y se te cuela. Y yo, que la he visto llorar con trece años porque no le salía bien una trenza, sé que ese beso no es inocente. Es táctica pura. Mi hermana ha captado que mi cuñada anda torcida con lo de Asia y ahí la tienes, dándole mimos. Me río por dentro. Porque la gachona es más lista que el hambre y más peligrosa que un microondas con cuchillos dentro.

—Ay, qué pesadita te pones, Canija —protesto, cuando se me deja caer al lado, sin pedir permiso ni nada, que parecemos siamesas que llevan toda la vida pegadas.

—Anda, cállate, que tú eres la única mujer a la que puedo meter mano sin que Amaia me eche matarratas en la cena —me dice, y me pasa la mano por la cintura con una naturalidad que si nos ve mi madre nos mete a las dos en el convento.

Bicho, que es más digno que yo, se ofende un poco, me da un zarpazo de esos flojitos y se vuelve a enroscar entre mis piernas, que ya son su cama oficial. Y yo, que me quejo mucho, pero luego me encanta, me dejo querer.

—¡Si es que mi hermana es un caramelito! —se burla Sabina viendo la escena. Me aprieta contra ella como si tuviera cinco años y le acabaran de dar un globo.

Y mira, te lo digo de verdad, que a mí se me afloja el alma. Porque esta mujer me puede, aunque me saque de quicio, aunque me opaque y me haga sentir que siempre llego tarde a todo lo que

ella ya ha hecho antes y mejor. Pero es mi hermana y cuando se pone así, payasa, pegajosa, tocona… pues yo me derrito y me da igual que me vea todo el mundo, que para eso estamos, para querernos y para criticarnos, que si no, ¿qué gracia tiene la vida?

Entonces Santi, que yo no sé si es que tiene un radar para los cotilleos o es que huele el jaleo desde la otra punta de la casa, viene con una copa en la mano y ese estilito de DJ vegano que se ha montado últimamente, que yo no sé si es que quiere ligar o que le ha dado por la vida sana, pero vamos, que ni una cosa ni la otra, porque sigue igual de tieso y de soltero.

Camiseta negra, de esas que se ponen los que van al gimnasio para que se les vea el músculo, aunque en su caso el músculo es más bien de darle al mando de la tele. Los piercings le brillan y esa barbita de tres días, que oye, le queda bien, no te voy a mentir, aunque viva de okupa emocional en el piso que le compró Sabina en Madrid, que eso sí que tiene delito, pero bueno, cada uno con su drama.

—¿Aquí está el cuartel general de las sobonas? —salta el nota, con una guasa que para qué, y se nos tira encima como si fuéramos a repartir jamón gratis.

Yo, que ya me veo el pelo *despelucao* y la copa volando, pongo cara de circunstancia, pero Sabina le da un manotazo en todo el pecho, de buen rollo, que aquí las peleas son de mentira, igual que de chicos.

—¡Quita, desgraciado! —le dice entre risas. Y yo, que me río también, pero por dentro pienso: «A ver si este año madura el niño, que ya le va tocando».

Y claro, para tener el cuadro completo, aparece Simón, el hermano mediano, que es más callado que un mueble, pero cuando se arranca, la lía peor que ninguno. Se tira encima de nosotros con una fuerza que digo yo que este se ha creído que está en la WWE, verás tú la que va a liar. Acaba tirado encima de Santi, de Sabina y de mí, con las piernas por el suelo y meándose de risa. Yo ya no tengo edad para estos trotes, pero me pico más que nadie y les clavo los dedos con mala leche para quitármelos de encima.

—¡A mí siempre me dejáis fuera, carajo! —protesta el niño, que de niño ya tiene poco, pero sigue con la misma tontería de siempre.

Total, que acabamos todos en el suelo, una maraña de brazos, piernas y risas. Rodamos por el césped, nos empujamos, nos zancadilleamos. Yo me río a carcajadas, pero también rezo para que no se me salga nada del sitio. El Bicho, que es listo, se aparta de un salto y se sienta al lado de Asia, que nos observa y seguro que piensa que no estamos bien de la cabeza. Y mi madre, que no puede faltar, grita desde la mesa y agita la servilleta.

—¡A ver si os vais a romper una cadera, criaturas, que ya no estáis pa estas cosas!

Y Mari Carmen, que es todavía más exagerada que ella:

—Eso digo yo. Que si yo me caigo, no me levanto hasta que venga el seguro a hacerme el parte, vamos.

Daniela graba con el móvil, que ya verás tú el vídeo en el grupo de la familia. Carla, con los ojos en blanco, que le va a dar un telele de la vergüenza ajena. Y Vera, la chiquitilla de Sabina, aplaude el espectáculo.

Y cuando ya se pasa el jaleo, nos quedamos los cuatro tirados en el césped, sudados y meados de risa, pero yo, que soy muy de fijarme en los detalles, me fijo en Asia. Sentadita en la hamaca, con su vaso en la mano, sonriendo, pero esa sonrisa… no me cuadra. Que sí, que se ríe, pero se nota que está en otro sitio y ve la película desde fuera. Y yo, que soy más paranoica que nadie, ya me empiezo a comer la cabeza.

Y entonces, niña, levanto la vista y veo a mi madre. Sentada en el porche, repasándome. Primero a mí, luego a Asia, luego otra vez a mí. Por dentro me estoy cagando viva. Porque cuando mi madre pone esa cara, es que ya ha leído el primer capítulo del drama y está esperando el segundo.

Capítulo 38

Asia

Tengo una sensación rara en el pecho. Ver a Sabina revolcándose por el césped como si tuviera diez años me ha pillado por sorpresa. A ella, que la he visto con un subfusil en la mano y dándole órdenes a la mafia rusa. A ella, que me ha mirado con ojos de diosa antigua y me ha puesto de rodillas sin tocarme.

Y ahora está ahí. Descalza, tirada en el suelo con sus hermanos, con las rodillas llenas de hierba y una risa de niña que se le escapa sin querer. Santi y Simón han bebido tanto que me planteo si tienen acciones en Bodegas Barbadillo, vale. Y Sara va alegre, que se le nota en las mejillas rojas y en la forma en que se deja caer sin miedo. Pero Sabina… Sabina no ha bebido. Y está igual. O peor.

Me espatarro en la hamaca con el vaso medio tibio pegado a los dedos y la escena me entra como un *déjà vu* con sabor a hostia. La de cuando me gustaba Sabina. Pero no el gustar de me la quiero tirar (aunque también), sino ese en el que te crees que alguien es más que humano, que no va a fallar nunca, que puede con todo. Esa imagen de mujer que no necesita a nadie. Ni a ti. Menos aún a ti. Y claro, en su momento, eso me enganchó en plan yonki.

Y ahora veo a esa misma mujer jugando con sus hermanos, con una risa que no le recordaba y con una hija pequeña que la mira con más admiración que nadie. Y me da vértigo. Porque si yo no estuviera tan metida en esto con Sara, probablemente estaría otra vez enredada en ese magnetismo que Sabina lleva como un collar invisible.

Pero giro la cabeza y veo a Sara. Que se ha quedado tumbada, con la cabeza apoyada en el brazo de Santi, riéndose con la boca abierta, sin filtro, sin pose, sin querer aparentar nada. Y me jode. Pero bien. Porque me doy cuenta de que no es que me haga gracia,

ni que me ponga, ni que me haga sentir cómoda. Es que la quiero. Y la quiero bien. Y no sé cómo me ha pasado ni en qué momento exacto me he resbalado por esa pendiente, pero estoy abajo del todo, sin frenos y con los codos llenos de raspones.

Porque me tiene con la barriga revuelta y las ganas de quedarme. Con su forma de hablar de sus turnos, con su camiseta desgastada y sus chistes malos. Con su manera de cuidarme sin querer, de mirarme sin darse cuenta, de enfadarse sin soltarme la mano. Ella. Con todo su caos y su normalidad.

Y ahí es donde quiero estar. Aunque me cueste tragarme el miedo, que lo tengo, y mucho. Miedo a Sabina, sí, que por mucho que se revuelque por el césped, sigue siendo la jefa y me da un poco de pánico. Miedo a Amaia, que me mira como si supiera que le debo algo. A esta familia, que es un circo, pero un circo con reglas que no entiendo del todo. Miedo a cagarla, a no estar a la altura, a que Sara se dé cuenta de que soy un desastre y salga corriendo.

Pero, joder, quiero estar aquí. Quiero estar con ella. Aunque tenga que sentarme al lado de Amaia sintiéndome culpable. Haciendo como que me interesa la conversación de su familia mientras por dentro pienso en cómo se le queda el pelo cuando se moja. Aunque se me revuelva todo cuando Sabina se acerca y me lanza una de sus miradas de radar activado, esa que te dice «sé más de ti de lo que piensas, guapa».

Porque esta vez, por fin, no me interesa lo que Sabina quiera ver, ni lo que piense, ni lo que diga. Ya no me importa si ella ve en mí una amenaza, una fase, una niñata. Me da igual. Lo que me interesa, lo que me tiene con el corazón a tope de revoluciones y las ganas de quedarme, es lo que vea Sara cuando me mire de frente. Cuando me mire de verdad, sin filtros, sin miedos, sin el peso de todo lo que arrastra. Quiero que me vea a mí. Y quiero que se quede conmigo.

A eso de la una, la fiesta empieza a hacer aguas. Literalmente, porque los niños siguen metidos en la piscina y el resto estamos medio derretidos por las sillas de jardín. Yo estoy deseando que alguien diga la frase mágica de «nos vamos recogiendo», porque me duelen hasta los párpados y tengo la sensación de estar hecha de

chicle rancio. Anoche dormí tres horas y media, y porque el gato se dignó a ronronear en mi oído en vez de jugar a escalarme la espalda.

Sara está peor. La veo de reojo en esa tumbona que cruje cada vez que respira, con el pelo revuelto y el cuerpo abandonado. Habla con su padre, o eso parece, porque de vez en cuando se le escapa un «sí, papá» con voz de ultratumba y los ojos medio cerrados. No ha pegado ojo, porque esta mañana se despertó antes que yo, se metió en la ducha sin hacer ruido y se fue a trabajar como si nada.

Mari Carmen, por su parte, sigue a lo suyo, dándome la chapa con una historia de cuando se fue a hacer un retiro espiritual a la Sierra de Grazalema y acabó encerrada en el coche porque había un zorro acechando las zapatillas que se había dejado fuera. Yo intento seguirle el hilo, ¿vale? Pero ya estoy en modo supervivencia. Solo oigo palabras sueltas: «bragas térmicas», «infusión de pino» y «me pilló cagando detrás de un matorral». Ella se parte, claro, tiene ese don, esa gracia para convertir una escena escatológica en comedia de *prime time*. Yo finjo que me río, pero ya estoy medio ida, y eso que me encanta Mari Carmen, pero ahora mismo podría contarme que ha visto a la Virgen que yo solo le asentiría con una sonrisa muerta.

Mientras tanto, los chavales siguen con cuerda para rato. Luna y Carla hacen la croqueta en una colchoneta inflable. Dani juega a empujar a Mikel y luego le grita que no sea flojo cuando se resbala. Vera flota con unas gafas de buceo del Decathlon y canta algo en inglés con acento de los Cárpatos. Parecen salidos de un videoclip surrealista, pero ellos están felices y a mí me dan envidia. Qué energía, colega.

Y justo cuando el ambiente se desinfla, la madre de Sara se pone de pie, se sacude las migas de tortilla de la falda y toma el mando con ese tono de «aquí se acaba el chiringuito».

—Bueno, niños, vamos organizando las camas, que ya va siendo hora, ¿no?

Se hace un silencio que huele a derrota colectiva. Alguien tose. Creo que soy yo.

—La casa tiene cinco habitaciones, ya sabéis —dice la madre, muy pedagógica—. Una es para nosotros. Otra es la de Diana, que tiene dos camas. Luego está la grande…

—¡Nosotros juntos ahí, abuela, porfa! —grita Luna desde la piscina, con el pelo chorreando y una sonrisa.

Y así queda sentenciado: Mikel, Luna, Carla, Dani y Vera se montan el campamento ellos solos, a lo comuna juvenil, y nadie se atreve a decirles que no. Bien por ellos. Yo firmo con sangre con tal de no compartir colchón con una adolescente que pone reguetón a las siete de la mañana.

—Y queda la de Simón, que duerme con Susana… —añade la madre, y se gira hacia Diana—. Así que tú te puedes quedar en tu cuarto, y Sara, hija, si no te importa, te vas con ella. Mari Carmen y Asia pueden dormir en tu habitación. Y Santi que duerma en el sofá o se vaya a casa de Sabina.

Yo asiento sin rechistar. Es justo, lógico, previsible. La esperanza de estar a solas con Sara ya la he enterrado hace un rato, justo cuando la vi roncando suave con un pie fuera de la tumbona y un mosquito dando vueltas por su cabeza. Me resigno. A ver, soy una tía moderna. Madura. Esto no va a ser la primera ni la última vez que me como las ganas con patatas frías.

Pero entonces… pasa.

Sara se incorpora de la tumbona como puede, medio dormida, medio digna, con el moño flojo y la voz rota de tanto día encima, y dice, sin mirar a nadie, pero delante de todos:

—Yo voy a dormir con Asia.

Y joder, se me para el corazón. Se me para. Y no por lo que ha dicho. Sino por *cómo* lo ha dicho. No es negociable. No hace falta discutirlo. No le debe explicaciones a nadie.

Y yo, que venía mentalizada para dormir entre ronquidos ajenos y chismes de madrugada, me quedo en blanco. Literalmente. En blanco, pero con fuego por dentro.

Se hace un silencio de esos que no son de película, sino de realidad incómoda. De los que suenan a garganta tragando saliva y silla que cruje cuando alguien se recoloca. Porque la frase de Sara

no ha sido un murmullo de esos que se pierden entre el jaleo del jardín. Ha sido una sentencia. Clara y firme.

Y yo, sin pensarlo, la busco a ella. A Sabina.

Instinto, lo juro. Porque dentro de mí aún queda una alarma vieja conectada a ella. Y lo veo. Cómo se le transforma el gesto. No frunce el ceño, no tuerce la boca. No hace falta. Es algo en los ojos. En la mandíbula. En la forma en que deja de tocar a Vera, que tenía apoyada la cabeza en su pierna. Algo se le tensa, un hilo fino que vibra. Porque lo ha pillado. Lo han pillado todos. Y no le ha hecho gracia.

La madre de Sara, que es más lista que la media y tiene que llevar muchos años capeando temporales, se queda un segundo congelada. Solo un segundo. Luego resetea la cara, se pone el tono neutro de jefa de campamento y contesta con una elegancia que no le conocía:

—Pues entonces, Mari Carmen, tú con Diana. Así vamos todas bien repartidas.

Y hala. Ya está. Aquí nadie se inmuta. Nadie ha visto caer quince bombas nucleares en el jardín. Como si eso de «yo voy a dormir con Asia» fuera lo más normal del mundo.

Y entonces… Carla sale de la piscina, con las cejas juntas y el gesto de «acabo de ver algo que me da igual, pero no me da igual». Se seca los brazos con una toalla y lanza el dardo directo al centro:

—Lo tuyo es muy fuerte, mamá.

El aire se me queda atrapado en la garganta. No sé si por miedo, por pudor, por esa sensación de que esto se me escapa de las manos, o por todo a la vez. Sara sigue ahí de pie, medio deshidratada. No dice nada. Y en ese silencio suyo, en esa quietud, hay algo más contundente que cualquier respuesta.

Entonces vuelvo a fijarme en Sabina. Y ahí sí que me tiemblan las rodillas. Porque no me lanza odio ni celos: hay otra cosa en juego. Es juicio. Evaluación. Una mezcla rara de «esto no me lo esperaba» con «ahora entiendo todo» y «veremos cómo lo manejas, guapa». Y la forma en la que me escruta consigue dejarme desnuda.

Porque Sabina puede no estar enamorada de mí, puede tener mil historias más, puede estar casada, redimida y con el alma en ayuno

intermitente. Pero siempre va a querer saber que controla el tablero. Y ahora no lo controla. Ahora la reina se le ha movido sin avisar.

Desvío la atención. No por cobarde. Sino porque, si mantengo este pulso dos segundos más, se me va a notar todo lo que siento. Y lo que siento, sinceramente, no tengo cuerpo para explicarlo esta noche. Ni fuerzas para justificarlo. Porque esta noche, por primera vez, no me escondo, pero eso no significa que no me duela.

—¿Vas a hacer que no pasa nada? —salta Carla, en voz alta, mojada hasta las pestañas y con ese tono de hija que no quiere saber, pero le puede la rabia.

Y claro, todos se giran. Dani deja de grabar con el móvil, Vera se queda con la boca abierta, Luna frunce el ceño a punto de intervenir y Mari Carmen, que no sabe si retirarse o coger palomitas, se queda clavada con la toalla en las manos.

Y Sara… joder. Sara se queda quieta un segundo. Solo uno. Pero en ese segundo, yo la veo. La veo recogerse. Preparada para el golpe. Se endereza un poquito y le contesta a Carla. La voz… la voz le sale serena, sí, pero con un temblor por dentro que yo lo noto desde aquí, que la tengo calada, coño.

—¿Y qué es lo que pasa?

Carla alza las cejas. Las tiene juntas, tensas. Y la mirada… Uff, la mirada es de esas que te dicen «me has decepcionado, mamá, y te lo voy a echar en cara hasta que te mueras». Y suelta, sin filtro ninguno, con esa rabia que le sale por los poros, por la piel, por el pelo mojado:

—Que has traído a una tía a casa con la excusa de que cuide a Daniela y ahora resulta que… que es tu novia. Que eso, mamá, se avisa.

Boom. La palabra. Novia. La tira como una piedra al estanque. Y yo siento que me salpica hasta el paladar.

Sara respira. Una vez. Profunda. Se toma su tiempo. Me doy cuenta de que no está enfadada. Está dolida.

—No es mi novia —dice al fin, con esa voz de médico que da malas noticias con tacto, pero sin anestesia.

Y Carla remata. Porque ya no va a parar.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es? ¿Una amiga con derecho? ¿Una escort? Porque es muy fuerte todo esto y me huele muy mal.

Escort. La palabra se me enquista de nuevo. ¿Eso piensa de mí? ¿Que su madre me paga por…? Joder. Me arde la cara. Me arde la piel. Me arde todo. Es por la vergüenza. Por la rabia. Por la humillación. Y por la puta mierda de sentir que mi vida, vista desde fuera, parece eso. Que siempre estoy al lado de mujeres con dinero, con poder. Sabina. Y ahora Sara. Y que parezco un puto satélite que orbita alrededor de la pasta y el *glamour*.

No sé dónde meter las manos, dónde meterme yo. Siento que todos me miran. Que todos han oído. Que todos piensan lo mismo. Siento el silencio. Un silencio que no es de paz, es de juicio.

Sabina levanta una ceja. Amaia aprieta los labios. Diana se queda paralizada, con la copa en el aire. Mari Carmen se santigua en silencio, o eso creo ver. Y yo tengo la garganta seca.

Sara da un paso. Uno solo. Y se pone delante de Carla. Su expresión… ya no es de madre, ni de mujer, ni de doctora. Es de persona. De alguien que ya no está para aguantar gilipolleces.

—Te estás pasando, Carla.

—Es que no entiendo nada —salta ella, más bajito, pero con la rabia temblándole en las comisuras—. Nos lo ocultas, lo escondes y encima… ¿la metes en casa?

—No tengo que dar explicaciones a nadie —contesta Sara, y le tiembla la voz por primera vez. Solo un poco. Pero se nota.

Yo no digo nada. Porque sé que si abro la boca, reviento. Porque esto no va solo de mí. Va de lo que significa todo esto. De lo que somos. De lo que no somos. Y, en el fondo, lo que más me duele… es que Sara tampoco ha dicho lo que soy. Ni para bien ni para mal. Ni «es mi amiga», ni «es alguien que me importa». Nada. Y eso, en esta escena, me hace más daño que el insulto de Carla. Me deja en el aire.

Carla no ha terminado. Qué va. Ha empezado a calentar y no piensa parar hasta que alguien la saque del escenario a la fuerza. Tiene los hombros tiesos y los ojos brillando de rabia. Se le nota en la voz que esto lo lleva mascando desde hace tiempo. Y ahora que ha explotado, va a por todas. Sin red.

—Pero vamos a ver, mamá. ¿Qué es Asia, entonces? ¿Eh? Dímelo claro. ¿Qué es esta tía pa ti?

Sara no hace ni el gesto de respirar.

—Carla, cariño, yo qué sé… —dice al fin, con voz bajita, sin aire —. No lo sé. Lo estoy intentando entender. Es… que llevo mucho viuda, niña, que parece que fue ayer cuando tu padre se fue, pero no, aquí estoy yo, más sola que la una. Y una tiene derecho, ¿no? Que no me he muerto yo también, aunque a veces me entren ganas.

Mira al suelo. Y luego me mira a mí. Y ahí sí que no puedo tragar saliva, porque siento que le pesa no saber cómo nombrarme y que quererme es una cosa de la que todavía no sabe hablar en alto.

—Tengo derecho a estar con quien me dé la gana —añade.

Pero Carla no afloja. Tiene la rabia desatada y el corazón cerrado.

—¡Encima una mujer, mamá! —espeta, con una mueca de asco—. Que no es por ná, pero esto es fuerte, ¿eh? ¿Ahora va a resultar que lo de ser bollera se pega por convivencia? Porque yo ya no sé si tengo que ir pidiendo cita pa la psicóloga. Yo qué sé, mamá, que si me dices que te has liado con un médico de estos viejos con pinta de buena gente, yo hasta te ayudo a hacerle bizcocho, pero con esta…

Y sus ojos me examinan, busca el fallo, el defecto. Como si yo fuera la culpable de todo lo malo que le pasa a su madre, la enfermedad, el síntoma, el lío andante. Y a mí se me revuelve el estómago, me dan ganas de irme, de gritarle que se calle, de decirle que no tiene ni idea, pero me quedo quieta. Congelada. Porque si me muevo, la lío más. Y esta vez no va a ser por mí, no me da la gana.

—Párate ya, Carla, que te estás pasando mucho —intenta cortarla Sara, pero se le nota que no tiene fuerza, que está agotada, que ya no le queda ni una gota de paciencia.

Y Carla, que lo sabe, no afloja.

—Con la nota esta superjoven, mamá, y con esas pintas… — escupe, y ya ni disimula el asco—. Es que me da vergüenza. Vergüenza de verdad, te lo juro.

Y ahí, antes de que Sara pueda abrir la boca o yo haga una locura, salta la voz que lo para todo. Seca. Firme. De esas que no necesitan volumen porque pesan más que el silencio.

—Niña —dice Sabina, levantándose despacio y poniéndose delante de ella—, ten cuidadito con lo que dices.

El silencio se vuelve sólido. No necesita levantar la voz. Es el peso lo que habla. Hasta el gato se queda pendiente de ella. Vera se encoge. Luna agarra del brazo a Mikel. Mari Carmen finge que no está, pero asiente con solemnidad. Dani abre la boca, pero no dice nada, se queda congelada y busca a su madre, a su tía, a mí.

Y Carla… Carla la encara, no retrocede, no. Se planta, desafiando a la jefa, a la que manda, a la que tiene más poder que nadie.

—¿Y tú por qué te metes, como siempre?

—No tienes ni idea de lo que cuesta hacer lo que ha hecho tu madre esta noche. Y Asia, te guste más o menos, es la que ha estado ahí cuando a vosotras os venía largo. Así que si no te gusta, te aguantas. Pero no vuelvas a hablar así delante de mí.

Antes de sentarse, me lanza una ojeada. Y no es de «tranquila, estoy contigo». Qué va. Esa forma de clavarme los ojos trae mensaje oculto. Una advertencia muda: «Esto lo estás provocando tú. Esto va por ti. Esto me lo vas a pagar».

Y cuando el ambiente ya es un hervidero a punto de rebosar, cuando yo empiezo a pensar si no será mejor coger al gato, el bolso y largarme andando por la carretera nacional hasta que me devuelva la dignidad alguna gasolinera abierta, entonces… habla la madre de Sara.

No grita. No falta. No se mueve ni un milímetro de donde está, sentada en su silla de hierro con el cojín bordado por ella misma, con esa postura de mujer que lo ha visto todo y no necesita dramatismos para dejar claro quién manda en esta casa.

—Ya está bien, Carla. Tu madre lleva mucho tiempo sola. Muy sola. Y muy triste, aunque no lo digáis en voz alta. Porque vuestro padre fue el amor de su vida, sí. Pero también se fue. Y ella se ha quedado criando a cuatro criaturas, rompiéndose el lomo y aguantando el tirón con una sonrisa en la boca y los ojos vacíos más

de una noche. Que yo la he visto, que para eso soy su madre y no me engaña ni aunque se ponga un disfraz.

Carla baja la vista, roja, traga saliva. Sabina se cruza de brazos, Mari Carmen asiente como si estuviera en un juicio y acabaran de dar el veredicto justo. Yo aguanto la respiración, que no sé si me va a dar un mareo o qué.

—Así que si ahora tiene a alguien que la hace reír, que le quita el nudo del estómago, que le da conversación o compañía… pues bendito sea, coño, que ya era hora. Y me da igual que sea mujer, hombre, extraterrestre o un gato parlante. Ella puede hacer con su cama lo que le salga de ahí —dice, y se toca la cadera con la típica elegancia de señora que lo sabe todo pero no presume—. Y si es amiga, pareja, o amiga especial… eso solo le incumbe a ella. Y se acabó.

La frase cae como un telón. Y nadie dice ni pío. Y entonces, en ese silencio, salta una vocecita que no me esperaba.

—A mí Asia me gusta —dice Dani, desde la otra punta del jardín.

Y lo dice sin alzar la voz, sin dar importancia, mientras se envuelve con una toalla que le llega hasta los tobillos. Pero lo dice. Y luego me mira. Y me guiña un ojo.

Yo ahí ya me rindo. Porque esa niña es una fiera. Una fiera tierna y cabreada, pero fiera. Y lo que acaba de hacer, con una frase y un guiño, no lo ha hecho nadie en toda la noche.

Pero entonces, pasa lo que nadie esperaba. La que se rompe no soy yo.

Es Sara.

Ahí, de pie, en medio del jardín. Con todo el mundo callado. Con las manos abiertas. Con los ojos brillantes. Y de repente, le cambia la cara. Se le aflojan los músculos de la boca, se le baja el pecho y empieza a llorar. No a llorar de forma dramática y contenida, no. A llorar como una loca. Con risa. Con sollozo. Con el fino subido. Se tapa con las manos, intenta esconderse en sí misma, pero ya es tarde, el drama ha salido y no hay quien lo pare.

Se le ha roto algo dentro y no sabe si pedir ayuda, un abrazo, más vino, o que alguien la saque de aquí. Y en esa imagen, con su camiseta vieja manchada de hierba, los pelos pegados a la frente, la

voz temblona que intenta contener, está la persona más valiente que he visto en años. Yo… Me quedo clavada. No me muevo. Porque la quiero, la quiero con toda esta mezcla rara de ternura, miedo, vértigo, risa, llanto, caos, todo junto.

Capítulo 39

Sara

Me he puesto a llorar delante de todo el mundo. Y encima, para rematar, me entra la risa tonta, esa que no puedes parar, tapándome la cara con la servilleta, que parezco una de esas señoras que salen en la tele contando sus penas.

Estoy en medio del jardín, con los farolillos esos de los chinos que le compré a mis padres, que ni sé para qué los quieren, si después ni los cuelgan bien. Restos de tortilla por toda la mesa que nadie se ha dignado a recoger y mi familia mirándome como si estuviera a punto de arrancarme a cantar. Y yo, con el alma en los pies y la servilleta hecha un higo en la mano, que ni para secarme los mocos me sirve ya.

Para colmo, el gato ahora viene y se me restriega por los tobillos, lo mismo también sabe que estoy para que me ingresen. Yo no sé si es el vino o que llevo un nudo aquí en el pecho desde hace meses, que o es ansiedad o que me va a dar un soponcio de los gordos. Y claro, yo, que siempre voy de fuerte, de que a mí no me afecta nada, ahora aquí, hecha un cuadro, delante de la familia, los amigos y de Asia.

Y lo peor de todo, que ni para disimular sirvo, hija. Que me ha pillado esto tan de sopetón, tan a traición, que ni tiempo me ha dado a poner la cara de dignidad esa que pone la gente fina. Porque yo, tonta no soy, tenía mi plan, ¿eh? Un plan de los míos, de los que no valen para nada, pero al menos era mío.

Mi idea, vamos a ver, que una tampoco es tonta, ¿eh?, o eso me gusta pensar, era ir de puntillas con esto, de tapadillo. Callarme la boca, hacerme la sueca y a ver si la cosa de Asia se iba aclarando sola, sin dar el cante, sin que nadie se enterara mucho, pero tampoco escondiéndolo, que no es un delito.

Vamos, lo de siempre: tragar y tirar para adelante, que para eso soy una experta, que llevo yo años haciendo malabares con la vida sin que se me caiga el alma al suelo. Yo soy muy de la estrategia esa de ojos que no ven, corazón que no siente, aunque luego el corazón me vaya por libre y me monte unas historietas que para qué.

Pero claro, soy una bocazas y solté con esa naturalidad que, mira, te lo reconozco, a veces me da miedo de mí misma: «yo duermo con Asia». Así, a bocajarro, sin cortarme un pelo. Y oye, se ha liado la mundial, la gorda, la que te digo yo. Se hizo el silencio y se me quedaron todos con los ojos fijos encima, pero fijos, fijos, con unas caritas que yo no sé si la gente se pensaba que yo era monja o qué, o que me había dado por la vida contemplativa y ahora les venía con esto, porque las expresiones que han puesto han sido para grabarlas, enmarcarlas y colgarlas en el salón, te lo aseguro.

Ay, Sara, la que has liado. Que sí, que una tiene sus derechos, que soy viuda y todo lo que tú quieras, pero vamos a ver, soltar eso así, delante de toda la parentela, de la Mari Carmen que no se pierde una, de mis niñas y de Asia, claro. Que lo peor es que no sé ni lo que hay entre nosotras ni como le habrá sentado.

Y yo, pues nada, aquí dando el espectáculo, con los brazos cruzados y las piernas que me tiemblan. Y llorando, pero de pie, que ni para sentarme tengo tino ahora. Y lo peor es que me veo y me doy hasta pena, pero es que me da igual, ¿sabes? Que ni para eso tengo vergüenza ya. Y eso sí que me asusta, porque yo siempre he sido muy de guardar las formas, pero hoy… hoy me he quedado sin careta y sin plan.

Noto que alguien se me arrima. No sé quién es al principio, pero enseguida huelo a Asia. Porque sí, desde que ella está aquí tengo el olfato fino, como las cabras cuando va a llover. Total, que no sé qué va a hacer, porque yo, por si acaso, ni la busco con la vista. Que me conozco y si me cruzo con sus ojos, me vengo abajo. Y no estoy yo para que me vea así, tan descompuesta. Que me vea en bata, pues oye, eso me da igual, que ya a estas alturas una no está para tonterías. En chándal, pues también, que el *glamour* lo perdí yo en el 2008 y no lo he vuelto a encontrar. Las cejas sin depilar, hija, eso ya es mi estado natural, que la esteticien me tiene en busca y

captura. Pero llorando, con la cara de berenjena pocha y los ojos hinchados, eso ya es otro nivel de intimidad, y yo así no me dejo ver así como así, que una tiene su orgullo.

A mi vera, mi madre. La mía, la auténtica, la que me parió y me ha aguantado más llantitos que Telecinco en *prime time*. Está sentada, pero se le ha puesto la postura esa de «aquí se acabó la tontería», que yo la conozco ya de sobra, vamos.

Me lanza ese gesto suyo, que ni te da calor ni frío, pero te deja tiesa, como cuando te suelta un «eso lo hablamos en casa» y tú sabes que en casa te la va a liar.

—Ya está, hija. Ya lo has dicho. Ahora respira, que te va a dar un algo —me dice dándome un apretoncito en la mano.

Yo soy muy de llevarle la contraria a mi madre, pero hoy no, hoy le hago caso. Porque tiene razón, porque estoy hecha polvo, pero contenta, porque no puedo más y, a la vez, me siento la reina del mambo.

Mari Carmen, que es la más apañada, sale de la nada con una servilleta nueva. Me la pone en la mano, me aprieta el brazo con ese cariño suyo de «no te me desmorones aquí, que luego hay que fregar el suelo».

—Tú llora, guapa, que eso es lo mejor pa limpiar el alma. Pero no te me vengas arriba, ¿eh?, que luego se te ponen los ojos como dos tomates y ni el corrector de los buenos te salva.

Y se ríe la graciosa, con ese aje que tiene, y yo me río también, porque si no me río, me da por llorar más y entonces sí que me tienen que sacar en camilla. Pero vamos, que sigo con el nudo en la garganta.

Por ahí alguien tose, que no sé si es de la emoción o de que tiene alergia a las movidas ajenas. Vera, que es más moderna que yo, se pone a cantar algo en francés, que yo no me entero de nada, pero oye, ella a lo suyo. Daniela me mira y no le descifro la expresión, la verdad. Y Carla… pues ni está ni se la espera, o yo qué sé, que con el lío que tengo en la cabeza, mejor que no aparezca ahora mismo.

Y entonces noto una mano. La de Asia. No me agarra. No me abraza. Me la roza por la espalda, con una caricia que no pide nada, pero lo dice todo, ¿sabes? Y me tiemblan hasta los huesos, chiqui.

Que no me había dado cuenta de cuánto necesitaba eso. Solo eso. Un roce. Un gesto. Una presencia. Y en este momentazo tan tonto, tan íntimo y tan lleno de ojos ajenos, me viene la certeza de que la quiero. No sé si sé quererla bien, ni si esto va a durar dos semanas o tres veranos de los buenos, pero ahora mismo, justo ahora, la quiero. Y eso, te lo digo, eso no me lo discute nadie.

Total, que me sale hablar, o lo intento, que entre el nudo en la garganta y las ganas que tengo de salir corriendo, no sé ni lo que digo.

—Perdón… —suelto, así, que no sé muy bien a quién ni por qué. Supongo que por la escena, por no haber tenido el valor antes y por haber tenido demasiado justo en el momento que no tocaba.

Mi madre, que tiene esa energía de señora que lo mismo te monta una boda en una tarde que te arregla el grifo con una horquilla, se levanta. Me agarra de los hombros, me clava esos ojos de madre que lo ven todo (y lo que no ven se lo inventan con gracia) y me dice:

—Tú no pidas perdón por querer, cariño mío. Bastante llevas tú sola ya, ¿eh? Anda, vete a lavar la cara y acuéstate, que mañana será otro día. Y con menos calor, a ver si hay suerte.

Y yo, oye, asiento. Porque vamos a ver, ¿a quién le estoy pidiendo yo perdón, carajo? Si la que me tendría que pedir perdón es la vida, por tenerme a mí tantos años con el corazón en la nevera.

Busco a Asia y me muero por darle un besazo de esos que te dejan sin aliento y te hacen replantearte la vida entera, pero no, que no es el momento, que ya bastante *show* he dado por hoy.

Ahora solo quiero estar a su lado, escuchar su risa, su silencio, lo que sea, pero con ella. Ya habrá tiempo de lo demás, o no, que yo ya no hago planes, que luego la vida se ríe de mí. Pero esta noche duermo con ella, y eso ya es más de lo que me atrevía a soñar hace una semana, que yo soy muy de pensar en lo peor y luego llevarme sorpresas que me dejan tonta perdida.

Agarro aire por la nariz, me limpio los ojos con la servilleta que me ha dado Mari Carmen, que vaya tela, con los dibujitos de mariposas, parece que la servilleta es más de adorno que para limpiar, pero bueno, peor sería no tener nada, ¿no? Total, que me

preparo para moverme, para salir de aquí, para buscar la puerta más cercana. Pero claro, además de que estamos en el jardín, en mi casa no hay puertas discretas. Aquí todo se oye, se huele y se comenta. Encima, con la Mari Carmen con esa carita de «ay, pobrecita» puesta, que me dan ganas de decirle: «Mari, hija, no me pongas esa cara, que me pongo peor».

Pero antes de dar un paso, ya la noto detrás mía. Sabina. No hace falta ni que me gire. Es igual que ese fresquito que te entra por la espalda cuando sabes que has metido la pata y tu jefe te fulmina. Pero claro, yo, que de cobarde con ella tengo lo justo, levanto la cabeza y la busco. Porque si hay que morir, se muere de frente, no de espaldas.

Y ahí está la criatura, un poco apartada, con el vaso vacío en la mano, que ya me está diciendo que la noche se le está haciendo larga. Se acaricia la muñeca, como quien se recuerda a sí misma que no es momento de sacar las uñas. Y esa forma de quedarse quieta, que ni respira, me da más miedo que si se pusiera a pegar voces. No me dice ni mú. Solo hace un gestito que me duele más que todas las borderías que me ha soltado Carla antes.

Porque mi hermana, cuando se enfada, se le nota en lo mucho que se muerde la lengua. En lo que no dice, que es peor. Y ahora mismo, la pobre, se está tragando un diccionario entero, y yo aquí, tonta perdida, aguantando el chaparrón sin paraguas.

Intento hacerme la fuerte, que para eso tengo ya una edad y un currículum. Y encima la que siempre ha tenido que sacar a Sabina de los líos. Que no se te olvide, que yo era la que iba a buscarla a la discoteca cuando llamaban a casa a las cinco de la mañana, la que mentía por ella, la que le aguantaba los follones cuando nadie más podía. Y ahora, mira tú por dónde, me veo metida en su terreno, sin saber si ha sido queriendo o por torpe.

Te lo digo tal cual lo siento, que no me voy a andar yo con rodeos a estas alturas. Asia fue suya, sí, suya, aunque fuera a ratitos y a escondidas, y aunque ahora vaya de digna y de señora casada con Amaia, yo la conozco y sé de más que a Asia no la ha soltado ni de broma.

Y te digo una cosa, que mi hermana, tiene una memoria que ya la quisiera yo. Que no se le olvida ni el color de los calcetines que llevaba Asia el día que se conocieron. Luego va de moderna, de que todo le resbala, pero en el fondo es más antigua que el hilo negro. Y yo no quería ni pensarlo, pero lo sabía, por algo no le he dicho yo nada antes. Porque sé que a Asia la tiene en su lista de «prohibidas, pero me muero por volver a verlas».

Me acerco, pero con disimulo, para que vea que yo aquí no me escondo de nadie. Y justo cuando llego a su lado, me suelta, bajito, sin veneno, pero con ese filo que tiene ella:

—¿Estás segura?

Nada más. Pero cómo lo dice, eh. Que no es una pregunta, es una advertencia. Yo me quedo sin saber qué contestar. Porque la verdad, no lo sé. No del todo. Pero vamos, que agachar la cabeza, ni muerta.

—Sí —le digo, seca, que ni me tiembla la voz ni nada.

Ella asiente, pero sin una sonrisa, sin una bromita, sin nada. Y eso me pone peor todavía. Porque yo preferiría que me echara la bronca, que me soltara uno de sus discursos de hermana mayor, que para eso los tiene de todos los colores. Pero no. Sabina callada es una olla exprés con la válvula floja: tú sabes que va a explotar, pero no sabes cuándo ni por dónde, y seguro que te pringa.

Me voy alejando, pero la noto detrás. Y por primera vez en mi vida, me entra la duda: ¿tengo a mi hermana de mi parte o me lo va a poner más difícil? Y eso me duele más que la bronca con Carla. Porque Sabina siempre ha sido mi guerra, sí, pero también mi escudo. Y ahora, ni guerra ni escudo, solo incertidumbre. Y yo, que me las doy de fuerte, me siento más sola que la una sin su apoyo.

Me meto en el cuarto con Asia y cierro la puerta con cuidadito. Siento que acabo de hacer una de esas cosas que ya no tienen marcha atrás, de las que luego te acuerdas y te dices: «Ay, hija, ¿pero tú estás bien de la cabeza o qué?»

Y lo peor es que lo he dicho delante de mi madre, de mis niñas, de Sabina, de todo el mundo, vamos. Que me voy a la cama con Asia, así, con dos ovarios. O a lo mejor es que no le tengo miedo a

nada o que le tengo miedo a todo y por eso lo hago, que yo ya no sé ni lo que pienso.

Me siento en la cama, con el culo apretadito. Asia me mira. Lo que espera es que yo diga algo, y a mí eso me pone más nerviosa todavía, porque yo tengo la cabeza hasta los topes, pero la boca se me queda seca. Que yo para hablar de tonterías soy la primera, pero para esto… me entra el pánico escénico, te lo juro.

Total, que tiro de ella para que se siente a mi lado y me sale la confesión.

—Me he quedado cortada, ¿sabes?

Y ella, tan tranquila:

—¿Cuándo exactamente?

—Cuando Carla me ha soltado lo de «qué somos». Que me he quedado sin saber qué decir.

Se queda un silencio de esos que tú sabes que hay que hablar, pero a ver quién es la valiente que empieza. Yo, desde luego, no, que me ha vuelto la cobardía toda junta.

—Pues somos lo que queramos ser.

Ole ella, tan ancha. Sí, muy bien, guapa, pero ¿tú qué quieres? Porque yo ya me estoy montando la película y si tú estás viendo otra, la hemos liado. Pero claro, eso no lo digo, que una tiene su dignidad y un miedo al ridículo que no veas. Así que me echo para atrás, me apoyo en la pared y respiro hondo.

—Lo que pasa es que… yo no tengo ni idea de qué quieres tú, Asia. Que yo si me pongo, me pongo. Y encima, insinúo delante de toda mi familia que aquí hay tema, que si tú y yo, que si no sé qué… y ni yo misma sé lo que hay, ni lo que quiero, ni lo que tú quieres, ni lo que quiere la Virgen de la Macarena, vamos. Que quiero saber a dónde voy, Asia, aunque sea para darme el batacazo, pero por lo menos saberlo, ¿me entiendes?

Ella ladea la cabeza, decide si me lanza una verdad o me vacila, que Asia es muy suya para eso.

—Tú eres la primera bollera intensita que me da más curiosidad que miedo, Sara.

Bollera intensita, dice la muy idiota. Y claro, se me escapa la risa. Porque es que esa frase es muy de Asia, vamos, que la escucho y

me dan ganas de decirle: «Nena, eres única, para lo bueno y para lo malo». Pero claro, también te digo que me da un pellizquito por dentro, porque yo sé que detrás de esa guasa hay más tela que cortar y no me lo está soltando todo. Que nos conocemos, y yo ya tengo el culo pelado de escuchar medias verdades.

—¿Eso es un «quiero estar contigo»? —Y lo digo con una sonrisilla de estas que parece que no, pero que sí, y con los ojos como platos, que vamos a ver si a esta no la espanto yo sola.

—Eso es un… no tengo ni pajolera idea de lo que hago, pero si tú tampoco, pues vamos juntas, que dos tontas hacen una lista. —Y me da un empujoncito con el hombro, en plan colegas de toda la vida.

Me entran unas ganas de abrazarla que no veas, de plantarle un beso que se le quiten las tonterías, de decirle: «Niña, dame la mano y no me sueltes, que yo sola me pierdo». Pero claro, una es cobarde y solo me sale decirle:

—Pues nos apañamos, ¿no?

—Nos apañamos —me dice ella, tan tranquila.

Y se hace un silencio, pero de los buenos, de los que no te incomodan ni te dan ganas de chequear el móvil para disimular. Un silencio de esos que dices tú: «Aquí se está bien, coño». Me echo para un lado, me estiro un poco, pero sin tocarla, que tampoco es plan de parecer una desesperada, aunque lo sea. Ella se tumba también, mide el terreno, que yo la miro de reojo y pienso: «Esta va más lenta que el AVE a Granada, pero bueno, paciencia». Y me rodea con los brazos y me besa en la mejilla con una confianza que me da la vida.

El gato, que no es tonto, se sube a los pies de la cama. Y esto no es perfecto, ni de coña. Pero es mío. Y ya era hora, que una también se merece un poquito de alegría, aunque sea a ratitos.

Capítulo 40

Sara

Vamos a ver, que alguien me explique en qué momento exacto me quedé sopa. Porque yo, sinceramente, lo último que tengo en la cabeza es estar aquí tirada en la cama, con la espalda retorcida y los riñones en las últimas. Pero eso sí, con el cuerpo encendido, esperando a que Asia terminara de lavarse los dientes.

Y claro, con la cabeza a mil, porque mira que soy tonta, que estamos en casa de mis padres, que el gato estaba tirado en mis pies roncando y yo con la culpa dándome latigazos en las orejas, pero me daba igual, te lo digo también. Yo lo que quería era besarla, pero besarla bien y mucho. Despacio, con ganas y sin ese miedo tonto que me entra siempre.

Y ahora me despierto así. Con las bragas retorcidas, la camiseta por encima del ombligo y una sensación en el cuerpo que no sé si es deseo o un enfado antiguo que me viene del alma. Porque me he dormido. Y no sé ni cuándo, ni cómo, ni con qué cara.

Lo peor… es que Asia está a mi ladito. En bragas. Dormida. Calentita. Mía. Y yo que llevaba todo el día deseándola, que tenía el cuerpo con cosquillas desde el desayuno, pues fue llegar y besar el sueño. Si tuviera fuerza, me daba con la misma chancla.

¿Qué hago? ¿La despierto y le digo que me he perdido el momento? ¿O espero a que se despierte ella? Estoy que no sé si tirarme de los pelos o darme un meneo. ¡Tengo un lío en el cuerpo que no sé si voy o vengo!

Me levanto un poquito, así de lado, sin hacer ni pizca de ruido, que yo no estoy para que me pille aquí en mitad del culebrón mañanero. Y la contemplo, ¿tú te crees? Qué guapa es la condenada. Tiene la boca entreabierta y esa carita de pilla, de las que saben lo que hacen y encima se quedan tan anchas. Y yo con el

estómago encogido y la entrepierna… vamos, mejor ni te cuento. Porque, vamos a ver, que el cuerpo es el cuerpo y la carne es débil, y la mía, más todavía.

¿Tú sabes lo que es tener la libido hibernando, ahí, cogiendo polvo como el abrigo de piel de mi abuela en el altillo, y que de repente venga esta criatura y te la despierte a base de besos y cosas que no vienen en ningún manual? ¡Que me la ha despertado, mujer, pero bien despertada! ¡Con mayúsculas y con fuegos artificiales! Y ahora, ¿qué hago yo? ¡Necesito más, hija, necesito más! Que llevo años con el asunto dormido y ahora que le han dado al botón de encendido, no quiero parar.

Pero sí, me lo he perdido. Y no porque no lo quisiera, que yo estaba deseando verla entrar por la puerta, con ese pelito mojado y esas manos frías que tiene la mujer, que cuando me toca me da un respingo, pero me gusta, ¿sabes? Y yo ahí, en mi cabeza, toda valiente, toda dispuesta, diciendo: «Esta noche sí, esta noche me como el mundo, y a ella».

Y lo peor no es eso, lo peor es que ni me he enterado de cuándo me ha quitado los pantalones. Que me los ha quitado, porque yo ahora mismo estoy en bragas y los pantalones ni están ni se les espera. Vamos, que la pobre anoche se quedó con las ganas y encima tuvo el arte —porque hay que tener arte— de acostarme bien, tapadita y todo. Y yo, una impresentable, que no aguanto ni diez minutos despierta. Si es que soy horrorosa, de verdad. Y luego me quejo, pero me lo tengo merecido.

La miro otra vez y se me escapa un suspiro de esos que te dejan la boca abierta y el corazón en un puño. La quiero tocar, decirle que me quedé dormida, pero que me muero por ella. Que me da igual lo que diga la gente, las niñas, mi madre, hasta Sabina con su cara de sota. Pero claro, eso lo pienso por dentro, porque por fuera estoy que no me aguanto, sudando, con los mofletes encendidos y el alma en pelotas.

Me giro despacito, como si no quisiera despertarla, mentira. Ella está boca abajo, con la camiseta medio subida, enseñando un poquito de culo, y esas piernas… ¡Ay, esas piernas! Que me sube el

calor, pero no el del verano, no, el otro, el que te pone la piel de gallina y te hace perder el sentido.

Las piernas de Asia son para verlas y no para contarlas. Tienen su forma, su historia, su músculo. Y ese culo…, que me da vergüenza decirlo, pero es que me lo quedaba para mí, para ponerlo de cuadro en mi dormitorio. No es el culo de un hombre, no, es otra cosa, me habla y me reta a descubrirlo entero.

Y ahora que la tengo aquí, tan cerca, tan suya y tan mía, tan calladita y boca abajo, me entra el canguelo. Porque vale, pasó lo que pasó, y no fue moco de pavo, que yo terminé tiritando. Pero me dejé llevar, que ya bastante tenía yo con lo mío.

Ahora no, ahora me ha dado el venazo y quiero ser yo la que lleve el timón, aunque sea un ratillo, vamos. A ver qué se siente eso de mandar, que siempre estoy yo para todo, pero nunca para mandar. Quiero ver si el deseo me cabe en las manos o si se me escurre por los dedos, que la curiosidad me puede, vamos.

Me acerco con cuidadito y le paso la mano por la cadera, luego por el muslo, suave, despacio. Y me arde la palma. Y me tiembla el brazo que parezco yo un flan. Y es que tengo un miedo… un miedo que para qué te cuento. Miedo a hacer el ridículo, a que se me note lo torpe, lo novata, lo antigua que soy para esto. Y por si no fuera poco, si me paro a pensar, me sale una risa de esas que te hacen temblar hasta las varices.

Porque yo he estado con un solo hombre en mi vida, con Mateo, veintipico años juntos. Y antes, un par de escarceos y un polvo en la Feria que ni me acuerdo cómo acabó. Pero con Mateo… ¡eso era vida! Me gustaba, me ponía, me buscaba, hasta demasiado a veces. Que había días que yo no tenía ganas de nada y ahí estaba él, erre que erre. Pero cuando me arrancaba, disfrutaba la primera. Y no me da vergüenza decirlo, que yo era suya y él era mío, y eso se notaba hasta en cómo me cogía de la cintura.

Pero ahora no sé si esto es lo mismo o si es otra historia. Porque el cuerpo de Asia… Es otra categoría, no tiene la fuerza de Mateo, ni su tamaño, pero tiene otro encanto. Tiene curvas, tiene una suavidad que parece de mentira, huele a jabón y a noche de lujuria.

Tiene carne y tiene fuego, y yo me quiero quemar, pero me da un no sé qué…

Le paso la mano por el muslo, desde detrás de la rodilla hasta donde empieza el culo, y yo no sé si la que está ardiendo soy yo o es ella, pero vamos, calor hay. La acaricio despacito, y ella calladita. Pero te digo una cosa, yo sé que está despierta, porque el pecho se le mueve más rápido, los dedos se le han puesto tensos y la boca se le ha abierto un poco.

Me como la cabeza demasiado. Estoy ardiendo y cagada de miedo, las dos cosas a la vez, que yo no sé cómo se puede. Porque yo lo que quiero es tocarla más, aprenderme su cuerpo y que me diga: «Así no, Sara, así sí, miarma». Pero me da pánico decepcionarla, gustarle yo menos de lo que me gusta ella a mí, que ya sería el colmo de la desgracia.

Yo no sé si esto es perder la cabeza o encontrarla por fin, pero lo que tengo claro es que aquí la médica se ha ido de vacaciones y la que queda es la paciente en urgencias, con el pulso disparado, el corazón dándome martillazos y los dedos… ay, los dedos, se han independizado y tienen más ganas de conocer a Asia que yo misma. Si es que, de verdad, lo mío no tiene remedio.

La giro y nos miramos, y digo, ahora o nunca. Me pongo encima, con cuidadito, y ella, con un descaro que ya quisiera yo, me agarra por las caderas. Total, que yo no sé ni cómo me atrevo, pero me rozo con ella, con intención, y meto la mano por debajo de la camiseta, que ya la tiene más para arriba que puesta. Ella me observa con esos ojillos achinados, que tú dices: «Esta sabe más que yo de la vida y de la muerte, y encima se está divirtiendo». Y yo sin saber si subir la mano, bajarla o pedirle perdón por la osadía.

Y claro. ¿Y si ahora me pongo a temblar y se da cuenta de que no tengo ni idea de lo que hago? Porque, vamos a ver, que una ha visto muchas películas, pero la práctica es otra cosa. Y encima, con la vergüenza que tengo yo, que me pongo colorada hasta cuando me preguntan la hora. Pero oye, yo valiente, como si esto lo hiciera todos los días.

Ella pone su sonrisa de «tú tira para adelante, que yo te sigo», y yo con la mano sudada, pero sin quitarla, que para una vez que me

lanzo, no voy a recular ahora. Y si me tengo que reír de mí misma, pues me río, que para eso estamos, ¿no? Anda que no…

—Sara… como me sigas tocando así, te vas a tener que hacer responsable de las consecuencias.

Me da un vuelco el estómago. Pero es que me lo suelta con una voz…, que parece que se ha fumado un cartón de Fortuna y se ha bebido dos copas de anís, pero con una seriedad y una guarrería fina que yo no sé si quiero que me detenga, que me ponga una multa o que me lleve esposada al cuartillo, pero para lo que tú y yo sabemos.

Me sale una risa de esas tontas, de las que te dan ganas de meterte debajo de la mesa, pero a la vez te quedas ahí, a ver si sigue la fiesta.

—Mujer, no me digas esas cosas, que me va a dar un algo aquí mismo…

Y va ella, tan chula, y me dice:

—Pues eso quiero. Que te dé algo. Por seguir, por ejemplo.

Y me atraviesa, me desnuda el alma y el cuerpo a la vez. Y yo, que soy muy digna, pero también muy floja, me veo quitándome la camiseta de un tirón, pero de un tirón torpe, que casi me descoyunto un brazo. Total, que me quedo con las tetas al aire, que yo no sé cómo no me da un soponcio, porque a mí esto de enseñar carne me da apuro.

Ella se recrea, con un arte y un respeto que digo yo: «Ole tú, que no eres de las que miran por mirar, sino para comerse el mundo… y a mí, si me descuido». Y encima, con esa sorna que me tiene loquita perdida.

—Te estás volviendo muy valiente, doctora.

Valiente, dice… Si ella supiera. Y ahí ya casi me da la risa otra vez, pero también las ganas de llorar un poco, de puro alivio. Porque no me siento observada, ni juzgada. Me siento deseada. Eso hacía años que no me pasaba y no sabes lo bien que sienta.

Ya no voy con susto, sino con ansia, que yo misma me doy miedo de lo lanzada que me estoy viendo.

Le rozo el pecho con los nudillos. Despacito. Como si no supiera qué hacer. Pero vamos, que yo sé perfectamente lo que estoy

haciendo. Que la mano va sola, pero la vergüenza la llevo yo y no veas lo que pesa.

Y me atrevo. Porque está delante de mí con esa camiseta finita que ya no tapa nada, se la levanto con más miedo que timidez, no vaya a ser que la líe y se nos rompa el encanto. Y le miro las tetas, que me da hasta ahogo, pero es que son tan bonitas, tan redonditas, tan calentitas… Vamos, que me dan ganas de aplaudir, pero me contengo, que tampoco es plan de asustarla.

Le paso los dedos por el contorno con un arte que ni yo me creía que tenía, y la otra se me queda quieta, respirando por la boca. Se le ponen los pezones tiesos. Y claro, ¿tú te crees que yo me voy a rajar ahora? Ni de coña. Si es que a veces me sorprendo a mí misma, con lo insegura que soy a veces, pues ahora me vengo arriba.

Total, que me acerco y le rozo el pezón con los labios. Y no sé quién se ha estremecido más, si ella o yo. Porque, escúchame bien, esto no es como besar un hombro o una mejilla. No, no. Esto es meterse en terreno sagrado. Y yo voy rezando mientras lo hago, no te creas.

Y claro, mientras tanto, me rayo; a ver si ahora va a pensar que soy una intensa, o peor, que no tengo ni idea. Le chupo un poco, solo un poco, y el sonido que se le escapa es una mezclilla de placer, risa y sorpresa. Yo me echo para atrás, no por susto, sino por quedarme con la imagen de sus pechos húmedos, los pezones de punta, su tripa subiendo y bajando, de cómo le late el pecho y esa mirada que me lanza, entre caliente y orgullosa de mí.

Me sale del alma, bajito.

—Perdona, corazón, por quedarme frita anoche… que yo tenía unas ganas de ti que ni te lo imaginas, vamos, que me doy hasta coraje de mí misma.

Y la otra, que es así, tan chulita, se ríe y me agarra de la nuca, que yo ya no sé si soy su amante o su mascota, y me acaricia el pelo como si estuviera peinando a la Virgen en Semana Santa, con un arte…

—Menos mal que te dormiste, doctora… porque si no, hoy no te levantas ni para ir al baño, te lo digo yo.

Y ahí me da la risa a mí, pero de vergüenza, de escándalo. Le contesto con la voz esa de niña chica que pone una cuando está pillada hasta las trancas:

—Tú no tienes arreglo, ¿eh?

—Ninguno —me dice, y me estira para besarme—. Pero tú tampoco, y te va gustando.

Y ahí, amiga, ahí ya no hay quien pare esto. Me besa con una pasión que me quita el sentido, y yo, que soy de querer y dejarme querer, me entrego, entera, sin remilgos. Le devuelvo el beso con todo lo que tengo, con lengua, con ganas, con el alma. Porque si esto lo hacemos, lo hacemos bien, con todas las de la ley.

Me vengo arriba y me echo encima de ella despacito, le aparto el pelo y la beso más. Pero esta vez la beso yo. Porque me sale del alma y de más abajo. Porque quiero. Porque no tengo ni media duda de que ahora, en este momento, me está gustando más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Te vas a saber correr en silencio? —me suelta la idiota, que no se corta un pelo.

—Yo sí, cariño, pero primero tú.

Y yo no sé ni cómo me atrevo, pero le bajo las bragas a esta mujer con hasta los pelillos de la nuca temblando. Pero vamos, no paro, ¿eh? Para que veas.

Ella… se deja. Se abre. Se rinde. Se estira como si me estuviera esperando desde hace siglos. Y cuando le paso la mano entre los muslos y noto ese calor, ese latido, esa humedad que no es mía, pero ya la siento como si lo fuera… me muero. Me muero y renazco. Todo en el mismo segundo.

Y ella, que me mira con una carita… que yo no sé si me va a decir que pare o que siga.

—Tú haz lo que sientas. Que yo ya estoy sintiendo bastante.

Y por primera vez en cuarenta y cinco años, me siento libre, libre de verdad, en mi cama… bueno, en la de mis padres, que esa es otra. Pero me da igual, porque tengo las tripas bailando y la vida patas arriba, pero, niña, ¡qué gustazo! Libre, deseada, y, sobre todo, viva. Que ya era hora, cojones.

Capítulo 41

Sara

Si esto es un delirio, ¡que no me despierten, por favor! Que me dejen aquí, en mi locura particular. Que no quiero que me cure nadie, ni el médico de cabecera, ni el de urgencias, ni la pitonisa esa de la tele. Que me dejen con mi fiebre, con mi sofocón, con mi tembleque, que para una vez que me da un algo de estos que no se curan con un paracetamol, lo voy a disfrutar.

Que yo no sé cómo explicarte esto sin que me suba el color a la cara que parezco una berenjena. Pero ahí voy, que para eso estamos, para contarnos las cosas como son, sin filtros ni gaitas.

Total, que la toco, ¿eh? Pero no de cualquier manera, ¡hombre por Dios! Que aquí una tendrá sus años, pero también tiene su maña, ¿sabes? Y no voy yo a ir a lo loco. No, no, yo despacito, con tiento, midiendo cada caricia. No tengo prisa ninguna, aquí lo que hay es ganas, ganas de enterarme bien de todo el percal, de descubrir cada milímetro, de saborear el momento, de ver cómo se le pone la carita, cómo se le tensan los muslos, cómo se agarra a las sábanas.

Y yo, que no te creas que debajo de esta coraza de señora hecha y derecha hay una que es más insegura que la madre que la parió, me fijo en todo, en cada detalle, porque claro, una quiere hacerlo bien, ¿sabes? Que luego nos creemos muy modernas y muy libres, y por dentro tenemos la autoestima por los suelos.

Y cuando la noto que se abre más, que se deja, con esos ojillos de «ni se te ocurra parar ahora, so tonta», pues se me pone un nudo en la garganta. Y sí, me dan ganas de llorar, pero de la emoción, ¿eh? Que tú dirás: «Vaya tela la tía, qué sentía es». Pues sí, qué le voy a hacer, si yo soy así, de las que se emocionan hasta con un anuncio de turrón. Pero también te digo, que esto de sentir

tanto es un coñazo a veces, porque luego me quedo yo pensando si lo habré hecho bien, si me habré pasado de lenta, si me habré quedado corta… Vamos, que ni en la vida ni en la cama me libro de darle vueltas a la cabeza.

Porque esto no lo había vivido yo nunca. Me tiemblan los dedos no de nervios, sino de respeto. Porque lo que tengo delante no es un cuerpo: es una vida que se ha abierto para mí.

Siento cómo late su cuerpo, cómo se moja, cómo se abre. Disimulo una risilla tonta, que no sé si es de los nervios o de la emoción, pero me la guardo, no vaya a ser que se corte la muchacha. Aunque ella, ay, ella es descarada, me coge la mano y me la guía sin pudores. Se le escapa un gemidito, suave, como si no quisiera molestar, pero que me llega al alma. Y me sale la valentía, o la tontería, no sé, y le pregunto:

—¿Te gusta, guapa?

Y va la tía y me contesta, entre jadeo y risa:

—Me encanta, Sara.

Y yo, que soy de las que se lo toman todo a pecho, me crezco. Me inclino más, le doy un besito en el cuello, en la mandíbula, le paso la otra mano por la cintura y la abrazo mientras la toco. Porque no es solo el follar, yo quiero abrazarla también. Quiero estar dentro de ella, pero también rodearla. Quiero ser la cama, la manta, el temblor y también el consuelo.

Me tiembla tanto la mano que parece que tengo Parkinson en los dedos, vamos, que te intubo yo en un helicóptero con los ojos cerrados si hace falta. Pero esto… esto no es una urgencia, esto es un terremoto en mis carnes. Porque yo quiero que me recuerde, que goce conmigo, no a pesar de mí, que una tiene su orgullo, ¿sabes? Pero claro, con esa presión, no hay quien acierte ni a respirar.

Y justo cuando me voy a lanzar otra vez, venga, valiente, ella va y me agarra la mano. Pero me la coge con delicadeza, como si estuviera domando un canario asustado, pero con firmeza, que se nota que sabe lo que hace.

—Sara… No te pongas nerviosa, ¿vale? —Y me besa la muñeca como si fuera reliquia de santa—. Que con estar aquí desnuda, así, tocándome… ya me tienes cachonda perdida.

A mí se me caen las defensas. Porque me habla con ternura, pero con un puntito de picardía que me tiene la hormona revolucionada. Es que tiene una destreza para mezclar el respeto con la calentura que vamos.

Pero ni me da tiempo a darle vueltas al coco, porque se pone al mando en cero coma. Me agarra de las caderas y me deja bocarriba, con el corazón en carne viva y las piernas abiertas. Se acomoda entre ellas como si fuera su sitio de toda la vida y me acaricia sin prisa, con esos deditos suyos decididos, directos, calientes. Me entra un calor por la barriga que me quema entera. Me agarro al colchón, al aire, a lo que puedo, porque sé que lo que viene no va a ser suave.

Y cuando ya estoy que no puedo más, que me falta el aire, la jodía se me acerca y con una voz de golfa elegante que me eriza todo el vello, me suelta una de las suyas.

—Cuando volvamos a Sevilla… me voy a comprar un arnés. Y te voy a follar a cuatro patas.

Me pega un bocado en el lóbulo que casi me lleva al cielo. Y ahí se me va la vida. Que si me ves en este instante, dices: «Esta mujer está teniendo una experiencia religiosa». Me estalla el cuerpo. Me retuerzo. Me arqueo. Me agarro a ella como si me estuviera llevando al otro barrio, pero feliz. Me corro con una intensidad que no recordaba desde que tenía treinta años y la tripa dura. Me tiemblan las pestañas, me crujen los huesos y me vibra hasta el apellido.

Me quedo tirada, con los ojos medio cerrados, los labios abiertos y el cerebro al revés. Y cuando por fin recupero el habla, todavía con la risa tonta en los labios y el corazón trotando, le contesto con mi dignidad de señora escandalizada:

—Tú estás fatal, ¿eh? ¿De dónde sacas esas cosas, mongola? Que casi me da un jamacuco en pleno jaleo.

Pero ella, que es la más chula, se acerca y me da un lengüetazo en el cuello que me eriza hasta la punta de los pies. Y luego me da un mordisquito en la clavícula, justo en el punto donde se me encoge la barriga.

—¿Jamacuco? —susurra con la voz ronca y los labios rozándome la oreja—. Lo que te voy a dar es una follada que te vas a tener que

poner el hielo entre las piernas para ir a trabajar.

Me agarra los muslos y me los separa con una destreza que me pone a cien en un periquete otra vez, y yo me quedo tiesa, muda, sin aire.

—El día que te folle con el arnés… vas a suplicar que no pare. Vas a llorar, pero no de pena. De gusto. Y de vicio.

Y yo, que siempre he sido muy de mantener la compostura, lo único que puedo hacer es soltar una carcajada nerviosa y tirarme bocarriba, con los brazos abiertos y el cuerpo temblando.

—Estás enferma, nena —le digo, con la voz rota.

—Sí —me responde, tumbándose encima de mí, con esa sonrisa que no perdona—. Y no me pongas esa cara de monjita, doctora, que ya ves lo que ha pasado solo con decírtelo…

Qué arte, la tía, porque razón no le falta. Yo estoy aquí, que no sé si reírme, llorar, pedirle matrimonio o decirle que me lleve de la manita a la tienda esa del arnés y me lo regale por mi santo. Pero lo que hago es quedarme pasmada y con los ojos como dos huevos fritos…, intentando asimilar que esta señora, tan tranquila, me acaba de soltar que me va a dar lo mío y lo de mi prima con un arnés. Y encima, tan seria, tan natural, tan suya.

Escondo la cara, no sé si de la vergüenza, de la calentura o de las dos cosas juntas.

—Venga, dímelo de verdad, ¿tú me estás vacilando?

Y ella, la muy bruja, se ríe. Pero no una risa de esas de patio de vecinas, no. Una risita de las que te recorren la espalda y te dejan el chichi en asamblea general, votando a mano alzada.

—¿Tú por qué crees que te vacilo? —me dice, bajito—. ¿Tú sabes la de gente que usa juguetes para pasárselo bien? Que eso no es cosa de pervertidas ni de locas, mujer. Es… disfrutar. Explorar. Jugar.

Y a mí, que tengo más años que un bosque y más historias que la Enciclopedia Británica, me viene a la cabeza la época de cuando a Mari Carmen le dio por hacer reuniones de *tuppersex* en su salón, entre las macetas y el jamón envasado. Que si gel de fresa, que si consoladores con luces de feria… Y yo allí, con mi copa de vino, haciéndome la sueca, como si aquello no fuera conmigo. Vamos, que me tengo que reír, porque si no, me da un algo.

—¿Te asusta? —me dice tumbada encima de mí, con ese cuerpazo que parece que lo ha esculpido una diosa cachonda en su rato libre.

Y ahí me pongo seria. Porque una cosa es el nervio, el aleteo de mariposas en el estómago… pero otra cosa es quién soy yo ahora, con mis años bien llevados, mis duelos, mis dramas y mis ganas de vivir, que no me las quita nadie ya. Le cojo el mentón y le digo, ya sin tartamudear ni nada, que para eso soy yo muy señora de mí misma:

—Asia, corazón, yo ya no me asusto por ná. A estas alturas, lo único que me daría miedo es pasar por esta vida sin atreverme a sentirla. Sin probar lo que me remueve. Sin quedarme a ver qué pasa. Y tú… tú me estás pasando, hija. Así que no, no me asusta. Me reta. Me sacude. Y me gusta, qué le vamos a hacer.

Ella se calla y me observa sorprendida. Y te digo una cosa: ni yo misma me esperaba soltarle eso. Pero para que veas, una se crece en los momentos clave.

Y como se ha quedado con la boca entreabierta, aprovecho. Me escurro para abajo, pero con arte, sin perderle el ojo, que yo soy muy de mirar y de que me miren. Le paso la mano por la cintura y la apoyo entre sus muslos.

Ella, calladita, abre las piernas un poquito más, y yo, que me vengo arriba.

—Pero ahora vas a ser tú la que me diga, ¿eh? ¿Qué te gusta? ¿Qué quieres que te haga, reina?

Me escucho y hasta me asombro. Que me sale la voz bajita, grave, como si me hubiera metido un chupito de anís del mono con valentía. La acaricio con la palma bien abierta, que ya está bien de tanto tembleque y tanta tontería. Que yo también quiero hacerla disfrutar. Que esto es cosa de las dos.

Ella se muerde el labio, que yo no sé si lo hace aposta o es que le sale solo, pero yo me lo tomo como que le está gustando, porque una tonta no es.

—Haz lo que sientas.

Y yo, que me noto el corazón desbocado, me acerco a su oído y le digo, que me da hasta vergüenza de lo lanzada que me estoy

volviendo.

—Pues mira, enséñame tú, que yo aquí vengo con mucha teoría pero poca práctica, y quiero aprenderte de arriba abajo, de izquierda a derecha y lo que haga falta.

Y mientras lo digo, me estoy riendo por dentro, porque anda que no soy payasa, pero también te digo una cosa: que hoy me he puesto el mundo por montera y lo que surja, que ya está bien de tanta vergüenza.

Capítulo 42

Asia

Me late el corazón en la garganta, las piernas me tiemblan un poco y tengo el olor de Sara pegado en la piel, en el pelo, en todos lados, y eso que me he duchado, ¿eh? Y estoy feliz. Más feliz que en toda mi puta vida, que ya es decir.

Es que, en serio, dime tú cuándo, en mi vida de calamidades y liadas, iba a imaginarme despertando así, pegada a Sara, con su calorcito, con sus manos buscándome, con la risa esa tonta que le sale en mitad de los besos.

Y encima, que se haya lanzado ella, que de repente va y me toca, me besa y me hace sentir que no existe nada más en el mundo, que solo somos nosotras dos y ya está.

Ahora vamos tirando juntas por el muelle, con este sol que te deja tonta perdida, directas al pedazo de barco de Sabina. Sara no es la misma de siempre, se nota en la forma en que pisa, en ese gesto suyo de ir con paso firme y, a la vez, esconderse del mundo. Ni falta que hace hablar, porque lo que se cuece aquí no necesita palabras: cada centímetro de aire lleva su nombre, cada cruce de brazos, cada roce, me tiene el pulso desbocado.

Yo pensaba que lo complicado era meterme en su cama, con todo el historial, el pasado, los fantasmas y la *troupe* familiar. Qué risa. La trampa está aquí, en este teatrillo de domingo: enfrentarme al *brunch* con toda la peña, tragar preguntas, tragar miradas, y yo con esta cara de «sí, soy la que se ha llevado a tu hija/hermana/madre a la cama, y lo volvería a hacer».

Y el barco cada vez más cerca. Tremendo, una barbaridad blanca que brilla más que la dentadura de Sabina. Lujo a gritos, exceso del bueno. Ni me sorprende, con lo que le gusta a ella montar el *show*.

Las voces suben un poco, hay corrillos en cada rincón, esa clase de murmullo que precede al estallido. Me fijo —sin querer, pero me fijo— en el grupo de las amigas, en cómo Amaia se recuesta en la barandilla, copa en mano, moviendo el hielo. A un lado, Mari Carmen ya ha abierto abanico y está contando anécdotas; la otra mitad del grupo la escucha y la juzga al mismo tiempo, pero ella ni se inmuta.

Sabina, en el centro de todo el circo, va de un lado a otro, repartiendo besos de esos que marcan territorio y palmadas en la espalda. Nadie se atreve a preguntarle nada serio. La reina del evento, la que sabe todos los secretos pero no suelta ni uno hasta que toca.

Por mi parte, me dedico a ubicar salidas, calcular distancias y evitar cruzarme con alguien que haga la pregunta incómoda de turno. Me sudan las palmas, pero no lo enseño.

De fondo, el mar, el vaivén de las olas chocando con el casco y la certeza de que, en cualquier momento, Sabina soltará alguna bomba. Así que aguanto la respiración y me cuelgo de este instante que parece trivial pero que, en el fondo, lo va a cambiar todo.

La cubierta está montada con mesas altas de esas que te hacen sentir incómodo si no eres modelo, manteles bonitos, botellas alineadas y bandejas llenas de sushi, de jamón del bueno, de canapés raros que dan más miedo que hambre. Y todo eso bañado en ese olor a sal que te pica en la nariz, a crema solar de esa cara que huele a verano de lujo y a vida que, claramente, no tiene problemas de hipoteca ni de llegar a fin de mes.

Subimos la pasarela y lo primero que me da es un bofetón de aire acondicionado que sale del interior. Casi me caigo para atrás del gusto. Y ahí empieza el desfile.

Julia, Irina y sus amigas hacen piña alrededor de Sara, se nota que aquí ella es de las suyas, la miman, la celebran. Y yo me quedo plantada en mitad del sarao, entre copas y canapés que podrían pagarte media hipoteca. Me cruzo con Ana, que me saluda levantando la cerveza, y Rashel, a su lado, me suelta una sonrisa discreta, de esas que no sabes si son complicidad o advertencia.

Valeria se acerca un poco, le pone una mano a Nora en la cintura y ambas me lanzan una de esas miradas entre pillas y solidarias. El

ambiente es eléctrico. Todo huele a fiesta grande y a interrogatorio encubierto. Nadie pregunta, pero todo el mundo quiere saber.

Me recoloco la camiseta, me echo el pelo hacia atrás y me repito que improvisar es mi deporte de riesgo favorito. Total, ya estoy aquí, ¿no?

Luego aparecen Simón y Santi, muy diferentes. Simón se presenta con camisa planchada, gafas de pasta, pinta de no haber cerrado la pestaña del Excel ni para venir aquí. Santi va a su bola: bermudas, chanclas, camiseta de AC/DC y ese aire de quien se ha colado en la fiesta tras dormir en la arena. Los dos son educados, pero el brillo de los ojos delata que no tienen ni idea de dónde encajarme. Sonrío, tiro de neutralidad diplomática y me trago el nudo, porque ni yo tengo claro el papel que me toca hoy.

Diana se acerca, vestido largo, copa en la mano, elegante y calculadora. Me planta dos besos que parecen sinceros. Y entonces, una chica de mi edad más o menos que ya había fichado desde lejos, pero en corto no hay margen de error: hija de Julia, clavada. Está de pie, recta, alta, flaca, coleta perfecta y vestido funcional. Ni bonito ni feo, vestido de no complicarse la vida.

Me ofrece la mano, sin pestañear:

—Martina. Pareja de Luna. Profesora de matemáticas. Diagnóstico de espectro autista, nivel uno. Soporto bien las charlas breves, pero las ironías complejas no suelo pillarlas. Prefiero que me lo digan claro.

Me gana, te lo prometo. No por la rareza, sino por la franqueza. Le estrecho la mano, un poco más de la cuenta.

—Asia. Sin papeles ni diagnóstico, pero advierto: peligrosa en reuniones con alcohol.

Martina procesa la información, pestañea dos veces y asiente:

—Lo entenderé como una broma. Acepto el aviso.

Me muerdo la lengua para no reírme a carcajadas. Martina me cae bien, mucho, y eso no es habitual en mí. Es un cerebro andante, pero con más chispa de la que deja ver. Luna la rodea con un brazo y se la lleva. El resto ya prepara la primera ronda de copas.

Yo me trago todo el jaleo. Voces, música, ese ambiente previo a la tormenta, promesas de que hoy aquí se va a liar. Y lo sé: no estoy

lista, pero a estas alturas, rendirse tampoco entra en el menú.

Y por un segundo, solo por un segundo, me permito sonreír, porque a pesar de todo el miedo que tengo encima… estoy donde quiero estar.

Capítulo 43

Sara

Yo no sé si es que el barco este se mueve más que la compresa de una coja, o que llevo yo un sofocón por dentro que ni en agosto en Sevilla, pero te juro que tengo que agarrarme porque las piernas me van a su aire. Contemplo el mar, con esas olitas tan monas y de repente noto unas patitas acercándose. Cuando me giro, veo que se me acercan Julia e Irina, se ponen una a cada lado. Julia, con esa sonrisita que, vamos, que a mí me da más miedo que cuando mi madre me pilló de chica fumando.

—¿Tú sabes la que liaste anoche, no, cariño mío?

Y yo, que ya tengo la boca más seca que el esparto, me entra la risa esa tonta que me sale cuando estoy para que me recojan, y hago que me encojo de hombros, pero vamos, que se me nota que no tengo ni idea de cómo salir de esta.

—Yo qué sé, hija… Una que se viene arriba y luego pasa lo que pasa.

Irina es más calladita, pero en el fondo sé que me quiere, aunque no lo diga. Me pasa la mano por la espalda, así, con arte, como diciendo: «No te me desmorones, que bastante tienes ya con lo tuyo».

—Has hecho muy bien —me dice la tía, bajito.

Y yo, que tengo el corazón disparatado, lo siento una colleja y un abrazo al mismo tiempo. Y claro, me da por largar, porque si no, reviento.

—Sí, sí, muy bien, muy valiente y todo lo que tú quieras, pero yo estoy para que me ingresen en el hospital de los nervios. Y encima mi hermana con cara de funeral gitano, que yo no sé si me va a dar la enhorabuena o me va a enterrar viva.

Julia se parte de risa.

—Si ha superado lo nuestro —dice, señalándose a ella y a Irina—, puede superar lo que sea. ¿No te acuerdas de la que lio cuando Irina y yo nos juntamos? Parecía que había perdido un riñón.

Irina sonríe con medio labio, que para ella es semejante a tirarse al suelo a reír.

—Le dolió, pero aprendió. Ahora te toca a ti, a ver si espabilas y le enseñas tú algo a la vida, que ya va siendo hora.

Vaya dos, que parecen las profesoras de la universidad de la vida y yo la alumna torpe que no se ha traído ni el boli. Me entra un calorcito en el pecho, que no sé si es de la vergüenza, del cariño o de las dos cosas. Mira que soy tonta, pero al menos estoy bien rodeada.

—¿Y si la lío parda? —les digo como quien le pregunta al médico si el bulto ese es malo, pero sin querer que le suelte el drama entero de golpe, ¿sabes? Que una tiene el corazón flojito para según qué cosas.

Julia, que es apañada para todo, me da un toquecito en el hombro.

—Cielo, si sale mal, pues mala suerte, pero tú sales también, ¿eh? Que aquí no se queda una llorando. Que todas hemos hecho el ridículo alguna vez y aquí estamos, vivitas y coleando. Y si no lo pruebas, te vas a quedar con la espinita y eso sí que no.

Y antes de que me dé tiempo a ponerme más dramática, aparece Mari Carmen, que tiene un radar para los cotilleos y las desgracias ajenas, y encima viene con una copa de champán en la mano.

—¡Ea! —dice, levantándola—. Y si la cosa se tuerce, pues te tomas un vinito, te juntas con las amigas y te pones unas bragas limpias, que las penas con refajo, hija, se llevan mejor. Y si hace falta, te pones dos, por si acaso.

Nos reímos, porque Mari Carmen tiene ese arte de sacarte una carcajada hasta en el tanatorio de tu autoestima.

Julia le tira un beso.

—Mari Carmen, te ficho para mi equipo, que tú sí que vales.

Mari Carmen se encoge de hombros, toda orgullosa, y se va para la barra meneando las caderas. Qué poca vergüenza y qué aje tiene.

Me quedo entre Julia, que siempre tiene la gracia para todo hasta cuando no toca, e Irina, que es tan buena aunque se haga la dura, y yo, qué quieres que te diga, la sigo viendo como aquella chavala de hace mil años. Todavía tengo en la cabeza el día que Sabina apareció en casa con ella. Irina iba tan tiesa, con los ojos abiertos de par en par, sin saber dónde meterse. Llevaba una coleta mal hecha y un jersey horroroso de rayas, pero tenía una educación y una timidez que daban ternura, aunque a la vez se le notaba ya el genio, porque cuando se le cruzaba un cable, le pegaba unos cortes a Sabina que hasta Diana se quedaba callada.

Y ahora la veo aquí, hecha toda una señora, jefa, empresaria, mafiosa, lo que tú quieras… pero en el fondo, para mí, sigue siendo esa Irina, la de la coleta y las manos metidas en los bolsillos, la que miraba a Sabina como si fuera capaz de poner el mundo patas arriba solo por verla sonreír.

—Gracias, de verdad —les susurro, porque una es muy de hacerse la dura, pero luego se le afloja el nudo en la garganta.

Julia me da otro toquecito, que me va a sacar brillo de tanto sobarme.

—Tira, Sara. Y si te pegas el batacazo, aquí estamos nosotras para recogerte, que para eso están las amigas.

Irina asiente, y yo, en ese momento, me siento menos sola, que ya es decir. Que sí, que me da un poco de vergüenza, que una no es de piedra, pero oye, con estas dos al lado, hasta me atrevo a hacer el ridículo.

Total, que me separo un poco de ellas, que ya están las dos como locas a ver si pillan algo del tapeo ese tan moderno que ha traído la Canija, que además de jamón han puesto sushi, y yo con la boca hecha agua y el estómago sonando. Pero bueno, que me quedo sola y contemplo el horizonte, creyéndome que estoy en una película de esas francesas, pero en vez de sentirme profunda, lo que tengo es un nudo en el estómago que no se me deshace.

Y mira que yo, con Asia, tengo el cuerpo revolucionado, que me dan ganas de ponerme a bailar en medio del barco, pero la preocupación por Carla me ahoga. Que la niña lleva desde anoche con una cara de vinagre que no hay quien le arrime el diente, y yo

aquí, con el alma en vilo, que ni el calorazo este me derrite el hielo que me ha puesto la criatura.

La veo apartarse hasta de Daniela, que está por ahí haciendo el payaso con Vera y los primos, riéndose y contenta. Carla se apoya en la baranda, sola. Me dan ganas de ir y darle un beso de los de madre, de los que curan.

Porque ni te imaginas lo que me duele verla así. Que yo a Carla la he parido, le he quitado mocos, hecho trenzas, curado las rodillas, le he escuchado las tonterías más grandes del mundo como si fueran la Biblia, y ahora resulta que soy la madrastra de Blancanieves. Por enamorarme, vamos, ni que hubiera matado a alguien. Y yo, que siempre he sido más de reírme de todo, ahora se me agolpan las lágrimas en la garganta, pero me las guardo.

Y luego está Daniela, que esa me preocupa siempre. Tan echada para delante, tan de hacerse la fuerte, pero a mí no me engaña. Esta niña tiene dentro una tormenta, se traga el ruido y sigue, pero sé que cualquier día va a soltarlo todo y no va a haber quien recoja los pedazos. Ser madre no venía con advertencias para esto. Y mucho menos con instrucciones para quererse a una misma en mitad del caos.

Total, que voy de un lado a otro entre bandejas imposibles y focos que me dan ganas de sacar el abanico mientras, Carla, desde el otro extremo, cruza los brazos, se sube las mangas y se pone los cascos, como si fuera a escuchar una tormenta en vez de canciones. Seguramente se ha puesto una lista de esas que dan ganas de romper platos, que mi niña cuando se pone, lo hace a lo grande. Y yo desde aquí, sin atreverme a acercarme del todo.

Respiro hondo, me estiro la camiseta —que seguro que la llevo hecha un higo, pero bueno, tampoco es que yo sea la reina de la plancha— y me pongo a buscar a Asia, y no porque yo sea una controladora, ¿eh? O eso me gusta a mí pensar, porque después me veo y parezco la jefa de la Gestapo.

La localizo al fondo, pegada a Sabina. Pero pegada, pegada, no de «ay, qué alegría verte», no, no, pegada de risita floja, de esas que tú sabes que van con segundas, que yo no he nacido ayer, cariño. Que esas risitas las he puesto yo antes y sé perfectamente lo

que hay detrás. Y Sabina, con esa pose de emperatriz de todo y esa seguridad que vende por kilos. A mí me pone de los nervios, pero que a la gente le fascina, no sé por qué.

Asia, mientras tanto, con la cara iluminada. Dan ganas de llamarla al orden y recordarle que una no puede ir por la vida tan encantada. Pero claro, yo, que soy una panoli, aprieto los puños, que si llego a tener una aceituna en la mano, la convierto en aceite de la presión.

Y me entra un coraje, niña, que me sube la bilis y me baja la autoestima, todo a la vez. Porque vamos a ver, ¿yo qué soy aquí, la de repuesto? ¿La que estaba de guardia cuando la otra le cortó las alas?

Después de una pasión esta mañana que, oye, ni en las películas, que me he dejado la vergüenza en el cabecero de la cama y el alma en la mesilla, y ahora resulta que las dos están ahí, cuchicheando como dos gatas en celo.

Que a lo mejor me estoy columpiando, pero en mi cabeza ya están las dos tonteando, recordando sus cosas, porque por mucho que me quiera hacer la tonta, yo sé que ahí hubo tema y que Sabina es de las que no suelta. Que tiene un arte para eso, pero también una mala leche, que para qué.

Contemplo la escena y masco el cabreo. Esto me pasa por creerme especial, por pensar que me iba a querer sin tener que competir con nadie, por soñar en vez de ir a lo seguro, que ya me vale.

Agarro un vaso de vino que hay por ahí, que ni sé de quién es ni me importa, y le pego un trago, aunque esté caliente, porque lo que necesito ahora mismo es anestesia, aunque sea de la mala.

Y como la vida es así de graciosa, va y veo que Asia se ríe y Sabina le pasa la mano por el hombro. A mí se me parte algo por dentro, pero claro, aquí, digna, que para arrastrarme ya están los bichos, y yo seré muchas cosas, pero *arrastrá* todavía no.

Así que nada, sonrío, que me sale la sonrisa falsa, me recojo el pelo detrás de la oreja y me voy para las bandejas de jamón, que mira, el corazón lo tendré hecho papilla, pero el estómago lo tiene muy claro: donde hay jamón, hay esperanza. Y que les den, a las dos. Por guapas, por listas y por tenerme el alma hecha un nudo. Y

ya está. Que yo de amores no entenderé mucho, pero de jamón… de jamón sí.

Pero ¿te crees que esto acaba aquí? Qué va. Quédate cerca, que esta telenovela todavía no ha llegado a los anuncios.

Capítulo 44

Asia

Levanto la cabeza y veo a Sara mirándonos. El sol le da tan fuerte que no distingo bien su expresión, pero noto la postura, la vibra. Vale, Asia, respira, que igual no es para tanto, igual solo observa el horizonte o algo, pero no, ni de coña. Se mueve un poco y la veo bien. Y de repente, todo el ruido de la playa, las risas, la música cutre de fondo, todo se apaga y quedamos ella y yo en plan duelo de miradas.

La frente me chorrea (literal, qué calor hace, por favor, ¿esto es normal?), y sin saber si va a venir a montarme el pollo delante de todo el mundo o si va a hacer que aquí no ha pasado nada, que también es muy de ella, pero es que esa cara… esa cara no sabe mentir, ni aunque le pagues. Nos ha visto y se ha montado la película.

Intento tragar saliva, pero es que tengo la boca más seca que cuando te levantas después de una noche de fiesta y te has bebido hasta el agua de los floreros. Lo peor es que ni siquiera sé qué hemos hecho exactamente.

Bueno, a ver, sí sé, pero tampoco. O sea, ¿nos hemos tocado? No. ¿Nos hemos acercado como dos brujas en pleno aquelarre lésbico? Un poco, sí, no te voy a mentir. ¿Ha habido tensión? Si las miradas mataran, ahora mismo Sabina y yo estaríamos en la morgue, porque lo que ha flotado entre nosotras ha sido de película mala de sobremesa. Pero de ahí a que parezca otra cosa… pues no. O sea, no. Pero claro, yo sé que eso es justo lo que Sara está pensando, porque la conozco y porque, sinceramente, yo también lo pensaría si me viera desde fuera.

Que sí, que he sido una inconsciente y me he dejado llevar por la inercia, pero tampoco he cruzado ninguna línea. Sabina ni se

inmuta. O sea, igual ni se ha enterado de lo que está pasando o está en modo diva total, haciéndose la que no va con ella, que sinceramente, le pega muchísimo. Es que esta tía va a su bola, nada le afecta. Y yo mientras, con su olor metiéndoseme por la nariz y sintiéndome culpable, pero sin tener ni idea de por qué. O sea, ¿qué he hecho? ¿Respirar demasiado cerca de Sabina? ¿Tener pinta de que me gustan los líos? Es que ni idea, pero la culpa está ahí, pegajosa.

Y claro, el temita es que Sara nos ha visto justo en el peor momento, porque si hubiera sido dos minutos antes o después, no se hubiera mosqueado, pero no, tenía que aparecer justo cuando Sabina me está arrinconando. Y yo, que ya no soy la pringada de antes, he plantado los pies, he apretado los dientes y he pensado: A mí no me vas a marear, guapa. Que sí, que igual por dentro estoy un poco temblando, pero por fuera, dignidad máxima, que para algo me he visto todos los vídeos de empoderamiento de YouTube en bucle.

Pero es que, en serio, esto no empezó así. O bueno, sí, pero depende de cómo lo mires, porque aquí todo es relativo y yo qué sé, igual me estoy montando la película yo también, pero es que la situación es un cuadro y yo, sinceramente, no sé ni cómo he llegado aquí.

Hace unos minutos, Sabina se me plantó delante con esa sonrisa que sabe demasiado. Yo estaba ahí, congelada, sin saber si saludar, hacerme la loca o tirarme por la borda y que me coma un tiburón. Pero ni tiempo tuve, porque empezó con un interrogatorio a lo Sabina, que es peor que una sesión de policía.

—Así que ahora te estás tirando a mi hermana.

Buen comienzo, ¿eh? O sea, ni un «hola», ni un «qué tal, Asia, ¿te mareas en los barcos. Nada.

Yo me quedé en *shock*, pero no por sus palabras —que ya las esperaba— sino porque me pareció que le importaba de verdad. Tenía el sol detrás y apenas veía sus ojos, pero su sombra me aplastaba. Y no sé si ha sido el calor o que simplemente me da la risa cuando me atacan así, pero me entraron unas ganas de soltar una carcajada que flipas. No lo hice, porque tampoco quería que

pensara que me daba igual, aunque un poco sí, pero bueno, casi se me escapa.

Disimulé, soltamos unas cuantas frases falsas, intenté hacerme la loca para no acabar discutiendo con ella, pero como insistía, no pude más.

—¿Y qué pasa, te molesta que me guste tu hermana?

Ella ni contestó, ¿sabes? Solo esa risa bajita versión villana que da mal rollo. Y ahí es cuando se me ha acercado, un acercamiento sutil que es más un: «hola, aquí estoy, invadiendo tu espacio vital, ¿te molesta? Pues mejor». Y yo, que vale, a veces hago el papel de tonta, pero tonta no soy, lo he cogido al vuelo: está en modo intimidación ON, como siempre, pero esta vez no me ha pillado con la guardia baja.

Aun con Sara mirando, no puedo dejar esta conversación a medias. Respiro hondo. Error de novata. Otra vez el olor a Sabina. Y no sé qué coño se echa esta tía, pero tiene que ser alguna fórmula diseñada por brujas millonarias porque huele a poder y a peligro con notas de «te vas a cagar si no tienes cuidado». Me escuecen los ojos, no sé si del sudor, de la sal en el aire o de las ganas de llorar. Pero no me muevo.

—¿Y tú qué quieres de ella?

—¿Perdona?

—¿Que qué quieres de Sara? —me lo repite más lento, dándome tiempo para inventarme una excusa o para que le cuente una mentira de las que ni yo me creo.

Me dan ganas de soltarle una de las mías, tipo «¿y tú qué quieres de la vida, Sabina?», pero verla tan hermana, me desmonta un poco.

—¿Pero tú qué te crees, tía? ¿Que lo que quiero es su dinero? ¿Subirme al carro de su vida bonita y quedarme ahí a verlas venir? Porque si es eso, dímelo ya y nos ahorramos la telenovela.

—No he dicho eso. Pero te lo estás tomando muy a pecho.

—¿Y cómo quieres que me lo tome, Sabina? —le escupo cabreada —. Es que no soy tonta, ¿vale? Y tú tampoco. Sé perfectamente lo que piensas, te lo noto. Como si fuera una amenaza con tetas y

estuviera aquí por interés o porque me ha dado la venada de llevarme un trofeo a casa.

Otra vez esa calma chunga que maneja mejor que nadie. La del silencio que pesa más que un grito.

—No soy de cristal, ¿vale? —sigo, porque si paro igual me da el bajón y me pongo a llorar, y ni de coña voy a darle ese gusto—. Pero que vengas aquí a interrogarme como si fuera una cría que está jugando a enamorar a tu hermana, pues me toca los ovarios, la verdad. O peor, que pienses que estoy aquí por la pasta, que ya sería el colmo. Si quisiera dinero, te lo pediría a ti directamente, ¿no? Que encima seguro que me lo das sin pestañear y ni siquiera sé por qué, porque a veces ni tú misma sabes lo que quieres de mí, y yo menos todavía, pero bueno, da igual.

Sabina gira el cuello y ha da medio paso, ni siquiera uno entero.

—¿Te crees que no lo sé? —Y lo dice tan tranquila, cero dudas, cero temblores—. Te di los 35.000.

No me lo echa en cara. Lo suelta como quien dice «me compré un bolso en rebajas y ya ni me acuerdo», como si los 35.000 fueran calderilla. Y yo, claro, muda. Pero no muda de no tener nada que decir, sino muda porque si abro la boca ahora mismo, me sale una risa histérica, una lagrimilla *random* y probablemente un vómito emocional de esos que luego te arrepientes. Porque con Sabina no puedes ir ni de blandita ni de nada. A esta le enseñas una grieta y te mete el dedo hasta el fondo, y encima crees que te hace un favor. Es que es muy *heavy*.

Intento respirar hondo, pero mal, error otra vez. Porque me vuelve a subir todo lo Sabina, me la trago entera: el perfume, la sombra que deja cuando pasa, la presión en el pecho, todo. Ese olor tan suyo, que no empalaga pero te deja clarísimo quién manda aquí. Me marea, literal. Por un segundo me dan ganas de empujarla al mar, solo para ver si flota como una *influencer* en Ibiza o si se disuelve como un chisme.

—No necesito tu dinero. Ni el tuyo ni el de nadie. Y menos el de Sara, vamos. No quiero que piense que tiene que salvarme, ni comprarme, ni cuidarme como a un gato cojo de esos que salen en

los *reels* de adopciones. Porque no soy eso. Ni para ella, ni para nadie.

Y no sé si lo digo por ella o por mí, la verdad. Porque me conozco, y si me relajo un poco, me lo creo. Que no valgo nada, que si no me ayudan me hundo, que soy la típica que necesita un flotador emocional. Y no quiero vivir así. No otra vez. Paso.

Siento que se me sube la sangre a la cabeza, el sudor me baja por la espalda y Sabina aún está demasiado cerca, porque no sabe lo que es el espacio personal. Y claro, justo entonces, cuando ya estoy a punto de dejar de cagarme en todo, giro la cabeza y veo otra vez la cara de funeral lésbico de Sara. Nivel: te pillé montándotelo con mi hermana y ahora mi estabilidad emocional es un misterio.

—Está rota, Asia. No te hagas la loca, que lo sabes. Mateo no era cualquiera. Fueron más de veinte años. Cuatro hijos. Una vida entera. Y ahora está… no sé, sobreviviendo. Tú has aparecido en medio del apocalipsis y está clarísimo que se está tirando de cabeza.

Me dan ganas de encogerme rollo emoji de la bolita esa que se esconde bajo la manta. Porque su voz, aunque sigue sonando a Sabina la jefa, tiene algo… no sé, tierno, pero real, no de postureo. Y es que yo sé que debajo de toda esa fachada de tía que sale en Forbes y que desayuna contratos, está la hermana mayor, la que alguna vez durmió en el suelo con Sara en brazos porque la vida era una mierda. O yo qué sé, me lo imagino, pero me lo creo.

—Y me da miedo —añade, y ahí ya se le nota que no está de coña—. Miedo de que no lo aguante. Porque Sara es fuerte, pero también está muy frágil. Y tú… tú eres otra movida. Otro ritmo. Otro planeta. Vas a otra velocidad.

Me remuevo, siento que me ha puesto una etiqueta en la frente y la está leyendo en voz alta: «Asia: peligro, intensidad, no apta para cardíacos». Y me sale la defensiva, porque soy así de lista.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me sale más borde de lo que pretendía, pero ya está, no lo puedo recoger—. ¿Que no soy suficiente para ella o qué?

—No es eso —dice, sin rastro de burla, solo esa seriedad que, cuando no va a cuchillo, casi me creo que me respeta. O que le doy

miedo, no sé—. Es que tú eres… diferente. Más joven. Más intensa. Más… libre. Sara nunca ha estado con una mujer. No ha vivido lo que tú. No sabe lo que viene después de este subidón.

Y ahí, claro, me pica.

—¿Y tú qué sabes lo que he vivido? —Me río cortante—. ¿Te crees que soy un estilo de vida? ¿Una fase? ¿Un capricho de señora aburrida?

—Sé más de ti de lo que crees —murmura.

—¿Perdona?

Pero no llego a escuchar la respuesta, o sí, pero ya no sé si la escuché de verdad o mi cerebro decidió hacer un *rage quit* de la escena, porque justo entonces, veo que Sara se gira y se va. Y todo lo demás —Sabina, el solazo, mi inseguridad a gritos, el sudor que me baja por la espalda— se queda en pausa.

Y yo me quedo con la culpa agarrada al esternón. Porque no estamos haciendo nada, pero joder, ¿cómo se explica esa distancia mínima entre dos cuerpos cuando la tensión se debe notar a un kilómetro? Y quiero correr detrás de ella, pero no lo hago, porque no puedo cortar esto ahora.

—Cuando nos liamos… te investigué —dice Sabina atrayendo mi atención. Su voz es un golpe en la mesa, pero sin mesa. Solo aire—. Es lo que hago. Con todos. Me aseguré de saber quién eras, qué arrastrabas. No para juzgarte. Para protegerme. —No responde con agresividad, pero tampoco se disculpa. Como si el derecho a investigarme viniera en su pack de nacimiento—. Aunque bueno, visto lo visto, no investigué bien. Pero eso da igual. O no. El caso es que sé cosas, Asia.

Se me cae todo. La cara, el estómago, hasta el alma si me descuido. Me arde la piel de la vergüenza.

—¿Sabes qué? Me da igual —miento, y lo hago tan bien que casi me lo creo, pero no, no me da igual. Me jode. Me aplasta.

—No quiero que le hagas daño —dice.

Y la voz no tiene filo, tiene miedo. Y eso me descoloca más que cualquier otra cosa.

Tengo un nudo en la garganta que quizá sea porque estoy a punto de explotar de rabia o porque, en el fondo, me da ternura

todo esto, o yo qué sé, igual es una mezcla rara de las dos cosas y ya. Así que paso de seguir tragando, porque si no lo digo reviento.

—Sabina, si lo que te raya es que le vaya a romper el corazón a tu hermana, te aseguro que me lo pienso antes de besarla, antes de tocarla, antes de hasta mirarla, en serio. Porque aunque te creas que soy la reina del caos, yo también tengo miedo, ¿vale? Y sentimientos, joder.

Sabina se calla. Y cuando Sabina se calla, mal asunto. Porque eso significa que hace su Excel mental, con sus columnas de «riesgo emocional» y «probabilidad de hostión», como si la vida fuera una hoja de cálculo y yo un dato *random*. Pero esta vez no, esta vez ni eso. Solo suspira y baja los hombros.

—No es eso —dice, sin pose ni filtro ni nada.

Y me jode, porque una parte de mí quiere abrazarla y decirle que todo bien, y la otra parte quiere morderle la yugular por hacerme sentir así de vulnerable, que no me gusta nada, la verdad. Me creo que estamos es una especie de tregua y, claro, abro la boca, porque no sé estarme quieta ni aunque me paguen.

—Y otra cosa, lo del dinero. Que quede clarísimo, Sabina: no quiero ni un euro más tuyo, ni uno, ¿vale? Porque cada vez que me das algo siento que eres mi ONG personal o tu cuota de culpa emocional, y paso, en serio. No soy tu proyecto de caridad, ni tu excusa para sentirte mejor contigo misma. Y además, que no quiero que me controles, coño.

Ella se gira un poco, de frente al mar, pero yo sé que no está viendo nada, que lo hace para no encararse conmigo, porque se le nota en el cuello, que se le pone tenso; solo aparenta que está *chill*.

—No es por controlarte, Asia. No me hace falta —me dice—. Para mí darte treinta y cinco mil euros no es nada, es igual que si tú le compras un juguete de cinco euros a tu sobrino. No lo haces para que te deba nada, lo haces porque quieres verle feliz.

Y me dan ganas de decirle que yo no soy su sobrina y que si me quiere ver feliz que me regale un mechero de unicornio o una entrada para un festival, pero que deje de salvarme.

—Pues la próxima vez me compras un yo-yo, que sale más barato y no me da ansiedad. —Intento sonar graciosa, pero con la garganta

más seca que mi cuenta bancaria—. ¿No te lo dije ya cuando nos vimos en Madrid? Que no quiero tu dinero, tía.

—Me lo dijiste clarísimo y estaba esperando que me lo pidieras tú. Porque un poquito de respeto por lo que quieren los demás sí tengo, aunque no te lo creas. Pero entonces empezaste a currar con Sara y ella me dijo que estabas agobiada, que yo qué sé, Asia, da igual. Yo solo quería ayudar, joder.

—¿Cómo? ¿Y cuándo te dijo eso Sara? ¿No tendrá ella nada que ver con que tú me hayas dado ese dinero, no? —y lo digo porque de repente me viene todo a la cabeza: la Torre, las notificaciones del banco, la reacción de Sara cuando le conté un poco el tema, su torpeza cuando le enseñé la transferencia de Sabina… todo encaja y me da un escalofrío.

—Déjalo, Asia —dice ella, en voz baja, para que nadie más la oiga, ni siquiera ella misma—. Sara solo me dijo que estaba preocupada por ti.

—¿Cómo que déjalo? ¿Sara te pidió que me dieras dinero? Dímelo, Sabina, en serio.

Sabina respira hondo y parece que está a punto de confesar que ha matado a alguien, yo espero el *plot twist*.

—Ella solo quería verte tranquila —murmura, con ese tono suyo de «he metido la pata pero lo disfrazo de buena intención»—. No te montes pelis.

—Me lo estás diciendo sin decírmelo, Sabina, que te conozco.

Tiemblo, pero no de frío, sino de rabia, de orgullo, de esa sensación asquerosa de que todo el mundo piensa que necesito que me salven.

Sabina abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir, y yo aguanto con la cara ardiendo y las manos heladas. Se gira otra vez, porque el mar es más interesante que lo que acaba de soltar. Y lo peor es que ni lo niega ni lo confirma, se queda en modo fantasma, y yo con la bomba en la garganta y las ganas de gritarle a todo el mundo. Enhorabuena, Sabina, gracias.

Aprieto los dientes porque si no los aprieto hablo, y si hablo la lío, y no quiero liarla más, pero por dentro tengo un caos que ni yo entiendo, no solo por lo que ha dicho, sino por cómo me ha tratado,

como si no valiera lo suficiente y estuviera jugando a ser algo que no soy, y encima lo hiciera mal.

Para colmo, Sara, que ni está ni se la espera, se ha ido sin decir nada, no ha dado la cara, me ha dejado aquí con su hermana, escuchando mierdas que, sinceramente, no me merezco. Así que no, no pienso quedarme hecha polvo, ni de coña. Estoy cabreada, con Sabina, con Sara, conmigo, porque me jode que duela, me jode que tenga razón y me jode aún más que todo esto me importe tanto.

Capítulo 45

Sara

Tú te preguntas qué he visto y yo te digo que ni yo lo sé. Porque me ha entrado un mareo en medio de la cubierta esa tan mona que se ha montado mi hermana, que si no me agarro a la barandilla, me vengo abajo. Y no ha sido por el mar, que esto está más quieto que un charco de aceite, que ni se mueve.

He aguantado un rato, Asia me ha visto y me ha ignorado. Al final me he girado para quitarme de en medio, porque si me quedo un minuto más viendo a esas dos en modo confidencias, a saber la que lío. Qué coraje me ha dado, en serio. Que una intenta ser moderna, ser abierta, ir de que le da igual todo, de que la vida es un río y tú fluyes, pero de repente ves ciertas posturitas, ciertas miraditas, ciertas… cercanías y, ya está, se acabó la tontería.

Me he apartado sola, lo mismo que los perros cuando van a vomitar, para la zona de popa. Con la excusa de que necesitaba aire, ¿sabes? Mentira gorda. Lo que necesitaba era que alguien me desinstalara el modo neurótica con un martillazo. Me he sentado en una de esas sillitas blancas de plástico duro, que te dejan el culo como un filete empanado, y me he echao para adelante, los codos en las rodillas, la cabeza colgando, que si me ve alguien, pensará que hago *mindfulness*, ¿tú te crees?

He cerrado los ojos un segundo y he pensado en esta mañana. En cómo me ha tocao. En cómo se me ha quitado el miedo por un rato, solo un ratito, ¿eh? En cómo la he mirado y cómo me ha mirado ella, que parecía que me estaba escribiendo un poema con la boca. Y ahora… ahora esa imagen, tan bonita ella, se me cruza con la de ahora y me entran unas náuseas que digo yo que no son normales.

Y sí, estoy celosa, ¿vale? Pero no celosa de «ay, es mi novia y me la quitan», que no es mi novia, que eso ya lo sabemos, ¿no? Pero sí

de «ay, si es que yo me he ilusionado y esta tía ahora, de golpe y porrazo, se olvida de lo que ha pasado entre nosotras». Y dolida, sí, dolida también. Porque una se abre, se desnuda, se deja querer, se atreve a sentir y luego ve eso… y se queda con cara de tonta.

Cinco minutos me he dado, ¿eh? Solo cinco. Para llorar un poquito por dentro sin que se me corra el pintalabios, para pensar que soy una exagerada y que esto no es para tanto, para recordarme que una es viuda sí, pero gilipollas no, y que algo más que polvo y gloria tiene derecho a sentir. Cinco minutos para asumir que sí, que esta mañana ha sido preciosa, que Asia me ha querido de una forma que nadie me ha querido en años, que yo he sentido cosas, cosas de las gordas, de esas que no se curan con un ibuprofeno, y que ahora… tengo miedo. Porque soy idiota perdida, porque me he enamorado y ahora se me cae todo encima.

Y justo cuando me digo a mí misma: «venga, Sara, que igual solo hablaban de cualquier tontería», la veo venir. Asia. Anda con prisa, ¿sabes?, pero también con mala leche, con el ceño fruncido y los pasos apretados. El pelo al aire, las gafas en la cabeza, la camiseta esa que se le pega y que me revuelve por dentro, y esa cara… esa cara de que viene a soltarme la suya, de que me va a decir cuatro cosas, pues a mí me entra un retortijón. Viene a por mí, lo sé. Y yo, con este cuerpo y con esta alma… a ver cómo salgo de esta sin que se me note que estoy a punto de llorar o de pegarle un bocado.

—¿Tú estás bien? —me dice sin más, y se nota que le cuesta mantener el contacto visual. Seguro que hasta le da vergüenza verme así.

Y yo me pongo de pie del tirón. La silla cruje, la brisa que no me despeja, la gente que ahora sí que me mira disimulando malamente.

—¿Yo? —repito, poniendo una voz que me ha salido un poco más aguda de la cuenta—. ¿Me lo preguntas tú? ¿Después de lo que he visto?

—¿Lo que has visto? —Frunce más el ceño, se cruza de brazos y me clava los ojos ya de frente—. ¿Me lo dices en serio, Sara?

Yo no sé por dónde empezar. Tengo ganas de abrazarla, de decirle que me ha dolido, de preguntarle qué ha pasado, si la he

liado yo en algo… pero lo que me sale es lo peor. La metedura de pata del día.

—Mira, Asia, cariño, que a mí las películas me gustan mucho, tú lo sabes, pero las de sobremesa, no las que me monto yo sola. Y cuando veo a mi hermana acorralándote, pues me monto la mía, ¿qué quieres que te diga? —Y me noto cómo me sale el acento, el coraje, la rabia tonta.

—¿Tú te oyes, Sara? —Y ahí se ríe. Pero no es una risa de esas que te hacen gracia, no. Es una risa que pica, que duele, que te dice «qué tonta eres, tía»—. ¿Tú te crees que después de lo que hay entre nosotras, voy a tontear con tu hermana en medio del barco?

—¡Pues no sé, Asia! ¡No lo sé! ¡Tú sabrás! Porque si eso no era tonteo, era un ensayo general. Un simulacro de cómo se liga en un barco de lujo. Con miraditas y confiancita, que lo he visto. Y oye, perdona si me entra el pánico.

En cuanto lo suelto, me arrepiento. Porque la cara que pone Asia no es de «me pillaste, qué vergüenza», es de «me acabas de soltar una hostia sin manos y me duele, joder». Se queda tiesa un segundo y yo siento que la he cagado.

—Sara, solo hablábamos. Y Sabina es tu hermana, no mi amante secreta, por Dios, lo sabes muy bien. Que ya tuvimos ese capítulo y está cerrado y con candado.

—Sí, claro —le digo, y me sale la ironía, la guasa, el veneno tonto que no quiero soltar—. Es que a mí me hace mucha gracia. Mira que tú y yo esta mañana… en fin. Y luego te veo tan arrimada con ella… pues, ¿qué quieres que piense?

—¡Pero es que no ha pasado nada! —sube la voz un poquito, lo justo para que un camarero de la tripulación se gire y luego se haga el loco.

—Pues igual no —le respondo, bajando yo la voz, que tampoco es plan de montar el circo en la cubierta—. Pero la escenita ha sido buena, eh. Que si me apuras, parecía que ibais a pactar una boda o a compartir piso en Malasaña y poneros la misma camiseta de tirantes. Y eso, Asia, eso te lo juro que me ha dolido.

—¡¿Pero tú te estás oyendo, tía?! —Y ahora sí, me suelta un bufido, se gira y da dos pasos para calmarse, para no pegarme un

grito. Pero se vuelve y ya la cara no es de enfado tonto, es de cabreo de verdad—. No me jodas. Que yo he venido a hablar contigo, no a que me montes un interrogatorio. Que estoy hasta los ovarios de que la gente me trate como si tuviera un plan maestro oculto para arruinarle la vida a los demás.

—¿Ah, sí? —Le cruzo los brazos y ahora soy yo la que no se mueve—. Pues perdona si me rayo. Porque esta mañana pensaba que… no sé. Que esto era algo.

—Y lo es, Sara. Pero si esto va a ser una mierda de relación basada en suposiciones, celos tontos y pullitas, yo… yo no puedo. No estoy para esto, Sara. Me agota. Me revienta.

—¿Y tú crees que yo sí? —Y ahora se me quiebra un poquito la voz, pero no mucho. Lo justo para que duela—. ¿Tú crees que a mí esto me viene bien? ¿Tú sabes lo que me costó anoche y esta mañana? ¿Lo que estoy sintiendo por ti, que ni yo misma sé cómo se llama?

Asia mueve la boca, pero se muerde el labio. Se lo piensa. Y entonces, con la voz más baja, casi entre dientes, más herida que enfadada, suelta la bomba, la que me deja tiesa.

—Lo que me revienta es que encima estés enfadada tú. Justo cuando me entero de que hablaste con Sabina a mis espaldas, como si yo no pudiera salir adelante sola. Y ahora vienes con que «miras a mi hermana». Pues quédate con tu versión de los hechos, con tus celos, porque yo paso de que me trates como a la pobre desamparada que necesita que le den dinero por debajo de la mesa y encima te mosquees si hablo con tu hermana.

Yo me quedo blanca, si es que me puedo poner más blanca de lo que soy. No entiendo. O no quiero entender lo que me está diciendo. ¿El dinero? ¿Cómo que…? La cabeza me da vueltas, me tiemblan las piernas y el corazón se me para un segundo.

—¿Qué…?

—Da igual. —Se gira, pero ya lo ha soltado—. Lo mismo no es el momento de estar juntas —me dice. Así. Una frase más. Ya no recuerda lo de anoche, lo de estos meses, lo de esta mañana. De repente, soy una desconocida más en el barco.

Y ahí me congelo. Porque esa frase me retumba más que cualquier otra cosa que me haya dicho antes. Porque cuando alguien dice eso, aunque sea sin querer, aunque sea borracha, o cabreada, o dolida… te deja en bragas. Te deja sin aire y sin ganas de seguir.

—Pues igual no —digo. Pero no lo creo.

—Pues vale —dice ella sin mirarme.

Ya está en marcha, y yo me quedo clavada en el suelo, con el sol de frente.

—Asia, espera… —intento llamarla, pero la voz no me sale.

—Me voy a dar una vuelta —dice—. No quiero hablar más ahora. No puedo.

Y se va con los pasos rápidos, con prisa por largarse de aquí, de mí, de todo. Yo me quedo clavada en medio de la cubierta esta que parece un escenario de esos de teatro, con la camiseta pegada al pecho del sudor, la dignidad hecha una bolita en los tobillos y el cuerpo que me arde, hija. Y no es por el sol precisamente. Es por el sofocón, por el coraje, por la bilis que me sube y me baja y porque tengo el alma en carne viva. Y ya no sé si es por lo que ha dicho ella, por lo que no ha dicho o porque esta mujer se acaba de llevar la poca esperanza que me quedaba de que esto, lo nuestro, pudiera ser de verdad.

Me trago las lágrimas. Que no veas lo que cuesta cuando te tiembla hasta la lengua. Pero me las paso con saliva y con rabia. Y mientras el cuerpo se va enterando de lo que ha pasado, la cabeza me grita en bucle, pero un bucle de esos que te taladran el cerebro: «La has cagado, Sara. La has cagado pero bien, pero bien, bien, que lo has hecho a conciencia, tonta perdida».

No tengo fuerza para esto, ¿sabes? Ni para quedarme aquí ni para disimular que estoy a punto de salir corriendo y gritarle a todo el mundo que la vida es una mierda. Soy una viuda que ha vuelto a perderlo todo en cinco minutos, pero no por muerte, no, por gilipollas, que es peor. Y eso, miarma, eso es un récord mundial de patetismo emocional. Me dan ganas de sentarme en medio del suelo y pedirle a alguien que me traiga una tila doble y un pañuelo de papel, pero de los que no se rompen, porque me veo llorando a moco tendido.

Intento respirar, pero el aire no entra. Me duele el pecho, me duele el orgullo, me duelen las ganas que tenía, que se han quedado flotando en el aire. Me duele hasta la esperanza, que estaba medio viva, medio remendada, y ahora está hecha trizas en el suelo, que no sé ni quién la va a recoger.

Y entonces la veo. A lo lejos. A Sabina. Con su vestido blanco, su copa en la mano y su sonrisita de *influencer* en retiro espiritual, que no la aguanto, vamos. Habla con mis padres como si su aparición estelar en mi vida no acabara de romperme lo poquito que me quedaba de calma. Y no me puedo quedar quieta viendo a esa señora tan tranquila. De verdad te lo digo. Que no puedo más. Que me sube el coraje y si me quedo un minuto más aquí, sola, con mi mala leche, exploto y salpico a todo el mundo.

Me echo a andar. No pienso, no filtro, no razono. Solo camino. Con las piernas que me tiemblan, los puños apretados para no soltar un guantazo al aire y la dignidad agarrada con pinzas. Cruzo la cubierta a paso firme, con las chanclas sonando a bronca, y me planto delante de mi hermana y de mis padres, que están ahí, ajenos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —le suelto, así, en seco, que ya no tengo yo el cuerpo para andarme con rodeos, por el amor de Dios. La garganta me quema, pero me da igual.

Sabina, que sigue con su media sonrisa de «soy la reina de este barco y tú, pues… existes», gira el cuello despacito. Me mira con una ceja levantada que vale por mil palabras. Finge que no entiende de qué le hablo, como si yo fuera una loca recién escapada del psiquiátrico. Que a lo mejor hoy un poquito sí, no te digo yo que no.

—¿Perdona? —me dice, con esa vocecita que parece de seda, pero pincha más que un erizo.

—¡No te hagas la tonta, Sabina! —subo un poquito la voz, que me sale sola, de los nervios— ¡Que ya estoy bastante jodida para encima tener que explicarte las cosas con dibujitos! —Noto cómo la rabia se me mezcla con las ganas de llorar.

Ella frunce los labios, la sonrisita se le borra y me enfrenta más seria, que eso sí que me asusta, porque cuando se pone seria, es que la cosa va mal.

—Sara, ahora no.

—¿Cómo que ahora no? —Me enciendo, hija, me enciendo, que cuando me tocan las palmas, me sale el duende, y hoy me lo han pisado, coño— ¡Ahora sí! ¡Porque te has metido donde no te llaman, igual que siempre, y esta vez me has jodido a mí!

Alrededor, la gente que antes estaba de risitas y cotorreando, empieza a hacer ese silencio incómodo, ¿sabes? De los que te avisan que la estás liando parda en público. Se callan todos, uno a uno. Solo se oye el hilo musical, que encima me hace la crueldad de cambiar a Amaral justo en el momento exacto. «Sin ti no soy nada», dice la tía con toda la cara. Pues nada, mujer, échale más leña al fuego, que hoy vamos de viudas sentimentales por la vida.

Asia, desde lejos, me observa y no se acerca, claro. Está con los brazos cruzados, con los ojos entrecerrados, que no sabe si quedarse o tirarse por la borda.

Mis padres se ponen alerta. Mi madre, que está con una copa de cava en la mano, se incorpora un poco de su silla y suelta con su voz de profesora jubilada que manda más que un ejército:

—¿Pero qué pasa ahora? ¿Otra vez estáis las dos montando el numerito en público?

—¡No es un numerito, mamá! —grito, pero intento suavizar, que a mi madre hay que hablarle con tiento—. Es que Sabina le ha dicho a Asia algo que no tenía que decirle. ¡Algo gordo! —la acuso ante mi madre como si tuviéramos otra vez doce años.

Sabina suspira, porque claro, le molesta tener que explicarse, la jodía.

—¿Tú crees que tengo ganas de hablar de esto delante de mamá y papá? —murmura con su voz de ginebra cara. Y eso a mí me enciende más todavía, que si por ella fuera, se callaba las cosas importantes y luego te enterabas por la Mari Carmen.

—Que me da igual, Canija, contéstame. —Ya no tengo miedo a nada—. ¿Le has dicho lo del dinero? ¡¿Es verdad?! —le grito, porque me da igual todo—. ¡Dímelo, Sabina! ¡Suéltalo! ¿Se lo has dicho?!

Y ahí Sabina respira hondo, cierra los ojos como si le doliera un cólico y susurra, con una voz que apenas se oye pero que a mí me retumba en las orejas:

—Yo no he dicho nada, pero se lo estás diciendo tú ahora mismo, lista. Así que cállate ya, haz el favor.

—¿Y entonces cómo lo sabía? —Me río, pero de esa risa que no es risa, que es un llanto agarrado por los pelos— ¡Me has jodido viva!

—No digas eso —dice ella, sin levantar la voz, pero con esa seriedad que a mí me pone mala—. No te pongas así, Sara. No pasa nada.

Y entonces habla Carla. Que sale de no sé dónde espantada.

—Mamá… no hagas esto aquí, ¿vale? —dice, rojísima—. Todo el mundo te está mirando. Por favor.

Y me da vergüenza. Te lo aseguro. Me da tanta vergüenza que me quedo callada un segundo. Aunque, seamos realistas, aquí solo hay familia y amigos íntimos, y la mayoría nos ha visto a Sabina y a mí pelearnos más de una vez por cosas más tontas. Así que me dura poco. Solo hasta que mi madre se levanta, se acerca a Sabina, le coge de la muñeca con una fuerza que la va a dejar sin sangre y le dice:

—¿Qué historia tenéis tú y esa chica? ¿Qué es eso de un dinero? —suelta mirando a Asia, que sigue ahí, firme, en la distancia, sin moverse.

Sabina se queda quieta. Le tiembla la barbilla. Y Amaia, que también ha notado la corriente, se le pone al lado y dice casi sin querer, pero que lo oímos todos:

—A mí también me lo vas a explicar, ¿eh?

Y ahí sí que se le cambia la cara a Sabina. La mirada, el gesto, el alma entera. Se le quita el disfraz de golpe. Y justo cuando voy a decirle algo más, cuando se me pasa el calentón y se me mete el miedo en los huesos, asoma Santi, que vendrá del baño o de a saber dónde, y me da que no se ha coscado de nada. Con su camisa abierta, su colgante de madera, su cerveza en la mano y esa pinta de que vive en otra dimensión.

—Bueno, ¿y entonces qué? —dice, con voz de niño chico— ¿Nos vas a contar ya lo del anuncio o qué, Sabi? Que nos tienes aquí en ascuas y yo me he quedao sin patatas de las del piquillo, que se las ha comío la Vera y no me ha dejao ni una, la desgraciá.

Silencio. Todos lo miramos.

Y Sabina respira. Deja la copa en una mesita, se sube un poquito el vestido para no tropezar y se coloca en medio de la cubierta, con todos alrededor. Mis padres, Amaia, los niños, las amigas y Asia al fondo.

—Gracias por venir —empieza a decir, y la voz le tiembla un poquito—. Sé que esto de reunir a toda la tropa en un barco parecía una excusa para un anuncio de Instagram, o para una fiesta con champán gratis, pero no. Es más serio que eso.

Nos mira uno a uno. A mí, la primera.

Y yo… tengo las entrañas en carne viva. Con Asia detrás. Con mi madre en vilo. Con Carla todavía temblando. Con el corazón en un puño y la garganta hecha un nudo. Pensando que quizás todo esto… sea solo el principio del fin.

Capítulo 46

Asia

Desde mi rinconcito privilegiado de paria en cubierta puedo verlo todo con claridad: la espalda rígida de Sara aún tensa después de la bronca que acaba de montar —que eso es otro tema, por Dios. La preocupación de su madre, que se muerde el labio acojonada por si su hija mayor suelta una bomba nuclear. Amaia, que se cruza de brazos porque seguramente ya sabe lo que va a decir Sabina. Carla y Dani desconcertadas y cansadas de tanta movida familiar. Y la pandilla intimidante de amigas, que son como ese grupo de chicas del insti que te enfilan y tú ya sabes que no vas a sobrevivir al recreo.

Y luego está Sabina, en el centro, en su escenario particular, elegante y frágil a partes iguales, brillando como siempre, aunque esta vez sea a costa de abrirse en canal delante de todos.

—A ver cómo os lo digo sin sonar dramática, porque ya sabemos que aquí el drama está prohibidísimo, ¿no? —dice con esa gracia que hace que hasta los silencios tensos tengan algo de risa contenida.

La escucho y, coño, es Sabina. La real. Esa que descubrí demasiado tarde cuando todo estalló con Amaia. Levanta la cabeza, se marca un escaneo de la peña tan a lo diva que me dan ganas de aplaudirle, en serio. Es que ni en los peores momentos pierde ese aire de jefaza, aunque por dentro esté hecha polvo, que eso también lo sé porque, bueno, la conozco y porque a veces se le nota en los ojos, aunque ella crea que no.

—Quiero deciros algo importante, algo serio —continúa, y su voz baja casi a un susurro—, pero la verdad, no sé ni por dónde coño empezar.

Su madre suelta un suspiro contenido y se lleva una mano a la boca. Amaia cierra los ojos y asiente ligeramente. Sara, en cambio,

no se mueve. Permanece con la mirada clavada en su hermana, rígida, todavía dolida y ahora, además, culpable, se lo noto hasta desde mi escondite improvisado.

Sabina toma aire y vuelve a atacar. Pero esta vez lo hace con ese humor ácido que consigue que se te olviden sus cagadas por un momento:

—Vale, empecemos por lo obvio: no estoy aquí para anunciaros que voy a presentarme a las elecciones, ni a lanzar un perfume, ni a protagonizar una serie para Netflix. Lo siento si alguien había apostado por ello. —Y lo dice levantando la mano. Me tengo que morder la lengua para no soltar una carcajada, porque la tía tiene gracia hasta para reírse de sí misma—. De hecho, creo que la única serie que podría protagonizar en estos momentos sería una versión cutre de *Breaking Bad*, pero sin metanfetamina, porque lo mío son más bien las benzodiacepinas y las pastillas en general, lo que hace que mi *glamour* baje varios puntos, supongo.

Oigo cómo Julia suelta una carcajada nerviosa y veo cómo Irina le da un codazo no muy disimulado, pero Sabina no se inmuta. Al contrario, eso la anima a seguir.

—No voy a dar vueltas, ni a maquillar la verdad, que ya me he maquillado bastante para disimular estas ojeras. —Se señala los ojos y por un segundo me da la impresión de que hasta le hace gracia estar tan hecha polvo—. Estoy enferma. Y no, no de esas enfermedades con *hashtags* de apoyo o lacitos de colores. La mía es más silenciosa, más solitaria, más cabrona. Pero ya va siendo hora de ponerle nombre delante de todos. Llevo años enganchada. A las benzodiacepinas, a los ansiolíticos, a cualquier pastilla que me bajara el volumen de la cabeza. A veces a otras cosas. Cosas más… físicas. Que los mayores entenderéis y las niñas no necesitan procesar ahora. Y sí, también a una idea de mí que no existe: la perfecta, la brillante, la imbatible. Esa Sabina no existe. No ha existido nunca. Y aunque eso aquí ya lo sabéis todos, quiero que lo escuchéis de mí, porque según mi psiquiatra ese es el primer paso que debo dar.

Se hace un silencio eterno. Hasta la música que suena suave de fondo desentona con lo que está pasando aquí arriba.

—He estado tapando vacíos con ruido. Con luces, con fotos, con amantes, con entrevistas, con sonrisas de catálogo. He mentido. A todos. A mí. Y a ti, Amaia. Tú… tú eres la que siempre ha estado. Incluso cuando no sabías si merecía la pena quedarte. Ni tú ni los niños deberíais haber tenido que aguantar todo esto. Me has salvado más veces de las que recuerdo. Y lo sabes. No lo sé decir bonito, pero gracias.

A mi alrededor, Luna la observa superseria, con los ojos medio llorosos. Mikel está tenso, ni pestañea. Y Vera, pobrecita, está en modo «no entiendo nada pero me da miedo que mi madre se desmaye aquí delante de todo el mundo», agarrada a la mano de Amaia. Y Amaia, Amaia la mira con orgullo y con amor, exagerado.

—Mamá, papá. Lo siento. Por no haber sido más honesta. Por fingir que todo iba bien cuando me estaba deshaciendo. Por daros orgullo, sí, pero también angustia. Sé que lo sabíais. Y sé que no sabíais cómo hablar de ello. Y eso también lo siento. Y tú, Sara. Mi hermana. Mi niña pequeña que has tenido que ser mayor por mí tantas veces. Si alguien me ha querido sin pedir nada a cambio en esta vida, has sido tú. Me has defendido cuando no hacía falta. Me has entendido sin que te explicara nada. Me has tapado los errores, las heridas, las cagadas. Eres la mejor persona que conozco. Aunque no lo sepas. Aunque te creas que vas dando tumbos. No. Tú eres la brújula. Tú eres el norte de esta familia, aunque yo me ponga siempre en el centro.

Y claro, no puedo evitarlo, giro la cabeza y la busco. Sara está en la otra esquina, con la cara roja y llorando a lo bestia. Julia la abraza también con la llorera, o sea, esto es peor que el final de *This Is Us*.

Sabina continúa, la voz se le rompe un poco más, aunque intenta mantener el control:

—Julia, Irina, Rashel y las demás. Vosotras me habéis visto en mis peores versiones. Y habéis decidido quedaros. Habéis sido mi red, mi casa. Habéis entendido lo que dolía cuando nadie más lo hacía. Sois mi familia también, la que se elige, la que se gana. Gracias. Diana, hermanos, sobrinos, os quiero a todos, no me olvido de nadie. Probablemente no merezco ni la mitad del cariño que me dais, pero bueno, aquí estoy, delante de todos, con este vestido carísimo que

no sé si me va a volver a entrar después del tratamiento, y os pido que me aguantéis un poco más. Porque sí, voy a ingresarme, voy a desintoxicarme, voy a pelear. Por mí, por mis hijos, por Amaia y hasta por vosotros, aunque a algunos os lo pondría en cuarentena, pero bueno, os quiero igual.

—¡Así se habla! —grita alguien por ahí, ni idea de quién, pero me hace gracia porque suena a partido de fútbol y no a este drama familiar.

Y de repente, pum, silencio total. Todo el mundo está a punto de llorar. Bueno, de hecho, ya están llorando.

—A ver, no me pongáis esas caras, que tampoco os he dicho que me voy a Marte —dice Sabina.

Su padre sonríe, pero en plan mínimo, le cuesta la vida, pero a la vez se le nota que el sarcasmo de su hija le da un poco de paz, como si pensara «vale, sigue siendo la misma de siempre, no se ha vuelto una iluminada». La madre, en cambio, está secándose las lágrimas con un clínex arrugado.

—Sabéis que odio ponerme intensa, pero creo que toca ser un poco sincera por una vez en la vida —dice Sabina, y lo dice tan en serio que hasta me da cosa. Se le nota que le cuesta, que está tragando saliva—. Tengo estrés postraumático, ansiedad, adicciones varias, vamos, el combo completo para ser la estrella invitada de cualquier *reality*. Llevo años arrastrando mierdas, cosas feas, de esas que no quieres ni ver porque te dan ganas de meterte debajo de la cama y no salir. Pero si no me voy a Tailandia a enfrentarme a todo eso, acabaré peor de lo que estoy ahora, que ya es decir. Así que nada, os dejo aquí, a ver si sobrevivís sin mí, que seguro que sí.

Y alguien se ríe, sin molestar, y yo diría que es Mari Carmen, porque tiene esa risa de «no puedo con tanto, necesito respirar». Pero yo ni eso, ni una sonrisa, ni una mueca, ni nada. Siento más bien un puñetazo en el estómago. Porque, joder, esta tía ha sido mi epicentro, mi caos, mi todo durante meses, y ahora la veo así, tan rota, y me acuerdo de lo que le hice. O sea, ¿en qué momento pensé que eso era medio aceptable? ¿Quién soy yo?

Me llevo la mano al pecho, porque el corazón me va a explotar. Verla así de humana, me recuerda a cuando Amaia nos pilló juntas

en su despacho y, de repente, Sabina la diosa se fue a la mierda y pude ver a la Sabina que sangra, la que tiene heridas, la que yo misma estaba jodiendo más.

Y luego, cuando lo confesé todo, cuando por fin fui honesta y le conté la verdad sobre el dinero, sobre que me habían pagado para seducirla, ella, en vez de mandarme a la mierda, me ayudó. Bueno, ayudó a Leo, pero ya me entiendes. Y después de todo, siguió ahí, me cuidó, me dio pasta cuando lo necesitaba y me ofreció un sitio donde estar cuando todo lo demás era un desastre.

Y ahora, de repente, toda la rabia que tenía se me desinfla. ¿Quién soy yo para estar cabreada, si Sabina me ha salvado el culo mil veces y nunca me ha pedido nada? Soy una hipócrita, eso es lo que soy. Una idiota orgullosa, con más ego que sentido común, enfadada con Sabina y con Sara por ayudarme.

Pero claro, una cosa es pensarlo y otra muy distinta tragarte el orgullo y decirlo en voz alta. Y a mí el orgullo me pica, me escuece, me da rabia. Busco a Sara otra vez, que está rígida, sola, y me duele el pecho de verla así. Porque sí, nos hemos dicho cosas feas, pero esta mañana la tenía entre mis brazos y sentía que lo nuestro era real, que igual podíamos ser algo más, una pareja de verdad.

Y entonces vuelvo a fijarme en Sabina, que ahora abraza a su madre, y pienso que es el momento de dejar de huir y enfrentar mi propio caos, igual que ella está haciendo con el suyo. Me apoyo en la barandilla, que está fría y mojada (gracias, universo, por el toque dramático), y veo cómo el discurso de Sabina ha dejado a todos medio KO, sobre todo a Sara, que desde aquí se ve más pequeña, y me dan ganas de ir a abrazarla y pedirle perdón por todo lo que le he soltado antes. El arrepentimiento me muerde, literal, y quiero gritar, pero bueno, me aguanto, claro.

Estoy tan absorta en mi dramita personal que apenas me doy cuenta de la chica que se ha colocado a mi lado, hasta que habla en voz baja y me hace dar un respingo.

—Imagino que estás experimentando una sensación compleja de culpabilidad y desasosiego.

Me giro y veo a Martina, con su pinta de no romper un plato pero de saber cómo hacerlo con precisión matemática. Apenas nos hemos

cruzado cuatro frases hoy, pero esta tía me cae bien.

—Perdona, ¿nos conocemos lo suficiente para que me psicoanalices así de repente?

Martina ladea la cabeza y analiza mi pregunta.

—Asia, permíteme aclarar: tengo información sobre ti gracias a conversaciones familiares en las que tú has sido sujeto frecuente. Debo admitir que, dado el historial anecdótico acumulado, me sorprende que aún conserves cierta estabilidad emocional y financiera.

—Ah, estupendo. ¿Y qué más sabes? —respondo, divertida y ofendida a partes iguales—. ¿También te han contado mi talla de sujetador o eso aún no se ha mencionado en la mesa familiar?

Martina arquea ligeramente una ceja.

—Tu talla de sujetador no ha sido discutida, al menos en mi presencia. Sin embargo, dispongo de datos sobre tu conflictiva relación previa con Sabina, incluyendo ciertos aspectos escabrosos, como la manipulación económica y la circunstancia específica en que intentaste romper su matrimonio y después inducirla al consumo de alcohol pese a su diagnóstico de exalcohólica.

Abro mucho los ojos, porque, joder, esta mujer no se anda con medias tintas.

—Oye, me estaban amenazando, ¿vale? Además, empezó por una causa justificada…

—El pequeño Leo, hijo de tu hermana África. Sí, también dispongo de esos datos. De hecho, considero que este detalle contextual disminuye parcialmente tu responsabilidad moral, aunque no te exime del todo de tus acciones.

—Vaya, qué alivio. Gracias, Martina, ya puedo dormir tranquila.

Martina suspira y juraría que esboza una sonrisa sutil.

—Interpretaré tu respuesta como una muestra de sarcasmo para aliviar la tensión emocional del momento. Bien ejecutado, debo decir.

—Eres rarísima, ¿lo sabes? —le digo, sin poder contener una carcajada—. No sé si me estás insultando o dándome ánimos.

—Mi intención actual es proporcionarte perspectiva objetiva sobre tu dilema emocional con Sara.

—¿Tú qué sabes de Sara y de mí? —pregunto algo incómoda, removiéndome contra la barandilla del barco, que oscila ligeramente al ritmo suave del mar.

—Desde anoche no se habla de otra cosa. Además, Sara es mi familia, Asia, aunque no tengamos lazos de sangre. Conozco sus patrones emocionales, lo cual es francamente desalentador desde un punto de vista psicológico. Ella tiende a magnificar conflictos personales por una inseguridad latente que, dicho sea de paso, tú has activado con sorprendente eficacia.

—¿Y qué se supone que debería hacer según tu enciclopédica sabiduría emocional?

—Mi sugerencia, estrictamente desde una lógica interpersonal básica, es que deberías hablar con ella de manera sincera y, preferiblemente, evitar usar metáforas coloridas o referencias emocionales ambiguas que ella pueda malinterpretar.

Sonrío, algo incrédula.

—¿Eso es todo? ¿Sinceridad?

Martina asiente, inexpresiva.

—Sí. La sinceridad directa suele ser más eficaz que las sutilezas emocionales, sobre todo cuando tratas con individuos como Sara, cuya percepción emocional es compleja pero paradójicamente simple al mismo tiempo.

Me río, pero me relajo. No entiendo muy bien por qué, pero Martina ha logrado calmarme con su lógica.

—Oye, Martina —digo después de una pausa—, me caes bien. ¿Lo sabías?

—No lo sabía. Lo anotaré mentalmente como un logro inesperado en mis interacciones sociales del día de hoy.

Ambas miramos otra vez hacia Sabina, que ahora termina de abrazar a sus hijos. Y mientras observo, escucho la música suave mezclándose con los murmullos y las risas nerviosas que ahora llenan la cubierta, siento que quizá, solo quizá, este caos absoluto tenga una solución después de todo.

—Gracias por el consejo, Martina —me sale seria, sin ironía ni nada.

—De nada, Asia. Si quieres más consejos, ya sabes, me llamas. Ahora hago terapia conversacional gratis, que dicen que es buenísimo para unir familias. —Y lo dice tan seria que me da la risa.

—Lo apunto, lo apunto —le digo, y sigo sonriendo, pero esta vez no es la típica sonrisa de postureo.

Me quedo observando a Sabina un rato más, no puedo evitarlo, de verdad. Está ahí, rodeada de sus amigas, con Amaia pegada a ella y el resto de la peña haciendo piña, todos de acuerdo para protegerla del apocalipsis.

Cierro los ojos un segundo, porque el barco se mueve y yo también, pero por dentro, y necesito que se me pase el mareo este de emociones chungas que me está subiendo a la cabeza como si me hubiera bebido tres gin-tonics en ayunas.

Cuando abro los ojos, lo primero que hago es buscar a Sara, porque sí, porque soy así de básica y de intensa, y en el fondo solo quiero saber si sigue ahí o si ya ha saltado por la borda. Y sí, sigue en su rincón, con los brazos cruzados y contemplando el mar.

Me muerdo el labio, porque claro, ahora me entran las dudas existenciales. Así que me aparto, me mezclo entre la gente, sonrío a quien me cruzo y finjo que todo está bien, aunque por dentro tengo un agobio que flipas. Y mientras camino, me repito lo de Martina, que igual esto va de ser sincera, de decir las cosas claras, sin rodeos, aunque me cueste, aunque me dé miedo que me manden a la mierda.

Y en este momento, con el viento dándome en la cara y el olor a mar mezclado con el perfume caro de la familia Rey (que, por cierto, huele a dinero y a problemas), tengo clarísimo que no me pienso ir de aquí sin pelear un poco más. Sara es lo único que tengo claro ahora mismo. Y me da igual si suena cursi o lo que sea.

Al final, si Sabina puede plantarse delante de toda su familia y no morirse de la vergüenza, ¿por qué yo no voy a intentarlo? ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me salga mal y me toque volverme sola a Madrid escuchando canciones tristes en el AVE? Pues he pasado por cosas peores y aquí sigo, así que por intentarlo que no quede. Lo de rendirme sin pelear no va conmigo, eso sí que no.

Capítulo 47

Sara

Ay, sabes que hay momentos en la vida que una no sabe si está viviendo o si le han puesto un supositorio de drama. Pues así estoy yo ahora mismo. Con los pies que todavía me escuecen de las chanclas, el estómago encogido y una mezcla de pena por Sabina, ternura por verla tan suya y un vértigo que no sé si es por todo el jaleo o porque antes… bueno, tú ya sabes.

Sabina ha soltado su discurso en la cubierta como si fuera la última gala de su vida, con su vestido blanco, su copita de agua con gas (que yo no me lo creo, pero ella a lo suyo) y esa voz que le sale del alma y de los focos a la vez. Y yo, que quería matarla por meterse donde no la llaman y dejarme con el alma en bragas, ahora estoy aquí sentada en el asiento trasero del coche de los mellizos con el culo dormido y el corazón desordenado. La veo subirse a su coche, tan entera ella, y te prometo que tiene aire de santa. Una santa chunga, de las que fuman en la sacristía y te sueltan verdades, pero una santa al fin y al cabo, porque lo que ha hecho hoy… eso no lo hace cualquiera. A mí me ha conmovido, lo digo ya.

Asia va delante, al volante, habla flojito con Mari Carmen que le indica el camino a lo GPS humano del Aljarafe. Y yo muda, que no me sale ni el aire de la garganta. Tengo la boca seca de tanto callarme. Carla aquí a mi lado, con los cascos puestos, haciéndose la sueca, con lo que me duele verla así. Y Daniela en medio, que me ha dado la mano al subir al coche, así, sin decir nada, pero sabiendo que a su madre se le iba a desmontar todo el sistema nervioso en cuanto arrancara el motor.

Y no, no me he desmayado, que el cuerpo me aguanta más que una persiana de esparto, pero por poco, ¿eh? Porque una puede tener carácter, puede tener gracia, puede tener ovarios de sobra

para montar una escenita en un barco lleno de gente que come jamón gratis… pero lo que no tiene una es el alma blindada para ver a su hermana decir que se va a ingresar por adicciones delante de sus hijos, de nuestros padres, de toda la familia. Que la conozco, coño. Que la he criado más yo que nuestra madre, y eso que yo soy la pequeña y ella la que lo ha tenido todo siempre. Y verla tan sin maquillaje emocional, tan sincera por una vez… ha sido una bomba de ternura en todo el pecho. De esas que te dejan blandita y con ganas de abrazar.

Y claro, ahí ya se me ha deshecho el nudo, el de la garganta y el del rencor. Que una cosa es estar cabreada porque se ha metido donde no la llaman y otra muy distinta no querer agarrarla y decirle: «Sabina, hija, a mí me das miedo, pero también me das pena y aunque me jodas viva, no te me mueras, ¿vale?». Que por mucho que me la dé, es mi hermana. Mi hermana, coño. Y eso no se cambia por nada del mundo.

En fin, que me he ido acercando a ella antes de bajarnos del barco, en el muelle ese tan mono que parecía de película, con las luces del atardecer que eran para enmarcar, y le he soltado, sin voz, sin labio, sin filtro, que ya no tenía yo el cuerpo para andarme con rodeos:

—No desaparezcas, ¿eh? Que tengo que seguir gritándote muchas cosas.

Y ella, la muy perra, se me ha acercado al oído y me ha dicho, flojito y con esa retranca suya:

—A ti no te conviene que desaparezca, Sarita, que entonces te vas a tener que buscar otra excusa para no ser feliz.

Tócate el coño, qué arte tiene hasta para eso. Y qué verdad, también, que me ha dado en todo el centro. Porque yo me paso la vida quejándome de que la Sabina lo acapara todo, de que siempre tiene el foco, de que va por la vida como si fuera una mezcla de diva y de mártir. Pero en el fondo… yo sé que si ella se cae, yo me rompo. Porque somos así. Nos peleamos a muerte, pero somos la mitad rota de la otra. Lo que yo no soy, lo es ella. Y lo que ella finge que tiene, lo suple con mi cariño, aunque no me lo diga nunca.

Así que eso. Que se ha ido a su coche con Amaia, agarradas de la mano, sin decir mucho más, que ya no hacía falta. Pero ha sido suficiente. Yo la he entendido. Ella a mí también. No necesitamos hablar mucho cuando tenemos un historial de reconciliaciones que es una lista de reproducción infinita.

Y ahora vamos camino del chalet de mis padres, con el viento de Tarifa, el salitre en las pestañas y yo más cansada que un gato al sol. Pero viva. Con el corazón latiendo. Y con Asia delante, que de vez en cuando mira por el retrovisor y yo finjo que no me doy cuenta. Comiéndome la cabeza por si me va a decir algo, si vamos a hablar, si esto tiene arreglo, que después de lo de antes, el cuerpo me pide tregua, pero el alma me pide guerra, ¿sabes? Porque una ha sido heterosexual cuarenta y cinco años, pero lo que se siente cuando te enamoras de Asia… eso no entiende de etiquetas. Ni de edad. Ni de nada. Y me tiene loca, coño, loca perdida.

Y detrás de esta carretera con curvas, con la luz bajando que parece que se va a acabar el mundo, con el motor sonando y mi alma intentando encajar las piezas de todo este puzle que es mi vida ahora mismo, me espera mi casa, mi gente, mis hijas… y ella. Asia. Que, aunque esté delante, va también conmigo. Dentro. En el pecho. Y si esto no es el final de algo… igual es el principio de todo. Y a mí me da un miedo que para qué, pero me muero de ganas de saberlo.

He cruzado la verja, esa que cruje más que las rodillas de mi padre, con la sensación de que me han vaciado por dentro y me han llenado otra vez, pero con cosas nuevas. Buenas, sí, pero raras y mías. Un mareo controlado, tipo el que te da cuando te levantas rápido y ves estrellas de purpurina. El olorcillo de la brisa del mar, que aquí en Tarifa es otra cosa, una mezcla de mar, pinos y ese aroma a comida otra vez, porque mi padre, el pobre, ha vuelto a encender la barbacoa, que no sabe hacer otra cosa el hombre. Ese tufillo me acaricia mientras intento no pensar demasiado, que ya me conozco y sé que si pienso de más, me explota la cabeza o el corazón, que a mí me explotan las cosas por dentro, no por fuera.

Los demás se han dispersado por el jardín. Amaia y Sabina se han metido dentro, supongo que a hablar de sus cosas, que esas dos se

encierran en cualquier parte y te montan un gabinete de crisis o una terapia de grupo en cero coma.

Irina y Julia están con mi madre, que se cree que son sus hijas postizas, cosa que a mí me da ternura y un poquito de coraje, porque vamos a ver, ¿a quién ha parido, eh?

Santi ha aparecido con Simón discutiendo como siempre. Y Mari Carmen, mi Mari Carmen, se pasea con un ventilador de mano que parece un secador industrial y un lazo de rafia intentando cazar al gato.

Yo me voy al porche delantero a coger más sillas, y me emboscan las dos criaturas que he parido con este cuerpo serrano, que ya quisiera yo que me lo devolvieran como estaba antes, pero bueno, eso es otro tema.

No se oye ni el zumbido de una mosca, y eso que aquí siempre hay alguna dando la lata. Me sudan las manos, aunque la brisita está para ponerse una rebequita. Se me encoge el estómago. Ellas no se mueven. Solo me miran. Yo ya sé lo que viene, que esto no es una charla de «mamá, ¿qué hay de comer?», no, esto es de las gordas, de las que te dejan temblando.

—Mamá, ¿podemos hablar contigo? —me suelta Carla, así, sin rodeos ni nada, que para eso le han dado un curso intensivo de asertividad en el instituto. Directa al grano.

Me siento en la tumbona de mimbre esa que se te clava en las costillas que da gloria, pero hoy, mira tú por dónde, me abraza como si supiera que necesito un achuchón. Daniela se queda un poco más atrás, juega con el flequillo rubio ese que se ha cortado porque dice que está de moda y se muerde el labio mientras se piensa si se queda a ver el espectáculo o sale corriendo y pide un Uber que la lleve a la Conchinchina. Pero se queda. Y eso, para lo que es ella, ya es un milagro digno de procesión.

Aguanto la respiración un segundo, dos, tres… y noto el pulso en la garganta. ¿Tú sabes el agobio? ¿Qué les digo ahora? ¿La verdad? ¿La verdad con un poquito de colorete? ¿O me hago la tonta, que tampoco se me da tan mal? Pero nada, que ya es tarde para eso. Si es que me tienen caladísima. Ya me han visto, ya lo saben, y yo

aquí, con la cara de susto esta que se me pone y los músculos más tensos que el moño de la Puri en la boda de su hija.

Carla no pierde tiempo. Se sienta enfrente. Cruza las piernas, se pone las manos como si estuviera rezando y me encara con esa pose de fiscal de menores que me pone cada vez que quiere que le diga la verdad, pero la verdad de la buena, no la de «no, mamá, yo no he sido».

—He visto cómo te mirabas con ella en el coche —dice. Así, sin nombre ni contexto, pero se entiende perfectamente. «Ella» es Asia. Y no hay confusión posible. Y «mirabais» es una palabra muy grande, hija, muy cargada de acusaciones silenciosas. Me muerdo el labio para no soltar un suspiro dramático.

—Sí —contesto, con la voz más baja de lo que esperaba. No tengo energía ni para defenderme ni para mentir, que eso requiere un arte y unas ganas que yo ahora mismo no tengo—. La he mirado. Y ella a mí. Y no tengo ni puñetera idea de qué va a pasar, de si esto tiene sentido, de si me voy a dar el hostión de mi vida, pero me muero de ganas de saberlo. De saber qué se siente cuando alguien te mira así y no es un error, o una broma, o una equivocación.

Silencio. Pero esta vez un silencio distinto. No de tensión, sino de… no sé. De que las palabras han caído y se han quedado flotando en el aire de Tarifa. Se oye de fondo el jaleo de los demás, la risa de mis hermanos y el Bicho, el animalito ese, que va corriendo por la terraza con la flor que le ha robado a Mari Carmen en la boca, hasta para robar tiene arte, el condenado.

—¿Desde cuándo te gusta? —me pregunta Carla, y esta vez la voz le tiembla un poquito, lo justo para que a mí se me rompa algo por dentro y me entren ganas de abrazarla y decirle que la quiero más que a mi vida. Me da una ternura verla así, tan fuerte y tan blandita a la vez…

—Desde hace meses —confieso—. Desde que estaba en Estados Unidos con Leo. Me enganché a su caos, a su voz, a esa forma que tiene de no tomarse en serio nada y, a la vez, tomárselo todo a pecho. Pero lo he negado, nena, lo he tapado, lo he disfrazado de otras cosas. De preocupación por Leo, de compasión, de simple amistad… hasta ahora. Ya no me queda ni disfraz, ni ganas de

disfrazarme, ni vergüenza, cariño. Ya no puedo seguir con la careta puesta.

Noto la mirada de Daniela, que aunque no la vea, la tengo ahí, taladrándome la nuca. Esta criatura lo pilla todo y seguro que ya está montándose su película mental, con musiquita de TikTok y todo, que la conozco yo.

Y de repente, va mi Carla y murmura, como si tuviera otra vez siete años y me pidiera que le cuente el cuento de la ratita presumida:

—¿Y papá?

Se le ponen los ojos que son dos charquitos, brillando. Respiro hondo y le suelto, con la voz esa que me sale cuando intento ser valiente pero se me cuela la pena:

—A tu padre lo llevo aquí, en el pecho, todos los días, desde que se fue. Y lo echo de menos, claro que sí. Echo de menos hasta sus ronquidos, que antes me ponían de los nervios y ahora daría lo que fuera por escucharlos otra vez. Echo de menos su olor, su risa y esa manía que tenía de mirarme como si yo fuera la reina de la casa, aunque yo me sintiera más bien la chacha.

—Pero mamá…

—Pero nada, que yo sigo viva, cariño. Y tengo derecho a volver a querer a alguien, aunque me dé miedo y no tenga ni idea de cómo se hace eso sin meter la pata.

A Carla se le escapa la primera lágrima, rueda por esa carita de anuncio de Nocilla. Y me duele, claro que me duele, porque una madre es muy de sufrir por los hijos, aunque luego digamos que no.

—Me da miedo perderte —me dice, y ahí ya me remata. Los ojos dos faros, la voz temblando. ¿Qué habré hecho yo para merecer este drama que llevamos toda la familia en vena?—. Me da miedo que cambies, mamá. Que ya no seas tú. Que esta nueva tú no nos necesite.

Ay, por favor, que me dan ganas de meterla en la cama y taparla hasta las orejas, igual que de chica. Le cojo la mano, que la tiene fría, y se la aprieto, como diciendo: «Aquí estoy, no me voy a ningún lado, aunque a veces me entren ganas de irme a una isla desierta, sola, con un mojito».

—Pues prepárate, cariño, porque voy a cambiar —le digo, y me sale la voz más suave—. Pero no para alejarme de ti ni para dejar de ser tu madre. Al contrario, para estar mejor, para poder quererte más, sin tanto miedo, sin tanta mala leche, sin esa pena que llevaba pegada. Porque la que estaba antes estaba hecha polvo, remendada. Esta… está medio entera, que tampoco vamos a fliparnos.

—¿Y eso por Asia? —dice Daniela.

—Asia me ha ayudado a pegar los trozos, a coserme las heridas, aunque ahora mismo no sé ni si estamos juntas o cada una por su lado, que esto es un lío que ni en *Sálvame*. Pero me siento mejor, niñas, y eso, aunque no lo creáis, también os llega a vosotras, aunque sea en forma de croquetas más ricas o de menos gritos por la mañana.

A ellas se les escapa una risa tonta, de esas que suenan a «vale, mamá, te entiendo». Y yo, que soy muy de venirme arriba, me río también.

—Yo creo que soy hetero, mamá —dice Carla, con la voz más suelta ahora—. Pero si algún día me enamoro de una tía, quiero tener el valor de decirlo como tú. De no esconderme. De no tener miedo.

Me emociono. Me seco las lágrimas con los dedos, así disimulando, como si me quitara una pelusa, pero vamos, que estoy hecha un cuadro. Mira que soy tonta, que siempre digo que no voy a llorar y aquí estoy hecha una magdalena. Si es que no aprendo. Pero bueno, mejor esto que tener el corazón de piedra, ¿no? Y mientras tanto, me muero de ganas de abrazarlas, pero me contengo, que tampoco quiero que piensen que soy una dramática, aunque en el fondo lo soy, y mucho.

Daniela se mueve en la silla. Yo la miro de reojo, que la conozco y ya sé yo que cuando se muerde el labio y aprieta los puños, es que algo le quema por dentro. Verás tú la que me va a soltar ahora, que me va a dejar tiesa.

Y, efectivamente, va la criatura y suelta, con esa voz que le sale cuando está a punto de llorar, pero no quiere.

—Yo no soy lesbiana, mamá, vamos, que no sé ni lo que soy —grita pero en bajito. Y con los ojos llenos de lágrimas, pero con su mala leche de siempre—. Se lo dije a Asia para vacilar, porque quería ser más guay para ella, ¿sabes? Y luego te lo solté a ti porque creía que te iba a fastidiar, y fíjate tú.

—¿Y por qué me querías fastidiar, nena? No lo entiendo.

—Porque estaba enfadada, mamá, porque pensaba que solo te importaba la otra, la Carla, y que pasabas de mí, que eras la peor madre del mundo.

Yo ando con la boca medio abierta y el corazón encogido, no sé si abrazarla o darle un pescozón. Ay, Daniela, si es que eres más drama que un capítulo de telenovela, pero mía, mía entera.

—Tú lo que eres es una pieza, hija mía —le digo, y le doy una palmadita en la pierna, que me sale el instinto de madre de barrio, de las de toda la vida. Me da una ternura verla así, tan desarmada, que ojalá la pudiera meter otra vez en la barriga y que no saliera hasta que se le pase la tontería. Le aprieto la mano y le hago un cariñito con el pulgar, que a mí eso me relaja, no sé a ella. Ella no me quita la mano, que eso ya es un logro, porque normalmente me huye, ya lo sabes.

—Pero ahora… —me dice suave—. Ahora… me mola la nueva versión de ti, mamá. Esta que se ríe más y que se sube otra vez al *skate*. Aunque me dé vergüenza ajena y piense que estás como una cabra, me gusta.

Se me hace un nudo en la garganta, pero de los buenos. Se me humedecen los ojos otra vez, pero esta vez de alegría.

—Pues prepárate, que la nueva yo viene con más actualizaciones que el móvil —le digo, intentando hacerme la graciosa—. Algunas todavía en pruebas, con fallos, con meteduras de pata, que ya me conoces, pero prometen. Y tú, Dani, vas a tener que aguantarme, que para eso eres mi hija y yo soy tu madre, y aquí estamos las dos, con más taras que un mercadillo, pero juntas.

Yo no seré la mejor madre del mundo, pero al menos soy la más auténtica del barrio. Después de Mari Carmen, claro. Y mira tú por dónde, que en cuanto volvemos al jardín trasero, veo a Asia, de fondo, charlando con Amaia. Y se están riendo, ¡riéndose! Que yo no

sé qué les ha dado, porque a Amaia no la imaginaba yo soltando una carcajada así con Asia ni loca. Y Asia, que con Amaia siempre está tensa, ahora se ha relajado. Me entra calorcito, pero no es de la barbacoa, ni del vino, ni de ná. Es de verlas así, que el mundo no está tan torcido como yo me creo a veces.

Capítulo 48

Sara

Me siento sola en otra hamaca un ratito. Bueno, sola, sola, no, porque el Bicho se me sube encima y se me tumba en la barriga, el muy caradura, y ronronea que me creo que tengo una moto vieja en el estómago.

Me paso la mano por la cabeza y noto el pelo pegajoso, con ese sudor que se te queda cuando llevas todo el día entre la brisa marina y el humo de la barbacoa, que lo tengo metido hasta en las bragas. Y encima, huelo a Asia. Que sí, que su olor se me ha quedado pegado y no sé si es bueno o malo, pero es un recordatorio de que la vida sigue, aunque yo a veces me quede atascada.

Estoy dale que te pego al anillo con el pulgar. El anillo de casada, el de Mateo. Que no me lo he quitado desde que se fue. Cuatro años y yo aquí, dándole vueltas al oro.

Y en esto, aparece Daniela, que viene del baño. Me mira las manos y habla.

—¿Tú te vas a quitar eso algún día o qué?

Yo le contesto sin ganas, porque la verdad es que no sé ni qué decirle:

—¿El qué, niña?

—El anillo ese. El de papá.

No sé si contestarle, pero veo que no hay mala leche ni ironía. Solo curiosidad. Le acaricio la mano y le digo, con la voz esa que se te quiebra cuando no quieres llorar pero casi:

—No lo sé, Dani. Siento que si me lo quito, se me va una parte de mí. Se va con papá, con lo que fuimos, con todo lo que ya no está. Pero lo estoy pensando, ¿eh? Porque no quiero vivir siempre con la culpa colgando, ni con la pena esa que pesa tanto. No quiero que el

pasado me agarre tan fuerte que no me deje andar, que ya bastante me cuesta a mí levantarme por las mañanas.

Ella se muerde la lengua y sé que está procesando todo. Al final, asiente, se encoge de hombros y se va a por una Coca-Cola dejando la conversación flotando, que pesa más que el aire.

Y yo me quedo con el gato, con la luna que ya asoma y el estómago revuelto, porque sé que tengo que hablar con Asia. Y sé que no puedo esperar más, pero claro, a ver quién es la valiente que se tira a la piscina sin saber si hay agua. Si es que yo, para valiente, lo justo.

Me quiero levantar, pero tengo las piernas flojas. ¿Tú sabes lo que es eso? Que una ya no está para estos días tan intensos, pero ahí voy, con la dignidad justa y la blusa medio torcida, que me la recoloco como puedo, porque si me paseo con la teta fuera, ya me corono del todo. Me quito al gato del regazo, que me dice con la mirada «te vas a arrepentir, mujer», y voy a buscarla. Noto la hierba bajo las chanclas, suave y húmeda, el olor a salitre más fuerte ahora. El murmullo de la gente se hace más lejano.

La encuentro sola, apoyada en la verja baja del huerto, esa que da al olivar, mirando al campo como si el campo le fuera a contestar algo gordo. Tiene la espalda recta, las manos en los bolsillos, los hombros un poco tensos y el pelo revuelto por la brisa, peor que nunca, pero para mí es la más guapa del mundo, qué quieres que te diga. Y no sé cómo me atrevo, pero voy. Me acerco. Cada paso es un vértigo. Y cuando estoy a menos de tres metros, se gira y me sonríe de esa forma que solo tiene ella.

—¿Puedo? —le digo, señalando el sitio a su lado.

—Claro —me dice ella, y niña, te juro que esa voz… Ay, esa voz. Que no es por exagerar, pero suena grave, calentita, con ese puntito ronco que a mí me da la vida. Vamos, que me dan ganas de tirarme a sus brazos y no soltarla, pero claro, una tiene su recato.

Nos quedamos calladas un momentito, las dos mirando al olivar oscuro, sin decir nada, pero sintiéndolo todo. La brisa nos roza la cara. El olor a campo, a aceituna, a tierra húmeda, se mezcla con el olor a mar. Noto su presencia a mi lado, atrayéndome sin esfuerzo.

—Lo siento, Asia. Por el numerito, por los celos, por todo. Es que me pudo el susto, lo que siento. Me entró una rabia y un miedo…, y unas ganas de liarla, que al final la pagué contigo. Que soy así de idiota, qué le vamos a hacer.

Sus ojos azules, en la penumbra, dan la impresión de ser más grandes, más intensos. Noto que está decidiendo si me da un abrazo o una colleja.

Sara, tía, ¿tú te has visto? Con las ojeras, el moño mal hecho y aquí, declarando tus sentimientos como si esto fuera una telenovela de Antena 3. Pero nada, que la vida es así de absurda y aquí estamos.

—Lo sé —me suelta con una tranquilidad que me da coraje y todo, porque yo estoy a punto de desmayarme y ella tan pancha—. Y yo también lo siento. Porque dije cosas que no quería decir. Y porque te vi mal y no supe pararme. Porque me picó el orgullo y me dolió que pensaras… que pensaras lo que pensaste.

—Es que… —me tiemblan los labios—… es que yo estoy enamorada, Asia, de ti. Que no sé cómo ha pasado, ni cuándo. Ni si tiene sentido. Ni si tú, con tu vida por delante, vas a querer a una señora con cuatro hijos y más follones que una serie turca. Pero me gustas. Me gustas una barbaridad. Me has descolocado la vida entera y me has enseñado que se puede estar bien así. Y me muero de miedo, pero también me muero de ganas, que una es cobarde pero no tonta.

—Anda ya, tú. Yo sí que estoy enamorada —me dice, y la voz le tiembla también, que no soy la única floja aquí—. Pero mucho. Desde hace semanas. Porque eres valiente, buena persona y encima estás buenísima, que ya me gustaría a mí tener la mitad de tu rollo para la vida, en serio. Contigo no me escondo. Me río. Me siento yo.

Ahí ya se me saltan las lágrimas, que no soy de piedra. Me limpio los ojos con los dedos, disimulando, y se me escapa una risa llorona que parece un estornudo.

—Niña, si esto va a ser siempre tan intenso, tú me lo dices, ¿eh? Porque yo he venido sin pañuelos y con el rímel puesto, que una ya no está para disgustos a cara lavada —le digo, medio en broma.

Ella se ríe. Ya ves tú la tonta, si en el fondo le encanta mi teatrillo, que si no, no me aguantaría ni media tarde.

Entonces, sin pensarlo demasiado, me quito el anillo de Mateo. Lo acaricio un segundo y me lo guardo en el bolsillo del pantalón, con un poco de miedo, no te voy a mentir, porque a ver si ahora me va a dar por perderlo y la que se lía en casa. Pero oye, en cuanto lo hago, me entra una cosa por el cuerpo…

—¿Y eso? —me pregunta.

Yo, que ya estoy en modo valiente, le sonrío, aunque la voz me sale un poco rota, que una es fuerte pero no tanto.

—Que espero que algún día alguien me regale otro —le digo, y me tiembla la barbilla, pero me da igual—. Uno nuevo. Que no sea por obligación, ni por costumbre, ni por miedo. Uno con más historia por escribir. Y si no, pues nada, me lo compro yo, que para eso soy una mujer moderna, pero por soñar que no quede, ¿no?

—¿Ah, sí? —me suelta con esa sorna que me da ganas de reírme y de tirarle el bolso a la vez—. Pues oye, aunque hayas sido hetero cuarenta y cinco años, te has contagiado de intensidad bollera a lo bestia. Yo creo que es por tu hermana y su secta de exmodelos. No tienen remedio.

Las dos nos partimos de risa, de esas que te dejan tonta perdida, pero feliz. Y entre risa y risa, me acerco más. Un pasito. Y ella también. Nos quedamos a un suspiro, con el aire cargado de todo lo que no hemos dicho y lo que está a punto de pasar. Y mira tú por dónde, que no sé si la beso yo, me besa ella o nos besamos las dos a la vez, que ya a estas alturas me da igual quién empezó, el caso es que nuestras bocas se encuentran, y yo creo que me va a dar un infarto, pero de los buenos.

¿Pero tú te crees, Sara, que a tu edad te vas a poner así por una muchacha? Pues sí, hija, sí, me pongo. Y me pongo con Asia, con su lío de pelo, con su risa que parece que se va a caer el techo, con esa manera de mirarme que me dan ganas de preguntarle si se ha equivocado de persona.

Y yo, que pensaba que a mí no me hacía falta nadie, que no iba a volver a querer así en mi vida, a sentir este vértigo, esta alegría, este deseo, me doy cuenta de que quiero. Y que quiero con ella. Con

el peso de todo lo que hemos pasado y la ligereza de lo que empieza.

—Asia… —susurro, pegada a su boca—. Me das un vértigo que para qué, pero me da más miedo perderte.

—Pues eso, prepárate —me dice con voz que se te mete—. Esto va a ser fuerte y, ojalá, dure bastante.

Y yo le aprieto la mano. Y me lo creo. Y la beso otra vez, porque no quiero que este momento se acabe nunca.

Capítulo 49

Sara

No sé cuánto tiempo llevamos besándonos, pero los labios me duelen. Entre beso y beso, ya no sé si floto o si me he quedado pegada a la pobre Asia, que a ver si ahora va a pensar que soy una desesperada, pero es que esto no se vive todos los días, ¿sabes? Y claro, en ese momento, que ni para delante ni para atrás, que no sé si volver a besarla o salir corriendo a la cocina a abrirme una botellita de vino y celebrarlo, porque una es muy sentida pero también muy de brindis, pues va y pasa lo de siempre: la interrupción.

Y no una cualquiera, no, que aquí hay gente no sabe entrar sin hacer ruido, será por el suelo de piedra o porque le gusta el espectáculo, pero de repente escucho los tacones de Sabina, que son inconfundibles.

Aquí viene, con su vestido blanco que ni una mancha, el pelo recogido con una pinza y esa cara de señora que lo ha visto todo y que, encima, te lo recuerda cada vez que puede. Que yo la quiero mucho, pero chiqui, qué cruz tengo con ella.

Me mira a mí, mira a Asia y suelta una sonrisita de esas que no son de foto, no.

—¿Interrumpo algo? —dice con ese tonito suyo que parece que no, pero sí, que te está pinchando a ver si saltas. Y que nos ha visto besándonos perfectamente. Porque Sabina tiene un radar para los líos y los besos, y para todo lo que no debería saber, pero lo sabe antes que tú. Con lo que me ha costado recomponerme después abrirme en canal delante de Asia y ahora la otra aquí, de testigo.

—Un poquito, pero llegas justo —le respondo, intentando que no se me note el tembleque en la voz, que ya bastante tengo con los

labios medio dormidos. Y, oye, que esto es lo que hay, si no le gusta, que se compre un loro.

Asia no dice nada. Pero la noto tensa a mi lado, que la conozco ya, que por dentro está que no sabe dónde meterse, pero se queda, la valiente.

Sabina se cruza de brazos con ese aire de «aquí estoy yo y que el mundo arda». Y detrás de ella, la morera esa que plantaron mis padres, que parece que la han puesto ahí a propósito para darle dramatismo a la escena. Te juro que si le pones una vela, la gente le reza.

—Me voy ya, tengo que madrugar para coger el avión. Estaré fuera unos meses. Desconectada. Desintoxicada. Resucitando, con suerte. Así que no quiero irme sin dejar… cierto orden. Ciertas cosas claras y todo bien con vosotras.

Yo la miro sin decir nada y me entran unas ganas de abrazarla que no veas, pero también de decirle que es una pesada, que siempre tiene que ser la protagonista, que ni en las despedidas sabe ser discreta. Pero claro, no lo digo, porque una tiene su corazoncito y tampoco quiero hacerle la puñeta en su momento dramático.

Asia traga saliva tan fuerte que se va a atragantar con el aire. Y yo, mientras, noto el sudor frío por la espalda, que estas cosas me ponen nerviosa, que yo para estas cosas soy muy floja.

—Sara —dice mi hermana. Que encima me llama por mi nombre, con esa voz de cantar una saeta. Tiene los ojos tan brillantes que yo ya sé que me va a hacer llorar otra vez si me descuido—. Estoy orgullosa de ti, ¿vale? Mucho. Por muchas cosas. Por tu arte, por tu fuerza, por tu paciencia, que yo no sé cómo nos aguantas a todos, que esto es un circo y tú la domadora. Pero sobre todo por dejar de tener miedo. Por elegirte a ti misma. Por mandar la mierda a paseo. Y por mirar al amor de frente, hermanita.

Me aprieta la mano y sin soltarme se gira hacia Asia. Yo ya me huelo la tostada, porque cuando esta se pone sentenciosa, es que va a soltar una frase de las que te dejan tiritando. Te digo yo que si el gato estuviera por aquí, se subía a la morera del susto.

—Y tú, Asia. —El tono le cambia, se le pone ese deje de intensita que tiene ella—. No soy tu madre, ni tu tutora, ni tu jefa de

operaciones. Pero si vas a estar con mi hermana, te advierto una cosita. Para que te portes bien, ¿eh? —dice, con esa media sonrisa de perdonarte la vida mientras te apunta en la lista negra al mismo tiempo.

—Sabina… —le digo yo, con ese tonillo de «no sigas, por Dios, qué vergüenza», pero ella ni caso.

—Si la cagas. Si le rompes el corazón, no me va a hacer falta matarte. Porque se te va a romper a ti también. Sara es de las que se dan enteras. De las que cuando quieren, quieren de verdad. Y tú, bonita… —La señala con el dedo, que yo ya estoy pensando que si me señala a mí me da un parraque—. Tienes la manía de darlo todo justo cuando estás a punto de salir corriendo. De liarla, de desaparecer, de asustarte, de pensar que no vales, que no te mereces nada. Así que quédate. Porque si no te quedas, te vas a arrepentir toda tu vida. Y yo no quiero verte arrepentida.

Y hala, larga el discursito cursi y se queda tan a gusto. Y entonces me abraza, y yo la abrazo a ella. Nos apretamos fuerte, que casi me deja sin aire, y yo noto el olor suyo de siempre, a flores y a tabaco, y me dan ganas de llorar otra vez, que ya no sé ni de dónde saco las lágrimas.

—Tengo mucho miedo de lo que me espera, Sara. Por lo menos dime que puedo irme tranquila por ti, que lo vas a disfrutar, que ya sabía yo que solo tenías que probar a una mujer, qué gustazo poderte decir por una vez eso de «te lo dije».

—Que sí, pesada —le digo, sin soltarla, que me da miedo que si la suelto se me deshace entre los brazos.

—Aprovecha porque todas las mujeres no saben tan bien lo que se hacen en la cama como Asia, anda que no eres lista, ¿eh? —me dice al oído.

—¡Oye! —le protesto y le clavo los dedos en las costillas, que sé que le hace cosquillas. Ella se retuerce, se queja, se ríe. Yo me río también, porque si no me río, me pongo a llorar otra vez, y ya está bien, ¿no?

Y luego se gira, se atusa el vestido, se recoloca la pinza del pelo, que yo no sé cómo no se le cae con lo que se mueve, y enfila el caminito de piedra, con ese taconeo suyo.

—Ahora sí, bonitas. Me voy a hacer la maleta —dice, dándose media vuelta, la espalda recta, la cabeza alta, que ni la reina de Inglaterra, aunque a Sabina la corona le quedaría chica—. Espero que cuando vuelva no estéis divorciadas, porque me niego a perderme esa boda.

—¡Qué boda, niña! —le grito, pero ella ya va por la terraza, saludando con la mano como si estuviera en el festival de Cannes, y yo aquí, con la boca abierta y el corazón en un puño, que no sé si reírme o ponerme a llorar otra vez.

Asia me mira, yo la miro y nos entra la risa floja, esa que te sale cuando no sabes si estás contenta o te quieres tirar por la ventana. Porque Sabina, incluso hecha polvo y a punto de entrar en un centro de desintoxicación, sigue siendo un espectáculo. Y yo la quiero, la quiero más que a mi vida, aunque a veces me den ganas de estrangularla, que no te voy a mentir. Pero claro, ¿quién soy yo para hablar, si soy la reina de las tragedias y las inseguridades? Si es que al final, las dos estamos igual de locas, pero con distinto peinado y distinto pintalabios, que yo ya ni sé cuál me he puesto hoy.

Y escucha, porque esto te lo juro yo por Bicho, por mis niñas, por Mateo y por el último trozo de tarta de chocolate que me zampé a escondidas: en este momento, aquí, entre el jaleo y el calor, me doy cuenta de que ya no me duele el pecho. Ni un pellizquito, te lo digo. Que el miedo ese que me tenía la barriga encogida como si me hubiera tragado un limón entero, se me ha ido. Así, de golpe.

Y me entra una cosa por dentro, que quiero a Asia, vamos, que la quiero con todo lo que es y con todo lo que soy yo ahora, que tampoco es que sea la alegría de la huerta, pero oye, aquí estoy, con mis ganas de vivir.

Después de lo que hemos largado, llorado, reído y todo, volvemos al meollo de la cena. El ruido no te deja ni pensar, la gente grita por los limones como si fueran lingotes de oro. El olor a sardinas asadas se mezcla con el *aftersun* y el sudor de familia, que eso no lo quita ni la brisa. Yo, que llevo todo el día con el drama subido, de repente me noto tranquila.

Asia está a mi vera. No pegada, pegada, pero lo bastante cerca para que note su brazo rozándome. Y yo, que soy una cortada a

veces, me descubro mirándola cada dos por tres, a ver si sigue ahí, si sonríe, si suda de los nervios o porque hace un calor que ni en el infierno aquí al lado de la parrilla. Me dan ganas de abrazarla, pero claro, luego pienso: Sara, tía, no seas pesada, que la vas a agobiar. Pero es que me sale solo, qué le voy a hacer.

Las niñas están en la mesa grande, con los primos. Vera se ha apoderado de Bicho y le ha calzado una diadema de unicornio. Bicho, el pobre, con la dignidad por los suelos, pero ni se inmuta. Ese gato es más paciente que yo esperando a que me toque la lotería. Se deja hacer, se deja querer y se deja humillar.

—¡Sarita! —grita Mari Carmen desde la barbacoa, roja perdida y con el abanico echando humo—. ¿Dónde están los limones? ¡Que estos langostinos sin limón no valen ni pa caldo! ¡Que no estamos pa tonterías a estas horas!

Yo, que ya me sé el percal, le doy una voz desde la otra punta:

—¡En la cocina, al lado del microondas, debajo del gato!

Y claro, la otra, que se lo toma todo al pie de la letra:

—¡¿Debajo del gato?!

—¡Que es un imán, Mari Carmen, no seas literal! —le grito, y me entra la risa, porque esta mujer es un cuadro.

Se parte todo el mundo. Hasta Julia, que está medio espatarrada en la tumbona con Irina, compartiendo un ventilador de esos de piña. Santi y Simón, dale que te pego con el jamón. Los niños, tirándose aceitunas, mi madre, copa de fino en mano, hablando con Diana, y mi padre, que mira el panorama como diciendo: ¿En qué momento me he visto yo rodeado de tanta bollera y tanto melodrama? Que el pobre mío aún no se ha enterado de la mitad, pero ahí está, guardando las apariencias.

Y en medio de este follón, me entra la tontería. Que no es tontería, que es la gana. La gana de dejar de esconderme, de hacer lo que me sale del alma, de vivir como soy, de gritarle al mundo que estoy viva y que me gusta estarlo, aunque a veces me dé miedo hasta mi sombra. Así que me giro, la busco, la agarro por la cintura y la beso delante de todos.

Asia se queda tiesa. Ya la he liado, siempre igual, no sé estarme quieta. Pero luego me responde con ganas y con esa ternura que me

tiene loquita. Y yo, que me creo la más moderna del barrio, me noto los colores subiéndome por las mejillas.

Cuando me separo, ella me mira con esos ojos medio abiertos y me suelta, con una sonrisita que me derrite:

—Lo mío es la *performance*, pero tú me has superado. Esto es nivel diva en pleno directo.

—Una que es así —le digo con el corazón a mil.

—¿Y ahora qué? —me pregunta pegadita a mi boca.

—Ahora… ahora vamos a vivir, guapa. Sin miedo, sin remordimientos, con limón, con gato, con lo que venga. Y con todo el arte que tenemos, que no es poco.

—Y con intensidad bollera, que ya la tienes también —me dice, dándome un besito corto, de esos que te dejan tonta y con ganas de más.

—Contagiosa, nena. Me ha entrado y ya no hay vacuna que me la quite.

Y justo en ese momento, Bicho, que no puede ser más protagonista, se sube a una silla, resbala con la grasa del chorizo y acaba de cabeza en la ensaladera. Mari Carmen grita, los niños se carcajean y mi madre, con la copa en alto, dice con una cara que no sabe si reírse o echar al gato a la calle:

—Ay, por Dios, que alguien saque al gato que se va a llevar el aliño y no hay pa tanto.

Y ahí se lía. Pero se lía con alegría, con risas, con jaleo, con todo el arte del mundo.

Todos corriendo detrás del gato, que ahora va con un trozo de lechuga en la oreja como si fuera una medalla olímpica, y yo, en medio de ese caos, pienso: Mira, Sara, si esto no es felicidad, que baje la Virgen y lo vea.

Y como aquí nadie pone orden y esto parece la casa de Tócame Roque, ¿quién tiene que dar el paso? Pues la menda, que para eso soy la que más gracia tiene en esta familia, aunque a veces me falte el salero y me sobre el genio. Total, que me agarro una copa de fino, que ya sabes tú que a mí el vino me envalentona, y me subo a una silla. Pero con un arte… bueno, arte no, más bien con un miedo, porque hija, yo ya no tengo el equilibrio de antes y la última vez que

me subí a una silla acabé con el culo en el suelo y el orgullo por los tobillos. Pero bueno, que me subo, y mientras noto el fresquito en los pies y el olor a aliño que me está diciendo «cómeme», me armo de valor y grito, que aquí si no gritas no te escucha ni el gato:

—¡Atención, señoras y señores! ¡El aliño del verano es mío! ¡Y lleva Asia, cuatro hijos, un gato y mucha, pero que mucha guasa! ¡Y está para comérselo!

Y ahí, niña, se hace un silencio que yo digo: «Verás tú que ahora me miran como si estuviera loca». Pero no, aplauden, y yo, que soy muy sentida, me emociono un poco, pero disimulo, que aquí una tiene su dignidad. El aplauso me suena a final de película, de esas que te dejan con la lagrimita, pero también con ganas de más. Porque esto es un final, sí, pero también un principio. El mío, el nuestro, el de esta familia que es un cuadro, pero es mi cuadro, con sus manchas y todo.

Y te juro que en ese momento, con el olor a mar de Tarifa, el gato metido en la ensaladera y mis hijas peleándose por la última aceituna, pienso: Mira, igual no soy la madre perfecta, ni la mujer infalible, pero aquí estamos, juntos, con besos robados, con risas, con mi caos y con una nueva oportunidad para ser feliz. A mi manera, claro, que yo para lo de ser normal llegué tarde.

Y ya está, FIN. O principio, según se mire.

Muchas gracias por llegar hasta aquí, queridas lectoras. No olvidéis dejar una reseñita maravillosa de esas que me hacen feliz, aunque sean las estrellitas, eso me ayuda a llegar a más lectoras y poder seguir trayéndoos historias tan maravillosas como esta. Miles de gracias por leerme.

Sinopsis

Sara Rey es cirujana, madre y viuda. Con más cargas que tiempo, navega entre operaciones, llamadas del colegio y el dolor que aún no se ha permitido sentir del todo. Lo último que necesita es complicarse más la vida. Pero justo ahí aparece Asia: caótica, brillante, tan viva que descoloca. Y con una forma de colarse en sus días (y en sus noches) que Sara no sabe cómo frenar.

Asia, por su parte, ha sobrevivido a cinco meses de hospitales, expatriación y una vida que ya no reconoce como suya. Vuelve a España con una maleta llena de incertidumbres y un solo deseo claro: reencontrarse con Sara. Lo que empezó como un intercambio de mensajes entre risas y desvelos, ahora la desarma con cada «de verdad» lanzado al aire.

Lo que ninguna de las dos sabe es que hay secretos todavía por estallar. Que el pasado siempre llama y a veces lo hace con voz propia.

¿Qué ocurre cuando el deseo se encuentra con el miedo y el amor aparece en mitad del duelo?

Descúbrelo en OPERACIÓN ASIA, el volumen 7 de la serie VISIBLES E INVISIBLES.